

Borís Vasíliev

Vasil Bykov

**LOS
AMANECERES
SON AQUI
TRANQUILOS...**

SOTNIKOV



Los autores de este libro son coetáneos. Nacieron en 1924. Y en 1941 tuvo lugar el acontecimiento que se convirtió en un hito del destino para su generación. Cuando comenzó la Gran Guerra Patria (1941-1945), los jóvenes de diecisiete años Borís Vasíliev, ruso, y Vasil Bykov, bielorruso, acababan de iniciar la vida. Irrumpiendo en el curso pacífico de sus biografías, la guerra no sólo los formó, sino que los hizo escritores.

Vasil Bykov empezó a escribir inmediatamente después de la conflagración: al principio, materiales periodísticos, y más tarde, relatos, novelas sobre la guerra.

Borís Vasíliev llegó a la prosa “de guerra” mucho más tarde: solamente en 1969 vio la luz su primera novela, que le colocó entre los escritores contemporáneos más populares dentro de su género.

Los acontecimientos de la lucha heroica del pueblo soviético contra el fascismo hitleriano constituyen el material principal de las dos novelas que componen el presente libro.

**Borís
Vasíliev
Los
amaneceres
son aquí
tranquilos...**

**Vasil
Bykov
Sótnikov**

Dos novelas



Editorial Progreso
Moscú

Traducido del ruso por Francisco Roldán, J. López Ganivet
Presentación de Eduardo Zarianski

Борис Васильев
А зори здесь тихие ...

Василь Быков
Сотников.

На испанском языке

© Издательство «Прогресс», 1975, с иллюстрациями

© Traducción al español. Editorial Progreso. Moscú, 1975
Impreso en la URSS

70403—583
B ————— 862—75
014(01)—75

B. Vasíliev

**Los
amaneceres
son aquí
tranquilos...**

Eran seis contra dieciséis. Cinco muchachas de la artillería antiaérea y el brigada Vaskov. Cada uno de ellos tenía su cuenta personal que cobrar a los fascistas enviados para hacer sabotaje a la retaguardia de la zona fronteriza. Persiguiendo a los saboteadores en el bosque, las muchachas, encabezadas por Vaskov, comienzan el desigual combate con el destacamento enemigo...

La novela de Borís Vasíliev *Los amaneceres son aquí tranquilos...* relata cómo se logró detener e inutilizar a los saboteadores fascistas, y está dedicada al heroísmo de la juventud soviética en los años de la Gran Guerra Patria.









I

En el apartadero 171 se habían salvado doce casas, el cobertizo del servicio de incendios y un almacén largo y bajo, construido a comienzos de siglo con piedras bien ajustadas entre sí. El último bombardeo había derrumbado el arca de agua, y los trenes ya no paraban aquí. Los alemanes cesaron los bombardeos pero evolucionaban cada día sobre el apartadero. Para cualquier eventualidad, el mando mantenía allí dos ametralladoras antiaéreas cuádruples.

Corría el mes de mayo de 1942. Al Oeste (en las noches húmedas llegaba de allí el bronco tronar de la artillería), ambos bandos, hundidos dos metros en tierra, se habían enredado definitivamente en una guerra de posiciones; al Este los alemanes bombardeaban día y noche el canal y la carretera de Múrmansk; al Norte se combatía con encarnizamiento por las vías marítimas; al Sur continuaba la tenaz lucha el bloqueo de Leningrado.

Pero aquí se estaba como en un balneario. Con tanta calma e inactividad los soldados parecían estar adormecidos como si se encontraran en un baño de vapor. Además, en la docena de casas aún quedaban cuñaditas y viuditas que se las ingeniaban

para destilar aguardiente poco menos que hasta del zumbido de los mosquitos. Los soldados se pasaban tres días desperezándose y echándoles el ojo a las mujeres. Al cuarto día empezaba algún guateque y ya no se iba del lugar el pegajoso olor a aguardiente casero.

El jefe del apartadero, el ceñudo brigada Vaskov, escribía los partes de ordenanza. Cuando llegaba a diez partes, el mando le soltaba la filípica de turno y relevaba la semisección abotargada de tanto juergazo. Durante una semana el brigada se las componía mal o bien con los recursos de que disponía, mas luego se repetía todo desde el comienzo con tal exactitud que el brigada, en fin de cuentas, no tenía más que copiar los anteriores partes, cambiando sólo la fecha y los nombres.

— ¡Te dedicas a puñeterías!— atronaba el comandante, que se personaba al recibir el último parte—. ¡No haces más que parir papeluchos! ¡Ni que fueras un escritor...!

— Mande gente que no beba —terqueaba Vaskov, que aunque temía a los jefes tonantes, remachaba en lo suyo, como un sacristán—. Que no beban ni ...de lo otro.

— ¿Eunucos?

— Usted lo sabrá mejor— precavióse el brigada.

— ¡Bueno, Vaskov! —dijo el comandante arrebatándose con su propio rigorismo—. Tendrás abstemios. Y en cuanto a lo de las mujeres también irás bien servido. Pero mira, como tampoco te arregles con ellos, te ajustaré las cuentas...

— A sus órdenes —aceptó inexpresivamente el brigada.

El comandante se llevó a los servidores de los antiaéreos que no habían resistido la tentación. Al despedirse volvió a prometer a Vaskov gente que, ante las faldas y el aguardiente, volverían la cabeza con más diligencia que el mismo brigada. Pero la promesa resultó difícil de cumplir; en tres días no se presentó nadie.

— La cuestión es peliaguda —explicó el brigada a María Nikíforovna, su patrona—. Dos escuadras son casi veinte abstemios. Aunque se estruje todo el frente dudo que se encuentren...

Sin embargo, sus temores resultaron infundados; al amanecer su patrona le notificó que habían llegado las dotaciones. Se lo dijo con cierto retintín, pero el adormilado brigada no reparó en ello y preguntó lo que a él le inquietaba:

— ¿Han venido con el comandante?

— No lo parece, Fedot Yevgráfich.

— ¡Menos mal! —El brigada era muy celoso de su cargo—. No hay nada peor que compartir el mando.

— No se apresure a alegrarse —sonrió enigmática María Nikíforovna.

— Nos alegraremos después de la guerra —razonó Vaskov y, encasquetándose la gorra, salió fuera.

Quedó de una pieza: ante la casa había dos hileras de muchachas con cara de sueño. Le pareció ver visiones y parpadeó, pero las guerreras seguían puntiagudas en sitios no previstos por las ordenanzas, y bajo los gorros asomaban atrevidos rizos de todos los colores y formas.

— Camarada brigada: la primera y la segunda escuadras de la tercera sección, quinta compañía del Batallón Autónomo de Ametralladoras antiaéreas, se ponen a sus órdenes para defender el objetivo —informó con voz opaca la de mayor graduación—. Da la novedad la sargento Kiriánova, ayudante del jefe de sección.

— ¡Vaya! —dijo el jefe en tono nada castrense—. Se ve que encontró abstemios...

Vaskov se pasó todo el día dando martillazos, montando tarimas en el cobertizo del servicio de incendios, porque las chicas no quisieron aposentarse en las casas. Transportaban las tablas, las asían por donde les ordenaba y cotorreaban como urracas. El brigada, cejijunto, ni decía esta boca es mía, temiendo perder autoridad.

— ¡Que nadie salga de la posición sin mi permiso! —anunció cuando todo estuvo listo.

— ¿Ni siquiera a coger bayas? —preguntó pizpireta una pelirroja. Vaskov hacía tiempo que se había fijado en ella.

— Aún no hay bayas —replicó.

— ¿Y acederas, se puede? —se interesó Kiriánova—. Sin algo que añadir al rancho lo pasamos mal, camarada brigada. Adelgazaremos.

Vaskov observó dudoso las guerreras a punto de reventarse por las costuras, mas dio su permiso.

— Pero no paséis del riachuelo. En el estero las hay a montones.

En el apartadero se estaba ahora de maravilla. Pero Vaskov no salió ganando. Las chicas eran zaragateras y de armas tomar, y el brigada se sentía constantemente como invitado en su propia casa. Temía decir algo inconveniente, hacer algo indebido, y no digamos entrar sin llamar a la puerta (eso estaba descontado); si se olvidaba, un chillido de alerta le rechazaba en el acto a sus posiciones de partida. Lo que más temía era las indirectas y las chanzas sobre eventuales amoríos, a causa de lo cual siempre andaba con la mirada clavada en el suelo, como si hubiera perdido la paga del último mes.

— Levante la testuz, Fedot Yevgráfich —le dijo su patrona al observar el trato con sus subordinadas—. Ha de saber que entre ellas le llaman “viejo”, así que mírelas como tal.

Vaskov había cumplido treinta y dos años aquella primavera y no aceptaba eso de “viejo”. Cavilando llegó a la conclusión de que eran tretas de su patrona para afianzar sus propias posiciones.

Una de aquellas noches de primavera, María Nikíforovna había derretido el hielo del corazón del brigada y ahora, como era natural, se afanaba por fortificarse en las posiciones conquistadas.

Por las noches, las servidoras de los antiaéreos disparaban frenéticas con los ocho cañones contra los aviones alemanes. Se pasaban el día lavando ropa. En torno al cobertizo siempre había trapos puestos a secar. El brigada consideraba impropiedades aquellos adornos y lo comunicó escuetamente en un parte a la sargento Kiríánova:

— Nos descamouflamos.

— Pues hay una orden —dijo ella sin vacilar.

— ¿Qué orden?

— La que corresponde. En ella se indica que a los militares del sexo femenino se les autoriza a secar ropa en todos los frentes.

El brigada no dijo nada. ¡Al diablo con esas chicas! Si te liabas con ellas tendrías risas hasta el otoño...

Los días eran templados, de bonanza. Había tal cantidad de mosquitos que no se podía dar un paso sin armarse de una ramita. Bueno, una ramita aún podía permitírsele a un militar, pero lo absolutamente inadmisible era que un brigada empezara a carraspear y toser en cada esquina, como si en verdad fuese un viejo.

Todo empezó aquel caluroso día de mayo en que, al doblar la esquina del almacén, quedó pasmado: ante sus ojos brotó un cuerpo tan blanquísimo y lleno de turgentes curvas, y además multiplicado por ocho, que Vaskov sintió sofoco: toda la primera escuadra, con la sargento de tercera Osiánina al frente, se bronceaba, sobre una lona, como las había parido su madre. Si al menos hubiesen chillado para guardar las apariencias. Pero, quia: hundieron las narices en la lona, conteniendo la respiración, y Vaskov tuvo que dar marcha atrás, cual arrapiezo en corral ajeno. Desde aquel día tosía en cada esquina, como si tuviera tos ferina.

Ya había reparado en esa Osiánina. Seriota, no reía nunca. A lo sumo, con un leve movimiento de labios, pero sus ojos seguían tan serios. Tenía un aire extraño, y por eso Vaskov, con

cautela, pidió a su patrona que se informara, aunque comprendía que este encargo no le hacía ninguna gracia.

— Es viuda —le informó al día siguiente María Nikíforovna apretando los labios—. Por tanto, experimentada. Puede cortejarla.

El brigada guardó silencio: cualquiera le convence a una mujer. Cogió el hacha y salió al patio. Para pensar no hay nada como partir leña. Eran tantos los pensamientos acumulados que precisaba ordenarlos.

Pero la disciplina ante todo, naturalmente. Bien estaba que los combatientes aquellos no bebiesen, que no se timasen con las vecinas, era verdad. Mas por dentro había desorden.

— ¡Liuda, Vera, Katia, de centinela! ¡Katia, cabo de guardia!

¿Qué manera de mandar era ésa? El relevo de la guardia había que hacerlo con todo rigor, como rezan las ordenanzas. Y eso no era más que una caricatura. Había que poner fin a eso, pero ¿cómo? Probó a tratar el asunto con Kiriánova, pero la respuesta era siempre la misma:

— Tenemos autorización, camarada brigada. Del comandante general en persona.

Se reían las puñeteras...

— ¿Se ve que te afanas, Fedot Yevgráfich?

Dio media vuelta: su vecina de patio, Polina Yegórova, le miraba por encima de la valla. Era la más desvergonzada de todo el vecindario: el mes anterior había celebrado cuatro veces el día de su santo.

— No te mates trabajando, Fedot Yevgráfich. Eres el único hombre que nos queda, como un garañón.

Rompió a reír. Tenía desabrochada la blusa. Colocó sus encantos sobre la valla y parecían bollos sacados del horno.

— Ahora irás por las casas como un pastor. Una semana en una, una más en otra. Así lo hemos decidido las mujeres.

— ¿No te da vergüenza, Polina Yegórova? ¿Eres mujer de soldado o una damisela? Pues pórtate como corresponde.

— La guerra, Fedot Yevgráfich, todo lo perdona. Al soldado y a la mujer de soldado.

Menuda liante. Había que desahuciarla, pero ¿cómo? ¿Dónde estaban las autoridades civiles? No la tenía a sus órdenes y esa cuestión ya la había ventilado con el comandante voceras.

En efecto, se le habían acumulado lo menos dos metros cúbicos de pensamientos. Y cada uno había que descifrarlo de manera distinta, absolutamente distinta...

Pese a todo, su escasa instrucción era un gran obstáculo. Bueno, sabía leer y escribir, y de cuentas hasta la cuarta clase, porque en el preciso momento que terminaba la cuarta un oso destrozó a su padre. ¡La juerga que se correrían estas chicas si supieran lo del oso! Lo que faltaba: que no murió gaseado en la primera guerra mundial, ni de un sablazo en la civil, ni de un trabucazo de kulak, ni siquiera de muerte natural, sino destrozado por un oso. Apostaría que ellas sólo habían visto osos enjaulados...

Mira, Vaskov, tú llegaste al grado de brigada procedente de un lugar apartado. Pero ellas, aunque eran soldados rasos, tenían conocimientos especiales: advertencia, cuadrante, ángulo de reflexión. Se les notaba por la conversación que habían hecho la séptima y hasta la novena clase. De nueve resto cuatro, quedan cinco. Es decir, era más lo que le llevaban de ventaja que lo que tenía...

Con tan tristes pensamientos, Vaskov partía la leña con singular furia. ¿A quién echarle la culpa? Quizá al oso aquel, poco amable por cierto...

Cosa rara: hasta entonces se había creído un tío con suerte. No es que su vida hubiera sido un chollo, pero no tenía motivos de queja. Así y todo, con sus cuatro clases inacabadas, había terminado la escuela del regimiento y en diez años ascendió a brigada. Por este lado no había salido malparado, pero por el otro el destino le jugó malas pasadas y dos veces le disparó a quemarropa. Fedot Yevgráfich resistió, pese a todo. Resistió...

Poco antes de la guerra de Finlandia se casó con una enfermera del hospital de la guarnición. Una moza vivaracha que se pasaba la vida cantando, bailando y bebiendo. No obstante, dio a luz un niño. Le pusieron por nombre Igor: Igor Fedótovich Vaskov. En esto empezó la guerra finlandesa y Vaskov marchó al frente, pero al volver con dos condecoraciones recibió el primer golpetazo: mientras él se hundía allá en la nieve, su mujer se lió con el veterinario del regimiento y se fue a tierras del sur. Se divorció en el acto, reclamó el chico por vía judicial y lo mandó a la aldea, donde la abuela. Al año murió el niño. Desde entonces Vaskov sólo había sonreído tres veces: al general que le impuso la condecoración, al cirujano que le extrajo del hombro un casco de metralla, y a su patrona María Nikíforovna por su perspicacia.

Aquel casco de metralla le valió su cargo actual. En el almacén habían quedado algunas cosas, no había centinelas, pero al instituir el puesto de comandante le encargaron la vigilancia del almacén. Tres veces al día recorría el objetivo, comprobaba los candados, y en el libro abierto por él escribía

siempre lo mismo: "Revisado el objetivo. Sin infracciones". Y la hora de la inspección, naturalmente.

El brigada Vaskov había tenido un servicio tranquilo. Casi hasta nuestros días. Pero ahora...

Lanzó un suspiro.

2

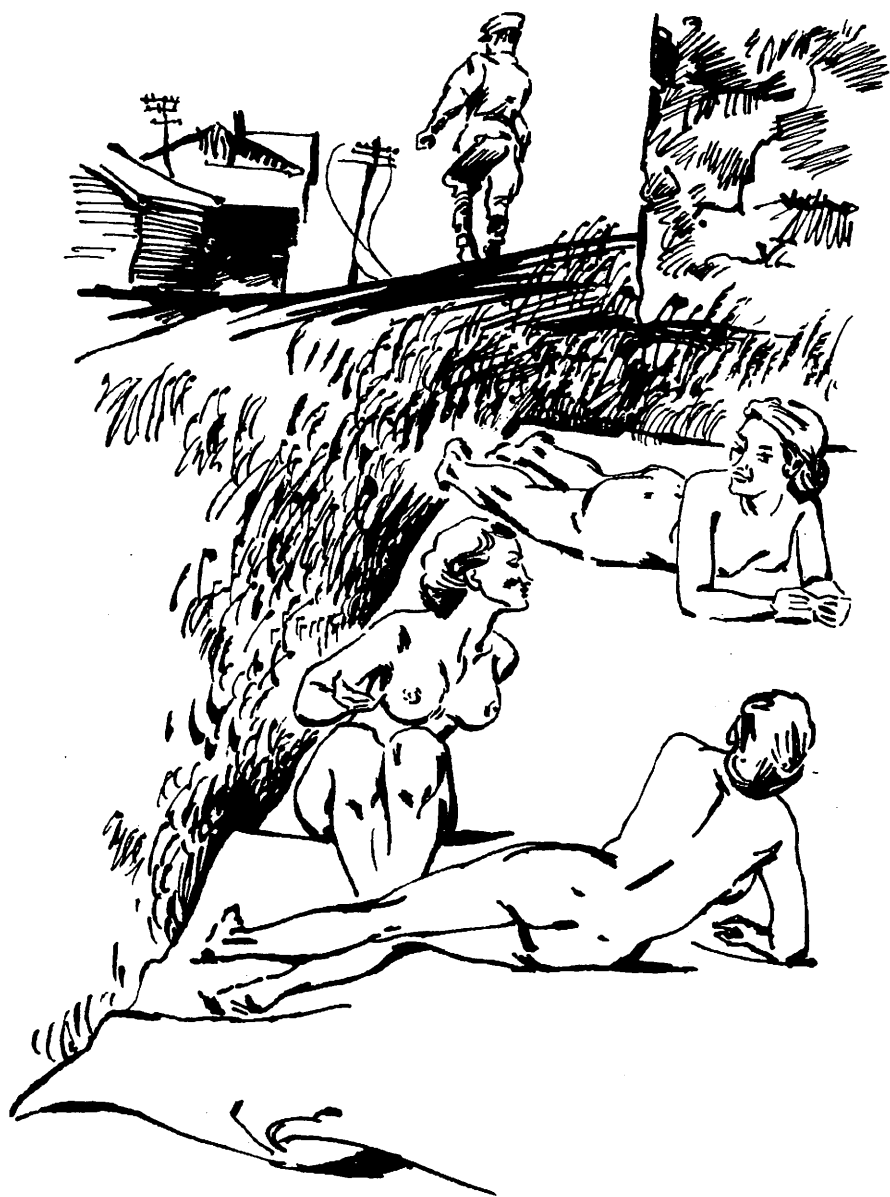
De todos los acontecimientos de anteguerra, el que mejor recordaba Rita Mushtakova era aquella velada escolar en honor de los héroes guardafronteras. Y aunque no estaba el famoso Karatsupa*, y el perro no se llamaba Indús, como el del héroe, se acordaba como si acabase de tener lugar. Recordaba al tímido teniente Osianin caminando a su lado por las resonantes aceras de madera del pequeño poblado fronterizo. El teniente aún no era un héroe. Había ido a parar por casualidad a la delegación y se sentía terriblemente cohibido.

Rita tampoco era de las más desenvueltas. Sentada en la sala, no participaba en los saludos ni en el concierto de aficionados, y hubiera preferido hundirse hasta el sótano poblado de ratas que ser la primera en hablar con cualquiera de los invitados de menos de treinta años. Sencillamente, el teniente Osianin se había sentado a su lado de manera fortuita; no se atrevían a moverse y miraban fijamente delante suyo. Después los animadores organizaron un juego y otra vez les tocó ser pareja. La prenda obligatoria era bailar un vals, y lo bailaron. Luego estuvieron junto a la ventana. Y luego... Bueno, luego él la acompañó.

Rita recurrió a un ardid: le llevó por el camino más largo. El seguía callado. Fumaba sin cesar, pidiéndole permiso medrosamente cada vez que encendía un cigarrillo. Esa timidez fue la que conquistó el corazón de Rita.

Al despedirse ni siquiera se dieron la mano; una simple inclinación de cabeza y nada más. El teniente se fue a su puesto fronterizo y cada sábado le escribía una carta muy breve. Ella contestaba el domingo con una larga. Así continuaron hasta el verano. En junio se presentó en el poblado a pasar tres días, dijo que en la frontera no había tranquilidad, que no habría más permisos y que por eso tenían que ir inmediatamente a casarse al Registro Civil. Rita no se asombró lo más mínimo, pero los del Registro eran unos burócratas y se negaron a casarlos porque a ella le faltaban cinco meses y medio para cumplir los dieciocho años. Entonces fueron a ver al comandante

* Antiguo guardafronteras, Héroe de la Unión Soviética. (N. de la Edit.)





del poblado, después donde los padres, y se salieron con la suya.

Rita fue la primera de su clase en casarse. Y no con un cualquiera sino con un oficial rojo y además guardafronteras. No podía haber muchacha más feliz en el mundo.

En el puesto fronterizo la eligieron en seguida para el Comité de mujeres y la inscribieron en todos los círculos. Aprendió a vendar a los heridos y a disparar, a montar a caballo, a lanzar granadas y a protegerse de los gases. Al año tuvo un niño (le pusieron por nombre Albert, Alik), y un año después empezó la guerra.

Aquel primer día fue una de las pocas que no se desconcertaron, que no se dejaron llevar por el pánico. Era tranquila y juiciosa por naturaleza, pero entonces su tranquilidad tenía una sencilla explicación: en mayo había enviado ya a Alik donde sus padres y por eso podía dedicarse a salvar los hijos de otros.

La guarnición resistió diecisiete días. Día y noche Rita oía el lejano tiroteo. El puesto fronterizo vivía, y con él la esperanza de que su marido estuviera indemne, de que los guardafronteras aguantarían hasta la llegada de unidades del ejército y juntos replicarían golpe por golpe. Así les gustaba cantar en la guarnición: "Llegó la noche, las tinieblas ocultaron la frontera, mas nadie la franqueará; no permitiremos que el enemigo meta su hocico en nuestro huerto soviético..." Mas pasaron los días y no llegó la ayuda. A los diecisiete días el puesto fronterizo enmudeció.

Quisieron mandar a Rita a la retaguardia, pero ella pidió combatir. No la hicieron caso, la metieron a la fuerza en un vagón de mercancías, pero la testaruda mujer del teniente mayor Osianin, subjefe del puesto fronterizo, al día siguiente volvía a aparecer en el Estado Mayor de la zona fortificada. Acabaron por admitirla como enfermera; seis meses más tarde la mandaron a la escuela de un regimiento antiaéreo.

El teniente mayor Osianin pereció al segundo día de guerra, en un contraataque al amanecer. Rita se enteró en el mes de julio ya, cuando un guardafrontera escapó milagrosamente de la posición que había caído.

El mando apreciaba a la taciturna viuda del héroe; la mencionaba en las órdenes, la ponía como ejemplo y por eso accedió a su petición de que al terminar la escuela la enviasen al sector del puesto fronterizo donde había caído su esposo en un furibundo ataque a la bayoneta. El frente aquí había retrocedido algo: se aferró a los lagos, se ocultó tras los bosques, se hundió en tierra y quedó inmóvil entre el antiguo puesto fronterizo y el

poblado donde un día se conocieran el teniente Osianin y la alumna de la novena clase "B".

Ahora Rita estaba contenta; había conseguido lo que quería. Hasta la muerte de su marido quedó relegada en lo más recóndito de su memoria. Tenía trabajo, obligaciones y objetivos muy reales para su odio. Había aprendido a odiar en silencio, sin compasión, y aunque su escuadra aún no había conseguido derribar ningún avión enemigo, acribillaron un aerostato alemán. Este se inflamó, se arrugó, y el observador se arrojó de la barquilla, cayendo a plomo.

— ¡Dispara, Rita! ¡Dispara! —gritaban las servidoras de los antiaéreos.

Rita aguardaba sin apartar del punto de mira el objeto que caía. Y cuando el alemán, casi en tierra, abrió de golpe el paracaídas, dando ya las gracias a Dios, ella apretó suavemente el gatillo.

La ráfaga de los cuatro cañones acribilló la negra figura; las chicas, dando gritos de admiración, la besaron. Ella sonrió forzosamente. Se pasó toda la noche tiritando. Kiriánova le daba té y la consolaba:

— Ya se te pasará, Rita. Cuando yo maté al primero, por poco me muero, palabra. Un mes entero estuve viéndolo en sueños, al canalla.

Kiriánova era una moza arriscada. En la guerra de Finlandia se había arrastrado muchos kilómetros por las primeras líneas con su bolsa sanitaria; estaba condecorada. Rita la estimaba por su carácter, pero sin intimar con ella.

Hay que decir que Rita se mantenía aparte. En su escuadra todas eran del Komsomol. No es que fueran muy jóvenes: qué va, sencillamente que no tenían ninguna experiencia. No conocían el amor, ni la maternidad, ni los sufrimientos, ni la alegría. Siempre estaban de palique a cuenta de tenientes y de besos. Eso irritaba a Osiánina.

— ¡A dormir! —ordenaba tajante, al oír una nueva confesión—. Como escuche otra vez semejantes tonterías os vais a hinchar de hacer guardias.

— Haces mal, Rita —le reprochó indolente Kiriánova—. Déjalas que parloteen, es divertido.

— Que se enamoren, y no les diré ni palabra. Pero eso de besuquearse a escondidas no lo comprendo.

— Da tú el ejemplo —sonrió Kiriánova.

Rita se calló en seguida. Ni siquiera podía imaginar que tal cosa pudiera suceder. Para ella los hombres como si no existiesen. Tuvo uno solo, aquel que condujo al ataque, bayoneta en ristre, a la diezmada guarnición en el segundo

amanecer de la guerra. Vivía como aprisionada por un cinturón, apretado hasta el último agujero.

En vísperas de mayo la dotación pasó lo suyo. Durante dos horas estuvieron combatiendo con los ágiles Messerschmitts. Los alemanes venían del lado del sol, picaban sobre las ametralladoras cuádruples, regándolas con su fuego. Mataron a la municionadora, una chata gorda y feucha que siempre estaba mascando algo a escondidas, e hirieron levemente a otras dos. Al entierro vino el comisario de la unidad. Las chicas lloraban desconsoladamente. Dispararon una salva sobre la tumba. El comisario llamó aparte a Rita.

— Hay que completar la escuadra.

Rita no dijo nada.

— Tiene usted un grupo sano. Bien sabe que la mujer en el frente es objeto, cómo decirlo, de una atención concentrada. Y hay casos en que no resisten.

Rita seguía callada. El comisario dio unas pisadas, encendió un cigarrillo y dijo quedamente:

— Uno de los jefes del Estado Mayor —casado, por cierto—, se echó, digamos, una amiga. Al enterarse un miembro del Consejo Militar metió en cintura al coronel y a mí me ordenó que destinara esa amiga a un buen grupo.

— Mándemela —dijo Rita.

A la mañana siguiente la vio y quedó extasiada: alta, pelirroja, de piel blanquísima, y unos ojos infantiles, verdes, redondos como platos.

— La combatiente Eugenia Komelkova, a sus órdenes.

Era día de baño y cuando les tocó la vez, las chicas, en el vestuario, se quedaron mirando a la recién llegada como a una maravilla:

— ¡Eugenia, pareces una sirena!

— ¡Eugenia, tu piel es transparente!

— ¡Eugenia, eres escultural!

— ¡Eugenia, no necesitas sostén!

— ¡Ay, Eugenia, habría que ponerte en un museo! En una vitrina, sobre terciopelo negro...

— ¡Qué desgraciada! —suspiró Kiriánova—. Más vale morirse que empaquetar semejante figura en un uniforme.

— Guapa moza —le corrigió Rita cautelosa—. Las guapas, raras veces son felices.

— ¿Lo dices por tí? —dijo con una risita Kiriánova.

Y Rita volvió a callar. No había manera de hacer amistad con Kiriánova, su ayudante. Que no había manera, vaya.

Con Eugenia sí. Un día, sin ninguna preparación, sin sondear el terreno, fue Rita misma quien le contó su vida. En

parte quería reprocharla, y en parte dar ejemplo y vanagloriarse. La respuesta de Eugenia no fue de lástima ni de compasión. Dijo escuetamente:

— Veo que también tienes cuentas personales.

Lo dijo de tal manera que Rita, aunque conocía a fondo lo del coronel, preguntó:

— ¿Y tú también?

— He quedado sola. A mi madre, a mi hermana y a mi hermanito los segaron con fuego de ametralladora.

— ¿Algún bombardeo?

— Un fusilamiento. Se apoderaron de las familias del personal de mando y las ametrallaron. A mí me escondió una estoniana en la casa de enfrente y lo vi todo. ¡Todo! Mi hermana cayó la última, la remataron especialmente...

— ¿Dime, Eugenia, y cómo fue lo del coronel? —preguntó susurrante Rita—. ¿Cómo pudiste, Eugenia?...

— ¡Pues ya lo ves, pude! —Eugenia agitó retadora su cabellera rojiza—. ¿Vas a educarme ahora o después del toque de silencio?

El destino de Eugenia acabó con el aislamiento de Rita. Cosa extraña, fue como si se derritiera, como si algo se hubiese estremecido en ella. Se suavizó. Hasta sonreía a veces, incluso cantaba con las chicas, pero no hace falta decir que sólo se mostraba natural cuando estaba a solas con Eugenia.

Pese a toda la tragedia, la pelirroja Komelkova era extraordinariamente comunicativa y desenvuelta. Tan pronto, para diversión de toda la escuadra, volvía tarumba a algún teniente, como, en el descanso, bailaba una danza gitana por todo lo alto acompañada por el canturreo de las chicas, o de repente empezaba a contar una novela y todas se quedaban escuchándola.

— ¡Tu puesto está en la escena, Eugenia! —suspiraba Kiriánova—. ¡Hay que ver lo que se está perdiendo!

Así terminó la soledad de Rita, tan celosamente guardada. Eugenia lo revolió todo. En la escuadra había una desgalichada, Galia Chetvertak. Flacucha, nariguda, trenzas de estopa, pecho liso como el de un muchacho. Eugenia la restregó bien en el baño, le hizo un peinado, le ajustó la guerrera, y Galina se transformó. De pronto le brillaron los ojos, apareció una sonrisa, y sus pechos crecieron como setas. Galina ya no se apartaba un paso de Eugenia y por eso ahora eran tres: Rita, Eugenia y Galia. La noticia de que las trasladaban de primera línea al apartadero fue mal acogida por las dotaciones de los antiaéreos. Sólo Rita no dijo nada, corrió al Estado Mayor, miró el plano y pidió:

— Manden a mi escuadra.

Las muchachas se asombraron, Eugenia armó una escandallera, pero a la mañana siguiente cambió de pronto y empezó a hacer propaganda en favor del apartadero. Nadie comprendió por qué, cuál era el motivo, pero callaron. Seguramente era preciso ir. A Eugenia le creían. Los comentarios cesaron en el acto y empezaron a prepararse para la marcha. Nada más llegar al apartadero, Rita, Eugenia y Galia se pusieron a tomar té sin azúcar.

A la tercera noche, Rita desapareció de la posición. Salió furtivamente del cobertizo, cruzó como una sombra el apartadero dormido y se esfumó entre los alisos húmedos de rocío. Por un abandonado sendero del bosque salió a la carretera y paró el primer camión que pasaba.

— ¿Vamos lejos, guapa? —preguntó un brigada con bigotes; por la noche los camiones iban a aprovisionarse en la retaguardia y les acompañaba gente que nada tenía que ver con el servicio militar y las ordenanzas.

— ¿Me lleváis hasta la ciudad?

Varios brazos se tendían ya hacia ella. Sin aguardar que la autorizaran, Rita se subió a una rueda y en un abrir y cerrar de ojos se encontró arriba. La sentaron sobre la lona y la taparon con un chaquetón guateado.

— Echa una cabezada, una horita...

Al amanecer estaba ya de vuelta.

— ¡Lida, Raia, en servicio!

Nadie la había visto salir, pero Kiriánova lo supo, le fueron con el cuento. No dijo nada, pero sonrió para sus adentros.

— Se ha echado alguien, la orgullosa. Más vale así, a ver si se deshiela.

A Vaskov no le informó. La verdad es que ninguna de las chicas le temía, y Rita menos aún. Vagaba por el apartadero como un zopenco enmohecido, con veinte palabras por todo repertorio, y además, de las ordenanzas. ¿Quién iba a tomarle en serio?

Pero el orden es el orden, sobre todo en el ejército. Y exigía que nadie supiera nada de las excursiones nocturnas de Rita, excepto Eugenia y Galia.

A la pequeña ciudad llevaba azúcar, galletas, concentrado de mijo y a veces botes de carne en conserva. Enardecida por su suerte, Rita hacía dos o tres escapadas nocturnas por la semana. Quedó ojerosa, demacrada. Eugenia le reprochó, susurrándole al oído:

— ¡Te has pasado de la raya, querida! Como des con una patrulla o con algún oficial que se mosquee, te la cargas.



— ¡Calla, Eugenia, la suerte me acompaña!

Y le brillaban los ojos de felicidad. No había manera de hablar en serio con ella. Eugenia se desazonaba:

— ¡Ten cuidado, Rita!

Pronto adivinó que Kiriánova estaba enterada de sus viajes, por sus miradas y sus risitas. Le escocían esas risitas, como si estuviese efectivamente traicionando a su teniente. Se ensombreció, quiso reprenderla, pero Eugenia no le dejó: se agarró a ella y la apartó a la fuerza.

— ¡Déjala, Rita, que piense lo que quiera!

Rita recapacitó. Tenía razón. Que ideara cualquier porque-ría, pero que guardase silencio, que no le estorbase, que no la denunciara a Vaskov. Este empezaría a darle la lata, a regañarla. ¡Un fastidio! Ya se había dado un caso: el brigada sorprendió a dos amigas de la primera escuadra al otro lado del río. Pues se tiró cuatro horas —desde la comida hasta la cena— aleccionándolas, citó de memoria las ordenanzas, las instrucciones, los preceptos. Las puso fuera de sí hasta el grado de que tenían miedo no sólo de pasar el río, sino de salir siquiera del patio.

Pero Kiriánova seguía callada.

Eran noches blancas, remansadas. Los largos crepúsculos—de sol a sol—exhalaban densas fragancias de hierbas en flor, y las muchachas de los antiaéreos se estaban cantando hasta la madrugada junto al cobertizo. Rita se ocultaba ahora sólo de Vaskov. Cada tres noches desaparecía en cuanto cenaban y regresaba antes del toque de diana.

Estos retornos eran los preferidos de Rita. El peligro de topar con alguna patrulla había quedado atrás y ahora podía patullar tranquilamente, descalza, por el rocío, ateridos los pies, a la espalda las botas atadas. Caminar y pensar en la cita, en las lamentaciones de su madre y en la siguiente escapada. Le hacía feliz el saber que la siguiente entrevista podía planearla ella sola, sin depender casi de voluntad ajena. Rita se sentía feliz.

Pero seguía la guerra, disponiendo a su antojo de las vidas humanas, y los destinos de las gentes se entrelazaban de manera caprichosa e incomprensible. Al engañar al jefe del tranquilo apartadero 171, la sargento de tercera Osiánina no podía saber que ya había sido firmada y aprobada para su ejecución la instrucción del Servicio del Reich SD, número S 219/702 con el membrete "SOLO PARA EL MANDO".

Los amaneceres eran en el lugar muy tranquilos.

Rita caminaba descalza; las botas se bamboleaban a su espalda. Del pantano reptaba una espesa niebla que enfriaba las piernas y se adhería a la ropa. Le era grato pensar que antes de llegar al apartadero se sentaría en el tocón de costumbre, se pondría las medias secas y las botas. Iba de prisa, pues había tardado en pescar un camión que fuera de paso. Y el brigada Vaskov madrugaba mucho y salía en seguida a comprobar los candados del almacén. Rita tenía que salir allí precisamente: su tocón estaba a dos pasos de la pared de troncos, entre matorrales.

Hasta el tocón quedaban dos revueltas, luego una recta, a través del bosque de alisos. Rita dobló la primera curva y el corazón le dio un vuelco: en el camino había un hombre.

Estaba de pie, mirando hacia atrás. Era alto, llevaba una capatienda jaspeada que sobresalía a su espalda como una joroba. Con la mano derecha sostenía un hato aprisionado con correas; del pecho colgaba la metralleta.

Rita se metió de un salto en un matorral. Al sacudirlo la salpicó de rocío, pero no lo notó. Conteniendo la respiración se quedó mirando, a través del follaje todavía poco frondoso, a aquel ser extraño que se alzaba inmóvil en su camino como una visión. Del bosque salió otro soldado, algo más bajo, metralleta al pecho, y con idéntico envoltorio en la mano. Venían derechos hacia ella, en silencio, pisando sigilosos con sus botas altas la hierba húmeda de rocío.

Rita se metió el puño en la boca y lo mordió hasta hacerse daño. Lo importante era no moverse, no chillar, no echar a correr entre los matorrales. Pasaron cerca de ella; el más próximo rozó con el hombro la rama que le ocultaba. Pasaron mudos, sigilosos como sombras. Y desaparecieron.

Rita aguardó un rato y al ver que no aparecía nadie, se deslizó con sumo cuidado, cruzó el camino, se zambulló en un arbusto y aguzó el oído.

Silencio.

Echó a correr en línea recta, jadeante. Las botas le golpeaban en la espalda. Sin ocultarse ya, atravesó corriendo el poblado y empezó a golpear a la puerta herméticamente cerrada.

— ¡Camarada jefe! ¡Brigada!

Por fin le abrieron. En el dintel apareció Vaskov, con sus pantalones de montar, zapatillas en los pies desnudos, camiseta de algodón con cordones. Se restregaba los soñolientos ojos.

— ¿Qué pasa?
— ¡Hay alemanes en el bosque!
— ¿Alemanes, dices...? —Vaskov entornó los ojos desconfiado. Seguro que le estaba tomando el pelo—. ¿Cómo lo sabes?
— Los vi yo misma. Dos. Con metralletas y capotes de camuflaje...

Parecía que no mentía. Su mirada era de susto...

— Aguarda ahí.

El brigada entró corriendo en la casa. Se calzó las botas, se enfundó la guerrera atropelladamente, como en un incendio. La patrona, en camisón, estaba sentada en la cama, boquiabierta:

— ¿Qué pasa, Fedot Yevgráfich?

— Nada. No va con usted.

Salió a la calle, apretándose el cinturón con la pistola al costado. Osiánina no se había movido del sitio y seguía con las botas a la espalda. El brigada miró maquinalmente a sus piernas. Rojas, mojadas; en el dedo gordo se había pegado una hoja del año anterior. Se veía que había andado descalza por el bosque, con las botas a la espalda. Por lo visto ahora se combatía así.

— A las armas. ¡Zafarrancho! Que se presente Kiriánova. ¡Corriendo!

Echaron a correr en direcciones distintas: la chica hacia el cobertizo, él hacia la caseta ferroviaria, para hablar por teléfono. ¡Ojalá pudiese comunicar!

— ¡“Pino”, “Pino”! ¡Carajo! Cuando no están durmiendo, avería en la línea. ¡“Pino”! ¡“Pino”!

— ¡“Pino” a la escucha!

— Habla el diecisiete. Dame al Tercero. Es urgente, un caso urgente...

— Ya va, no chilles. Vaya un caso urgente...

En el auricular algo silbó, gruñó; luego una voz lejana preguntó:

— ¿Eres tú, Vaskov? ¿Qué os ha sucedido?

— Soy yo, camarada Tercero. En el bosque hay alemanes, junto a la posición. Han sido descubiertos hoy en número de dos...

— ¿Por quién?

— Por la sargento Osiánina...

Entró Kiriánova, sin gorro por cierto. Saludó con un movimiento de cabeza, como en una tertulia.

— He dado la señal de alerta, camarada Tercero. Pienso rastrear el bosque...

— Espera, Vaskov. Hay que pensar primero. Si dejamos el apartadero sin protección no nos lo agradecerán. ¿Cómo son tus alemanes?

— Osiánina dice que con capatienda y metralletas. Seguramente son unos exploradores.

— ¿Exploradores? ¿Y qué hay que explorar ahí? ¿Cómo duermes, abrazado a tu patrona?

Siempre se la cargaba Vaskov. Siempre Vaskov resultaba culpable. Todos se metían con él.

— ¿Por qué callas, Vaskov? ¿En qué piensas?

— Pienso que hay que cazarlos, camarada Tercero. Antes de que se alejen.

— Bien pensado. Toma cinco soldados y sal zumbando antes de que se borren las huellas. ¿Está por ahí Kiriánova?

— Aquí está, camarada...

— Pásale el auricular.

Kiriánova fue parca, dijo dos veces “escucho” y cinco asintió. Colgó el auricular y puso fin a la conversación.

— Ha ordenado que ponga a su disposición cinco soldados.

— Mándame a la que vio a los alemanes.

— Osiánina será la responsable del grupo.

— Bueno. Fórmelas.

— Ya están formadas, camarada brigada.

Menuda formación. Una con la melena hasta la cintura, otra con unos bigudíes de papel en la cabeza. ¡Valientes soldados! ¡Ponte con ellas a rastrillar el bosque, a cazar alemanes armados de metralleta! Y ellos no tenían más que unas antiguallas del modelo de 1891, con munición del año treinta...

— ¡En su lugar, descansen!

— Eugenia, Galia, Liza...

Frunció el ceño Vaskov:

— ¡Un momento, Osiánina! Que vamos a capturar alemanes y no peces. Al menos que sepan disparar...

— Claro que saben.

Quiso Vaskov atajar con la mano, pero algo le vino a las mientes.

— Otra cosa. ¿Alguna de vosotras sabe el alemán?

— Yo.

De la formación había salido una vocecilla desafinada. Vaskov acabó por enfadarse.

— ¿Qué es eso de yo! ¡Hay que responder como es debido!

— Gúrvich, soldado raso.

— ¡Ay, ay! ¿A ver, cómo se dice manos arriba?

— *Hände hoch*.

— Exacto —el brigada acabó tajando con la mano—. Bueno, Gúrvich...

Formaron las cinco. Serias como niñas, pero no parecían asustadas por el momento.

— Hay que calcular que salimos para dos días. Coger ranchos en frío, cartuchos.... cinco cargadores. Y ahora, a comer, a comer fuerte. A calzarse como es debido, a arreglarse, a prepararse. Para todo, cuarenta minutos. ¡Rompan filas! Kiriánova y Osiánina, conmigo.

Mientras desayunaban y se preparaban para la marcha, el brigada se reunió con las sargentos. La patrona, por fortuna, se había ausentado, pero dejó la cama sin arreglar: había dos almohadas, una junto a otra, amigadas... Vaskov obsequió a las sargentos con una sopa y se puso a examinar un plano muy usado, de pliegues gastados.

— ¿Dices que te los encontrastes en este camino?

— Aquí. —El dedo de Osiánina rozó el plano—.

Pasaron a mi lado, en dirección a la carretera.

— ¿A la carretera? ¿Y qué hacías tú en el bosque a las cuatro de la madrugada?

Osiánina no respondió.

— Asuntos nocturnos, sencillamente —dijo Kiriánova sin mirar a Vaskov.

— ¿Nocturnos? —Vaskov se enfureció: ¡hay que ver cómo miente!— Para los asuntos nocturnos yo mismo os instalé letrinas. ¿Es que no cabéis?

Ambas fruncieron el ceño.

— Usted debería saber que hay preguntas a las que una mujer no está obligada a contestar —volvió a decir Kiriánova.

— ¡Aquí no hay mujeres!— gritó el jefe y hasta dio una palmada en la mesa—. ¡No las hay! Sólo hay soldados y mandos, ¿entendido? Estamos en guerra, y mientras no termine seremos todos del género neutro...

— Por eso tiene aún la cama sin hacer, camarada brigada del género neutro...

¡Cuidado que tenía mala intención esa Kiriánova! Era un veneno.

— ¿Dices que fueron hacia la carretera?

— En esa dirección...

— Qué diablos tenían que hacer en la carretera. A ambos lados está talado el bosque aún desde la guerra finlandesa y en seguida darán con ellos. No, camaradas sargentos, no era la carretera lo que les atraía. Venga, tomaos el caldo.

— Aquello estaba lleno de matorrales y de niebla— dijo Osiánina—. Me pareció...

— Si sólo te pareció habría que santiguarse —gruñó el jefe—. ¿Dices que llevaban unos hatos?

— Y probablemente pesados. En la mano derecha, muy bien envueltos.

El brigada lio un cigarrillo, lo encendió y dio unos pasos. De pronto todo se hizo claro para él, tan claro que incluso se sintió turbado.

— Me imagino que debían llevar trilita. En tal caso, su ruta no era en absoluto hacia la carretera, sino hacia el ferrocarril. Es decir, a la línea de Kírov.

— El ferrocarril de Kírov cae lejos —desconfió Kiriánova.

— Pero en cambio todo son bosques. Y los bosques aquí son enormes, pueden ocultar no ya a dos hombres sino a un ejército.

— Pues entonces —inquietóse Osiánina—, habrá que avisar a la guardia del ferrocarril.

— Kiriánova avisará —dijo Vaskov—. Doy el parte diariamente a las veinte treinta, mi señal de llamada es "17". Tú come, Osiánina, come. Que hemos de caminar todo el día.

A los cuarenta minutos formaba el grupo de persecución, pero sólo emprendieron la marcha al cabo de hora y media porque el brigada era severo y quisquilloso.

— ¡A descalzarse todas!

Lo que se figuraba: la mitad se habían calzado las botas sobre medias de seda, y la otra mitad llevaba liados los peales como si fuesen echarpes. Calzadas de esa guisa no podrían combatir mucho tiempo; a los tres kilómetros tendrían rozaduras, incluso ampollas sanguinolentas. Menos mal que su jefe, la sargento Osiánina, estaba bien calzada. ¿Por qué no les había enseñado a sus subordinadas?

Se pasó cuarenta minutos aleccionándoles sobre cómo liarse los peales. Y otros cuarenta les hizo limpiar los fusiles. Menos mal que no habían criado gusanos, pero ¿y si hubiera que disparar?

Consagró el tiempo restante a darles una pequeña conferencia que, según creía, pondría al tanto a las combatientes:

— No temáis al enemigo. Anda por nuestra retaguardia, quiere decir que él mismo tiene miedo. Pero no le dejéis acercarse mucho, porque es fuerte y va armado especialmente para el combate a corta distancia. Si os lo encontraseis junto a vosotras, no os mováis. No echéis a correr, por lo que más queráis: es un placer alcanzar con la metralleta al que corre. Ir sólo por parejas. No os rezaguéis y no charléis. Si dais con un camino, ¿qué haréis!

— Anda, ya lo sabemos —dijo la pelirroja—. Una a la derecha, otra a la izquierda.

— A escondidas —precisó Vaskov—. El orden de marcha será el siguiente: delante, una patrulla con un sargento y un soldado. Luego, a cien metros, el grueso: yo... —recorrió con la mirada su destacamento— con la intérprete. Cien metros detrás,

la última pareja. Caminar, naturalmente, no juntos sino a distancia, sin perderse de vista. Y si descubrimos al enemigo o algo extraño... ¿Quién sabe imitar a las fieras o a las aves?

Prorrumpieron en risitas las tontas...

— ¡Hablo en serio! En el bosque no te vas a poner a pegar voces, los alemanes también tienen oídos.

Enmudecieron.

— Yo sé imitar al asno —dijo tímida Gúrvich—. Rebuznar.

— Aquí no se crían asnos —observó disgustado el brigada—. Bueno, aprendamos a graznar como los patos.

Hizo una prueba y provocó su hilaridad. Vaskov no llegó a comprender por qué estaban tan alegres, pero tampoco pudo contener una sonrisa.

— Así llama el pato a la hembra —explicó—. Venga, probar vosotras.

Graznaron a sus anchas. Sobre todo la pelirroja Eugenia (¡buena moza, líbreme Dios de enamorarme de ella!). A la que mejor se le daba era, desde luego, a Osiánina. Se veía que tenía aptitudes para ello. Tampoco se le daba mal a otra, creo que a Liza. Robusta, maciza, tan ancha de hombros como de caderas, vete a saber de dónde más. Imitaba muy bien los graznidos. No estaba mal, siempre sería útil: tenía fuerzas como para tirar de un arado.

Qué diferencia con las escuchimizadas Galia Chetvertak y Sonia Gúrvich, la intérprete.

— Vamos al lago Vop. Mirar aquí. —Se agolparon junto al plano, echándose la respiración en la nuca, en el oído. Era divertido—. Si los alemanes van hacia el ferrocarril no podrán rehuír el lago. Como no conocen el atajo, nosotros llegaremos antes. Nos quedan unas veinte verstas, así que estaremos allí para la hora de comer. Y tendremos tiempo de prepararnos porque los alemanes, dando rodeos y escondiéndose, habrán de caminar lo menos medio centenar. ¿Está todo claro, camaradas combatientes?

Tornáronse serias.

— Está claro...

Para ellas la guerra significaba estar bronceándose en cueros y disparar contra los aviones.

— Sargento Osiánina, compruebe las provisiones y la preparación. Dentro de quince minutos salimos.

Dejó a las combatientes, pues tenía que ir a casa. Había encargado a su patrona que le preparase la mochila y aún debía coger algo. Los alemanes eran de cuidado, sólo en las caricaturas se les zumbaba a montones. Había que prepararse.

María Nikíforovna había cumplido el encargo, incluso con creces: añadió un trozo de tocino y pescado curado. Estuvo por regañarla, pero desistió: hubo más gente que en una boda. Metió en la mochila todas las municiones que pudo para el fusil y la pistola y cogió un par de granadas, por si acaso.

La patrona le miraba asustada, en silencio; tenía los ojos húmedos. Y tendía hacia él, tan amorosamente, aunque sin moverse del sitio, que Vaskov no pudo resistir y le puso la mano en la cabeza.

— Pasado mañana estaré de vuelta. O el miércoles lo más tarde.

Rompió a llorar. ¡Pobres mujeres, qué desgraciadas! Para los hombres la guerra ya es una calamidad, qué decir para vosotras...

Salió fuera de la aldea y recorrió con la mirada a sus soldados “de élite”; casi llevaban a rastras los fusiles.

Exhaló un suspiro.

— ¿Preparadas?

— Preparadas —dijo Rita.

— Para toda la operación nombro ayudante a la sargento de tercera Osiánina. Repito que las señales convenidas son: dos graznidos, atención, veo al enemigo. Tres graznidos, todas en mi ayuda.

Las chicas rompieron a reír. Había dicho a propósito: dos graznidos, tres graznidos, para que se rieran, para infundirles ánimo.

— ¡Patrulla de cabecera, en marcha!

Echaron a andar.

Delante Osiánina y la regordeta. Vaskov aguardó a que se perdieran entre los arbustos, contó mentalmente hasta cien y fue tras ellas. Con la intérprete que se encorbaba como una caña bajo el peso del fusil, de la cartuchera, de la manta enrollada y de la mochila... Detrás, Komelkova y Galia Chetvertak.

4

A Vaskov no le preocupaba el trayecto hasta el lago Vop; los alemanes no podían conocer el camino recto, pues lo había descubierto él ya durante la guerra de Finlandia. En todos los mapas aquí figuraban pantanos y los alemanes no tenían más camino que el de rodeo, a través de los bosques, para salir al lago por los cerros de Siniujin que no podían soslayar. Por despacio que anduviesen sus combatientes, por muchas paradas que hicieran, los alemanes tardarían más. No llegarían antes del atardecer y para entonces tendrían tiempo de cerrarles todas las

salidas. Apostaría a sus chicas tras las piedras, las ocultaría lo mejor posible, dispararía una vez para atemorizar a los alemanes y luego hablaría con ellos. Al fin y al cabo podrían despachar a uno, y Vaskov no temía vérselas con el otro alemán cara a cara.

Sus combatientes caminaban animosas y al parecer como correspondía: el jefe no descubrió risas ni conversaciones. No sabía cómo reconocerían ellas el terreno, pero él iba mirando a sus pies, como en la caza del oso, y descubrió una ligera huella con suela extraña. Lo menos era un 44, de donde Vaskov dedujo que pertenecía a un mozarrón de casi dos metros y de seis puds y pico. Desde luego, a las chicas no les convenía tropezarse con semejante tiarrón, aunque estuviesen armadas. Mas pronto vio otra huella, comprendiendo por ambas que el alemán daba un rodeo al pantano. Todo resultaba tal como lo había imaginado.

— El alemán tendrá que andar todavía un buen trecho —dijo a su pareja—. Unas cuarenta verstas.

La intérprete no contestó ni palabra: estaba tan rendida que no podía ni con el fusil. El brigada contempló varias veces, fragmentadamente, su rostro afilado, poco agraciado pero muy serio, pensando compasivo que con el actual déficit de hombres no llegaría a conocer la vida familiar, y preguntó inesperadamente:

— ¿Viven tus padres o eres huérfana?

— ¿Huérfana? —Ella sonrió—. Bueno, si quiere que le diga, huérfana.

— ¿No estás segura?

— ¿Y quien lo está ahora, camarada brigada?

— Tienes razón...

— Mis padres estaban en Minsk. —Sacudió su hombro delgado y se colocó bien el fusil—. Yo estudiaba en Moscú, me preparaba para los exámenes, y de repente...

— ¿Tienes noticias?

— Qué voy a tener...

— Claro... —Vaskov volvió a mirarla de reojo conjeturando si no la ofendería la siguiente pregunta—: ¿Son hebreos tus padres?

— Naturalmente.

— Naturalmente... —Vaskov pegó un bufido—. Si fuese natural no te lo habría preguntado.

La intérprete calló. Fruncido el ceño, caminaba trabajosamente por la húmeda hierba con sus toscas botas de lona, de mal talante. Suspiró suavemente:

— Puede ser que consiguieran escapar...

Ese suspiro fue como si le clavaran a Vaskov un cuchillo en el corazón. Pobre gorrión, ¿podrás resistir los sufrimientos que se han abatido sobre ti? Con qué ganas maldeciría esta guerra lanzando rayos y centellas. Y de paso al comandante aquel, a quien se le había ocurrido mandar a las chicas a esta caza; darle una buena pasada. Sería un alivio tremendo. Pero en lugar de ello tenía que sonreír forzosamente.

— ¡A ver, combatiente Gúrvich, lance tres graznidos!

— ¿Para qué?

— Para comprobar la preparación de combate. ¿Cómo? ¿Será posible que haya olvidado lo que le enseñé?

Sonrió en el acto y sus ojillos se animaron.

— Qué voy a olvidarlo.

Desde luego, el graznido resultó de pitorreo. Como en el teatro. Pero la patrulla de cabecera y el eslabón que cerraba la marcha comprendieron la señal y se aproximaron. Osiánina llegó corriendo, fusil en ristre.

— ¿Qué sucede?

— Si hubiera sucedido, ya os habrían recibido los arcángeles en el otro mundo —dijo el jefe—. Se ve que has corrido como una ternera, con la cola al viento.

Se le enfadó, se puso toda colorada, como aurora de mayo. No había más remedio, tenía que enseñarlas.

— ¿Estáis cansadas?

— ¿Qué más se le ocurre?

La pelirroja soltó estas palabras a quemarropa; no cabía duda: lo de Osiánina la había puesto de mal humor.

— Bueno, bueno —apaciguó Vaskov—. ¿Qué han observado en el camino? A ver, por orden: sargento Osiánina.

— Nada de particular... —Rita hizo una pausa—. En el recodo de la carretera había una rama rota.

— Bravo, es cierto. A ver, las últimas. ¡Kommelkova!

— No observé nada, sin novedad.

— Alguien había sacudido el rocío de los arbustos— explicó atropelladamente Liza Bríchkina—. A la derecha aún se conserva, pero a la izquierda del camino se ha desprendido.

— ¡Vaya vista! —exclamó satisfecho el brigada—. Bravo, soldado Bríchkina. Además, en el camino había dos huellas, de botas de caucho alemanas, como las de los paracaidistas. A juzgar por las puntas, están rodeando el pantano. Pues que lo rodeen, nosotros lo cruzaremos derechos. Ahora podemos echar un cigarrillo quince minutos, hacer las necesidades...

Se oyeron unas risitas, como si hubiese dicho alguna tontería. Pero se trataba de una orden prescrita por el reglamento. Vaskov se enfurruñó:

— ¡No reíros! ¡Y no dispersaros! ¡Es todo!

Indicó dónde debían poner las mochilas, dónde las mantas, dónde los fusiles y ordenó romper filas. Todas salieron de estampía hacia los arbustos, como ratones.

El brigada cogió un hacha pequeña y de un árbol seco cortó seis buenas varas. Después encendió un cigarrillo, sentándose junto a su mochila. No tardaron en juntarse todas, susurrándose al oído y cambiando miradas entre sí.

— Ahora hay que estar muy atentos— aconsejó Vaskov—. Yo iré delante y vosotras, en grupo, detrás, paso a paso. Mirar que a derecha e izquierda hay pantanos y os pueden tragar en un santiamén. Que cada una coja una pértiga y tantea con ella este tremedal antes de poner el pie. ¿Hay alguna duda?

Esta vez callaron; la pelirroja sacudió la cabeza pero se abstuvo. El brigada se levantó y pisó la colilla sobre el musgo.

— ¿A ver, quién tiene fuerza?

— ¿Para qué? —preguntó incierta Liza Bríchkina.

— La combatiente Bríchkina llevará la mochila de la intérprete.

— ¿Por qué? —chilló Gúrvich.

— ¡Eso no se pregunta! ¡Kommelkova!

— Presente.

— Tome la mochila de la soldado Chetvertak.

— Venga Galia, y también el fusil...

— ¡Haced lo que os mandan! Cada cual llevará su arma...

Gritaba y se enfadaba consigo mismo: ¡que no, que no debía tratarlas así! ¿Acaso a fuerza de gritos conseguiría hacerlas entrar en razón? Aunque te desgañites no podrás hacer nada. El caso es que ellas charlaban mucho. Como cotorras. Y esto a un militar le sentaba como un tiro.

— Voy a repetirlo para que no haya equivocaciones. Seguidme sin desviaros. Poned el pie en mis pisadas. Tanteando con la pértiga...

— ¿Puedo hacer una pregunta?

— ¡Recristo! No pueden refrenarse.

— ¿Qué quería, combatiente Kommelkova?

— ¿Qué es eso de pértiga?

Por los ojos se le notaba que la pelirroja estaba chanceándose. Unos ojos más peligrosos que un remolino en el río.

— ¿Qué es lo que tiene en la mano?

— Un palo...

— Pues eso es una pértiga. ¿Hablo claro?

— Ahora se ha aclarado. Dal*.

* Vladímir Dal, compilador del Diccionario de la lengua rusa. (N. de la Edit.)

— ¿Qué es eso de “dal”?

— Un diccionario, camarada brigada. Una especie de guía de conversación.

— ¡Basta ya, Eugenia! —gritó Osiánina.

— El trayecto es peligroso, no estamos para bromas. El orden de marcha será el siguiente: yo delante. Luego Gúrvich, Bríchkina, Komelkova, Chetvertak. Cerrando la marcha, la sargento de tercera Osiánina. ¿Hay dudas?

— ¿Cubre mucho?

Era Chetvertak la que se interesaba. Se comprende: con su talla hasta un balde le parecía profundo.

— En algunos sitios hasta... Bueno, hasta salva sea la parte. A usted, hasta la cintura. Tenga cuidado con el fusil.

Se hundió sobre la marcha hasta la rodilla; el pantano glogloteó. Siguió andando poco a poco, tambaleándose, como en un somier, sin volver la cabeza, determinando por los suspiros y los asustados susurros cómo avanzaba el destacamento.

Sobre el pantano flotaba un aire húmedo, estancado. Nubes de tenaces mosquitos de primavera revoloteaban sobre los cuerpos caldeados. Era intenso el olor a hierbas y algas podridas, a pantano.

Las muchachas, apoyándose pesadamente en las varas, sacaban a duras penas las piernas del frío pantano que las absorbía. Las húmedas faldas se les pegaban a los muslos; arrastraban el fusil por el fango. Cada paso les costaba mucho esfuerzo. Vaskov caminaba despacio acompasado con la pequeña Galia Chetvertak.

Se encaminaban hacia una islita donde crecían dos pinos achaparrados, deformados por la humedad. Vaskov no apartaba la vista de ellos, captando entre sus sinuosos troncos un lejano abedul seco, pues no había vado a derecha ni a izquierda.

— ¡Camarada brigada!...

¡Diablos! El jefe afianzó bien la vara y se volvió trabajosamente: lo que se figuraba, se habían dispersado y quedaron inmóviles.

— ¡No estaros quietas, que os traga!

— Camarada brigada, se me ha salido una bota...

Era Chetvertak que gritaba desde atrás. Parecía un mogote, no se veía su falda. Osiánina se abrió paso hasta ella y la ayudó a salir. Hincaban la pértiga en el fango. ¿Tanteaban para encontrar la bota?

— ¿Disteis con ella?

— ¡Qué va!



Komelkova volvió a tentar con la pértiga y se ladeó. Menos mal que él se dio cuenta a tiempo. Pegó tal grito que se le hincharon las venas de la frente.

— ¿A dónde vas?... ¡Alto!...

— A ayudarla...

— ¡Alto! ¡No hay camino hacia atrás!

Recórcholis, menudo lío se había armado con ellas: que si estarse quietas, que si no. Lo que hacía falta es que no se asustaran, que no se dejasen llevar por el pánico. En el pantano esto equivalía a la muerte.

— ¡Despacito, despacito! Hasta la islita ya no queda casi nada; allí descansaremos. ¿Apareció la bota?



— ¡No! ¡Nos traga el pantano, camarada brigada!

— ¡Hay que caminar! Como el terreno es movedizo no se puede estar quietos mucho tiempo.

— ¿Y la bota?

— Cualquiera la encuentra ahora. ¡Adelante! Adelante! ¡Seguidme! —dijo media vuelta y echó a andar sin volver la cabeza—. Pisad en mis huellas. Y no quedaros rezagadas.

Gritaba adrede, para infundir ánimos. Por propia experiencia sabía que las órdenes elevan la moral de los soldados, palabra.

Llegaron a duras penas. Vaskov temía sobre todo los últimos metros, pues cubría más. Allí no se podría sacar las piernas, habría que abrirse paso con el cuerpo entre la tierra movediza. Se necesitaba fuerza y habilidad. Pero todo salió bien.

Cerca de la isleta, donde ya se pisaba terreno menos cenagoso, Vaskov se detuvo. Dejó pasar delante a todo su destacamento y le ayudó a salir a tierra firme.

— No apresuraros. Con calma. Aquí descansaremos.

Las muchachas salieron a la isla y se desplomaron sobre la marchita hierba del año anterior. Empapadas, cubiertas de barro, jadeantes. Chetvertak no sólo se había dejado en el pantano la bota, sino el peal. Salió con una media agujereada, por la que asomaba un dedo gordo, amoratado a causa del frío.

— ¿Qué, fatigadas, camaradas combatientes?

Estas guardaron silencio. Solamente Liza asintió:

— Fatigadas...



— Pues ahora a descansar. Lo que queda es más fácil, llegaremos hasta el abedul seco, y listo.

— No nos vendría mal lavarnos —dijo Rita.

— En el otro lado el agua está limpia, la orilla es arenosa. Podéis bañaros si queréis. Claro que tendréis que secaros sobre la marcha.

Chetvertak suspiró y preguntó tímida:

— ¿Qué voy a hacer sin una bota?

— Ya nos apañaremos para hacerte una abarca —sonrió Vaskov—. Pero cuando pasemos el pantano, no aquí. ¿Aguantarás?

— Aguantaré.

— Eres una calamidad, Galia —enojóse Komelkova—. Podías haber levantado los dedos al sacar la pierna.

— Ya lo hice, pero la bota se me salió de todas maneras.

— ¡Qué frío, chicas!

— Estoy calada hasta el mismísimo...

— A ver si te crees que yo estoy seca. Di un trapiés y caí sentada...

Se echaron a reír. Señal de que recobraban fuerzas. Aunque del género femenino, eran jovencitas, tenían energías. Lo que hacía falta es que no se resfrasen con aquel agua helada...

Vaskov volvió a dar una larga chupada al cigarrillo, tiró la colilla al pantano y se incorporó. Dijo animoso:

— Venga, coger las pértigas, camaradas combatientes. Y seguidme en el mismo orden de antes. Ya nos lavaremos y calentaremos en la orilla.

Y se lanzó desde un tronco a aquel amasijo pardusco.

El último vado también era de aúpa. Un terreno movedizo que parecía jalea de avena: ni se podía apoyar las piernas ni echar a nadar. Se sudaba la gota gorda para abrirse paso.

— ¿Cómo va eso, camaradas?

Gritó así para levantar los alicaídos ánimos, sin mirar atrás.

— ¿Hay sanguijuelas por aquí? —preguntó Gúrvich.

Le seguía; por la senda abierta por él le era más fácil.

— Por aquí no hay nadie. Es un paraje muerto, inhabitado.

A su izquierda se hinchó una burbuja. Reventó y fue como si el pantano respirase ruidosamente. Una de las muchachas ayeó asustada, y Vaskov explicó:

— No temáis, es que sale el gas del pantano. Lo hemos perturbado... —Tras breve reflexión, agregó—: Los viejos dicen que en estos parajes el amo es el silvano. Claro que son cuentos...

Sus combatientes guardaban silencio. Jadeaban, ayeaban, se sofocaban. Pero se abrían paso, tenaz, rabiosamente.

Ya era más fácil. La jalea se hizo menos espesa, el fondo devino más sólido, incluso asomaban mogotes aquí y allá. El brigada no apretó el paso adrede, y el destacamento se reagrupó: caminaban casi pegadas. Salieron a un tiempo junto al abedul. Más allá comenzaba la arena, mogotes y musgo. Parecía ya pan comido, tanto más cuanto el terreno iba elevándose para acabar desembocando en un frondoso abedular. Una vez en él empezaron a hablar todas a porfía, jubilosas, y tiraron las pértigas. Vaskov mandó que las recogieran y las dejaran recostadas en un pino, bien a la vista:

— Quién sabe si les servirán a alguien.

Pero no las dejó descansar ni un minuto. Ni siquiera se apiadó de la descalza Galia Chetvertak:

— Ya no queda casi nada, un esfuercillo más. Ya descansaremos junto al río.

Salieron a una loma y entre los jóvenes pinos divisaron un riachuelo. Limpio como unas lágrimas, con orillas de arena dorada.

— ¡Hurra!... —gritó la pelirroja Eugenia—. ¡Una playa, muchachas!

Las chicas lanzaron chillidos de felicidad, echaron a correr hacia el río por la pendiente, despojándose por el camino de la manta y la mochila:

— ¡Alto! —gritó el jefe—. ¡Firmes!

Se quedaron inmóviles, mirando con asombro, incluso enfadadas.

— ¿No veis que hay arena? —continuó malhumorado Vaskov—. Y vosotras metéis en ella los fusiles, vaya unos soldados. Colocad los fusiles recostados en un árbol, ¿entendido? Las mochilas y las mantas ponedlas juntas. Os doy cuarenta minutos para que os lavéis y arregléis. Yo estaré entre los arbustos, a una distancia que podáis darme una voz. Usted, sargento de tercera Osiánina, me responde de que todo vaya bien.

— A sus órdenes, camarada brigada.

— Es todo. Dentro de cuarenta minutos que estén todas listas. Vestidas, calzadas y aseadas.

Descendió más abajo. Eligió un sitio donde hubiera arena, mucha agua y rodeado de matorrales. Se quitó el correa, las botas, se desnudó. En alguna parte parloteaban las muchachas, pero hasta Vaskov sólo llegaban risas y palabras sueltas. Quizá por esta razón prestaba oído.

Lo primero que hizo Vaskov fue lavarse los pantalones, los peales y la ropa interior. Los retorció cuanto pudo y los extendió sobre los arbustos para que se secasen. Luego se

enjabonó, lanzó unos suspiros, trotó por la orilla armándose de valor y saltó desde arriba a un sitio hondo. Al zambullirse, el agua helada le cortó la respiración, le oprimió el corazón. Quiso gritar con todas sus fuerzas, pero temió asustar a sus soldados. Gimió a media voz, pero no quedó satisfecho, se limpió el jabón y salió a la orilla. Sólo cuando se frotó con la áspera toalla hasta ponerse rojo se recobró y volvió a prestar oído.

Alborotaban las muchachas con su palique, todas hablaban a la vez y cada una lo suyo. Sólo cuando reían lo hacían a coro. Chetvertak gritó alborozada:

— ¡Ay, Eugenia! ¡Ay!

— ¡Adelante! —chilló de repente Komelkova, y el brigada oyó el sordo chapoteo del agua tras los arbustos.

— Andale, se están bañando— pensó con cierta admiración.

Un griterío entusiasta cubrió de golpe todos los sonidos. Menos mal que los alemanes estaban lejos. Al principio en estos chillidos no se podía distinguir nada, pero luego Osiánina voceó:

— ¡Eugenia, ya estás saliendo ahora mismo!

Sonriente, Vaskov lio un grueso cigarrillo, le dio al chisquero, prendió en la mecha y empezó a fumar despacioso, deleitándose, exponiendo la espalda desnuda al tibio sol de mayo.

En cuarenta minutos, naturalmente, no se había secado nada, pero no se podía esperar más. Vaskov, tiritando, se puso los calzones y los pantalones húmedos. Por fortuna tenía unos peales de reserva y así pudo calzarse las botas en unos pies secos. Se puso la guerrera, se apretó el cinturón, recogió sus cosas. Gritó estentóreo:

— ¿Estáis listas, camaradas combatientes?

— ¡Espere!

¡Lo que se figuraba! Vaskov sonrió, meneó la cabeza y no había hecho más que mover los labios para achucharlas cuando Osiánina volvió a gritar:

— ¡Venga! ¡Ya se puede!

Eso de que los combatientes le gritasen a un superior “se puede” era, puestos a pensarlo, un escarnio a las ordenanzas. Algo de escándalo.

Pero esto le vino a las mientes como de pasada, porque después del baño y el descanso estaba más contento que unas pascuas. Tanto más porque su destacamento le esperaba compuesto, limpio y sonriente.

— ¿Qué tal, todo en orden?

— En orden, camarada brigada. Eugenia se ha bañado.

— Bravo, Komelkova. ¿No te helaste?

— De todas maneras no hay nadie para calentarme...

— ¡No te muerdes la lengua! Venga, camaradas combatientes, a tomar un bocado y en marcha, antes de que os hagáis remolonas.

Comieron pan y arenques, pues el brigada reservaba por el momento los alimentos más nutritivos. Luego se las ingeniaron para hacer una especie de abarca a la manirrota de Chetvertak. Le liaron un peal de reserva, encima dos calcetines de lana (tejidos y regalados al brigada por su patrona), y con corteza fresca de abedul Vaskov improvisó una abarca. La colocó en su sitio y la sujetó con una venda.

— ¿Vale?

— Ya lo creo. Gracias, camarada brigada.

— Pues, en marcha. Aún nos queda hora y media de darle a las piernas. Y una vez allí habrá que orientarse y prepararse para ver cómo y en dónde recibir a los huéspedes.

Las hizo caminar de prisa para que las faldas y demás cosillas suyas se secaran sobre la marcha. Pero las chicas resistían bien; únicamente les salieron los colores.

— ¡Venga, a correr se ha dicho! ¡Seguidme!

Corrió hasta que le faltó el aliento. Las dejaba respirar un momento, y de nuevo:

— ¡Seguidme! ¡A correr se ha dicho!

Declinaba el sol cuando llegaron al lago Vop. El agua salpicaba suavemente los cantos rodados, los pinos de la orilla tenían ya el rumor del atardecer. Por mucho que el brigada escrutó el horizonte no vio ninguna barca; por más que olisqueó en el susurrante venticillo no percibió humo de ningún lado. Antes de la guerra estos parajes no estaban muy poblados. Ahora parecían salvajes, como si todos —leñadores, cazadores, pescadores y pegueros —se hubiesen marchado al frente.

— Qué quietud —musitó la vocinglera Eugenia—. Parece un sueño.

— Desde aquella lengua de tierra que se ve a la izquierda comienzan los cerros de Siniujin —explicó Vaskov—. Al otro lado, estos cerros están aprisionados por un segundo lago, el de Legont. Así se llamaba un monje que vivió aquí en tiempos pretéritos, buscando quietud.

— Pues de eso hay aquí un rato —suspiró Gúrvich.

— A los alemanes no les queda otro camino que atravesar los cerros entre estos dos lagos. Y en los cerros ya sabéis que hay rocas pequeñas y enormes como casas. En ellas debemos elegir nuestras posiciones: la principal y la de reserva, como mandan las ordenanzas. Una vez elegidas, comeremos, descansaremos y a esperar. ¿De acuerdo, camaradas soldados rojos?

Los camaradas soldados rojos callaron. Meditaban...

Desde que nació, Vaskov se sentía más viejo de lo que era. A los catorce años tenía ya que trabajar como un hombre maduro para alimentar a su familia. Eran los duros tiempos de desbarajuste económico. Vaskov era el único varón que quedó en la casa, el sostén, el que ganaba el dinero. Durante el verano trabajaba como campesino, en el invierno cazaba fieras. Sólo al cumplir los veinte años supo que a los hombres les corresponden días de descanso. Bueno, luego el ejército, que tampoco era una guardería infantil... En el ejército estiman la seriedad, y él estimaba al ejército. Así, en esa etapa tampoco rejuveneció; por el contrario, ascendió a brigada. Y el brigada siempre es para los combatientes una persona de edad. Es lo suyo.

Vaskov se olvidó de los años que tenía. Sabía una cosa: que era más viejo que los soldados rasos y los tenientes, igual que todos los comandantes y siempre más joven que cualquier coronel. No era un problema de subordinación, sino de concepción del mundo.

Por eso contemplaba a las muchachas bajo su mando como si fuesen de otra generación. Como un participante de la guerra civil que hubiese tomado el té con Chapáev * junto a la ciudad de Lbischensk. Y esto no porque se lo dictase su cerebro, ni por haberse juramentado, sino como algo natural derivado de su condición de brigada.

A Vaskov nunca se le había ocurrido imaginar que fuese más viejo de lo que en realidad era. Sólo aquella noche, tranquila y clara, empezó a barrenarle la duda.

Pero hasta la noche aún quedaba mucho tiempo, aún estaban eligiendo las posiciones. Sus combatientes trepaban por las peñas como cabras, y él brincaba con ellas. Tan diestramente que él mismo estaba asombrado. Frunció el ceño y pasó a andar parsimonioso y a encaramarse a las peñas en tres movimientos y no de golpe.

Bueno, esto no era lo más importante. Lo más importante era que había elegido una posición excelente. Bien resguardada, con accesos ocultos, con una panorámica que abarcaba desde el bosque hasta el lago. Altos peñascos la protegían a lo largo del lago, dejando sólo una angosta franja descubierta junto a la orilla. Por esa franja, si llegaba el caso, los alemanes necesitarían tres horas para dar un rodeo a esta hilera rocosa, mientras él podía retirarse en línea recta, por entre las peñas, y ocupar la posición de reserva mucho antes de que apareciera el

* Chapáev, héroe de la Guerra Civil en Rusia. (N. de la Edit.)

enemigo. Bueno, la había elegido para mayor seguridad porque estaba claro que podía dar buena cuenta de dos saboteadores aquí, en la posición principal.

Una vez elegida la posición, Vaskov calculó la hora, como mandan las ordenanzas. Según su cálculo aún quedaban cuatro horas de espera; por eso autorizó a su destacamento a preparar comida a razón de un cazo para dos. Liza Bríchkina se ofreció ella misma para prepararla. Vaskov puso a su disposición dos chicas escuchimizadas y ordenó que la hoguera no echase humo.

— Como vea humo tiro al fuego todo lo que hayáis preparado. ¿Está claro?

— Claro —dijo Lisa con voz alicaída.

— No, no está claro, camarada combatiente. Lo estará cuando me pidas un hacha y mandes a tus ayudantes a cortar ramas secas. Y diles que sólo corten las que aún no tienen verdín. Que crujan al partirse. Así darán calor y no humo.

Las órdenes son órdenes, pero para dar el ejemplo partió ramas secas y encendió la hoguera. Luego, cuando fue con Osiánina a estudiar el terreno, miró sin parar hacia allí, pero no vio humo; tan sólo un titilar del aire sobre las peñas, mas había que saberlo o tener una vista de lince, y los alemanes, desde luego, no podían tenerla.

Mientras las tres preparaban la comida, Vaskov, Osiánina y Komelkova recorrieron toda la hilera de rocas. Determinaron el lugar, el sector de tiro, los puntos de referencia. Vaskov comprobó con pasos la distancia hasta los puntos de referencia y la anotó en la carta de tiro, como rezan las ordenanzas.

En ese momento llamaron a comer. Se sentaron por parejas, las mismas que durante la marcha; al jefe le tocó compartir con Gúrvich. Ella se mostraba cohibida, su cuchara empezó a chocar con harta frecuencia en las paredes del cazo, dejándole a él lo más espeso. El brigada le dijo reprobatorio:

— ¿Por qué haces eso, camarada intérprete? No soy tu amado y no tienes por qué dejarme los trozos mejores. Come cual corresponde a un combatiente.

— Ya como —sonrió la chica.

— ¡Se ve! Estás flaca como grajo en primavera.

— Así es mi constitución.

— ¿Tu constitución? Mira, Bríchkina tiene la misma constitución que todos nosotros, pero hay que ver qué cuerpo. Da gusto contemplarla...

Después de comer se hincharon de té. Durante la marcha Vaskov había cogido hojas de airela y las cocieron. Reposaron media horita y el brigada ordenó formar.

— ¡Atención a la orden! —empezó solemne, aunque en su fuero interno no estaba muy seguro de que la orden fuera acertada—. El enemigo, con fuerzas de dos “fritz” armados hasta los dientes, avanza en la zona del lago Vop con el propósito de penetrar furtivamente hasta el ferrocarril de Kírov y el canal “Stalin” Mar Blanco-Mar Báltico. A nuestro destacamento de seis se le ha encomendado la misión de ocupar posiciones en los cerros de Siniujin y allí apresar al enemigo. A la izquierda lindan con el lago Vop y a la derecha con el de Legont... —Calló el brigada, tosió y pensó disgustado que debía haber escrito antes la orden en un papel. Continuó —: He decidido hacer frente al enemigo en la posición principal e intimarle a la rendición antes de abrir fuego. En caso de que oponga resistencia, matar a uno y coger vivo al otro. En la posición de reserva quedarán todos los pertrechos bajo la vigilancia de Chetvertak. No disparar hasta que lo ordene. Nombro mi ayudante a la sargento de tercera Osiánina, y si ésta es puesta fuera de combate, a la soldado Gúrvich. ¿Alguna pregunta?

— ¿Por qué me mandan a la reserva? —preguntó ofendida Chetvertak.

— Es una pregunta ociosa, camarada combatiente. Se le ha ordenado y cúmplalo.

— Tú, Galia, eres nuestra reserva —dijo Osiánina.

— No hay nada que aclarar, todo está clarito—respondió vivaracha Komelkova.

— Pues si está clarito, ocupad la posición.

Colocó a las combatientes en los sitios previstos de antemano con Osiánina, indicó a cada una los puntos de referencia y volvió a advertirlas personalmente que se estuviesen tumbadas como muertas.

— Que nadie se mueva. Yo seré el primero en hablar con ellos.

— ¿En alemán? —le tiró una indirecta Gúrvich.

— En ruso —replicó brusco el brigada—. Y usted les traducirá si no lo entienden. ¿Está claro?

Callaron todas.

— Si en el combate vais a portaros así, tened en cuenta que no hay cerca batallón sanitario. Ni tampoco ninguna mamá.

No debió haber dicho esto de la mamá, en absoluto. Por eso se enfadó terriblemente. Iba de veras y no se trataba de ejercicios de tiro.

— Con los alemanes conviene combatir a distancia. Mientras aprestáis el fusil ya os ha convertido en una criba. Por eso ordeno categóricamente que estéis tumbadas. Hasta que dé la

orden de “¡fuego!” Si no, no repararé en que sois del género femenino... —En eso Vaskov se paró en seco y tajó con la mano—. Es todo. Se acabaron las instrucciones.

Asignó los sectores de observación, distribuyó a las muchachas por parejas, para que en cada sector observaran con cuatro ojos. El se subió más arriba, escrutando con los gemelos el lindero del bosque. Miraba tan fijamente que se le saltaron las lágrimas.

Se ponía el sol tras las copas de los árboles, pero la Peña sobre la que estaba tumbado Vaskov conservaba aún el calor acumulado. El brigada dejó a un lado los gemelos y entornó los ojos para descansar. De pronto notó que aquella cálida roca se movía suavemente y bogaba no se sabe dónde, en silencio y calma, sin que Vaskov se diera cuenta de que dormitaba. Sentía un vientecillo y escuchaba todos los susurros, pero le parecía que yacía sobre una estufa campesina, que se le había olvidado extender una arpillera y que tenía que decírselo a su madre. Vio a ésta, vivaracha, pequeña; en muchos años sólo había podido dormir a intervalos, como a trocitos robados a su vida campesina. Vio sus manos, increíblemente delgadas; sus dedos agarrotados hacía tiempo a causa de la humedad y de tanto trabajar. Vio su rostro surcado de arrugas, como cocido al horno, sus lágrimas en las ajadas mejillas, y comprendió que su madre todavía lloraba al niño muerto Igor, echándose la culpa y atormentándose. Quiso decirle algo cariñoso, pero en ese momento alguien le tocó la pierna y creyó, no se sabe por qué, que sería su padre. Se pegó un susto tremendo. Abrió los ojos: Osiánina se había encaramado a la Peña y le tiraba de la pierna.

— ¿Los alemanes?

— ¿Dónde?— respondió ella asustada.

— Diablos... Me había parecido.

Rita le contempló largamente y sonrió:

— Eche un sueñecito, Fedot Yevgráfigh. Le traeré el capote.

— Ni hablar, Osiánina. Me quedé traspuesto. Hay que echar un cigarrillo.

Descendió de la Peña. Debajo estaba Komelkova peinándose. Se había soltado el pelo y le cubría la espalda. Pasaba el peine y una mano no bastaba, tenía que seguir más abajo con la otra. Su pelo era espeso, suave, con reflejos cobrizos. Sus manos iban y venían despaciosas y tranquilas.

— ¿Teñido, verdad? —preguntó el brigada, pero se asustó: no le fueran a poner unas banderillas y se acabase lo bueno.

— Es mi pelo natural. ¿Estoy despeinada?

— Qué más da.

— No se vaya a creer, Liza Bríchkina vigila por mí. Menuda vista tiene.

— Bueno, bueno. Haz tus necesidades...

¡Diantre, otra vez se le había escapado esta palabra! Porque estaba en las ordenanzas, grabada para siempre. Eres un mastuerzo, Vaskov, un mastuerzo irremediable.

El brigada frunció el ceño, exhaló unas bocanadas de humo y quedó envuelto por él.

— ¿Camarada brigada, es usted casado?

Miró. A través de una llama rojiza le contemplaban unos ojos verdes. Ojos de una fuerza increíble, como un cañón de los más grandes.

— Casado, combatiente Komelkova.

Mintió, desde luego. Pero con esas mujeres más valía así. Tomaba sus distancias.

— ¿Y dónde está su mujer?

— Dónde va a estar, en casa.

— ¿Tienen hijos?

— ¿Hijos?... —suspiró Vaskov—. Tuvimos un niño. Se nos murió. Justamente poco antes de la guerra.

— ¿Se murió?

Se echó hacia atrás la cabellera y se le quedó mirando, escrutando su alma. No dijo nada más. Ni una palabra de consuelo, ni de broma, ni vaciedades. Vaskov, no pudiendo contenerse, suspiró:

— Sí, no supo preservarlo mi madre...

Le pesó haberlo dicho. Tanto que se puso en pie de un salto y se ajustó la guerrera, como si tuviera que pasar revista.

— ¿Qué hay por ahí, Osiánina?

— No se ve a nadie, camarada brigada.

— ¡Continuad vigilando!

Y se fue de puesto en puesto.

El sol se había ocultado hacía tiempo, pero estaba claro, como antes del amanecer. Gúrvich, detrás de su peña, leía un libro. Canturreando, como si fuera una oración. Antes de acercarse Vaskov escuchó un rato:

*Nacimos en sórdidos años,
Nuestro camino no podemos recordar,
Rusia de los terribles años,
Nada podemos olvidar.
¡Años de desolación!
¿De locuras? ¿De esperanzado acento?
Los días de guerra, de liberación,
Dejaron en sus rostros un destello sangriento...*

— ¿A quién le estabas leyendo? —preguntó Vaskov al llegar donde ella.

La intérprete quedó turbada (¡le habían ordenado vigilar, vigilar!), dejó el libro y quiso levantarse. El brigada la detuvo.

— ¿A quién le estabas leyendo, te pregunto?

— A nadie. Leo para mí.

— ¿En voz alta?

— Son versos.

— ¡Ah!... —Vaskov no comprendió. Tomó el libro, delgadito como las instrucciones para el manejo del lanzagranadas, y lo hojeó—. Te estropeas la vista.

— Se ve bien, camarada brigada.

— Lo digo en general... Otra cosa, no estés sentada en las peñas. Pronto se enfriarán y empezarán a extraer calor de tu cuerpo, sin que te des cuenta. Extiende el capote.

— Gracias, camarada brigada.

— Y no leas en voz alta. Al atardecer el aire es aquí húmedo, denso, y los amaneceres tranquilos. Se oye a cinco verstas. Y vigila, vigila, combatiente Gúrvich.

Bríchkina se había instalado más cerca del lago. Desde lejos Vaskov sonrió satisfecho: ¡ésta sí que era una chica despabilada! Había cortado unas ramas de abeto, las extendió en una quebrada entre las peñas y colocó encima el capote. Tenía experiencia. Vaskov se interesó: — ¿De dónde eres, Bríchkina?

— De la región de Briansk, camarada brigada.

— ¿Trabajabas en algún koljós?

— Sí, pero sobre todo ayudaba a mi padre. Es guardabosques, vivíamos en pleno bosque.

— Por eso graznas tan bien.

Echó a reír. Les gustaba reírse, aún no habían perdido la costumbre.

— ¿No has observado nada?

— Por ahora todo está tranquilo.

— Fíjate en todo, Bríchkina. Si se mueven los arbustos, si se agitan los pájaros. Tú has crecido en el bosque y entiendes de esto.

— Ya lo creo.

— Estupendo...

El brigada dio unas pisadas sin moverse del sitio. Parecía haberlo dicho todo, haber dado las instrucciones. Debería marcharse, pero las piernas no le obedecían. Aquella muchacha tenía su encanto; crecida en pleno bosque, había que ver lo bien que se había instalado; despedía un calor como el de aquella estufa rusa con que había soñado hoy.

— Liza, Liza, Lizaveta, que me tienes majareta. ¿Cómo a tu amado no cantas? ¿Será feo y te espantas?— soltó de una tirada Vaskov, y aclaró—: Es una coplilla de mi tierra.

— Y en la nuestra...

— Luego la cantaremos juntos, Liza. Cuando hayamos cumplido la misión.

— ¿De verdad? —sonrió la muchacha.

— ¿No te lo he dicho?

El brigada le hizo un guiño picaresco, siendo el primero en turbarse. Se enderezó la gorra y se fue. Bríchkina le gritó al alejarse:

— ¡No lo olvide, camarada brigada! ¡Me lo ha prometido!

Vaskov no contestó nada pero fue sonriéndose todo el camino hasta que, atravesando los cerros, no llegó a la posición de reserva. Una vez allí se borró la sonrisa de su rostro y empezó a buscar dónde se había escondido Chetvertak.

La encontró al pie de una roca, sobre las mochilas, arropada en el capote y con las manos metidas dentro de las mangas. El cuello subido le ocultaba la cabeza y el gorro. Sólo asomaba melancólica su naricilla colorada y ternillosa.

— ¿Qué haces ahí tan encogida, camarada combatiente?

— Tengo frío...

Quiso tocarle con la mano, pero ella se echó atrás. ¿Habría pensado la muy idiota que le iba a meter mano?

— ¡Estáte quieta, recristo! A ver esa frente. ¿Oyes?

Sacó el pescuezo. El brigada le puso la mano en la frente y notó que ardía. ¡Mal rayo le parta!

— Tienes fiebre. ¿No lo notas?

No respondió. Tenía unos ojos tristes como los de un ternerillo. Vete a saber a quién acusaban. Aquí son las consecuencias del pantano, camarada brigada. De la bota perdida, de tus prisas y del viento de mayo. Te dan un combatiente inútil y es una carga para todo el destacamento y para tu propia conciencia. Vaskov tomó su mochila, soltó la correa y metió la mano dentro: en un rinconcito apartado tenía, para casos extremos, una cantimplora con setecientos cincuenta gramos de alcohol. Vertió en un jarro.

— ¿Lo tomas así o lo rebajo?

— ¿Qué es?

— Una mixtura. Bueno, alcohol.

Se echó para atrás, manoteando:

— Ay, qué cosas tiene...

— ¡Le ordeno que lo tome! —El brigada, tras breve reflexión, lo rebajó con un poco de agua—. Bebe. Y toma agua en seguida.

— Le digo que no...
— Bebe y déjate de historias.
— ¡Qué cosas se le ocurren! Mi mamá es doctor...
— Aquí no hay mamá que valga. No hay más que la guerra, los alemanes y el brigada Vaskov. Ninguna mamá. La tendrán los que sobrevivan a la guerra. ¿Está claro?

Bebió atragantándose, mezclándolo con lágrimas. Le dio un acceso de tos. Vaskov le golpeó ligeramente en la espalda. Se le pasó. Se enjugó las lágrimas con las manos y sonrió:

— Se me va la cabeza.
— Mañana la alcanzarás.

Trajo a rastras unas ramas de abeto. Las extendió y la cubrió con su capote.

— Descansa.
— ¿Y usted, qué va a hacer sin capote?
— Yo estoy sano, no temas. Sólo te pido que sanes para mañana. Te lo pido encarecidamente.

En derredor se hizo el silencio. El bosque, el lago, el mismo aire, todo se fue a descansar, se ocultó. Era pasada la medianoche, había empezado el nuevo día y no se tenía ni idea de dónde pudieran estar los alemanes. Rita no hacía más que mirar a Vaskov. Cuando estuvieron solos inquirió:

— ¿No estaremos aguardando en balde?
— Quién sabe— suspiró el brigada—. Mas no lo creo. Si tú no tomaste unos troncos por “fritz”, claro.

Para entonces Vaskov había anulado la vigía posicional. Envío a las combatientes a la posición de reserva, mandó cortar ramas y dormir hasta que les despertase. El se quedó en la posición principal con Osiánina.

El hecho de que no aparecieran los alemanes tenía muy preocupado a Vaskov. Podían no venir aquí, podían dirigirse a otra parte del ferrocarril, podían tener otra misión muy distinta a la que él les había adjudicado. Podían ya haber hecho atrocidades: cargarse algún jefe militar o volar algo importante. Vete luego a explicar al tribunal por qué, en lugar de rastrillar el bosque y pescar a los alemanes, te marchaste a no se sabe dónde. ¿Te compadeciste de las combatientes? ¿Te asustó lanzarlas a un combate abierto? Esto no es una justificación si la orden quedó incumplida. No es una justificación.

— ¿Por qué no duerme mientras, camarada brigada? Al amanecer le despertaré...

¡Cómo diablos iba a dormir! El brigada ni siquiera sentía el frío, aunque sólo llevaba puesta la guerrera...

— No tengas prisa con eso del sueño, Osiánina. Como deje escapar a los “fritz” tendré un sueño eterno, ¿comprendes?

— ¿Quién sabe si ellos no estarán durmiendo, Fedot Yevgráfich?

— ¿Durmiendo?

— También son personas. Usted mismo dijo que los cerros de Siniujin son el único paso accesible al ferrocarril. Y hasta él les quedan...

— Aguarda, aguarda, Osiánina. Medio centenar de verstras, con toda seguridad, más incluso. Y por terreno desconocido. Asustándose de cada arbusto... ¿Es así?

— Claro que sí, camarada brigada.

— Pero si es así es muy posible que puedan tumbarse a descansar. Al amparo de unos árboles caídos. Dormirán hasta la salida del sol. Y con el sol... ¿Eh?

Sonrió Rita. Volvió a contemplarle largamente, como las mujeres contemplan a los chiquillos.

— Pues descansen hasta la salida del sol. Yo le despertaré.

— No tengo sueño, camarada Osiánina... Margarita, ¿cuál es su patronímico?

— Llámeme sencillamente Rita.

— ¿Echamos un cigarrillo, camarada Rita?

— No fumo.

— No entendí bien eso de que ellos también son personas. Estuviste atinada: tienen que descansar. Ve también tú a descansar, Rita. Anda.

— No quiero dormir.

— Túmbate un rato a estirar las piernas. Seguro que tendrás agujetas por la falta de costumbre.

— Estoy bien entrenada, Fedot Yevgráfich —sonrió Rita.

Pero el brigada consiguió convencerla y Rita se acostó en el acto, en la futura primera línea, sobre las ramas de abeto que Liza Bríchkina había preparado para sí. Se tapó con el capote, pensó echar una cabezada hasta el amanecer y se quedó dormida. Profundamente, sin sueños, como muerta. Se despertó cuando el brigada tiró del capote:

— ¿Qué sucede?

— ¡Chitón! ¿Oyes?

Rita apartó el capote, se arregló la falda y se incorporó de un salto. El sol se había despegado ya del horizonte, los peñascos se tiñeron de rosa. Se asomó y vio cómo sobre el lejano bosque revoloteaban los pájaros lanzando chillidos.

— Los pájaros chillan...

— ¡Son urracas! —sonrió suavemente Vaskov—. Si escandalizan señal de que alguien las sobresalta. Seguro que es gente forastera. Venga, Osiánina, despierta a las combatientes. ¡Volando! Pero sigilosamente, que no se oiga ni un ruido.

Rita salió corriendo.

El brigada se tumbó en su puesto: delante y encima de los demás. Comprobó la pistola y metió un cartucho en la recámara de su fusil. Con los gemelos se puso a escudriñar el lindero del bosque, iluminado por el sol aún bajo.

Las urracas evolucionaban sobre los arbustos, matraqueaban, cotorreaban.

Apresáronse las combatientes y salieron en silencio para sus puestos. Se tendieron.

Llegó Gúrvich:

— Salud, camarada brigada.

— Salud. ¿Cómo está Chetvertak?

— Duerme. No quisimos despertarla.

— Bien hecho. Quédate conmigo como enlace. Pero no asomes la cabeza.

— No la asomaré —asintió Gúrvich.

Las urracas se acercaban más y más, en algunos sitios ya temblaba la parte superior de los arbustos. A Vaskov llegó a parecerle que crujía el ramaje bajo la pesada bota de alguien. Luego todo se inmovilizó y las urracas parecieron tranquilizarse. Pero el brigada sabía que en el mismo lindero, allí entre los arbustos, había alguien. Alguien que escrutaba las orillas del lago, el bosque del otro lado, los peñascales por donde pasaba su camino y donde estaban guarecidos él y sus combatientes, arreboladas por el sueño.



Adivinó ese momento misterioso en que un acontecimiento desemboca en otro, cuando a la causa sucede el efecto, cuando se producen acontecimientos. En la vida corriente nunca se advierte ese momento, pero en la guerra, con los nervios tensos hasta el límite, donde aparece en primer plano el sentido primitivo de la existencia: salvarse, se hace real, perceptible físicamente e infinitamente largo.

— Venga, venid para acá, venid... —murmuraba inarticuladamente Vaskov.

Se agitaron los lejanos arbustos y del lindero del bosque se deslizaron cautelosamente dos hombres. Llevaban capotes verdigrises jaspeados, pero el sol les daba de plano en los rostros y el brigada pudo ver netamente cada uno de sus movimientos.

Con el dedo en el gatillo de las metralletas, avanzaron hacia el lago agachados, con pasos ligeros, felinos...

Pero Vaskov ya no les miraba. Porque detrás de ellos seguían agitándose los arbustos y salían incesantemente nuevas figuras verdigrises con las metralletas aprestadas.

— Tres... cinco... ocho... diez... —contó Gúrvich en voz baja—. Doce... catorce... quince... dieciséis... Dieciséis, camarada brigada...

Los arbustos dejaron de moverse.

Las urracas se alejaban chillando.

Dieciséis alemanes, mirando a todos lados, avanzaban lentamente por la orilla hacia los cerros de Siniujin...

6

Vaskov había sido toda su vida un fiel cumplidor de órdenes. Las cumplía al pie de la letra, con presteza y satisfacción. Precisamente en este puntual cumplimiento de la voluntad ajena veía todo el sentido de su existencia. Sus jefes le estimaban como ejecutor de órdenes y no le exigían más. Era el piñón de un enorme mecanismo, cuidadosamente puesto a punto: daba vueltas y hacía darlas a otros, sin preocuparse por saber dónde había empezado esta rotación, adónde estaba orientada y en qué terminaría.

Los alemanes avanzaban lenta e inflexiblemente por la orilla del lago Vop. Venían derechos hacia él y sus combatientes, que esperaban parapetados tras las peñas, apretando, como les habían ordenado, sus tersas mejillas contra las frías culatas de los fusiles.

— Dieciséis, camarada brigada —repitió Gúrvich casi sin voz.

— Ya lo veo —dijo Vaskov sin vo verse—. En fila india, Gúrvich. Di a Osiánina que repliegue inmediatamente a las combatientes a la posición de reserva. ¡A escondidas, jeh!, a escondidas!... Espera, ¿dónde vas? Mándame a Bríchkina. A rastras, camarada intérprete. Ahora, por el momento, viviremos arrastrándonos.

Gúrvich se deslizó a rastras, serpeando cuidadosamente entre las peñas. El brigada habría querido pensar algo, decidir algo en el acto, pero su cabeza estaba desesperadamente vacía; sólo le obsesionaba un deseo, producto de años de educación: informar. Ahora mismo, sin tardanza, informar al mando que la situación había cambiado, que con sus fuerzas ya no podía proteger el ferrocarril de Kírov ni el canal "Stalin".

Su destacamento empezó a replegarse: aquí chocaba un fusil, allá se desprendía una piedra. Estos ruidos repercutían en él, porque, aunque los alemanes estaban aún lejos y no podían oír nada, Vaskov experimentaba verdadero miedo. ¡Si tuviera ahora una ametralladora con un disco repleto y un auxiliar eficaz! Incluso, a falta de una ametralladora, tres metralletas con mozarrones diestros... Pero no tenía ni ametralladoras ni mozarrones. Sólo un quinteto de chicas risueñas, con cinco cargadores por fusil. Por eso sudaba de lo lindo el brigada Vaskov aquella mañana de mayo cubierta de rocío...

— Camarada brigada... Camarada brigada...

El jefe del destacamento se enjugó afanoso el sudor con la manga, y sólo entonces se volvió. Al ver cerca unos ojos increíblemente desencajados, hizo un guiño:

— Anímate, Bríchkina. Hasta es preferible que sean dieciséis. ¿Entiendes?

El brigada no explicó por qué dieciséis saboteadores eran mejor que dos, pero Lisa asintió y sonrió insegura.

— ¿Te acuerdas bien del camino de regreso?

— Sí, camarada brigada.

— Mira, a la izquierda de los alemanes se extiende un pinar. Lo atraviesas por el lindero a lo largo del lago.

— ¿Dónde usted cortó ramaje seco?

— ¡Bravo, muchacha! De allí sigues al riachuelo, todo derecho, que no te perderás.

— Ya lo sé, camarada...

— Aguarda, Lisa, no te apures. Lo principal es el pantano, ¿comprendes? El vado es muy angosto; a derecha e izquierda el tremedal. El punto de referencia es aquel abedul. Desde el abedul, en línea recta hasta los dos pinos de la isla.

— Comprendido.



— Allí descansas un poco, no te lances en seguida. Desde la islita te encaminas al tocón quemado desde el cual me tiré al pantano. Lo tomas como referencia, se divisa bien.

— Comprendido.

— Informas a Kiriánova de la situación. Aquí haremos dar vueltas a los “fritz”, pero no resistiremos mucho, como puedes figurarte.

— Comprendido.

— Deja el fusil, la mochila y la manta. Te será más fácil correr.

— ¿O sea que tengo que irme ahora?

— No te olvides de la pértiga antes del pantano.

— ¡Qué va! Salgo corriendo.

— Zúmbale, Liza.

Liza asintió en silencio y se hizo a un lado. Apoyó el fusil contra una peña y empezó a quitarse la cartuchera del cinturón, sin dejar de echar miradas a Vaskov, como si esperase algo.



Pero éste, ocupado con los alemanes, no vio sus alarmados ojos. Liza suspiró cautelosa, se apretó el cinturón y, agachándose, echó a correr hacia el pinar, arrastrando un poco las piernas como hacen todas las mujeres del mundo.

Los saboteadores estaban ya muy cerca, se podía distinguir sus rostros, pero Vaskov seguía despatarrado sobre la peña. Miraba con el rabillo del ojo a los alemanes, pero contemplaba el bosquecillo de pinos que comenzaba en los peñascales y se extendía hasta el lindero. Dos veces observó cómo se movían los arbustos pero suavemente, como si fuesen los pájaros, y pensó que había hecho bien mandando precisamente a Liza Bríchkina.

Una vez persuadido de que los saboteadores no habían localizado al enlace, echó el seguro del fusil y descendió detrás de una peña. Allí cogió el fusil de Liza y corrió hacia atrás, adivinando con el sexto sentido dónde poner el pie para que no se oyesen las pisadas.

— ¡Camarada brigada!...

Se abalanzaron cual gorriones sobre el cáñamo. Hasta Chetvertak asomó bajo el capote. Poca disciplina, desde luego. Debía gritar, dar órdenes, indicar a Osiánina que no había puesto centinelas. Ya había abierto la boca y fruncido el ceño con talante de jefe, pero cuando vio sus ojos reconcentrados, sólo se limitó a decir:

— Mal va la cosa, muchachas.

Quiso sentarse en una peña, pero Gúrvich le retuvo y extendió rápida su capote. El se lo agradeció con un movimiento de cabeza, se sentó, sacó la bolsita del tabaco. Formaron en fila ante él, observando cómo liaba el cigarrillo. Vaskov miró a Chetvertak.

— ¿Cómo te sientes?

— Voy tirando. —Quiso sonreír, pero no pudo, los labios no le obedecieron—. He dormido bien.

— De manera que son dieciséis. —El brigada se esforzaba por hablar tranquilamente y por eso sopesaba cada palabra—. Dieciséis metrallas no es ninguna broma. De frente no las paras. Pero hay que pararlas; calculo que estarán aquí dentro de tres horas.

Osiánina y Komelkova cruzaron miradas. Gúrvich alisaba su falda sobre las rodillas; Chetvertak le miraba fijamente, sin pestañear. El brigada lo observaba todo, lo veía y oía todo, aunque fumaba tranquilamente, mirando a su cigarrillo.

— He mandado a Bríchkina a la unidad —dijo tras una pausa—. Podemos contar con refuerzos para la noche, no antes. Y si entramos en combate antes de caer la noche no

resistiremos. En ninguna posición, porque ellos tienen dieciséis metralletas.

— ¿Entonces, vamos a contemplar cómo pasan a nuestro lado? —preguntó en voz queda Osiánina.

— No hay que dejarles pasar los cerros por aquí —afirmó Vaskov—. Hay que desviarlos del camino. Marearlos, llevarlos dando una vuelta por el lago de Legont. ¿Cómo? Combatiendo solamente no podemos resistir. Hay que echarle imaginación.

Nada temía tanto el brigada como que ellas se percataran de su desconcierto. Como se lo olieran con su misterioso instinto, se acabó. Se acabó su superioridad, su voluntad de jefe, y con ella la confianza en él. Por eso hablaba adrede tan calmamente, a media voz; por eso fumaba como si estuviera de tertulia con los vecinos. Pero no hacía más que pensar, dándole vueltas a sus pesados sesos, repasando todas las posibilidades.

Para empezar ordenó que desayunaran. Las combatientes se enfadaron, pero Vaskov las llamó al orden y sacó un trozo de tocino de la mochila. Cualquiera sabe lo que les hizo más efecto, el tocino o la orden, el caso es que empezaron a comer a porfía. Vaskov lamentó que, con las prisas, hubiera mandado a Liza Bríchkina en ayunas a tanta distancia.

Terminado el desayuno, el brigada se afeitó concienzudamente con agua fría. Tenía una navaja que antes perteneció a su padre, de acero bien templado, mas a pesar de ello se dio dos cortes. Se puso unos parches de papel de periódico, Komelkova sacó de su mochila un frasco de colonia y le desinfectó los cortes.

Todo lo hacía tranquilamente, sin prisas, pero el tiempo corría, y los pensamientos rebullían en su cabeza como alevinos en un bajío. No había manera de concentrarlos y lamentaba no poder coger un hacha y salir a partir leña. Sería la mejor manera de sedimentarlos, sin darse cuenta; de disipar los inútiles, de hallar una salida a esta situación.

Comprendía perfectamente que los alemanes no habían penetrado hasta aquí para entablar combate. Caminaban por los bosques, cautelosos, mandando patrullas por delante. ¿Para qué? Para que el enemigo no pudiera descubrirles, para no entablar tiroteos, para infiltrarse sigilosa, desapercibidamente a través de las posibles barreras, hasta su objetivo fundamental. Es decir, lo que hacía falta es que le vieran y que él aparentase no haber reparado en ellos. Entonces quizá se retiraran para intentar infiltrarse por otro sitio. Y otro sitio era alrededor del lago de Legont, una jornada de marcha...

¿Mas qué podía mostrarles? Cuatro muchachitas y él. Bueno, se detendrían, enviarían una patrulla de reconocimiento,

les estudiarían hasta comprender que en la posición había exactamente cinco. ¿Y luego? Pues luego, camarada brigada Vaskov, no se retirarían a ninguna parte. Les rodearían. Sin pegar un tiro liquidarían a cuchilladas todo el destacamento. No eran tontos, la verdad, para esconderse en el bosque por cuatro chicas y un brigada armado sólo de una pistola...

Vaskov hizo todas estas consideraciones a las combatientes, a Osiánina, Komelkova y Gúrvich. Chetvertak, que ya había dormido, se ofreció para hacer guardia. El brigada les explicó todo sin ambages, y agregó:

— Si en hora u hora y media no se nos ocurre otra cosa, haremos lo que he dicho. Preparaos...

Prepararse, ¿para qué? ¿Para ir al otro mundo? Para eso cuanto menos tiempo tanto mejor...

Sin embargo, él se preparó. Sacó de la mochila una granada, limpió la pistola, afiló el cuchillo en una piedra. Fue toda su preparación. Las muchachas ni siquiera eso. Bisbisaban, discutían apartadas. Luego se le acercaron:

— ¿Camarada brigada, y si topasen con los leñadores?

Vaskov no entendió eso de los leñadores. ¿Dónde?... Se hallaban en guerra, ellos mismos habían visto que los bosques estaban vacíos. Cuando las chicas se lo explicaron, el jefe cayó en la cuenta. Cada unidad, grande o pequeña, tiene una dislocación determinada. Unos límites precisos. Se conocen los vecinos y hay puestos en los cuatro ángulos. Los leñadores, en cambio, están en el bosque. Pueden haberse dispersado por brigadas. Cualquiera da con ellos en la espesura. ¿Acaso se pondrían los alemanes a buscarles? Es poco probable, resultaba peligroso. Al menor descuido les descubrirían y lo comunicarían donde procediese. Por eso nunca se puede saber cuánta gente hay en el bosque, dónde está, qué comunicación tiene...

— ¡Sois unas jabatas, muchachas!

Detrás de la posición de reserva corría un riachuelo, de poco caudal pero ruidoso. Pasado el riachuelo, desde la misma orilla, se extendía un inextricable bosque de pobos, de árboles derribados y de abetos. A dos pasos la mirada se clavaba en el verde muro de fronda y no había gemelos capaces de penetrarlo, de seguir sus variaciones, de determinar su profundidad. Cuando Vaskov aceptó el plan de las muchachas había pensado precisamente en este sitio.

En el centro mismo, para que los alemanes topasen con ellas, colocó a Chetvertak y Gúrvich. Ordenó atizar las hogueras para que humeasen todo lo posible, chillar y lanzar exclamaciones para que resonase el bosque. Y no asomarse demasiado tras los arbustos, sólo fugazmente, pero sin

exagerar. Les mandó quitarse las botas. Las botas, los gorros, los cinturones, todo lo que olía a uniforme.

A juzgar por el terreno, los alemanes sólo podían probar rebasar estas hogueras más a la izquierda; por la derecha los acantilados daban al riachuelo y el paso no era accesible; sin embargo, para mayor seguridad, puso allí a Osiánina. Con la misma orden: asomarse aquí y allá, hacer ruido y atizar la hoguera. Tomó a su cargo el flanco izquierdo junto con Komelkova. No había más cobertura. Tanto más porque desde allí se divisaba todo el curso del riachuelo. Si los alemanes; pese a todo, se decidían a cruzarlo, tendría tiempo de tumbar dos o tres para que las muchachas pudiesen escapar corriendo.

Quedaba poco tiempo y Vaskov reforzó la guardia con otro combatiente. Con Osiánina y Komelkova inició apresuradamente los preparativos. Mientras ellas traían ramas secas para las hogueras, él se puso a talar árboles con el hacha. Lo hacía ostensiblemente para que le oyese y estuviesen preparados. Escogía los más altos, los más rumorosos, y los talaba hasta el punto de que bastaba un empujón para derribarlos. Corría de un árbol al siguiente. El sudor le cegaba, los mosquitos picaban a rabiar, pero el brigada, jadeante, talaba y talaba, hasta que vio a Gúrvich que venía corriendo desde su puesto y agitaba la mano hacia aquel lado.

— ¡Ya vienen, camarada brigada!

— Cada cual a su sitio —ordenó Vaskov—. Ocupar vuestras posiciones, muchachas; sólo os pido encarecidamente que tengáis cuidado. Escondeos tras los árboles, no tras los arbustos. Y gritad cuanto podáis...

Las combatientes corrieron a sus sitios. Sólo Gúrvich y Chetvertak, siguieron trajinando en la otra orilla. Chetvertak no podía desliar la venda que le habían puesto para sujetar la abarca. Se le acercó el brigada:

— Aguarda, te llevaré a cuestras.

— Qué cosas tiene, camarada...

— Aguarda, te he dicho. El agua esta helada y tú aún sigues resfriada.

Probó a asirla y la levantó (¡bah!, no más de tres puds). Ella se abrazó a su cuello y de repente enrojeció. Se puso colorada hasta la garganta.

— Como si fuera una niña...

El brigada quiso bromear con ella (al fin y al cabo no era un tronco lo que llevaba a cuestras), pero dijo algo completamente distinto:

— No andes mucho por la humedad.



El agua, de un frío cortante, cubría casi hasta las rodillas. Delante iba Gúrvich con la falda remangada. Sacaba del agua sus delgadas piernas y agitaba las botas para guardar el equilibrio. Miró en derredor:

— ¡Vaya un agüita, brr-r!

Y dejó caer la falda, arrastrando el bajo por el agua.

El brigada gritó enfadado.

— ¡Súbete la falda!

Se detuvo sonriente:

— Eso no lo mandan las ordenanzas, Fedot Yevgráfich.

¡Aún les quedaba ganas de broma! Esto le gustó a Vaskov y llegó de buen humor al flanco donde Komelkova ya estaba haciendo hogueras. Chilló con toda su alma:

— ¡Venga, chicas, duro con la faena!

Osiánina respondió a lo lejos:

¡Eh, Iván Ivánovich, manda la carreta!...



Gritaban, derribaban los árboles talados, lanzaban exclamaciones, encendían hogueras. El brigada también gritaba a veces, para que se oyera una voz masculina, pero sobre todo, conteniendo la respiración y sentado en el mimbreral, miraba atentamente a los arbustos de la orilla opuesta.

Durante mucho tiempo fue imposible percibir nada. Las combatientes estaban ya cansadas de tanto gritar. Osiánina y Komelkova habían derribado todos los árboles talados, el sol había ascendido sobre el bosque y alumbraba el riachuelo, pero los arbustos del otro lado seguían inmóviles y silenciosos.

— A lo mejor se han ido... —le susurró al oído Komelkova.

Diablos, quizá fuera verdad. Vaskov no era un periscopio y podía no haber reparado en cómo se deslizaban hasta la orilla. Ellos también eran gente fogueada, pues a tales misiones no mandaban a cualquiera.

Esto fue lo que pensó. Pero dijo escuetamente:

— Esperad.

Y volvió a escudriñar aquellos arbustos, estudiados hasta la última ramita, clavando la mirada hasta saltársele las lágrimas. Parpadeó, se enjugó con la palma de la mano y se estremeció: casi enfrente, al otro lado del riachuelo, algo se agitó, se bamboleó, y en el claro vio netamente un rostro joven hirsuto, pelirrojo.

Vaskov tendió la mano hacia atrás, tanteó una rodilla redonda y apretó. Komelkova le rozó el oído con sus labios:

— Ya le veo...

Apareció otro más abajo. Los dos salieron a la orilla, sin pertrechos para ir más ligeros. Apuntaban con las metralletas, escrutando la ruidosa orilla opuesta.

El corazón de Vaskov pegó un brinco: ¡una patrulla de reconocimiento! Por lo visto se habían decidido a tantear el bosque, a comprobar cuántos eran los leñadores y encontrar entre ellos una brecha. Todo su plan, todos los gritos, el humo y los árboles talados, todo se había ido a paseo: los alemanes no se asustaron. Ahora cruzarían el riachuelo, se zambullirían en los arbustos, se arrastrarían como serpientes hasta las voces de las muchachas, las hogueras y el ruido. Las contarían con los dedos, se percatarían de la situación y comprenderían que habían sido descubiertos...

Vaskov sacó suavemente la pistola, temiendo mover las ramas. Seguro que a esos dos podía cargárselos antes de salir del agua, cuando se acercaran. Entonces, claro, dispararían contra él todas las metralletas restantes, pero las chicas, probablemente, tendrían tiempo de escapar y esconderse. Si al menos pudiera mandar a Komelkova...

Miró hacia atrás y vio a Eugenia, de rodillas, quitándose la guerrera. La tiró al suelo y se puso en pie, sin ocultarse.

— ¡Alto! —murmuró el brigada.

— ¡Raia, Vera, vamos a bañarnos! —chilló Eugenia y se fue derecha al agua, quebrando arbustos.

Vaskov cogió maquinalmente aquella guerrera y la apretó contra su pecho. La exuberante Komelkova ya había salido a la orilla pedregosa, bañada por el sol.

Enfrente se agitaron las ramas que ocultaban las figuras verdigrises. Sin apresurarse, con un ligero temblor de rodillas, Eugenia se quitó la falda, la combinación, y alisándose con las manos las bragas negras, empezó a cantar con voz bien timbrada:

*Sobre el río la bruma flotaba,
florece el manzano y el peral;*

—¡Qué hermosa estaba ahora, qué maravillosa! Alta, blanquísima, elástica, a diez metros de las metralletas. Interrumpió la canción, se metió en el agua y empezó a chapotear lanzando chillidos, ruidosa y alegremente. Las gotas de agua brillaban al sol, rodaban por su cuerpo juncal y tibio. Vaskov, conteniendo la respiración, esperaba aterrado una ráfaga. Ahora dispararían y se quebraría Eugenia, manotearía en el agua y...

Pero los arbustos callaban.

— ¡Chicas, a bañarse! —gritó briosa y jovial Komelkova, bailoteando en el agua. Llamar a Iván. ¿Eh, Iván, dónde estás?

Vaskov arrojó la guerrera de Komelkova, enfundó la pistola y a cuatro patas se metió en la espesura del bosque. Cogió el hacha sobre la marcha y la descargó con rabia sobre un pino.

— ¡Aló, ya voy! —chilló y volvió a golpear el tronco—. ¡Ya vamos, espera!

Nunca había derribado árboles con tanta celeridad. ¿De dónde sacaba fuerzas? Arrimó el hombro al tronco, haciendo que cayese sobre un abeto seco para que armara más ruido. Jadeante, desandó rápido el camino hasta su observatorio y se puso a mirar.

Eugenia estaba ya en la orilla, de costado hacia él y hacia los alemanes. Se ponía tranquilamente la ligera combinación; la seda se le adhería al cuerpo y, al mojarse, se volvía casi transparente bajo los oblicuos rayos del sol que lucía detrás del bosque. Ella lo sabía, desde luego, y por eso se escorzaba lenta, suavemente, suelta la cabellera sobre los hombros. Vaskov volvió a sentir un espanto punzante. Esperaba que de un momento a otro restallase desde los arbustos la ráfaga que golpearía, mutilaría y destrozaría este exuberante cuerpo juvenil. Exhibiendo un instante sus encantos, Eugenia se quitó de debajo la combinación las bragas mojadas, las estrujó y las extendió cuidadosamente sobre una peña. Se sentó al lado, estiró las piernas y puso a secar al sol su cabellera suelta que llegaba hasta el suelo.

Y la otra orilla callaba. Callaba, y los arbustos no se movían en ninguna parte. Por más que miraba Vaskov no podía comprender si los alemanes estaban aún allí o se habían ido. No había tiempo para adivinanzas. El brigada se quitó de prisa la guerrera, metió la pistola en el bolsillo del pantalón y se encaminó hacia la orilla, haciendo crujir las ramas caídas.

— ¿Dónde estás?

Quiso que su grito fuese alegre, pero se le atragantó. Salió de los arbustos a campo abierto. El corazón, de puro miedo, estuvo a punto de partirle una costilla. Se aproximó a Komelkova:

— Han llamado del centro de distrito. Ahora vendrá un camión. Así que vístete. Ya está bien de tomar el sol.

Chillaba para los de la otra orilla y no oyó siquiera lo que le contestó Komelkova. Todo su pensamiento estaba concentrado en los alemanes, en los arbustos, y le parecía que, en cuanto se moviese una hoja, captaría el ruido y le daría tiempo a tirarse de bruces detrás de aquella peña y a sacar la pistola. Mas por el momento allí no se movía nada.

Eugenia le atrajo tirándole del brazo. El se sentó a su lado y vio de pronto que le sonreía, con unos ojos como platos, llenos de espanto en vez de lágrimas. Un espanto vivo y pesado como mercurio.

— Sal de ahí, Komelkova —dijo Vaskov haciendo esfuerzos por sonreír.

Ella dijo aún algo más, hasta volvió a reírse, pero Vaskov no podía escuchar nada. Había que llevársela de los arbustos, llevársela en el acto porque ya no podía esperar más el instante



en que la matasen. Mas para hacerlo con mayor facilidad, para que los malditos "fritz" no se diesen cuenta de que se trataba de un ardid, de que les estaban engañando, había que inventar algo.

— ¡Si no sales por las buenas te mostraré así a la gente! —voceó de pronto el brigada y cogió de la peña su ropa. ¡A que no me alcanzas!

Eugenia profirió un chillido, como era de rigor, se puso en pie de un salto y se lanzó tras él.

Vaskov primero corrió por la orilla, esquivándola, y luego se metió en los arbustos. Se paró cuando se adentró en el bosque.

— ¡Vístete! ¡Basta de jugar con fuego! ¡Basta!

Volviéndole las espaldas, le tendió la falda, pero ella no la cogió y su mano quedó pendida en el aire. Quiso lanzar una imprecación, mas al dar media vuelta, vio a Komelkova tapándose el rostro, encorvada, sentada en el suelo: sus torneados hombros temblaban bajo las estrechas cintas de la combinación.

Luego prorrumpieron en carcajadas. Luego, cuando supieron que los alemanes se habían marchado. Se rieron de Osiánina que había quedado ronca de tanto gritar, de Gúrvich que se había quemado la falda, de la tiznada Chetvertak, de Eugenia y de cómo había engañado a los "fritz", del brigada Vaskov. Se mondaron de risa, hasta saltárseles las lágrimas. También él se rió, olvidando de golpe su grado de brigada y recordando tan sólo que se la habían jugado a los alemanes, echándole valor y astucia, y que ahora esos alemanes tendrían que tirarse un día dando vueltas al lago de Legont, pasando su miedo y alarma.

— ¡Listo el asunto! —dijo Vaskov en una pausa entre su regocijo. Ya no tienen escapatoria, si Brichkina llega a tiempo, claro.

— Llegará —aseveró Osiánina con voz ronca, y de nuevo todas rompieron a reír porque les hizo mucha gracia cómo se le había tornado la voz—. Corre bien.

— Vamos a tomarnos una copita para celebrarlo— dijo el jefe y echó mano de su querida cantimplora—. Bebamos, muchachas, por sus rápidas piernas y por vuestras claras mentes.

Al punto todas estallaron en risas, extendieron una toalla en las peñas y se pusieron a partir pan, tocino, pescado. Mientras se dedicaban a estos menesteres femeninos, el brigada, como correspondía, estaba sentado a lo lejos, fumando, esperando a que llamasen a comer, y pensando fatigado en que lo más terrible había pasado...

Liza Bríchkina había vivido sus diecinueve años en espera del mañana. Cada día sentía la comezón del irresistible presentimiento de una felicidad deslumbrante, pero al punto la agobiante tos de su madre postergaba este encuentro festivo para el día siguiente. No lo anulaba, no lo borraba, simplemente lo demoraba.

— Se nos muere la madre —le advertía severo su padre.

Cinco años, día a día, le saludaba con estas palabras. Liza salía al corral a dar de comer al cerdo, a las ovejas, al viejo caballo castrado. Lavaba a su madre, le mudaba la ropa y le daba de comer con una cuchara. Preparaba la comida, limpiaba la casa, cuidaba de la parcela de su padre en el bosque e iba por pan a la tienda de la aldea. Sus amigas hacía tiempo que habían terminado la escuela. Unas marcharon a estudiar, otras se casaron, pero Liza seguía dando de comer, lavando, limpiando y vuelta a dar de comer. Esperando siempre el mañana.

Ese mañana nunca iba asociado en su mente a la muerte de su madre. Apenas la recordaba sana, pero Liza reunía en sí tantas vidas humanas que no le quedaba sitio para la imagen de la muerte.

A diferencia de esa muerte, que su padre no hacía más que recordar con insoportable rigor, la vida era para ella un concepto real y perceptible. Se ocultaba en un mañana resplandeciente; por el momento pasaba de largo esta cabaña de guardabosques perdida en la espesura, pero Liza sabía con certeza que esa vida existía, que le estaba predestinada, que era imposible eludirla, como imposible era no esperar al mañana. Y Liza sabía esperar.

Desde los catorce años empezó a aprender este gran arte femenino. Arrancada de la escuela por la enfermedad de su madre, esperó primero el retorno a clase, luego las citas con las amigas, más tarde las raras veladas libres en la campa junto al club, después...

Después sucedió que, súbitamente, se quedó sin nada que esperar. Sus amigas o bien estudiaban aún, o ya trabajaban y vivían lejos de ella, con intereses que con el tiempo ella había dejado de percibir. Los mozos con quienes antes era tan fácil charlar y reírse en el club esperando el comienzo de la sesión, ahora le parecían extraños y sarcásticos. Lisa empezó a volverse huraña, callada, a rehuir las alegres compañías y acabó por dejar de ir al club.

Así se fue su infancia y con ella sus viejos amigos. Nuevos no tenía porque, aparte de toscos leñadores, nadie acudía a la

luz de su ventana. Y Liza sentía amargura y espanto, pues no sabía qué sucedería a la infancia. Aquel solitario invierno se lo pasó sumida en turbación y tristeza. En la primavera su padre trajo en su carreta a un cazador.

— Quiere vivir con nosotros —dijo a su hija—. ¿Pero dónde? La madre está muriéndose.

— ¡Ya se encontrará algún henil!

— Aún hace frío —dijo cohibida Lisa.

— ¿Me daréis un zamarrón?

El padre y el huésped estuvieron largo rato en la cocina bebiendo vodka. Tras la pared de tablas se oía la tos desgarradora de la madre. Liza bajaba al sótano en busca de col agria, freía huevos y escuchaba.

Su padre llevaba la voz cantante. Bebía el vodka a vasos; cogía con los dedos col del plato, se la metía en su hirsuta boca, y, atragantándose, hablaba sin cesar.

— Aguarda un momento, aguarda, querido. La vida hay que podarla, como el bosque, limpiarla, ¿es así? Aguarda. Limpiarla de ramas secas, de troncos enfermos y maleza. ¿Es así?

— Limpiarla —confirmó el huésped—. No podarla sino limpiarla. Fuera las malas hierbas.

— Bien dicho —continuó el padre—. Aguarda. Si se trata del bosque, los guardabosques lo comprendemos bien. Si es bosque. Pero, ¿y si es la vida? ¿Si es algo tibio que corre y chillar?

— Un lobo, por ejemplo...

— ¿Un lobo? —irritóse el padre—. ¿Te estorba el lobo? ¿Por qué te estorba? ¿Por qué?

— Porque tiene colmillos —sonrió el cazador.

— ¿Y qué culpa tiene de haber nacido lobo? ¿Acaso es culpable? Quia, querido, somos nosotros los que le hemos hecho culpable, sin consultarle. ¿Te parece obrar en conciencia?

— Mira, el lobo y la conciencia son incompatibles.

— ¿Incompatibles? ¿Y el lobo y la liebre también? Deja de reír, aguarda, querido. Supongamos que se da la orden de considerar a los lobos como enemigos de la población. Bueno. Todo el pueblo pone manos a la obra y mata a todos los lobos de Rusia. A todos... ¿Qué pasaría?

— ¿Cómo qué pasaría? —sonrió el cazador—. Que habría mucha caza...

— ¡Poca! —gruñó el padre y descargó con fuerza su puño velludo sobre la mesa—. Poca, ¿entiendes? Las fieras necesitan correr para vivir sanas. Correr, querido, ¿entiendes? Y para correr hace falta miedo, miedo de que te coman. Claro que se

puede hacer que la vida tenga un solo color. Se puede. Mas, ¿para qué? ¿Para estar tranquilos? Así las liebres engordarán, holgazanearán y dejarán de trabajar sin lobos. ¿Qué sucedería? ¿Tendríamos que criar lobos o comprarlos en el extranjero para meter miedo?

— ¿A ti no te han expropiado nunca, Iván Petróvich?— preguntó de repente en voz baja el huésped.

— ¿Qué me iban a expropiar? —suspiró el guardabosques—. Todas mis ganancias son estos dos puños, mi mujer y mi hija. A ellos no les conviene expropiarme.

— ¿A ellos?

— Bueno, a nosotros. —El padre llenó de vodka los vasos y chocó—. Yo no soy lobo, querido, sino liebre. —Apuró lo que le quedaba en el vaso y se levantó, peludo como un oso, moviendo con estrépito la mesa. Se detuvo en la puerta.

— Me voy a dormir. Mi hija te acompañará. Te indicará el sitio.

Liza estaba sentada en un rincón, silenciosa. El cazador era hombre de ciudad, de blanca dentadura, aún joven, y esto le turbaba. Le miraba fijamente, pero apartaba la vista a tiempo, temiendo chocar con su mirada, que dijese algo y que ella no pudiera contestarle o respondiera una tontería.

— Su padre es imprudente.

— Ha sido guerrillero rojo —dijo ella precipitadamente.

— Ya lo sabemos —sonrió el huésped y se levantó—. Bueno, lléveme a dormir, Liza.

El henil estaba oscuro como un sótano. Liza se paró en la entrada, pensativa. Cogió al huésped la pesada zamarra de su padre y la tosca almohada.

— Espere aquí.

Subió por la insegura escalera, removié el heno a tientas y arrojó la almohada a la cabecera. Hubiera podido descender, llamar al huésped, pero se quedó escuchando atenta, deslizándose en la oscuridad por el suave heno del año anterior, ahuecándolo y extendiéndolo para que estuviera más mullido. Nunca en su vida habría confesado que esperaba el crujido de los peldaños bajo los pies de aquel hombre, que deseaba un agitado y absurdo encuentro en la oscuridad, su aliento, su susurro, incluso su rudeza. No es que le hubiera asaltado ningún pensamiento pecaminoso; simplemente quería sentir cómo palpita su corazón con toda su potencia, prometerse algo nebuloso, ardiente, vislumbrarlo y que luego desapareciese.

Pero nadie hizo crujir la escalera, y Liza bajó. El huésped estaba fumando a la entrada. Ella le sermonéó que no se le ocurriera fumar en el henil.

— Ya lo sé —dijo, y pisó la colilla—. Buenas noches.

Y se fue a dormir. Liza corrió a casa a recoger la mesa. Mientras lavaba los platos, secándolos uno a uno concienzudamente, mucho más despacio que de costumbre, volvió a esperar con temor y esperanza que llamaran a su ventana. Pero de nuevo nadie llamó. Liza apagó el quinqué y se fue a su cuarto, escuchando la habitual tos de su madre y los ronquidos del padre borracho.

Cada mañana el huésped desaparecía y volvía sólo al anochecer, hambriento y fatigado. Liza le daba de comer. El comía apresuradamente, pero sin avidez, y esto le agradaba a ella. Nada más comer se iba al henil, pero Liza se quedaba: ya no hacía falta ahuecarle el heno.

— ¿Cómo es que nunca trae nada de caza? —le preguntó Liza, armándose de valor.

— Es que no tengo suerte —sonrió él.

— No ha hecho más que adelgazar —continuó ella sin mirarle—. ¿Acaso esto es descanso?

— Lo es, y magnífico, Liza —suspiró el huésped—. Por desgracia se ha terminado. Mañana me marchó.

— ¿Mañana? —volvió a preguntar Liza con voz apagada.

— Por la mañana. Sin cobrar ni una pieza. Es ridículo, ¿verdad?

— Ridículo —asintió ella tristemente.

No hablaron más, pero en cuanto él se fue, Liza arregló un poco la cocina y salió veloz al patio. Anduvo largo tiempo dando vueltas al cobertizo, oyendo cómo suspiraba y tosía el huésped. Liza se mordía las uñas. Luego abrió sigilosamente la puerta y se coló rápida en el henil, temiendo volverse atrás.

— ¿Quién es? —preguntó él quedamente.

— Soy yo —dijo Liza—. ¿Quiere que le arregle el lecho...?

— No hace falta —le atajó—. Vete a dormir.

Liza callaba, sentada muy cerca de él en la sofocante oscuridad del henil. El oía su respiración a duras penas contenida.

— ¿Te aburres?

— Ya lo creo —asintió Liza con un hilo de voz.

— No vale la pena hacer una tontería, aunque sea por aburrimiento.

A Liza le pareció que le sonreía. Se encolerizó, le aborreció a él y a sí misma, y siguió sentada. No sabía por qué estaba sentada ni para qué había venido aquí. Casi nunca lloraba porque vivía solitaria. Se había acostumbrado. Ahora lo que más deseaba es que la compadecieran, que la dijeran palabras mimosas, que le acariciasen la cabeza, que la consolasen y

—esto no lo confesaba— quizá incluso que la besaran. Pero ella no podía decir que su madre la había besado la última vez hacía cinco años y que ese beso lo necesitaba ahora como prenda del maravilloso mañana en aras del cual vivía en la tierra.

— Vete a dormir —dijo el huésped—. Estoy cansado, salgo temprano.

Y bostezó. Un bostezo prolongado, indiferente, como un aullido. Liza, mordiéndose los labios, se abalanzó hacia abajo, se pegó un trastazo en la rodilla y salió disparada al patio, dando un portazo.

Por la mañana oyó cómo su padre aparejaba el caballo Dimok, cómo el huésped se despedía de su madre, cómo chirriaba el portón. Tumbada en la cama fingía dormir, pero bajo los entornados párpados fluían las lágrimas.

A la hora de comer regresó su padre ebrio. De su gorro vertió sobre la mesa ruidosamente pedazos picudos de azúcar azulada. Dijo asombrado:

— ¡Nuestro huésped era todo un personaje! Mandó que me despacharan azúcar, fíjate. Nosotros que en nuestra tienda no la vemos hace un año. ¡Tres kilos enteros de azúcar!

Luego enmudeció, rebuscó largo tiempo en sus bolsillos y de la bolsa del tabaco sacó un papel arrugado:

— Toma.

“Tienes que estudiar, Liza. En el bosque acabarás por embrutecerte. Ven en agosto, arreglaré tu ingreso en la Escuela Técnica; tendrás asegurada residencia.”

La firma y la dirección. Nada más, ni siquiera un saludo.

Al mes se murió la madre. El padre, siempre huraño, ahora bebía como un animal. Liza seguía esperando el mañana. Por la noche atrancaba la puerta de su cuarto para protegerse de los amigos del padre. Su mañana estaba ya sólidamente vinculado al mes de agosto y, al oír los gritos de los borrachos al otro lado de la pared, Liza leía y releía mil veces aquella esquila, tan desgastada que tenía agujeros.

Pero empezó la guerra. Liza, en vez de ir a la ciudad, fue a parar a trabajos de fortificación. Se tiró todo el verano cavando trincheras y zanjas antitanque que luego los alemanes esquivaban como si tal cosa; cayó en cercos, se escabulló y volvió a cavar, cada vez más al Este. Ya avanzado el otoño, fue a parar a la zona de Valdái y se incorporó a una unidad antiaérea. Por eso corría ahora hacia el apartadero 171.

Vaskov le gustó a Liza en cuanto lo vio: cuando estaba ante la formación, parpadeando desconcertado con ojos aún soñolientos. Le gustó su firme parquedad, su parsimonia campesina y esa reciedumbre varonil que todas las mujeres interpretan

como garantía de la indisolubilidad del hogar familiar. Sucedió que todas empezaron a tomarle el pelo al brigada, considerando esto de buen tono. Liza no participaba en esas chácharas, pero cuando la todolosabe Kiriánova anunció con risitas que el brigada no había resistido ante los exuberantes encantos de su patrona, Lisa saltó:

— ¡Eso no es verdad!

— ¡Te has enamorado! —exclamó con aire triunfal Kiriánova—. ¡Está chalada nuestra Bríchkina, muchachas! ¡De un militar encantador!

— ¡Pobre Lisa! —suspiró ruidosa Gúrvich.

Y todas rompieron a hablar a la vez, a reír. Liza se deshizo en llanto y escapó al bosque.

Estuvo llorando sobre un tocón, hasta que dio con ella Rita Osiánina.

— Mira que eres tonta. Hay que vivir sencillamente. Más sencillamente, ¿comprendes?

Pero Liza vivía atosigada por la timidez, y el brigada por el servicio. Sus miradas nunca se habrían encontrado, a no ser por este incidente. Por eso Liza volaba por el bosque como si tuviera alas.

— Luego cantaremos juntos, Lisa —había dicho el brigada—. Una vez cumplida la misión cantaremos...

Liza pensaba en estas palabras y sonreía, ruborizándose de aquel potente sentimiento oculto que, quiérase o no, latía en ella, enrojeciendo sus tersas mejillas. Pensando en Vaskov pasó de largo el pino, y cuando ya en el pantano se acordó de las pértigas, no quiso volver atrás. Había suficientes árboles caídos y Liza encontró pronto una vara apropiada.

Antes de meterse en aquella masa movediza, se puso a escuchar con la respiración en suspenso. Luego se quitó la falda con presteza.

La ató en la punta de la vara, remetiéndola cuidadosamente la guerrera bajo el cinturón, se ajustó los calzones azules y entró en el pantano.

Esta vez nadie iba delante, abriéndole paso en el barro.

La masa viscosa se adhería a sus muslos, se arrastraba tras ella. Liza avanzaba trabajosamente, sofocándose y dando tumbos. Paso a paso, aterida por el agua helada, sin perder de vista los dos pinitos de la isla.

Pero lo que temía no era el barro, ni el frío, ni el terreno movedizo que respiraba bajo los pies. Lo terrible era la soledad, aquel silencio sepulcral que pendía sobre el pantano pardusco. Liza sentía un miedo cervical, un miedo que no sólo no desaparecía, sino que a cada paso se le iba acumulando, y

temblaba impotente y lastimosa, temiendo volver la cabeza, hacer un movimiento superfluo y hasta respirar fuerte.

Casi no recordaba cómo llegó a la isleta. Arrastrándose sobre las rodillas, cayó de bruces en la hierba marchita y echó a llorar. Sollozaba, se extendían las lágrimas por los mofletes, tiritando de frío, de soledad y de abominable espanto.

Se puso en pie; aún fluían las lágrimas. Sorbiéndoselas, atravesó la isleta, se orientó para seguir adelante y, sin descansar, sin reponer fuerzas, se metió en el cenagal.

Al principio no cubría mucho y Liza pudo tranquilizarse y hasta ponerse de buen humor. Quedaba el último trecho y por difícil que fuera, luego venía un terreno seco, la entrañable tierra firme con su hierba y sus árboles. Liza pensaba ya dónde se lavaría, recordaba todas las charcas y remansos, y calculaba si valía la pena enjuagar la ropa o aguantar hasta el apartadero. Desde allí quedaba poca distancia, recordaba bien el camino, con todos sus recodos, y pensaba osadamente llegar hasta los suyos en una hora u hora y media.

La marcha se tornó dificultosa. El fango le llegaba hasta las rodillas pero ahora cada paso le acercaba a aquella orilla. Liza distinguía ya claramente hasta las grietas del tocón desde el cual el brigada se había lanzado al pantano. Por cierto que fue algo de risa, saltó torpemente y a duras penas pudo mantenerse de pie.

Liza volvió a pensar en Vaskov, incluso esbozó una sonrisa. Cantarían juntos, sin falta, cuando el brigada cumpliera la misión y regresara al apartadero. Tendría que ingeniárselas y atraerle al bosque al atardecer. Y una vez allí... ya se vería quién podía más: ella o la patrona, cuya única ventaja era que vivía bajo el mismo techo con el brigada...

Ante ella reventó una enorme burbuja pardusca. Fue algo tan inesperado, tan rápido y tan próximo, que Liza, sin tiempo siquiera para gritar, se echó instintivamente a un lado. No dio más que un paso, pero en seguida perdió pie. Sus piernas quedaron suspendidas en un vacío viscoso. El cenagal apretó sus caderas con suaves tenazas. El espanto hacía tiempo acumulado afloró de repente, lacerándole el corazón. Intentando sostenerse a toda costa, volver al vado, Lisa se apoyó con todo su cuerpo en la vara. La rama seca se quebró y Liza cayó de bruces en el fango frío.

No tocaba fondo. Las piernas tiraban hacia abajo lentamente, con terrible lentitud. Liza braceaba inútilmente en la ciénaga; se sofocaba, retorciéndose en la masa viscosa. El vado estaba muy cerca: a un paso, a medio paso de ella, pero ya no podía dar ese medio paso.

— ¡Socorro! ¡Socorro!

El atroz grito solitario resonó largamente sobre el indiferente y pútrido pantano. Voló hacia las copas de los pinos, se enredó en las lozanas hojas de los alisos, enronqueció, y de nuevo salió volando, con sus últimas fuerzas, hacia el límpido cielo de mayo. Liza contempló largo tiempo este cielo maravillosamente azul. Afónica, escupiendo barro, tendía hacia él, tendía y seguía teniendo fe.

Sobre los árboles despuntó lentamente el sol, sus rayos cayeron sobre el pantano. Liza vio por última vez su luz, una luz cálida, irresistiblemente brillante, cual promesa del mañana. Y hasta el último instante tuvo fe en que este mañana llegaría también para ella...

8

Mientras reían y comían (el rancho en frío, se sobreentien-de), el enemigo se había alejado mucho. Hablando lisa y llanamente, escapó de la ruidosa orilla, de las mujeres vocingleras y de los invisibles hombres; se ocultó en el bosque, se escondió y era como si no estuviese.

Esto no le gustó ni pizca a Vaskov. Tenía experiencia, no sólo como combatiente sino como cazador, y comprendía que al enemigo, como al oso, no hay que perderle de vista. El diablo sabe lo que aún podría inventar, hacia dónde tiraría, dónde apostaría escuchas. Aquí sucedía lo que en esas malas partidas de caza, cuando no se sabe quién caza a quién: el oso a uno o uno al oso. Para que no ocurriera así, el brigada dejó a las muchachas en la orilla y salió a hacer un reconocimiento con Osiánina.

— No te apartes de mí, Margarita. Si me levanto te levantas, si me tumbo te tumbas. Con los alemanes jugar al escondite equivale casi a jugar con la muerte. Así que aguza los oídos. Los oídos y la vista.

El iba delante. De arbusto en arbusto, de peña en peña. Miraba fijamente adelante, arribaba el oído al suelo, olisqueaba el aire. Estaba a punto de estallar, como una granada. Después de revisarlo todo y de escuchar hasta zumbarle los oídos, movía ligeramente la mano y Osiánina se le acercaba en el acto. Juntos se ponían a escuchar en silencio si crujía en algún sitio el ramaje, si chillaba la urraca tonta. De nuevo el brigada, agachado, se deslizaba como una sombra al refugio siguiente, mientras Rita quedaba en su sitio escuchando por dos.

Así recorrieron los cerros. Llegaron a la posición principal, luego al pinarcillo por donde Bríchkina salió al bosque

eludiendo a los alemanes. Por el momento todo estaba en calma, como si no existieran saboteadores. Pero Vaskov no se permitía pensar en esto. Ni a él ni a Osiánina.

Tras el pinarcillo se extendía la musgosa orilla del lago de Legont, en suave pendiente, cubierta de cantos rodados. El bosque empezaba poco más allá, en una loma, precedido de abedules torcidos y de grupos dispersos de pequeños abetos.

Aquí se detuvo el brigada. Escrutaba los arbustos con sus gemelos, escuchaba y luego levantándose un poco, olisqueaba largamente el vientecillo que se deslizaba por la pendiente hacia la tersa superficie del lago. Rita, sin moverse, estaba tumbada dócilmente a su lado, notando con disgusto cómo el musgo iba mojando lentamente su ropa.

— ¿Te percatas? —preguntó quedamente Vaskov y sonrió como para sus adentros—. A los alemanes les jugó una mala pasada su cultura, quisieron tomar café.

— ¿Por qué lo cree así?

— Noto un ligero humo, señal de que se han puesto a desayunar. ¿Los dieciséis?

Se quedó pensativo, recostó con cuidado el fusil en un pino, se apretó el cinturón todo lo que pudo, y se sentó:

— Habrá que contarlos, Margarita, no vaya a ser que se haya perdido alguno. Mira lo que te digo. Si empieza el tiroteo, te largas en seguida, al instante. Reúne a las chicas y os vais derechas hacia el Este, hasta el mismo canal. Allí informa sobre los alemanes, aunque me imagino que ya lo sabrán porque Liza Bríchkina debe haber llegado ya al apartadero. ¿Entendiste todo?

— Todo no —dijo Rita—. ¿Y usted?

— No me salgas con esas, Osiánina —dijo severo el brigada—. No estamos cogiendo setas ni bayas. Si me descubren, no me soltarán vivo, no te quepa duda. Por eso, lárgate en seguida. ¿Está clara la orden?

Rita calló.

— ¿Qué debiste contestar, Osiánina?

— Está clara, debí contestar.

El brigada sonrió y agachado corrió a la peña más cercana.

Rita no apartaba la mirada de él. Sin embargo, desapareció sin que se diera cuenta. Fue como si se diluyera de pronto entre los grises peñascos cubiertos de musgo. Ella tenía empapadas la falda y las mangas de la guerrera; se arrastró hacia atrás y se sentó en una piedra, escuchando el apacible rumor del bosque.

Esperaba casi tranquila, persuadida firmemente de que no les podía pasar nada. Toda su educación estaba orientada para esperar sólo finales felices; dudar de la suerte equivalía a

traicionar a su generación. Naturalmente, en algunas ocasiones, tuvo que experimentar miedo e inseguridad, pero la convicción interna en un desenlace feliz siempre era más fuerte que las circunstancias reales.

Pero por más atención que puso Rita, por más que estuvo al acecho, Vaskov apareció inesperada y sigilosamente, moviendo un poco las ramas de los pinos. Cogió en silencio el fusil, le hizo una señal con la cabeza y se metió en la espesura. Sólo se detuvo cuando estaban entre las peñas.

— Eres mal combatiente, camarada Osiánina. No sirves.

No lo decía con rabia, sino preocupado. Rita sonrió:

— ¿Por qué?

— Te sentaste en el tronco como una gallina clueca. Y se te ordenó tumbarte.

— Es que estaba muy húmedo.

— Húmedo... repitió el brigada de mal talante—. Tuviste suerte porque están tomando café.

— ¿O sea que acertó?

— No soy una pitonisa, Osiánina. He visto a diez comiendo. También vi otros dos apostados. Los demás es de suponer que están de servicio en otros sitios. Parece que se han instalado para largo, han puesto a secar los calcetines a la lumbre. Así que ya es hora de que cambiemos nuestra posición. Mientras yo me arrastro por las peñas, observando, tú, Margarita, corre en busca de las combatientes. Te las traes sigilosamente. No quiero oír risas.

— Entendido.

— Mira, dejé allí mi *majorka** para que se secara. Cógela, haz el favor de traérmela. Y mis bártulos, claro.

— Se lo traeré, Fedot Yevgráfič.

Mientras Osiánina corría en busca de las combatientes, Vaskov recorrió a rastras todas las peñas, cercanas y lejanas. Lo examinó todo, escuchó, husmeó, pero no encontró ni rastro de alemanes. El brigada se puso de mejor talante. Según sus cálculos, Liza Bríchkina estaría a punto de llegar al apartadero, informaría y en torno a los sabotadores se tendería la invisible red de una batida. Al anochecer, lo más tarde al amanecer, llegaría la ayuda, la mandaría seguir las huellas y... y replegaría a sus muchachas tras los peñascales. Lo más lejos posible, para que no oyeran las palabrotas, porque era seguro que se llegaría al cuerpo a cuerpo.

A distancia sintió venir a sus combatientes. No hacían ruido ni cuchicheaban, pero, no obstante, el brigada sabía a ciencia

* Tabaco de mala calidad. (N. de la Edit.)

cierta, a más de una versta, que venían. Porque respiraban ruidosamente a causa del esfuerzo o porque las precedía un olor de agua de Colonia. Vaskov esperaba en sus adentros que entre los saboteadores no hubiese ningún cazador de oficio.

Tenía unas ganas locas de fumar porque llevaba más de dos horas escalando peñascos y atravesando sotos; para evitar la tentación había dejado su bolsa de tabaco en una roca, donde las muchachas. Al recibirlas les previno que se estuviesen calladas y les preguntó por su bolsa. Osiánina manoteó:

— ¡Me olvidé, Fedot Yevgráfich, querido; me olvidé!

El brigada lanzó un gruñido. ¡Al diablo con el desmemoriado sexo femenino! Con uno del sexo masculino la cosa hubiera sido mucho más fácil. Vaskov habría mandado a hacer puñetas al olvidadizo y a buscar la bolsa. En vez de eso, tuvo que mostrar una sonrisita:

— ¡Bah, no tiene importancia! Tengo *majorka*... Y la mochila, ¿no me la habréis olvidado?

La mochila estaba en su sitio, mas no era la *majorka* lo que preocupaba al brigada sino la bolsa. Era un regalo y en ella había bordada esta inscripción: "AL QUERIDO DEFENSOR DE LA PATRIA". No había tenido tiempo de ocultar su turbación, cuando Gúrvich echó a correr hacia atrás:

— ¡Yo se la traeré! ¡Sé dónde está!

— ¿Dónde vas, Gúrvich? ¡Camarada intérprete!

Cualquiera la detenía. Sólo se oía el taconeó de sus botas...

Taconeaban porque Sonia Gúrvich antes nunca había calzado botas. Por inexperiencia le dieron en el almacén unas grandotas, dos números mayores. Cuando las botas son a la medida, no taconeán sino que pisan. Esto lo sabe cualquier oficial en activo. Pero la familia de Sonia era civil, no usaba botas. El padre de Sonia ni siquiera sabía de dónde había que tirar para calzárselas...

En la puerta de su casita tras el río Nemiga había una chapa de cobre: "DOCTOR EN MEDICINA SOLOMON ARO-NOVICH GURVICH". Y aunque su padre era un simple médico de distrito y nada de doctor, no quitaba la chapa porque se la había regalado su abuelo y éste mismo la había clavado en la puerta. La clavó porque su hijo se había hecho persona instruida y esto debía saberlo toda la ciudad de Minsk. Además, junto a la puerta pendía la empuñadura de una campañilla, de la que había que tirar para que sonase. Toda la infancia de Sonia estuvo atravesada por este sonido de alarma, día y noche, en invierno y en verano. Su padre cogía el maletín y, con cualquier tiempo, marchaba a pie porque el cochero costaba caro. Al regresar

hablaba en voz baja de tuberculosis, anginas o malaria, y la abuela le servía licor de guindas.

La familia de Sonia era muy numerosa y bien avenida. Hijos, sobrinos, la abuela, la hermana soltera de mamá, otra pariente lejana. No había en la casa ninguna cama en la que durmiera uno solo; la había en cambio donde dormían tres.

Estando aún en la Universidad, Sonia llevaba los vestidos arreglados de sus hermanas, unos vestidos grises y sin escote, como cotas de malla. Tardó mucho en notar lo pesados que eran porque, en vez de irse al baile, se marchaba a la biblioteca o al Teatro de Arte, si conseguía un billete de gallinero. Se dio cuenta que no era casual que su vecino de clase, un joven de gafas, pasara los días junto a ella en la biblioteca. Esto fue un año después, en el verano. Y a los cinco días de su única e inolvidable tarde en el parque Gorki, el joven le regaló un librito de versos de Blok y se fue voluntario al frente.

Sí, Sonia llevaba en la Universidad los vestidos, arreglados, de sus hermanas. Largos y pesados como cotas de malla...

Cierto que no por mucho tiempo. Un año en total. Luego vistió el uniforme. Y botas, dos números mayores.

En la unidad apenas era conocida. Pasaba desapercibida, era puntual y fue a parar a los antiaéreos casualmente. El frente estaba estabilizado, sobraban intérpretes pero faltaban servidores de antiaéreos. Por eso la destinaron con Eugenia Komelkova después de aquel combate con los "Messerschmitts". Y seguramente por eso su voz sólo la escuchó el brigada:

— Parece que es Gúrvich la que ha gritado...

Prestaron atención. Sobre los cerros reinaba el silencio, sólo se oía el ligero silbido del viento.

— No —dijo Rita—. Le ha parecido.

La voz lejana, débil como un suspiro, no volvió a oírse, pero Vaskov, tensando sus sentidos, la captaba. Su rostro iba endureciéndose poco a poco. Aquel extraño grito parecía haber anidado en él, seguía resonando, y Vaskov, con escalofríos, intuía, sabía lo que significaba. Miró con ojos inexpresivos y dijo con voz que no era la suya:

— Komelkova, sígueme. Las demás que esperen aquí.

Vaskov se deslizó como una sombra. Iba delante y Eugenia, jadeando, le seguía a duras penas. Ciertamente Vaskov iba ligero de equipo, y ella con su fusil y su falda que, al correr, siempre resulta más estrecha de lo debido. Lo principal era que Eugenia se esforzaba tanto en no hacer ruido que para lo demás casi no le quedaban energías.

Pero el brigada estaba alertado por aquel grito, el único grito, casi inaudible, que había captado de repente. Lo reconoció y

comprendió qué significaba. Ya había escuchado gritos así, cuando se va la vida, cuando todo parece diluirse y por eso resuenan. Resuenan dentro de uno mismo y nunca se olvida este postrer tañido. Como sí, congelándose, produjese un frío punzante en el corazón y te sacase el alma. Por eso se daba tanta prisa el brigada.

Por eso se detuvo, como si hubiese chocado con un muro. Se detuvo de pronto, y Eugenia, que venía corriendo, le dio un golpe con el cañón del fusil debajo del omoplato. El ni siquiera se volvió. No hizo más que sentarse y puso la mano en el suelo, junto a una huella.

Era una huella desparramada, con franjas.

— ¿Los alemanes? —exclamó Eugenia sofocada, casi sin voz.

El brigada no respondió. Miraba, escuchaba, olisqueaba, y apretó el puño hasta que le blanquearon los nudillos. Eugenia miró delante: sobre las piedrecillas se veían salpicaduras de sangre. Vaskov cogió con cuidado una piedrecilla: en ella se había coagulado una gota negruzca, pero parecía fresca. Eugenia meneó la cabeza, quiso gritar, pero se atragantó.

— ¡Han tenido poco cuidado! —dijo en voz baja el brigada, y repitió—: Poco cuidado...

Depositó solícitamente la piedrecilla y miró en derredor, calculando por la huella dónde se habrían ido y dónde habían estado. Y se fue detrás de las peñas.

En una hendidura yacía, encorvada, Gúrvich. Bajo la falda quemada asomaban, ladeadas, sus toscas botas de lona. Vaskov la asió del cinturón y la levantó un poco para cogerla por debajo de las axilas. La sacó de allí y la colocó tumbada de espaldas.

Sonia contemplaba el cielo con la turbia mirada de sus ojos entornados, su guerrera estaba cubierta de sangre en el pecho. Vaskov la desabrochó suavemente y aplicó el oído. Estuvo escuchando largo rato, mientras Eugenia temblaba detrás silenciosa, mordiéndose los puños. Luego él se enderezó y arregló solícito la camisa, pegajosa de sangre, sobre el pecho de la muchacha. En ella se veían dos pequeños agujeros. Uno en el pecho izquierdo. El segundo más abajo, en el corazón.

— Por eso gritaste— suspiró el brigada—. Tuviste tiempo de gritar porque su puñalada estaba calculada para un hombre. No llegó al corazón del primer golpe, se lo impidió tu seno...

Cerró el cuello de la guerrera y abrochó todos los botones, hasta el último. Cruzó sus brazos sobre el pecho y quiso cerrarle los ojos pero no lo consiguió. Lo único que hizo fue manchar inútilmente de sangre los párpados. Vaskov se levantó:

— Yacerás aquí por el momento, Sonia.

Eugenia sollozaba detrás sacudida por convulsiones. El brigada le lanzó una mirada severa bajo sus cejas:

— No es hora de convulsiones, Komelkova.

Y encorvándose ligeramente echó a andar con rapidez, intuyendo con sus sentidos adónde llevaba la débil huella rayada...

9

¿Esperaban los alemanes a Sonia o topó con ellos casualmente? Ella corría despreocupadamente por aquel camino, dos veces recorrido, deseosa de traer al brigada Vaskov la maldita *majorka*. Corría entusiasmada y no tuvo tiempo de comprender de dónde cayó sobre sus frágiles hombros aquella masa sudorosa, por qué de pronto irrumpió en su corazón un dolor tan lacerante y vivo. No tuvo tiempo. Si lo comprendió luego y pudo gritar fue porque el cuchillo no llegó hasta el corazón al primer golpe, por impedírselo su seno. Un seno erecto, turgente.

¿Y si no fue así? ¿Y si ellos estaban al acecho? ¿Se la habrían jugado los alemanes a las inexpertas muchachas y a él, suboficial de reenganche, condecorado como explorador? ¿Y si resultaba que no era él quien cazaba, sino ellos a él? ¿Puede ser que ellos lo hubieran visto todo, contado cuántos eran y decidido cuándo y quién iba a matar a quién?

Mas no era el miedo sino la rabia lo que empujaba ahora a Vaskov. Aquella rabia negra, cegadora le hacía rechinar los dientes y sólo deseaba una cosa: darles alcance. Darles alcance y luego se vería...

— Tú no me gritarás... Qué va, no me gritarás.

Las huellas apenas se habían grabado en las peñas, pero Vaskov sabía ya con exactitud que los alemanes eran dos. Y de nuevo no pudo perdonarse, se recriminó por no haberles vigilado bien, por haber confiado en que andarían por el otro lado de la hoguera y no por éste. Ello le costó la vida a su intérprete, con quien aún ayer compartía la comida. Esa recriminación gritaba en su fuero interno y no tenía más que un consuelo: la persecución. No quería pensar en otra cosa y a Komelkova ni siquiera la miraba.

Eugenia sabía adónde y para qué corrían. Lo sabía, aunque Vaskov no le había dicho nada. Y aunque lo sabía, no tenía miedo. Como si de pronto se le hubieran coagulado sus sentimientos y por eso no le dolían ni sangraban. Esperaban una distensión, pero Eugenia no se la daba. Por eso nada la distraía de su objetivo. Ya le había pasado algo análogo cuando le

escondió aquella estoniana en el verano del cuarenta y uno, casi hacía un año...

Vaskov levantó la mano y ella se paró en el acto, haciendo esfuerzos por contener la respiración.

— Toma aliento —le dijo Vaskov con voz apenas perceptible—. Deben andar por aquí, muy cerca.

Eugenia apoyó todo su cuerpo en el fusil y se soltó el cuello de la guerrera. Hubiera querido respirar ruidosamente, a pleno pulmón, pero tuvo que hacerlo como a través de un tamiz. Por eso no había manera de que se calmase su corazón.

— Míralos —exclamó el brigada.

Miraba por una estrecha hendidura entre las peñas. También miró Eugenia. En el ralo abedular que se extendía desde ellos hasta el bosque, se movieron un poco las flexibles copas.

— Pasarán de largo —continuó Vaskov sin volver la mirada—. Quédate aquí. En cuanto me oigas graznar ponte a hacer todo el ruido que puedas. Golpea con una piedra o con la



culata para llamar su atención. Y vuelves a quedarte quietecita.
¿Has comprendido?

— Lo he comprendido— dijo Eugenia.

— Ya lo sabes, cuando grazne, no antes.

Dio un fuerte y profundo suspiro y, saltando una peña para atajar, se metió en el abedular.



Lo principal era llegar a tiempo para ponerse de modo que el sol les diera en los ojos, que les cegara. La segunda cosa importante era saltarles a la espalda. Caer sobre el enemigo, derribarle, darle la cuchillada y no dejarle gritar. Como si fuese dentro del agua...

Eligió un buen sitio. Los alemanes no podían ni esquivarle ni verle. Ellos, en cambio, tendrían que descubrirse porque delante de su puesto de escucha había un calvero en el abedular. Claro que desde aquí podía disparar a placer, a tiro seguro, pero no tenía la certidumbre de que el eco de sus disparos no llegase hasta el grueso de los alemanes y, por el momento, no le convenía hacer ruido. Por eso en seguida volvió a enfundar la pistola y echó el cierre para que no se le cayese en un descuido. También comprobó si el cuchillo finlandés, trofeo de guerra, entraba con facilidad en la vaina.

En esto los "fritz" aparecieron por vez primera abiertamente en el abedular, aún con el encaje de su fronda primaveral. Como se suponía Vaskov, eran dos. Delante iba un tiarrón con su metralleta sobre el hombro derecho. La ocasión era inmejorable para cargárselos con la pistola, pero el brigada volvió a desechar esa idea, ya no por temor a los disparos sino porque se acordó de Sonia. Para ajusticiarles no bastaba una muerte ligera. Ojo por ojo, cuchillo por cuchillo: sólo así podía ventilarse el asunto, sólo así.

Los alemanes caminaban despreocupadamente, el de atrás incluso venía masticando galleta, relamiéndose los labios. El brigada determinó la amplitud de su paso, calculó en qué momento llegarían frente a él, sacó su cuchillo y cuando el primer "fritz" estuvo a la distancia de un buen salto, graznó dos veces, brevemente y con un pequeño intervalo, como un pato. Los alemanes levantaron la cabeza, pero en ese momento Komelkova, desde atrás, dio un fuerte culatazo en las peñas. Ellos se volvieron bruscamente al oír el ruido y Vaskov pegó el salto.

Lo había calculado bien. Exacto el instante elegido y la distancia medida al centímetro. Saltó sobre la espalda del alemán, apretándole los codos entre las rodillas. El "fritz" no tuvo tiempo de respirar ni de estremecerse, cuando el brigada, empujando con la mano izquierda en su frente, le echó la cabeza hacia atrás y le hundió la afilada hoja en el distendido cuello.

Precisamente así lo había ideado todo. Igual que se sacrificaba a los carneros para que no puedan gritar y sólo se oigan sus estertores al desangrarse. Cuando el alemán empezó a caerse, Vaskov se apartó de un salto y se abalanzó sobre el segundo.

No había transcurrido más que un instante, un solo instante. El segundo alemán estaba aún de espaldas, no había hecho más que comenzar a volverse. Fuese porque a Vaskov no le alcanzaron las fuerzas para un nuevo salto o porque no fue lo suficientemente veloz, el caso es que no pudo alcanzarle con el cuchillo. Le arrancó la metralleta, pero al hacerlo se le cayó su cuchillo, lleno de sangre y escurridizo como el jabón.

Resultó ridículo. En vez de un combate, una pelea a puñetazos. El "fritz", aunque de estatura normal, era tenaz, musculoso. Vaskov no podía con él, no conseguía aplastarlo con su peso. Se revolcaban en el musgo entre peñas y abedules. Pero el alemán callaba por el momento. Bien porque pensara vencer al brigada o sencillamente porque acumulaba fuerzas.

Vaskov tuvo otro fallo. Quiso coger mejor al alemán, pero éste se las apañó para escabullirse y desenvainar el cuchillo. Vaskov temía tanto este cuchillo, le había dedicado tanto esfuerzo y atención que el alemán acabó por dominarle, le echó la zancadilla y pugnaba por alcanzarle el cuello con el filo opaco del puñal. Por más que el brigada le tiraba del brazo, por más que se defendía, el "fritz" le aplastaba con todo su peso. Así no podía continuar mucho tiempo. Esto lo sabían tanto el brigada como el alemán, que no en vano achicaba los ojos y enseñaba los dientes.

De pronto se puso blando como un saco, fofo. Al principio Vaskov no comprendió lo sucedido, no oyó el primer golpe. El segundo sí: sordo, como el golpe de palo sobre un tronco podrido. Sangre tibia le salpicó el rostro, y el alemán, echándose atrás, empezó a tragar aire con la boca contraída. El brigada se desasíó de él, le arrebató el cuchillo y se lo clavó en el corazón.

Sólo entonces se volvió para mirar. Ante él se hallaba Komelkova, asido el fusil por el cañón como una porra. También la culata estaba ensangrentada.

— Bravo, Komelkova... —dijo en tres tiempos el brigada—. Te notifico... mi agradecimiento...

Quiso incorporarse y no pudo. Siguió sentado en el suelo, tragando aire como un pez. Miró al primer alemán. Era fuerte como un toro. Aún se estremecía en los estertores, aún le brotaba la sangre a ramalazos. El segundo, ya inmóvil, se había encorvado antes de morir y así se quedó.

— Bueno, Eugenia —dijo en voz baja Vaskov—. Dos menos...

Eugenia soltó de pronto el fusil y, agachada, fue hacia los arbustos, tambaleándose como si estuviera borracha. Allí cayó de hinojos. Sentía náuseas, ganas de vomitar, y sollozando, no hacía más que llamar a alguien, al parecer a su madre...

El brigada se levantó. Aún le temblaban las rodillas y sentía las punzadas en el pecho, pero ya era peligroso perder tiempo. Dejó en paz a Komelkova, no la llamó, sabiendo por experiencia que el primer cuerpo a cuerpo siempre le deja a uno destrozado al franquear el “no matarás”, ley natural como la vida. Eso requiere acostumbrarse, endurecer el ánimo. Incluso hombretones, y no digamos combatientes como Eugenia, sufrían pesada, dolorosamente, hasta conseguir adaptar su conciencia. Y aquí era una mujer la que había dado el culatazo en la cabeza, una futura madre que por naturaleza odia el matar. Vaskov apuntó también esto en la cuenta de los alemanes, porque se habían salido de las leyes humanas, poniéndose con ello fuera de toda ley. De ahí que sólo experimentara asco al registrar los cuerpos aún calientes, sólo asco. Como si removiese carroña.

Encontró lo que buscaba. En el bolsillo del más alto, que acababa de entregar su alma a Dios y había cesado sus estertores, halló su bolsa de tabaco. La suya, la del brigada Vaskov, con la dedicatoria bordada encima: “AL QUERIDO DEFENSOR DE LA PATRIA”. La estrujó en su mano y apretó los dientes. Sonia no había podido traérsela... Apartó con su bota el velludo brazo que se interponía en su camino y se acercó a Eugenia. Aún estaba de rodillas entre los arbustos, atragantándose y sollozando.

— Váyase... —dijo.

Vaskov le acercó a la cara su puño cerrado y, abriéndolo, le mostró la bolsa. Eugenia levantó la cabeza: la reconoció.

— Levántate, Eugenia.

Le ayudó a hacerlo. Quiso llevarla a un claro del bosque que había detrás, pero la muchacha, nada más dar un paso, se detuvo y empezó a sacudir la cabeza.

— Basta ya —dijo Vaskov—. El trago ya pasó. Debes comprender una cosa. No son personas, camarada, no son seres humanos, ni siquiera fieras. Son fascistas y míralos como tales.

Pero Eugenia no estaba para mirarlos. Vaskov no insistió. Tomó las metralletas, los cargadores de repuesto, quiso coger las cantimploras, pero miró de reojo a Komelkova y renunció. Al fin y al cabo no significaba gran cosa; a ella le sería más leve, le suscitaría menos recuerdos.

Vaskov no escondió a los muertos. De todas maneras no se podía borrar toda la sangre de la campa. Ni tenía sentido. Declinaba el día y pronto debía llegar la ayuda. A los alemanes les quedaba poco tiempo y el brigada quería que no tuvieran punto de reposo. Que se azacanearan, que hicieran cábalas acerca de quién habría matado a su patrulla, que les sobresaltase cada rama, cada sombra.

En el primer regato (había tantos como pecas tienen las muchachas pelirrojas) el brigada se lavó, arregló como pudo el cuello roto de su guerrera y dijo a Eugenia:

— ¿No quieres darte un chapuzón?

Ella denegó con la cabeza. Cualquiera la distraía ahora, cualquiera la sacaba de su ensimismamiento... El brigada suspiró:

— ¿Podrás encontrar sola a las demás o quieres que te acompañe?

— Las encontraré.

— Anda. No dejéis de venir donde Sonia, allá... ¿Tendrás miedo sola?

— No.

— Pese a todo ve con cuidado. Debes comprenderlo.

— Lo comprendo.

— Anda vete. No os demoréis allá, luego podremos dar rienda suelta al sufrimiento.

Se separaron. Vaskov la siguió con la mirada hasta que desapareció. Caminaba sin precaución. Iba más atenta a sus pensamientos que al enemigo. ¡Vaya unos combatientes...!

Sonia miraba al cielo con sus ojos turbios semientornados. El brigada intentó de nuevo cerrárselos y volvió a fracasar. Entonces le desabrochó el bolsillo de la guerrera y sacó el carnet del Komsomol, un certificado de los cursillos de intérpretes, dos cartas y una fotografía. En ésta se veía muchas personas de paisano, pero Vaskov no pudo distinguir quién había en el centro. Aquí mismo se había clavado el cuchillo. Sí, encontró a Sonia. Estaba en un ángulo con un vestido de manga larga y cuello ancho. Su estrecho cuello asomaba por él como si fuese una collera. Recordó la conversación de la víspera, la melancolía de Sonia y pensó con amargura que ni siquiera había dónde escribir sobre la heroica muerte de Sonia Gúrvich, soldado raso. Humedeció con saliva su pañuelo, limpió la sangre de los párpados yertos, y con el mismo pañuelo tapó el rostro. Se metió los documentos en el bolsillo de la izquierda, junto a su carnet del Partido. Se sentó al lado y lió un cigarrillo con tabaco de su tres veces memorable bolsa.

Se le había pasado la furia, amenguó el dolor, pero le invadía la tristeza, le escocía. Ahora podía reflexionar, sopesarlo todo, clasificarlo y comprender cómo debía actuar.

No lamentaba haberse cargado a la patrulla, descubriéndose con ello. Ahora el tiempo trabajaba para él, por todos los conductos iban ya partes sobre ellos y sobre los sabotadores. Con toda seguridad, la tropa ya habría recibido instrucciones para acabar más fácilmente con los "fritz". Sólo quedaban tres.

a lo sumo cinco horas de pelea de cuatro contra catorce. Esto podía aguantarse. Máxime porque los alemanes habían sido desviados de su ruta, llevándolos alrededor del lago de Legont, y esto significaba una jornada de marcha.

Llegó su destacamento con todo el equipo. Ciertamente que dos combatientes se habían ido en distintas direcciones, pero sus bártulos habían quedado. Se pusieron a acumular las cosas como una familia previsora. Galia Chetvertak empezó a gritar y temblar al ver a Sonia. Osiánina le chilló tajante:

— ¡No quiero histerias aquí!

Galia enmudeció. Se arrodilló cerca de la cabeza de Sonia y lloró en silencio. Rita se limitó a respirar trabajosamente, pero sus ojos estaban secos como carbones.

— Venga, arreglarla —dijo el brigada.

Empuñó el hacha (¡lástima no haber cogido una pala para estos casos!) y se fue a buscar entre las rocas un sitio para la sepultura. Sudó buscándolo porque no había más que peñas inabordables. Menos mal que halló una zanja. Cortó ramas, recubrió el fondo y regresó.

— Qué buena estudiante era —observó Osiánina—. Todo sobresalientes en la escuela y en la Universidad.

— Además, recitaba versos —agregó el brigada.

Mas para sus adentros pensaba que esto no era lo principal. Lo principal era que Sonia podía haber tenido hijos, y éstos a su vez nietos y biznietos. Este hilo se había cortado. Un hilito en el interminable tejido de la humanidad, cortado por un cuchillo...

— Levantadla —ordenó.

Komelkova y Osiánina la asieron por los hombros y Chetvertak por las piernas. La trasladaron dando tropezones y tumbos. Chetvertak arrastraba torpemente su pie, envuelto en improvisada abarca. Vaskov caminaba detrás con el capote de Sonia.

— Alto —dijo junto a la zanja—. Ponedla aquí por el momento.

La depositaron en el borde mismo. Su cabeza, mal colocada, se ladeaba. Komelkova puso debajo el gorro. Vaskov, después de pensarlo unos momentos y de fruncir el ceño (¡No quería de ninguna manera hacer eso!), dijo con un gruñido a Osiánina, sin mirarla siquiera:

— Sostén su pierna.

— ¿Para qué?

— ¡Haz lo que te mandan! No por ahí, por la rodilla. Saca la bota de Sonia.

— ¿Para qué? —chilló Osiánina—. ¿Cómo se atreve?

— Pues para que una combatiente no vaya descalza.

— ¡No, no, no! —dijo temblando Chetvertak.

— No estamos jugando a las damas, muchachas —suspiró el brigada—. Hay que pensar en los vivos. Esta es la única ley en la guerra. Sostén la pierna, Osiánina. Te lo ordeno.

Arrancó también la segunda bota y se la arrojó a Galia.

— Póntelas. Y basta de sufrir, que los alemanes no esperarán.

Descendió a la zanja, cogió en sus brazos a Sonia, la envolvió en el capote y la tendió. Empezó a colocar las piedras que le iban dando las muchachas. Trabajaban en silencio, diligentes. Surgió un tumulto. El brigada lo remató con el gorro de Sonia, sujetándolo con una piedra. Komelkova depositó una ramita verde.

— Señalaremos la tumba en el plano —explicó—. Después de la guerra le haremos un monumento.

Tomó la orientación y trazó una cruz en el plano. Se fijó en que Chetvertak seguía con su abarca.

— Combatiente Chetvertak, ¿qué pasa? ¿Por qué no se ha puesto las botas?

Chetvertak se estremeció:

— ¡No! ¡No, no, no! ¡No se puede hacer eso! ¡Es malo! Mi madre es médica...

— ¡Basta de mentiras! —gritó de pronto Osiánina—. ¡Basta! ¡No tienes madre ni la has tenido nunca! ¡Eres expósita y no nos vengas con cuentos!

Galia rompió a llorar. Amargamente, ofendida, como una niña a la que le hubiesen roto su juguete...

10

— ¿Por qué hacéis eso, por qué? —dijo Eugenia en tono de reproche y abrazó a Chetvertak—. Hagámoslo todo sin rabia, si no queremos caer en la exasperación. Como los alemanes...

Calló Osiánina.

Galia, en efecto, era expósita. Hasta su apellido se lo pusieron en el orfanato: Chetvertak, que significa una cuarta parte, porque ella era la más bajita, un cuarto menos.

El orfanato estaba instalado en un antiguo monasterio. De las resonantes bóvedas pendían grandes telarañas de color ceniza. Unos rostros barbudos, toscamente pintados, contemplaban desde los muros de las innúmeras iglesias, apresuradamente convertidas en viviendas. En las celdas conventuales hacía tanto frío como en un sótano.

A los diez años Galia se hizo famosa por un escándalo como el monasterio no había conocido desde su fundación. Se levantó

una noche para hacer sus necesidades y despertó a toda la casa con un grito desesperado. Los educadores, arrancados de sus camas, la hallaron en el suelo, en un corredor oscuro. Galia explicó muy cuerdamente que un viejo barbudo había querido llevársela al sótano.

Así surgió el “Asunto de la agresión...”, complicado por el hecho de que en toda la comarca no había ningún barbudo. Interrogaron pacientemente a Galia jueces de instrucción venidos de fuera y un Sherlock Holmes de vía estrecha. El suceso, al ir de boca en boca, fue adquiriendo nuevos detalles. Sólo el viejo administrador, muy amigo de Galia, quien precisamente ideó su sonoro apellido, supo descubrir que todo era pura invención.

Galia, que se sentía objeto de befa y menospreciada, decidió inventar una fábula. Muy parecida a la de Pulgarcito, es verdad, pero, en primer lugar, en vez de un muchacho era una chica, y en segundo lugar, intervenían viejos barbudos y sombríos sótanos.

La fama de Galia pasó en cuanto todos se cansaron de la fábula. La chica no pensó inventarse otra, pero por el orfanato empezaron a correr rumores sobre tesoros ocultos de los monjes. Apoderóse de los internos la epidemia de buscadores de tesoros y, en breve plazo, el patio del convento se convirtió en una especie de cantera. Apenas había tenido tiempo la dirección de hacer frente a este asalto, cuando en los sótanos comenzaron a aparecer fantasmas con vaporosas túnicas blancas. Eran muchos los que habían visto los fantasmas, y los pequeños se negaron categóricamente a salir por las noches, con todas las consecuencias derivadas de ello. La cosa tomó proporciones de verdadera calamidad y los educadores se vieron obligados a declarar la caza secreta de brujas. La primera de esas brujas, pillada in fraganti envuelta en una sábana, resultó ser Galia Chetvertak.

Después de esto Galia se calmó. Estudiaba con aplicación, se ocupaba de los pequeños y hasta aceptó cantar en el coro, aunque toda su vida había soñado con ser solista, ponerse vestidos largos y gozar del fervor del público. En esto le llegó el primer amor. Acostumbrada como estaba a rodearlo todo de misterio, pronto se inundó la casa de billetitos, cartas, lágrimas y citas. A la promotora le echaron una filípica y se libraron de ella en el acto, mandándola a una escuela de bibliotecarios con una beca especial.

La guerra pilló a Galia en el tercer curso. Al primer lunes, todo su grupo en pleno se presentó en el Comisariado militar. Admitieron al grupo, pero no a Galia, porque no daba la talla ni

tenía la edad. Ella no se amilanó. Asedió al comisario y mintió tan desvergonzadamente que el teniente coronel, atontado por el insomnio, terminó haciéndose un lío y, como excepción, mandó a Galia a los antiaéreos.

El sueño realizado siempre pierde su romanticismo. El mundo real resultó duro y despiadado. Exigía no el arrebato heroico, sino el estricto cumplimiento de las ordenanzas. La novedad festiva se evaporó rápidamente. La vida cotidiana era muy distinta de lo que Galia imaginara del frente. Quedó desconcertada, perdió el humor y por las noches lloraba a escondidas. En ese momento apareció Eugenia y el mundo volvió a girar, rápido y alegre.

Galia no podía pasarse sin mentir. En realidad, no eran mentiras sino que tomaba los deseos por realidad. Así surgió aquella madre doctora, en cuya existencia casi llegó a creer la propia Galia...

Habían perdido mucho tiempo, y Vaskov estaba muy nervioso. Lo importante era marcharse de allí cuanto antes, dar con los alemanes, pisarles los talones; luego no importaba que encontrasen a su patrulla. Porque sería el brigada quien les achucharía, y no al revés. Les hostigaría, les mandaría donde hacía falta... y a esperar. A esperar que llegasen los suyos y empezara la batida.

Pero entre enterrar a Sonia y persuadir a Galia se les había ido el tiempo. Mientras tanto, Vaskov revisó las metralletas, escondió los fusiles sobrantes —el de Brichkina y el de Gúrvich— y repartió las municiones por igual. Preguntó a Osiánina:

— ¿Has disparado alguna vez con metralleta?

— Sólo con las nuestras.

— Toma una de los "fritz". Pienso que te harás con ella.

— Le enseñó cómo se manejaba y le advirtió—: No dispares ráfagas largas, pues salen altas. Que sean breves como aguijonazos.

Por fin echaron a andar... El iba delante, Chetvertak y Komelkova formaban el núcleo, y Osiánina cerraba la marcha. Caminaban cautelosamente, sin hacer ruido. Pero se prestaban más atención a sí mismos y fue un milagro que no topasen con los alemanes. Un milagro como en los cuentos.

Por fortuna el brigada fue el primero en verlos. Nada más salir de una peña los divisó. Dos venían derechos hacia él, los demás detrás. Si Vaskov se llega a retrasar sólo siete pasos, aquí hubiera terminado su servicio militar. Dos buenas ráfagas hubiesen dado cuenta de él.

Pero dio esos siete pasos y todo fue al revés. Tuvo tiempo de recular, de hacer una señal a las muchachas para que se

dispersaran y de sacar una granada del bolsillo. Menos mal que tenía puesto el fulminante. La arrojó desde detrás de la peña y, cuando explotó, disparó la metralleta.

En las ordenanzas se denomina a esto combate de encuentro. Lo característico en él es que el enemigo no conoce tus fuerzas, no sabe si eres un servicio de reconocimiento o la patrulla de cabecera. Por eso lo principal aquí es no dejarle volver en sí.

Naturalmente, Vaskov no pensaba en eso. Lo llevaba en la sangre. Sólo pensaba en disparar y en dónde se habrían escondido sus combatientes, si estarían tumbadas o se habrían dispersado.

El tiroteo era ensordecedor porque los "fritz" disparaban contra su peña con todas las metralletas en activo. Rasgaron su rostro los trocitos de piedra que saltaban; le cegaron los ojos y casi no veía nada. Las lágrimas corrían a chorros, y no tenía tiempo de enjugárselas.

Rechinó el cerrojo de la metralleta, saltando hacia atrás. Se le habían acabado las municiones. Vaskov temía ese momento. Para volver a cargar la metralleta necesitaba unos segundos, y ahora estos segundos contaban por toda una vida. Los alemanes se abalanzarían sobre la metralleta enmudecida, cubrirían la decena de metros que les separaban y se acabó. Cruz y raya.

Pero los "fritz" no se lanzaron. Ni siquiera levantaron la cabeza porque les tenía a raya la segunda metralleta, la de Osiánina. Disparaba ráfagas cortas, certeras, a bocajarro, y le proporcionó aquel segundo al brigada. Uno de esos instantes por el que luego se bebe vodka hasta la muerte.



Nadie recordaba después cuánto duró este combate. Puestos a contar en tiempo corriente fue fulminante, como corresponde a un combate de encuentro, según las ordenanzas. Pero si se medía por todo lo vivido, por las energías consumidas, por la



tensión y el peligro, representaba todo un estrato de la vida y para algunos toda la vida.

Galía Chetvertak se asustó tanto que no pudo disparar ni una sola vez. Se quedó tumbada, con la cabeza escondida tras una piedra y apretándose los oídos con las manos. El fusil yacía a su lado. Eugenia, en cambio, se recobró en seguida y disparaba al tuntún. Si daba o no en el blanco era otra cuestión, pero no estaba en ejercicios de tiro y no tenía tiempo de apuntar.

Toda su potencia de fuego eran dos metralletas y un fusil, pero los alemanes no la resistieron. No porque se asustaran, claro, sino porque desconocían la situación. Después de disparar un poco, retrocedieron. Sin cobertura de fuego, sin destacamento de contención. Retrocedieron sencillamente. Luego se aclaró que habían ido al bosque.

Inmediatamente cesó el fuego. Sólo Komelkova seguía disparando y su cuerpo se estremecía al recibir el culatazo. Terminó el cargador y se detuvo. Miró a Vaskov como si sacara la cabeza del agua.

— Se acabó —suspiró el brigada.

Reinaba un silencio sepulcral, zumbaban los oídos. Olía a pólvora, a polvo de las piedras, a chamusquina. El brigada se enjugó el rostro, y su mano quedó cubierta de sangre:

— ¿Está herido? —preguntó susurrante Osiánina.

— No —dijo el brigada—. Tú mira por ahí, Osiánina.

Se asomó entre las peñas. No disparaban. Miró y vio moverse las copas del lejano abedul que se fundía con el bosque. Se deslizó cautelosamente, pistola en mano. Corrió un trecho, se agazapó detrás de otra peña y volvió a mirar: en el musgo revuelto por la explosión había una mancha de sangre. Mucha sangre, pero los cuerpos no estaban allí. Se los habían llevado.

Después de arrastrarse por peñas y arbustos y de convencerse de que los sabotadores no habían dejado ninguna cobertura, Vaskov, ya tranquilo, volvió erguido donde los suyos. Le escocía el rostro y estaba derengado... Como aplastado por una losa. Ni siquiera tenía ganas de fumar. Sólo deseaba estar tumbado, aunque fueran diez minutos. Antes de que se aproximara a las combatientes le abordó Osiánina:

— ¿Es usted comunista, camarada brigada?

— Soy miembro del Partido Bolchevique...

— Queremos pedirle que presida nuestra reunión de Kom-somol.

Vaskov quedó atónito:

— ¿Una reunión?

Observó que Chetvertak había vuelto a llorar a moco tendido. Komelkova, que parecía una gitana con el humo de la pólvora, con ojos centelleantes, dijo:

— ¡Cobardía!

¿Conque se trataba de eso...?

— Las reuniones son cosa buena —enfurecióse Vaskov—. ¡Algo magnífico! Celebramos la reunión, condenamos a la camarada Chetvertak por haberse desconcertado, levantamos acta. ¿Es así?

Callaron las muchachas. Hasta Galia dejó de lloriquear; escuchaba sorbiéndose los mocos.

— Y los “fritz” pondrán su resolución al pie del acta. ¿Creéis que eso está bien? Qué va. Por eso, como brigada y también como comunista suspendo por el momento todas las reuniones. E informo de cuál es la situación: los alemanes se han ido al bosque; en el lugar donde explotó la granada hay mucha sangre. Quiere decir que nos hemos cargado a alguien. Por lo tanto ellos son trece, así hay que contar. Esta es la primera cuestión. La segunda, que me ha quedado un cargador entero para la metralleta. ¿Y a tí, Osiánina?

— Uno y medio.

— Bueno. Y en cuanto a la cobardía, no existió. La cobardía, muchachas, sólo se ve en el segundo combate. Eso no era más que desconcierto. Por inexperiencia. ¿Cierto, combatiente Chetvertak?

— Cierto...

— Entonces, ordeno secarse las lágrimas y los mocos. Osiánina, adelántate y vigila el bosque. Las demás combatientes, a comer y descansar en la medida de lo posible. ¿No hay preguntas? Pues cumplan la orden.

Comieron en silencio. Vaskov no tenía el menor apetito y sólo quería estar sentado, extendidas las piernas. Pero masticaba con afán, pues había que cobrar fuerzas. Sus combatientes, sin mirarse, comían a dos carrillos, ruidosamente. Menos mal que no se habían desanimado y se mantenían por el momento.

El sol estaba ya bajo, el lindero del bosque empezó a oscurecer y el brigada se intranquilizaba. Los refuerzos se retrasaban. En aquella penumbra blancuzca los alemanes podían de nuevo caer sobre él, o infiltrarse por los flancos en el paso entre los lagos, o escaparse por el bosque y vete a buscarles. Habría que empezar de nuevo la búsqueda, volver a pisarles los talones para conocer la situación. Habría que hacerlo, pero carecían de fuerzas.

Las cosas, por el momento, no iban bien, nada bien. Había llevado a la muerte a una combatiente, se había descubierto

y necesitaba descanso. Y los refuerzos no llegaban, no llegaban...

Pese a todo Vaskov se permitió descansar sólo mientras comía Osiánina. Luego se levantó, se apretó el cinturón y dijo hoscamente:

—Salgo de reconocimiento con Chetvertak. Esto queda a cargo de Osiánina. Seguidnos a mucha distancia. Si oís disparos os ordeno esconderos. Esconderos y esperar hasta que lleguemos. Y si no llegamos os retiráis. Sigilosamente, a través de nuestras posiciones anteriores, hacia el oeste. Hasta que encontréis gente. Allí informaréis.

Desde luego, le inquietó la idea de que no debería acompañarle Chetvertak en esa misión. La más indicada era Komelkova, una camarada probada dos veces en un día, de lo que pocos hombres podrían jactarse. Pero el jefe no es sólo jefe militar; según las ordenanzas tiene, además, obligación de ser el educador de sus subordinados.

Y el brigada Vaskov respetaba las ordenanzas. Se las sabía de memoria y las cumplía estrictamente. Por eso dijo a Galia:

— Deja la mochila y el capote. Sigue mis huellas y mira lo que hago. Pase lo que pase, callarás. Y olvídate de las lágrimas.

Escuchándole, Chetvertak asentía presurosa y asustada...

11

¿Por qué los alemanes habían eludido el combate? ¿Lo habían eludido pese a que debían apreciar, con oído experto, la potencia (más bien, impotencia) de fuego del enemigo?

No eran preguntas ociosas. Ni era por simple curiosidad por lo que Vaskov se devanaba los sesos para descifrarlas. Al enemigo hay que entenderlo. Cada uno de sus actos, cada uno de sus desplazamientos debe estar clarísimo para ti. Sólo entonces emprezarás a pensar por él, comprenderás lo que piensa. La guerra no consiste sencillamente en ver quién dispara mejor. Consiste en ver quién piensa mejor. Las ordenanzas han sido creadas para dejar libre tu mente, para que puedas pensar más lejos, pensar por el lado adverso, por el enemigo.

Por más que Vaskov daba vueltas a los acontecimientos, por más que los cambiaba de sitio, resultaba siempre lo mismo: los alemanes no sabían nada de ellos. Por tanto, aquellos dos que se había cargado no eran una patrulla sino exploradores. Y los "fritz", desconocedores de su destino, avanzaban tranquilamente en pos de ellos. A estas conclusiones llegaba, mas por el momento no comprendía la ventaja que podría sacar de todo esto.

El brigada pensaba, se devanaba los sesos, barajaba los hechos como si fueran naipes, pero no distraía su atención. Se deslizaba cautelosa, sigilosamente. No le faltaba más que amusgar las orejas, cosa que no podía hacer. El vientecillo no le traía ruidos ni olores, y Vaskov avanzaba sin detenerse por el momento. La manirrota de Galia caminaba trabajosamente detrás. Vaskov la miraba a menudo, pero no tuvo que hacerle ninguna observación. Caminaba normalmente, como se le había ordenado. Sólo que desmadejada, indolente. Debía ser el resultado de lo que había experimentado, del peligro que había corrido.

Mientras tanto Galia ya no se acordaba de esto. Otra cosa tenía ante sus ojos: el rostro gris, afilado, de Sonia; sus ojos yertos, medio cerrados, y su guerrera endurecida por la sangre seca. Y... dos pequeños orificios en el pecho. Estrechos como el filo de un puñal. No es que pensara en Sonia ni en la muerte. Es que le parecía sentir físicamente, hasta la náusea, el cuchillo penetrando en su piel, oír la desgarradura de la carne, percibir el pesado olor de la sangre. Siempre había vivido en un mundo imaginario más activamente que en la realidad, y ahora hubiera querido olvidar eso, borrarlo, pero no podía. De ahí nacía un espanto sordo, abrumador. Y ella caminaba bajo el yugo de ese espanto, sin darse cuenta de nada.

Vaskov, naturalmente, no sabía esto. No sabía que su combatiente, con la cual pesaba ahora la vida y la muerte con las mismas pesas, ya estaba muerta. Antes de que llegaran donde los alemanes, sin disparar una sola vez contra el enemigo...

Vaskov levantó la mano: las huellas se dirigían hacia la derecha. Apenas perceptibles entre las piedrecillas, aquí, sobre el musgo, negreaba con los huecos encharcados. Como si los "fritz" se hubiesen detenido de repente, con su carga a cuestas, y hubieran dejado como firma aquellas huellas desparramadas.

— Espera —musitó el brigada.

Torció hacia la derecha, dejando a un lado las huellas. Apartó los arbustos. En una hendidura, bajo ramajes presurosamente amontonados, asomaban cuerpos humanos. Vaskov retiró con cuidado las ramas secas. En el hoyo había dos hombres boca abajo. Vaskov se sentó en cuclillas y se puso a examinarlos. En el de arriba vio en la nuca un agujero negro, redondo, casi sin sangre. El pelo, muy corto, se enroscaba chamuscado.

— Le remataron los suyos de un tiro en la nuca —decidió el brigada—. Rematan a los heridos. Así debe ser su ley...

Escupió Vaskov. Escupió sobre los muertos, aunque sea éste el mayor de los pecados. Pero sólo desprecio experimenta-

ba hacia ellos. Para él estaban fuera de la ley. Habían rebasado la raya que define al ser humano.

Hay una cosa que diferencia al hombre de los animales: la comprensión de que es hombre. Si falta esa comprensión es una fiera. Con dos piernas y dos brazos, pero fiera. Una fiera cruel, terrible. Y entonces nada puede aplicársele: ni el humanismo, ni la compasión, ni el perdón. Hay que golpearle hasta que vuelva a su cubil. Y una vez allí seguir golpeándole hasta que vuelva a recordar que fue hombre, hasta que lo comprenda.

Unas horas antes, aún de día, estaba furioso. Una furia elemental como la sed: sangre por sangre. De pronto todo pasó a segundo plano, se sedimentó, se tranquilizó incluso... y maduró. Maduró en odio, un odio frío y calculado. Ya sin rabia.

— ¿Conque esa es la ley? Lo tendremos en cuenta.

Y tranquilamente restó dos más: quedaban doce. Una docena.

Regresó donde le esperaba Chetvertak. Captó su mirada y sintió como si algo se quebrase en su interior. Comprendió que ella tenía miedo. Un miedo cervical, interno, y menos mal si no era para toda la vida. Por eso el brigada, reuniendo en un instante todo su ánimo, le sonrió como si fuese su amada y le hizo un guiño:

— ¡Allí nos cargamos a dos, Galia! Por lo tanto quedan doce. Eso no debe impresionarnos. No es nada para nosotros...

Ella no respondió, ni siquiera se sonrió. No hacía más que mirar, con los ojos desorbitados. En tal circunstancia a un hombre hay que enfadarlo, soltar unas palabrotas o sacudirle un tortazo. Vaskov lo sabía por propia experiencia. Lo que no sabía era cómo proceder con esta muchacha.

En esto no tenía experiencia y las ordenanzas tampoco decían nada sobre el particular.

— ¿Has leído algo sobre Pável Korchaguin?

Chetvertak se le quedó mirando como a un loco, pero asintió con la cabeza. Vaskov se animó.

— Veo que lo has leído. Pues yo le he visto, como te estoy viendo a ti. Como lo oyes. Nos llevaron a Moscú a los más destacados en la preparación militar y política. Allí visitamos el Mausoleo, una serie de palacios y museos y nos entrevistamos con él. Aunque ocupa un alto puesto es un hombre sencillo. Muy cordial. Nos invitó a sentarnos, nos ofreció té y nos preguntó: ¿cómo va ese servicio, jóvenes?

— ¿Para qué me engaña, para qué? —dijo bajito Galia—. Korchaguin quedó paralítico. Y no era Korchaguin sino Ostrovski. Además está ciego y no puede moverse. Toda nuestra escuela le escribió cartas.

— ¿Puede ser que se trate de otro Korchaguin?

Vaskov sintió vergüenza, hasta se sonrojó. Por si fuera poco le asaltaron los mosquitos, unos mosquitos del atardecer, muy rabiosos.

— Quizá esté equivocado. No lo sé. Sólo decían que... Delante crujió una rama. Evidentemente bajo un pie pesado. Hasta se alegró de ello. Jamás en su vida había quedado por embustero por propia iniciativa, no había tenido que pasar el trago de que sus subordinados le pusieran en la picota, y prefería batirse con la docena de alemanes que soportar los reproches de una mocosa.

— ¡A los arbustos! —susurró—. ¡No te muevas!

Tuvo tiempo de ocultarla en los arbustos, de poner en orden las ramas. El se agazapó tras una peña vecina y a tiempo. Al mirar vio que avanzaban dos alemanes, cautelosamente, como si pisaran brasas, con las metralletas preparadas. No había salido de su asombro porque los "fritz" se empeñaran en andar de dos en dos, cuando detrás y a la izquierda se movieron los arbustos. Entonces comprendió que iban patrullas por ambos lados y que los alemanes estaban seriamente preocupados por el inesperado encuentro y por la desaparición de sus exploradores.

El les había visto, y ellos no. Tenía en su mano el as de triunfo. Ciertamente, un único triunfo, pero así podía asestarles un golpe más sensible. No había que apresurarse. Vaskov aplastaba todo su cuerpo contra el musgo y hasta temía ahuyentar los mosquitos de su frente empapada en sudor. Lo que hacía falta era que pasaran adelante, que le dieran la espalda, que indicasen hacia dónde orientaban sus pesquisas. Luego empezaría su juego, echaría su baza. Con el as de triunfo...

Cuando estás en peligro, o bien no te das cuenta de nada o bien lo haces por dos. Mientras uno calcula lo que ha de hacer, el otro se preocupa del momento actual, todo lo ve y todo lo observa. Vaskov, al tiempo que pensaba en su jugada con el as de triunfo, no quitaba el ojo de los saboteadores ni olvidaba un instante a Chetvertak. Estaba bien escondida, en sitio seguro, y al parecer los alemanes debían pasarla de largo. Por aquí no preveía peligro. Los "fritz" avanzaban como si fuesen cortando el terreno en rodajas. Vaskov y Chetvertak quedaban exactamente en el centro de estas rodajas, aunque en trozos diferentes. Por lo tanto, había que seguir escondido, dejar de respirar, diluirse en el musgo y los matorrales, y luego actuar. Juntar a las combatientes, determinar los objetivos y ahuyentar a los "fritz" con su fusil patrio y una metralleta alemana.

A juzgar por todo, los "fritz" volvían a tantear el mismo camino. Tarde o temprano debían salir donde estaban Osiánina

y Komelkova. Claro que esto preocupaba al brigada, pero no demasiado. Las muchachas estaban fogueadas, tenían buenas entendederas y podían esconderse libremente o irse más lejos. Tanto más cuanto él había planeado su golpe para el momento en que los alemanes, después de rebasarlo, se encontrasen entre dos fuegos.

Los saboteadores salieron derechos, dejando unos veinte metros a la izquierda los arbustos donde se guarecía Chetvertak. Las patrullas que iban a los lados no se dejaban ver, pero Vaskov sabía ya por dónde pasarían. Parecía que no descubrirían a nadie, pero no obstante el brigada quitó cuidadosamente el seguro de la metralleta.

Los alemanes caminaban en silencio, agachados y con las metralletas en ristre. Protegidos por las patrullas, casi no miraban a los lados, fija la mirada delante y esperando a cada instante un disparo. Unos pasos más y estarían en la línea visual entre Chetvertak y Vaskov. Desde este instante sus espaldas quedarían a merced de la puntería de cazador del brigada.

En esto los arbustos se abrieron ruidosamente y de ellos irrumpió Galia. Encorvada, con las manos en la nuca, echó a correr por el claro del bosque, de través a los alemanes, sin ver ya nada ni darse cuenta de nada.

— ¡Ah-ah-ah!

La metralleta disparó una breve ráfaga. A diez pasos segó su frágil espalda, tensada por la carrera, y Galia, sobre la marcha, cayó de bruces sin retirar las manos de la nuca, presa de espanto. Su postrer grito se perdió en un estertor glugluteante, pero las piernas aun corrían, aún se movían, hundiendo en el musgo las punteras de las botas de Sonia.

Todo quedó inmóvil en la campa. Fue cosa de un segundo. Hasta las piernas de Galia temblaban más despacio, como en un sueño. Vaskov seguía tumbado, sin moverse, detrás de su peña, sin haber tenido tiempo siquiera de comprender que todos sus planes se habían venido abajo, que en lugar del as de triunfo en sus manos sólo quedó un seis. No se sabe cuánto tiempo hubiera estado así ni lo que habría hecho, pero a su espalda resonó un crujido, oyó pisadas e intuyó que el de la patrulla derecha se acercaba corriendo, al escuchar la ráfaga, corría hacia él.

No había tiempo para pensarlo y Vaskov decidió sólo lo principal: llevarse de allí a los alemanes. Arrastrarlos detrás suyo, engañarles, apartarles de sus últimas combatientes. Una vez decidido esto, ya sin ocultarse, se puso en pie de un salto, disparó contra las dos figuras que se inclinaban sobre Galia, soltó una ráfaga en dirección a las pisadas en los arbustos y se lanzó hacia el bosque, alejándose de los cerros de Siniujin.

No vio si había herido a alguien, no tenía tiempo para ello. Lo que necesitaba ahora era abrirse paso entre los alemanes, llegar indemne al bosque y preservar a las chicas que quedaban. Le obligaba a ello su conciencia de hombre y de jefe militar. Ya tenía bastante con las que habían muerto. Más que de sobra, hasta el fin de su vida.

Hacía tiempo que el brigada no había corrido como aquella tarde. Corría de un lado para otro entre los arbustos, daba vueltas entre las peñas, caía, se levantaba, volvía a correr y de nuevo caía, escapando de las balas que derribaban hojas sobre su cabeza. Disparaba breves ráfagas sobre las figuras que aparecían fugazmente aquí y allá. Hacía todo el ruido que podía. Quebraba arbustos, gritaba hasta enronquecer porque no tenía derecho a irse sin llevarse consigo a los "fritz". Tenía que engañarlos, jugar con fuego.

De una cosa estaba casi tranquilo: los alemanes no podían cercarle. No conocían el terreno y quedaban pocos para hacerlo. Sobre todo, se acordaban bien de aquel choque inesperado, del combate de encuentro. Por eso caminaban con muchas precauciones. Por eso también hasta ahora Vaskov había escapado con tanta facilidad. Irritaba y enfurecía adrede a los "fritz" para que no suspendieran la persecución, para que no recapacitasen y comprendieran que él estaba solo aquí, puestos a ver las cosas como eran. Solo.

Además le ayudó la niebla (era una primavera de mucha niebla). En cuanto el sol desaparecía tras el horizonte las depresiones del terreno se cubrían de neblina, la bruma se estratificaba, se aferraba a los arbustos. En aquella espesa nebulosidad blancuzca podía ocultarse tranquilamente no ya un hombre sino todo un regimiento. Vaskov podía zambullirse cualquier momento en aquella nube y cualquiera le encontraba. La desgracia era que estas lenguas blanquecinas se deslizaban hacia los lagos, mientras él, por el contrario, se afanaba por llevar a los "fritz" al bosque. De ahí que sólo se metiese en la niebla cuando ya no podía más. Luego reaparecía: ¡hola, "fritz", aquí me tenéis vivito y coleando...!

No cabe duda que, en general, había tenido suerte. Hasta en pequeños tiroteos puede uno convertirse en una criba, pero él se había librado. Jugueteó al escondite con la muerte hasta hartarse, pero al bosque no llegó solo. Toda esa pandilla se había lanzado tras él. De pronto su metralleta chasqueó por última vez y enmudeció. Se le habían acabado las municiones, no tenía con qué volver a cargarla y sus manos estaban tan cansadas que Vaskov optó por meter la metralleta bajo unas ramas secas y empezó a retirarse sin armas.

Aquí no había ya niebla. Las balas chocaban en los troncos, haciendo saltar astillas. Ahora podía desprenderse del enemigo, pensar en su propia suerte. La ocasión era pintiparada, pero los alemanes, enfurecidos, consiguieron encerrarle en su semicírculo. Le acosaban sin descanso, confiando, por lo visto, en aprisionarle contra el pantano y cogerle vivo. Era tal su situación que si el brigada hubiese estado en el lugar del jefe de los alemanes, tampoco habría escatimado condecoraciones por el prisionero, les hubiera dado generosamente siquiera un puñado.

No había hecho más que pensar en esto, acababa de alegrarse de que, por lo visto, habían dejado de apuntarle, cuando sintió un golpe en el brazo. En la molla, más abajo del codo. Vaskov, con las prisas, no comprendió, no dilucidó lo que pasaba. Creyó que se había enganchado al azar en una rama. Pero notó que algo tibio fluía por la mano. No manaba mucha sangre pero era espesa. La bala le había rozado una vena. Vaskov se quedó helado. Con un balazo no estaba para muchos combates. Había que examinar la herida, vendarla, descansar. Así no podría pasar a través del cerco ni desprenderse. No le quedaba más que un recurso: replegarse hacia el pantano. Sin temor a fatigar las piernas.

En esta carrera echó el resto. Cuando salió al pino de referencia, el corazón le danzaba en la garganta. Cogió una pértiga y se dio cuenta de que quedaban cinco, pero no tenía tiempo de reflexionar. El bosque crujía bajo las pisadas alemanas, resonaba con voces alemanas, vibraba con balas alemanas.

De su mente se había borrado totalmente cómo pudo arrastrarse a través del pantano hasta la isla. Sólo se acordó allí, bajo los torcidos pinos. Fue el frío lo que le hizo volver en sí: tiritaba, le castañeteaban los dientes. Y el brazo le dolía, le dolía enormemente quizá por la humedad...

Vaskov no pudo recordar cuánto tiempo estuvo tumbado allí. Debió ser mucho porque en derredor reinaba un silencio sepulcral. Los alemanes se habían retirado. La niebla se adensó al amanecer, descendió y la humedad le caló a Vaskov hasta el tuétano. Sin embargo, ya no manaba sangre de la herida. El brazo estaba cubierto de barro del pantano hasta el hombro y, por lo visto, había tapado el orificio. El brigada no quiso quitarlo. Lo envolvió con una venda que, por fortuna, halló en su bolsillo y miró en torno suyo.

Tras el bosque ya amanecía; en lo alto, sobre el pantano, el cielo jugueteaba con resplandores, apretujando la niebla contra la tierra. Pero aquí, en el fondo de la hondonada, se estaba como en un baño de leche fría, y Vaskov, tiritando de fiebre, pensaba

con tristeza en su querida cantimplora. No había más que una salvación: saltar. Y caminó a saltos hasta que le cubrió el sudor. Para entonces la niebla empezó a clarear. Ya se podía ver alrededor.

Del lado alemán no pudo advertir nada peligroso por mucho que Vaskov miró. Claro que los "fritz" podían haberse ocultado, esperándole atrás, pero esta probabilidad era muy pequeña. Tenían el pantano por impracticable y, por consiguiente, el brigada Vaskov hacía mucho que era para ellos un ahogado.

Vaskov casi no miraba hacia nuestro lado, el que llevaba al apartadero, donde María Nikíforovna. De ahí no podía venirle ningún peligro. Al contrario, era la vida: un buen vaso de vodka, huevos fritos con tocino y una patrona cariñosa. No tenía por qué mirar hacia aquel lado, había que dar la espalda a la tentación, pero la ayuda no acababa de llegar de allí. Por eso, pese a todo, echaba algunas miradas.

Algo negreaba allí. El brigada no pudo concretar qué. Hubo un momento en que incluso quiso ir hasta aquella mancha para ver de qué se trataba, pero se había sofocado con tanto salto y decidió descansar. Cuando cobró aliento, ya había aclarado bastante y comprendió qué era lo que negreaba en el fango pantanoso. Lo comprendió y en seguida se acordó de que junto al pino de referencia habían quedado cinco pértigas cortadas por él. Cinco. O sea que Bríchkina se metió en este maldito fango sin apoyo...

De ella no quedó más que su falda militar. Nada más. Ni siquiera la esperanza de que llegaría ayuda...

12

Vaskov se acordó de pronto de la mañana, cuando contaba los saboteadores que habían salido del bosque. Se acordó del musitar de Sonia junto a su hombro izquierdo, de los desorbitados ojos de Lisa Bríchkina, de Chetvertak con su abarca de corteza de abedul. Se acordó y dijo en voz alta y fuerte:

— De suerte que Bríchkina no llegó...

Flotó sobre el pantano su voz ronca, afónica. Y de nuevo todo se acalló. Hasta los mosquitos se posaban sin hacer ruido en este funesto lugar. El brigada exhaló un suspiro y se metió resuelto en el cenagal. Caminaba hacia la orilla, apoyándose en la pértiga; pensaba en Komelkova y Osiánina, confiando en que estarían vivas. Y pensaba también en que su única arma era la pistola en el costado.

Si los sabotadores hubiesen dejado siquiera uno de los suyos, el brigada Vaskov habría seguido con la nariz en el fango hasta pudrirse. Podrían segarle a dos pasos porque avanzaba descubierto, no podía tumbarse ni tenía donde esconderse. Pero los alemanes no dejaron a nadie y Vaskov llegó sin ningún contratiempo hasta el riachuelo conocido, se lavó como pudo y bebió a sus anchas. Luego sacó un papel del bolsillo, lió un cigarrillo con musgo seco y se puso a fumar. Ahora podía pensar.

Resultaba que la víspera había perdido toda su guerra, aunque había puesto fuera de la liza a un buen veinticinco por ciento del enemigo. La había perdido por no poder contener a los alemanes, haberse dejado exactamente la mitad de los efectivos y todo el equipo. Sólo le quedó la pistola. Por muchas vueltas que le diera, por mucho que lo justificara el resultado era malísimo. Y lo peor era que no sabía dónde buscar ahora a los sabotadores. Vaskov las estaba pasando negras. Por el hambre, por el apestoso cigarrillo, o por la soledad y los pensamientos que le roían la mente como avispas. Porque no hacían más que agujonear, pero no daban provecho...

Tenía que llegar sin falta donde los suyos. Le quedaban sólo dos muchachas, pero de las más capaces. Entre los tres aún eran una fuerza, pero esta fuerza no tenía con qué batirse. El, como jefe, debía preparar en seguida dos soluciones: qué hacer y con qué combatir. Para ello restaba una cosa: poner en claro la situación, encontrar a los alemanes y procurarse armas.

La víspera, durante la carrera, los alemanes habían pisado a sus anchas y en el bosque había suficientes huellas. Vaskov las siguió como por un plano, dedujo la situación y sacó la cuenta. Según su cálculo no eran más de diez los alemanes que corrían tras él. Sea que algunos habían quedado con los pertrechos, sea que el brigada consiguió cargarse a uno o dos. Pero debía calcular una docena porque la víspera no hubo manera de apuntar.

Por las huellas salió al lindero del bosque desde el cual volvían a extenderse el lago Vop y los cerros de Siniujin, los arbustos y el bosquecillo de pinos algo a la derecha. Vaskov se detuvo un poco para mirar, mas no vio a nadie, ni de los suyos ni ajenos. Ante él todo era calma, bonanza matinal. Pero en esa bonanza se escondían en algún sitio los alemanes con metralletas y, en otro, dos muchachas rusas abrazadas a sus fusiles.

Por atrayente que fuese buscar a las chicas en aquellas peñas el brigada no salió del bosque. No podía arriesgarse, de ninguna manera, porque con toda su amargura y desesperación no se daba por vencido ni en el pensamiento. La guerra no podía

haber terminado para él en esto. Después de contemplar aquellas serenas extensiones, Vaskov volvió a meterse en la espesura y empezó a abrirse paso hacia la ribera del lago de Legont, dando un rodeo a los cerros.

El cálculo era tan sencillo como una operación de restar. Los alemanes habían corrido tras él la víspera hasta muy tarde, y aunque eran noches blancas, no les convenía adentrarse en la oscuridad. Procedía esperar hasta el amanecer. Para ello nada más cómodo que los bosques junto al lago de Legont. Si había que retroceder no tendrían un pantano a la espalda. Por eso Vaskov se fue de las conocidas peñas del istmo a lugares desconocidos.

Caminaba con precaución, de árbol en árbol, pues las huellas habían desaparecido de repente. Pero en el bosque reinaba la calma, sólo jugueteaban los pájaros; por sus trinos Vaskov comprendió que no había nadie en los alrededores.

Así anduvo largo tiempo. Empezó a parecerle que en vano, que se había equivocado en sus cálculos y que buscaba a los saboteadores donde no estaban. Pero ahora no tenía más orientación que su olfato, y éste le indicaba que el camino elegido era el acertado. No hizo más que comenzar a dudar de su olfato de cazador y ponerse a repensarlo todo, a sopesarlo, cuando delante saltó una liebre. Salió disparada a un claro del bosque. Sin reparar en Vaskov, se alzó sobre las patas traseras, mirando hacia atrás. Estaba asustada. Había visto gentes desconocidas y por eso curiosas. El brigada, igual que la liebre, aguzó el odio y empezó a mirar al mismo sitio.

Por mucho que miró, por mucho que escuchó, no descubrió nada anormal. La liebre ya se había perdido en una pobeda. A Vaskov le lagrimeaban los ojos de tanto mirar, pero seguía inmóvil porque tenía más fe en aquella liebre que en sus orejas. Por eso se deslizó sin hacer ruido hacia donde miraba la liebre.

Al principio no observó nada, pero luego algo pardeó entre los arbustos. Algo extraño cubierto de líquenes. Vaskov dio un paso, conteniendo la respiración, apartó con la mano los arbustos y dio con el vetusto muro de una isba hundida en tierra.

“La ermita de Legont”— comprendió el brigada.

Se coló por una esquina, vio el almacén de madera podrido del pozo, un sendero cubierto de maleza y la puerta de entrada que, inclinada, colgaba de un gozne. Sacó la pistola y escuchó hasta que le zumbaron los oídos. Llegó a hurtadillas a la entrada, miró a la jamba, a la oxidada puerta, vio hierba aplastada, huellas frescas en el escalón y comprendió que esta puerta había sido arrancada no hacía más de una hora.

¿Para qué, habría que preguntarse? Los alemanes no iban a romper la puerta de la ermita abandonada por simple curiosidad, sino por necesidad. Señal de que buscaban refugio. Quizá tenían heridos o necesitaban guardar algo. El brigada no halló otra explicación y por eso volvió a los arbustos, poniendo especial cuidado en no dejar huellas involuntarias. Se deslizó en la espesura y quedó inmóvil.

No acababan los mosquitos de acomodarse a picarle mejor cuando en algún sitio chilló una urraca. Luego crujió una rama, algo tintineó y del bosque salieron hacia la ermita de Legont los doce, uno tras otro. Once iban cargados (explosivos, decidió el brigada), y el que hacía número doce cojeaba mucho, apoyándose en un palo. Llegaron a la ermita, descargaron los bultos y el herido se sentó en el escalón. Uno de ellos empezó a trasladar los explosivos a la isba. Los demás se pusieron a fumar y a hablar de algo, mirando sucesivamente a un plano.

Los mosquitos se comían vivo a Vaskov, le chupaban la sangre pero él temía hasta pestañear. Se hallaba a dos pasos de los alemanes, empuñando la pistola. Oía todo lo que decían y no comprendía nada. Sólo sabía ocho frases de la guía de conversación, y eso si las pronunciaba algún ruso y canturreando.

Mas no necesitó adivinar lo que decían. El de más graduación, que estaba en el centro y a cuyo portaplanos miraban, tajó con la mano, y una decena, metralleta en ristre, marchó al bosque. Mientras se adentraban en él, el que había transportado los fardos ayudó al herido a incorporarse y lo introdujo en la casa.

Por fin Vaskov pudo respirar y ajustar las cuentas a los mosquitos. Todo se había puesto en claro y la cuestión la decidía el tiempo. Los alemanes no habían ido por bayas a los cerros de Siniujin. Por consiguiente, no tenían ninguna gana de dar vueltas al lago de Legont. El objetivo que perseguían tenazmente era el istmo. Hacia él iban ahora, ligeros de equipaje, a tantear una brecha.

Nada le hubiera costado adelantarles, encontrar a las muchachas y comenzar todo desde el principio. Pero le retenía una cosa: las armas. Sin ellas no había ni qué pensar en salirles al paso a los "fritz".

En aquella isba había ahora dos metralletas, tras la puerta ladeada. Nada menos que dos, un tesoro. Vaskov aún no sabía cómo apoderarse de él. Era insensato meterse en sus morros después de una noche sin dormir, con el brazo atravesado de un balazo. Por eso Vaskov, viendo cómo venían las cosas, se limitó a esperar a que el alemán saliese de la isba.

Y llegó ese momento. Salió el saboteador con la cara hinchada por los mosquitos. Salió a una muerte cierta. Por lo visto sentía ganas de beber. Salió cauteloso, con la metralleta bajo el brazo y dos cantimploras en el cinto. Oteó largamente, aguzó el oído, pero por fin se despegó de la pared y se encaminó al pozo. Entonces Vaskov levantó despacio la pistola, contuvo la respiración, como en las competiciones de tiro, y apretó suavemente el gatillo. Resonó el disparo y el alemán cayó pesadamente de bruces. Para mayor seguridad el brigada volvió a descerrajarle un tiro más. Estuvo a punto de salir de su escondite pero captó de milagro el brillo pavonado del cañón de la metralleta en una rendija de la puerta combada, y quedó inmóvil. El segundo, el que estaba herido, cubría a su amigo y lo había presenciado todo. Correr hacia el pozo equivalía a recibir un balazo.

Vaskov sintió un escalofrío: el herido dispararía ahora una ráfaga al aire. Una ráfaga estrepitosa, como señal de alarma. Nada más. Al instante acudirían corriendo los alemanes, rastrillarían el bosque, y se acabó el servicio militar del brigada. La segunda vez no escaparía.

Pero ese alemán no disparaba. Esperaba algo, apuntaba con cuidado y no daba la señal. Había visto cómo su compañero caía de bruces sobre el pozo, cómo se retorció aún, pero no pidió ayuda. Esperaba... ¿Qué esperaba?

Vaskov lo comprendió de repente. Lo comprendió todo. El fascista quería salvar su pellejo. Le importaban un bledo el moribundo, la orden militar, sus amigos que se habían ido hacia el lago. Ahora sólo pensaba en no atraer la atención. Temía espantosamente al enemigo invisible y sólo imploraba una cosa: cómo pasar desapercibido tras los gruesos troncos de la isba.

El "fritz" no resultó un héroe ni mucho menos, cuando la muerte le miró a los ojos. Comprendido esto, el brigada respiró con alivio.

Vaskov enfundó la pistola, se deslizó cautelosamente hacia atrás, contorneó rápido la ermita y se acercó al pozo por el otro lado. Como esperaba, el "fritz" herido no miraba al muerto. El brigada pudo arrastrarse tranquilamente hasta él, quitarle la metralleta, la bolsa con los cargadores de repuesto junto con el cinturón, y volver al bosque desapercibidamente.

Ahora todo dependía de su rapidez porque había elegido un camino de rodeo. Había que arriesgar y arriesgó. El peligro había pasado. Irrumpió en el bosquecillo de pinos que conducía a los cerros y sólo entonces pudo descansar.

Conocía bien estos parajes, tantas veces recorridos a rastras. Aquí debían estar escondidas en algún sitio sus



muchachas si no se habían retirado hacia el Este. Aunque así se lo había ordenado si ocurría algo, Vaskov no creía ahora que hubiesen cumplido la orden al pie de la letra. No lo creía, no quería creerlo.

Aquí descansó, prestó oído por si escuchaba en alguna parte a los alemanes y echó a andar precavidamente hacia los cerros de Siniujin por el camino que el día anterior había seguido con Osiánina. Entonces aún vivían todas. Todas excepto Liza Bríchkina...

Pese a todo las chicas se habían retirado. No muy lejos, cierto. Al otro lado del riachuelo donde la mañana anterior habían montado aquel espectáculo a los "fritz". Pero Vaskov no pensó en esto. Al no encontrarlas en las peñas ni en las antiguas posiciones, salió a la orilla ya no para buscarlas sino sencillamente desconcertado. De pronto se dio cuenta de que se había quedado solo, completamente solo, con el brazo agujereado. Le invadió tal angustia, se armó tal lío en su cabeza que llegó al río derrengado. No había hecho más que arrodillarse para beber cuando oyó un susurro:

— Fedot Yevgráfich...

Y un grito detrás:

— ¡Fedot Yevgráfich! ¡Camarada brigada!

Sacudió la cabeza. Ellas venían corriendo a través del río. Por el agua, sin remangarse la falda. Se abalanzó hacia ellas y se abrazaron allí mismo, en el agua. Las dos se colgaron de él a la vez y besaron al brigada sucio, sudoroso, sin afeitar...

— ¡Qué hacéis, muchachas, qué hacéis!

A duras penas podía contener las lágrimas. Le asomaban a las pestañas. Se veía que estaba débil. Abrazó a las muchachas por los hombros y así marcharon los tres a la otra orilla. Komelkova se esforzaba por apretarse, por acariciarle las hirsutas mejillas.

— ¡Ay, queridas! ¿Habéis podido al menos tomar un bocado, echar un sueñecillo?

— No teníamos ganas, camarada brigada...

— ¿Qué es eso de brigada, hermanitas? Ahora soy algo así como un hermano vuestro. Llámame Fedot a secas. O Fedia, como me llamaba mi madre...

Entre los arbustos tenían ordenadas las mochilas, las mantas, los fusiles. Vaskov se lanzó en seguida sobre su mochila. No hizo más que empezar a desatarla cuando Eugenia le preguntó:

— ¿Y Galia?

Lo preguntó en voz baja, insegura. Lo habían comprendido todo. Sólo necesitaban la confirmación. El brigada no respon-

dió. Desató la mochila en silencio, sacó pan duro, tocino, la cantimplora. Echó vodka en tres jarros, partió el pan, cortó el tocino. Lo repartió entre las combatientes y levantó su jarro:

— Nuestras camaradas han caído como valientes. Chetvertak en un tiroteo, Lisa Bríchkina se hundió en el pantano. Si contamos a Sonia hemos perdido ya a tres. Es cierto. Pero en cambio hemos tenido al enemigo un día entero dando vueltas entre los lagos. ¡Un día! Y ahora nos toca a nosotros ganar un día. No nos llegará ayuda; los alemanes vienen hacia acá. Así que honremos la memoria de nuestras hermanas y aprestémonos a entablar combate. El último, a juzgar por todo...

13

Hay penas que se abaten como una osa peluda. Caen sobre uno, le desgarran, le mortifican y se nubla la vista. Y cuando te sueltan parece que no ha sido tan grave; se puede respirar, vivir, actuar. Como si no hubiera pasado nada.

Hay otras insignificantes, por inadvertencia. Son poca cosa pero suelen tener derivaciones que a nadie se desea.

Una de esas cosas baladíes fue la que descubrió Vaskov después de desayunar, cuando empezó a prepararse para el combate. Revolvió toda su mochila, tanteó tres veces cada uno de sus objetos, pero no dio con ello.

El fulminante para la segunda granada y las balas para la pistola eran poca cosa. Pero la granada sin fulminante era sólo un trozo de hierro. Sordo cómo un adoquín.

— Nos hemos quedado sin artillería, chicas.

Lo dijo sonriendo para no desanimarlas. Y las tontas de ellas contestaron riendo, alborozadas:

— No importa, Fedot. Sabremos defendernos.

Fue Komelkova la que habló, dando algunos trompicones al pronunciar su nombre. Se sonrojó. Con la falta de costumbre le resultaba difícil llamar por su nombre al jefe.

Para disparar tenían tres fusiles, dos metralletas y una pistola. No era mucho si los diez les regaban con las metralletas. Era de esperar que su bosque les ayudase. El bosque y el riachuelo.

— Rita, ten aún la metralleta preparada. Pero no dis pares desde lejos. Sobre el riachuelo dispara con fusil y reserva la metralleta. Cuando empiecen a atravesarlo te será muy útil. Mucho. ¿Has comprendido?

— Sí, Fedot...

También ésta se quedó cortada. Sonrió Vaskov:

— Sin duda, Fedia será más sencillo. Tengo un nombre poco sonoro, pero qué le vas a hacer...

Aquella jornada no pasó en balde para los alemanes. Habían triplicado sus precauciones y por eso avanzaban lentamente, mirando detrás de cada peña. Revisaron todo lo que pudieron y aparecieron en la orilla cuando el sol estaba ya alto. Todo se repitió exactamente igual, con la diferencia de que esta vez el bosque que tenían enfrente no resonaba con voces de muchachas sino que callaba agazapado y amenazador. Y los alemanes, sintiendo esta amenaza, no se decidían a meterse en el agua, aunque se les veía asomarse entre los arbustos de la otra orilla.

Vaskov dejó las muchachas junto al sitio más ancho del curso del río, les eligió personalmente las posiciones y señaló los puntos de referencia. Tomó a su cargo el promontorio donde un día antes Eugenia Komelkova detuvo a los "fritz" con su cuerpo. Aquí las orillas casi se juntaban, el bosque empezaba desde el agua por ambos lados y no había sitio mejor para cruzar el río. Precisamente aquí era donde los alemanes aparecían con más frecuencia para incitar a disparar a alguno de sus enemigos demasiado nervioso. Mas por el momento no se observaba ningún nervioso porque Vaskov había ordenado rigurosamente a sus combatientes que disparasen sólo cuando los "fritz" entraran en el agua. Hasta ese momento incluso debían respirar alternativamente para que los pájaros no se callaran.

Todo estaba al alcance de la mano, preparado: los cartuchos en la recámara y los fusiles con el seguro quitado para que hasta que llegase el momento, ni siquiera chillara la urraca. El brigada contemplaba casi tranquilo la orilla opuesta. Sólo el maldito brazo le dolía como una muela cariada.

En el otro lado sucedía todo lo contrario: los pájaros habían enmudecido y la urraca se desgañaba. Vaskov observaba todo esto, lo sopesaba y clasificaba para atrapar el momento en que los "fritz" se hartasen de jugar al escondite.

No fue él quien hizo el primer disparo. Aunque el brigada lo esperaba, se estremeció. Un disparo siempre resulta inesperado, repentino. Resonó a la izquierda, río abajo, y tras él otro y otro más. Vaskov miró y vio a un alemán que salía del agua a gatas, hacia los suyos. Las balas chasqueaban en torno a él, pero no le daban. Y el "fritz" corría a cuatro patas, arrastrando una pierna por la ruidosa grava.

En esto restallaron las metralletas, protegiendo al herido, y el brigada, que estaba ya a punto de correr hacia los suyos, se contuvo. A tiempo. Entre los arbustos, hacia la otra orilla, avanzaron cuatro de golpe, calculando por lo visto cruzar el

riachuelo protegidos por los disparos y desaparecer en el bosque. Con el fusil ya no se podía hacer nada porque no habría tiempo para correr el cerrojo después del disparo. Vaskov empuñó la metralleta. No hizo más que apretar el gatillo, cuando en los arbustos de enfrente relampaguearon dos lucecitas y un abanico de balas desgarró el aire sobre su cabeza.

Vaskov sólo sabía una cosa en este combate: que no había que retroceder. No ceder a los alemanes ni un palmo de esta orilla. Por difícil, por desesperado que fuese, resistir. Resistir en esta posición; si no, todo se acabaría. Tuvo la sensación de tener a su espalda toda Rusia como si precisamente él, Fedot Yevgráfich Vaskov, fuese ahora su último hijo y defensor. En el mundo no había nadie más: sólo él, el enemigo y Rusia.

Aún parecía tener un tercer oído para escuchar a las muchachas. Si disparaban, señal de que estaban vivas. Señal de que mantenían su frente, su Rusia. ¡Resistían!...

Ni siquiera se asustó cuando las granadas empezaron a estallar allí. Presentía que de un momento a otro debía venir una tregua porque los alemanes no podían librar un combate prolongado con un enemigo cuyas fuerzas desconocían. También ellos tenían que otear el terreno, barajar sus cartas y luego volver a dar. Aquellos cuatro que venían derechos hacia él se retiraron en el acto, pero tan hábilmente que no tuvo tiempo de advertir si había herido a alguno. Se arrastraron hacia los arbustos, dispararon para meter miedo y de nuevo enmudecieron. Sólo quedaba una nubecilla sobre el agua.

Habían sido ganados varios minutos. Cierto que hoy la cuenta no debía llevarse en minutos porque no se preveía ayuda de ninguna parte, pero así y todo le dieron unos mordiscos al enemigo, le enseñaron los dientes, y la segunda vez no se aventuraría tan fácilmente a entrar en este sitio. Aún intentará hallar alguna brecha, más bien río arriba porque más abajo del lugar donde ensanchaba el río, grandes peñascos caían a pico sobre él. Así, debía correr inmediatamente más a la derecha dejando aquí por si acaso alguna de las muchachas...

Vaskov no tuvo tiempo de pensar bien su dislocación. Unos pasos a su espalda se lo impidieron. Se volvió. Komelkova venía derecha por los arbustos:

— ¡Agáchate!...

— ¡Rápido! ¡Rita!...

Vaskov ni siquiera preguntó qué le pasaba a Rita. Por los ojos le comprendió. Cogió el fusil y llegó antes que Komelkova. Osiánina, encorvada, estaba sentada bajo un pino, recostada en el tronco. Haciendo un esfuerzo sonrió con sus labios grisáceos,

pasándose la lengua una y otra vez. Corría la sangre por las manos con que se apretaba el vientre.

— ¿Con qué? —se limitó a preguntar Vaskov.

— Con una granada...

Tendió a Rita sobre la espalda. La cogió de los brazos, pero se resistía, temía el dolor. Retiró suavemente sus manos y comprendió que no había nada que hacer... Era penoso hasta mirar lo que allí había porque era un revoltijo: la sangre, la guerrera desgarrada y el cinturón enrollado en carne viva.

— ¡Un trapo! —gritó—. ¡Dame alguna prenda interior!

Eugenia, con manos temblorosas, ya había arrancado las ataduras de su mochila, ya le daba algo ligero, resbaladizo...

— ¡Seda no! ¡De lino!

— No tengo...

— ¡Hostias! —se lanzó a su mochila y empezó a desatarla. La había apretado enormemente.

— Los alemanes... —dijo Rita sólo con los labios— ¿Dónde están los alemanes?

Eugenia le miró fijamente un instante y, cogiendo la metralleta, se lanzó hacia la orilla, sin volver la cabeza.

El brigada sacó una camisa, unos calzones y dos vendas de repuesto, y volvió. Rita intentaba decirle algo. No le escuchaba. Con el cuchillo rasgó la guerrera, la falda, la ropa interior empapada en sangre. Apretó los dientes. El casco de metralla le había atravesado de parte a parte destrozando el vientre. Entre la sangre negra temblaban las tripas de color gris. Colocó encima su camisa, empezó a vendarla.

— No es nada Rita, nada... Ha pasado por encima, los intestinos están indemnes. Cicatrizará...

Restalló una ráfaga desde la orilla. Y de nuevo todo fue fragor en el contorno. Caían las hojas. Pero Vaskov seguía vendando. Los trapos quedaban empapados de sangre.

— Vete... Vete allí... —dijo dificultosamente Rita—. Eugenia está allí...

Cerca pasó una ráfaga. No iba alta sino que apuntaba a ellos, aunque no les dio. El brigada miró en torno suyo, sacó la pistola y disparó dos veces contra una figura que se movía: los alemanes habían pasado el río.

La metralleta de Eugenia aún disparaba en alguna parte, aún enseñaba los dientes, cada vez más adentro del bosque. Vaskov comprendió que Komelkova, al disparar, se llevaba a los alemanes tras de sí. Pero no a todos. Todavía asomó uno y el brigada disparó contra él. Había que irse, llevarse a Osiánina porque los alemanes daban vueltas alrededor, y cada instante podía ser el último.

Levantó en brazos a Rita, sin prestar atención a lo que estaban musitando sus mordidos labios grises. Quiso coger el fusil, pero no pudo y corrió hacia los arbustos, sintiendo que a cada paso perdía fuerzas su brazo izquierdo herido, que le dolía terriblemente.

Al pie del pino quedaron las mochilas, los fusiles y las mantas, así como la ropa interior de Eugenia, fina, elegante.

La ropa interior bonita era la debilidad de la chica. Podía renunciar con facilidad a muchas cosas porque tenía un carácter despreocupado y sonriente, pero los juegos de ropa interior que le regaló su madre poco antes de la guerra los llevaba siempre en la mochila. Aunque esto le valiera continuas reprimendas, servicios extraordinarios y otros contratiempos de la vida de soldado.

Sobre todo tenía una combinación que quitaba el hipo. Hasta el padre de Eugenia rezongó:

— Bueno, hija, eso es ya demasiado. ¿Para qué te preparas?

— ¡Para una fiesta! —respondió orgullosa la chica, aunque sabía que él se refería a algo muy distinto.

Se comprendían muy bien.

— ¿Vendrás conmigo a cazar jabalíes?

— ¡No la dejaré! —se asustaba la madre—. Se ha vuelto loco. Mira que llevar de caza a la chica.

— ¡Que se vaya acostumbrando! —se reía el padre—. La hija de un comandante rojo no debe temer nada.

Eugenia no temía nada. Montaba a caballo, disparaba al blanco, estaba con su padre en las emboscadas a los jabalíes, corría en la motocicleta paterna por el poblado militar. Y encima bailaba en las fiestas danzas gitanas y el “matchis”, cantaba acompañándose a la guitarra y tenía aventuras amorosas con tenientes postineros. Devaneos para divertirse, sin enamorarse.

— Eugenia, le has vuelto tarumba al teniente Sergueichuk. Hoy me informó: “Camarada Eug... general...”

— ¡Eso es pura mentira, papá!

Tiempos felices, alegres. Pero su madre estaba siempre malhumorada y suspiraba: es ya una muchacha, una señorita como se decía antes, y hay que ver cómo se porta... No hay quien la entienda: el tiro, el caballo, la moto, el baile hasta el amanecer, tenientes con enormes ramos de flores, serenatas bajo la ventana y cartas en verso.

— Hijita, esto no puede ser. ¿Sabes lo que dicen de ti en el poblado?

— ¡Déjales que den a la lengua, mamá!

— Dicen que te han visto varias veces con el coronel Luzhin. Y tiene familia, hijita ¿Cómo puedes hacer eso?



— ¡Valiente falta me hace Luzhin!...— Eugenia movía los hombros y se alejaba corriendo.

Luzhin era apuesto, misterioso y heroico. Por la batalla de Jaljin-Gol tenía la orden de la Bandera Roja; por la guerra de Finlandia, la Estrella Roja. La madre intuía que Eugenia rehuía por algún motivo esta conversación. Lo intuía y lo temía...

Luzhin había recogido a Eugenia cuando ella solita pasó el frente al morir sus padres. La recogió, la defendió, la amparó, la abrigó y, no para aprovecharse de su indefensión, la tuvo a su lado. Ella necesitaba entonces este apoyo, acomodarse, llorar a sus anchas, lamentarse, acariciarse y volver a hallar su ser en este amenazador mundo de la guerra. Todo fue bien. Eugenia no se apesadumbraba nunca. Tenía fe en sí misma incluso ahora, alejando a los alemanes de Osiánina, sin dudar ni un instante de que todo acabaría felizmente.

Hasta cuando la primera bala le dio en un costado no hizo más que sorprenderse. ¡Era tan estúpido, tan absurdo, tan increíble morir a los diecinueve años!

Los alemanes la habían herido disparando al azar, a través de la fronda. Eugenia hubiera podido ocultarse, esperar y quizá escaparse. Pero disparó mientras tuvo municiones. Disparaba tumbada, sin intentar ya escapar porque junto con la sangre se le iban las fuerzas. Y los alemanes la remataron a bocajarro. Quedaron largo rato contemplando su rostro altivo y hermoso aun después de la muerte...

14

Rita sabía que su herida era mortal de necesidad y que su muerte sería larga, difícil. Por el momento casi no experimentaba dolor. Sólo sentía cada vez mayor quemazón en el vientre y tenía sed. Pero no podía beber. Se limitaba a mojar un trapito en un charco y arrimárselo a los labios.

Vaskov la escondió bajo un abeto derribado, la cubrió de ramas y se fue. Por ahora aún disparaban. Pero pronto todo se calmó de repente. Rita rompió a llorar. Lloraba silenciosamente, sin sollozos, simplemente le fluían las lágrimas por su rostro. Había comprendido que Eugenia ya no existía...

Luego cesaron hasta las lágrimas. Retrocedieron ante aquella cosa enorme que tenía ante sí, que había que analizar y para la que debía prepararse. A sus pies se abría una sima negra y fría. Rita la miraba valiente y adusta.

No sentía lástima por ella, por su vida y su juventud porque siempre pensó en lo que era mucho más importante que ella. Su hijo se quedaba huérfano, completamente solo en manos de su

abuela enferma. Rita hacía cábalas sobre cómo sobreviviría la guerra y cómo sería luego su vida.

Al poco regresó Vaskov. Esparció unas ramas, se sentó al lado en silencio, agarrándose el brazo herido y tambaleándose.

— ¿Ha muerto Eugenia?

El asintió. Dijo:

— No veo nuestras mochilas. Ni las mochilas ni los fusiles. Se los han llevado consigo o los han escondido en alguna parte.

— ¿Murió en seguida Eugenia?

— En seguida —contestó, pero ella percibió que no decía la verdad—. Se han ido. Por lo visto, a buscar explosivos...

—Captó su mirada opaca, inteligente y gritó de pronto—: No han podido vencernos, ¿comprendes? ¡Aún estoy vivo, aún tienen que tumbarme!...

Calló, apretando los dientes, se tambaleó, meciendo el brazo.

— ¿Duele?

— Donde me duele es aquí. —Señaló con el dedo su pecho—. Aquí me taladra, Rita. ¡Cómo me taladra! Aquí os he sacrificado, a las cinco, ¿y por qué? ¿Por una decena de "fritz"?

— Por qué dice eso... Se comprende, es la guerra...

— Mientras haya guerra, sí. ¿Y luego, cuando haya paz? ¿Se comprenderá por qué tuvisteis que morir vosotras? ¿Por qué no dejé ir más adelante a los "fritz", por qué tomé esa decisión? ¿Qué contestar cuando pregunten: ¿Cómo es que vosotros, hombres, no pudisteis preservar de las balas a nuestras madres? ¿Cómo es que las maridasteis con la muerte, mientras vosotros quedabais intactos? ¿Protegisteis el ferrocarril de Kírov y el canal del Mar Blanco? ¡Allí también había guardia, más que cinco muchachas y un brigada con una pistola!

— No hable así —dijo ella quedamente—. La Patria no empieza por los canales. Ni mucho menos. Y nosotros la defendimos. Primero a ella y luego al canal.

— Sí... —Vaskov suspiró profundamente y calló un momento—. Tú sigue tumbada mientras yo miro alrededor. No vaya a ser que topen con nosotros y entonces sí que la hemos arreglado. —Sacó la pistola y no se sabe por qué la frotó concienzudamente con la manga—. Toma. Es verdad que no quedan más que dos balas, pero de todas formas se está más tranquilo con ella.

— ¡Espera! —Rita miraba a alguna parte, al margen de su rostro, en el cielo cubierto por el ramaje—. ¿Te acuerdas, en el apartadero, cuando topé con los alemanes? Había ido a la ciudad, donde mi madre. Tengo allí mi hijito de tres años. Se

llama Alik, Alberto. Mi madre está muy enferma y no vivirá mucho; mi padre desapareció.

— No te preocupes, Rita, lo he comprendido todo.

— Gracias. —Sonrió con sus labios incoloros—. ¿Cumplirás mi última voluntad?

— No —dijo Vaskov.

— No tiene sentido, de todas formas moriré. No haré más que sufrir.

— Voy a hacer un reconocimiento y volveré. Para la noche llegaremos donde los nuestros.

— Bésame —dijo de repente.

Se inclinó torpemente y la besó con timidez en la frente.

— Pinchas... —le dijo con voz apenas perceptible, cerrando los ojos—. Vete. Cúbreme con ramas y vete.

Por sus mejillas grises, hundidas, corrían lentas las lágrimas. Vaskov se levantó silencioso, cubrió cuidadosamente a Rita con ramas y caminó de prisa hacia el riachuelo, al encuentro de los alemanes.

En su bolsillo se bamboleaba pesadamente la inútil granada. La única arma que tenía...

Más bien sintió que oyó aquel disparo débil, ahogado entre las ramas.

Quedó paralizado, prestando oído al silencio del bosque. Luego, temiendo aún creerlo, corrió hacia atrás, hacia el enorme abeto derribado.

Rita se había descerrajado un tiro en la sien y casi no había sangre. Unos gránulos azules orlaban apretados el orificio de la bala. Vaskov los contempló especial, largamente. Después apartó a Rita y empezó a cavar una zanja en el sitio donde ella había estado tumbada hasta ese momento.

La tierra era aquí blanda, esponjosa. La removía con un palo, la escarbaba y la sacaba con las manos, cortaba las raíces con el cuchillo. Pronto tuvo lista la fosa. La cubrió aún más de prisa, y sin darse punto de reposo fue donde yacía Eugenia. El brazo le dolía sin parar, con dolor inaguantable, a ramalazos. Por eso no pudo enterrar bien a Komelkova. Todo el tiempo pensaba en esto, lo lamentaba y musitaba con sus labios resecos:

— Perdóname, Eugenia, perdóname...

Dando tumbos y trapiés, anduvo a través de los cerros de Siniujin al encuentro de los alemanes. En su mano apretaba con fuerza la pistola con la última bala. Su único deseo era encontrar cuanto antes a los alemanes y poder tumbar a otro. Porque ya no tenía fuerzas. En absoluto, sólo dolor. En todo el cuerpo...

La neblina del crepúsculo se extendía silenciosa sobre las peñas caldeadas. La bruma ya se acumulaba en las depresiones del terreno. El viento había remitido. Los mosquitos pendían en nubes sobre el brigada. Y le pareció ver en esta niebla vaporosa a sus muchachas, a las cinco; todo el tiempo susurraba algo y meneaba compungido la cabeza. Los alemanes seguían sin aparecer. No los encontraba en su camino, no disparaban, aunque andaba pesada y abiertamente y buscaba este encuentro. Ya era hora de acabar con esta guerra, de ponerle punto final. Y este punto se guardaba en el cañón gris azulado de su pistola.

Cierto que aún le quedaba una granada sin fulminante. Un trozo de hierro. Si le hubieran preguntado para qué lo llevaba consigo no habría respondido. Lo llevaba, sencillamente, por la vieja costumbre de conservar el equipo militar.

Ya no tenía ningún objetivo, sólo un deseo. No daba vueltas, no buscaba huellas, sino que caminaba derecho, como un autómatas. Y los alemanes seguían sin aparecer...

Ya había pasado el bosquecillo de pinos y caminaba por el bosque, acercándose por momentos a la ermita de Legont, donde por la mañana tan sencillamente se había hecho con una metralleta. No pensaba para qué iba precisamente allá, pero su certero instinto de cazador le llevaba precisamente por este camino. Y él se sometía. Sometiéndose sólo a su instinto, de pronto acortó el paso, se puso a escuchar y se metió en los arbustos.

A un centenar de metros comenzaba una campa con el podrido almacén del pozo y la isba hundida en tierra. Este centenar de metros lo recorrió Vaskov sin hacer ruido, ingrátido. Sabía que allí estaba el enemigo, lo sabía a ciencia cierta, inexplicablemente, como el lobo sabe de dónde le sale la liebre.

En las matas próximas a la campa se quedó quieto y así estuvo largo tiempo, sin moverse, recorriendo con la mirada el pozo, junto al cual ya no estaba el alemán muerto por él, la ermita ladeada y los oscuros matorrales en las esquinas. No había nada de particular, no se observaba nada, pero el brigada esperaba pacientemente. Y cuando de una esquina de la isba salió súbitamente una mancha borrosa, no se asombró. Ya sabía que ése era el sitio del centinela.

Iba hacia él largo tiempo, un tiempo interminable. Levantaba la pierna despacio, como en sueños, la depositaba suavemente en tierra y sin apoyar el pie vertía su peso gota a gota, para que no crujiese ni una ramita. Así, con esta extraña danza de pájaros, contorneó la campa y se colocó a espaldas del inmóvil

centinela. Aún más despacio, más suavemente avanzó hacia esa ancha y oscura espalda. No anduvo sino que fue nadando.

A un paso se detuvo. Había contenido mucho la respiración y ahora esperaba a que se calmase el corazón. Hacía tiempo que había enfundado la pistola y empuñaba el cuchillo en la mano derecha. Al sentir el pesado olor de un cuerpo ajeno, levantó el cuchillo lentamente, milímetro a milímetro, para un único y decisivo golpe.

Aún acumuló fuerzas. Pocas le quedaban. Muy pocas. El brazo izquierdo ya no le servía de nada.

Puso toda su alma en aquel golpe, toda, hasta la última gota. El alemán casi no gritó. Sólo suspiró extraña, lánguidamente, y cayó de rodillas. El brigada dio un tirón a la combada puerta y se metió de un salto en la isba:

— *Hände hoch!*

Ellos dormían. Reposaban antes del último trecho hasta el ferrocarril. Sólo uno no dormía y se lanzó al rincón, donde las





armas, pero Vaskov se adelantó a ese salto y le descerrajó un tiro casi a quemarropa. Resonó con estrépito en el bajo techo. El alemán se desplomó sobre la pared y el brigada, olvidadas de repente todas las palabras alemanas que sabía, no hacía más que gritar roncamente:

— ¡Cuerpo a tierra! ¡Cuerpo a tierra!

Soltaba terribles palabrotas. Las más terribles que conocía...

...No fue del grito de lo que se asustaron, ni de la granada que blandía el brigada. Simplemente no podían pensar, imaginar siquiera, que él estuviera solo como la una en muchas verstas a la redonda. Esto no les cabía en su sesera fascista y por ello se tendieron en el suelo. Morros abajo, como les había ordenado. Los cuatro. El



quinto, el más despabilado, estaba ya en el otro mundo. Se amaniataron unos a otros con los cinturones, muy concienzudamente. Vaskov se encargó personalmente del último. Hecho esto rompió a llorar. Las lágrimas surcaban su rostro sucio e hirsuto. Tiritando de fiebre, riéndose entre las lágrimas, gritó:

— ¿Qué, nos atrapasteis? ¿Nos atrapasteis? ¡Cinco muchachas, cinco nada más, en total cinco! ¡Y no pasasteis, no pudisteis pasar! ¡Aquí la diñáis, la diñáis todos! ¡Si el mando os absuelve os mataré yo mismo! ¡Luego, que me juzguen! ¡Que me juzguen!

Era tan intenso el dolor de su brazo que le ardía todo el cuerpo y las ideas se le embrollaban. Por eso temía tanto perder el conocimiento; se aferraba a él, se aferraba con sus últimas fuerzas.

Nunca pudo recordar aquel último trecho. Se balanceaban delante las espaldas alemanas, se tambaleaban de un lado a otro porque era el mismo Vaskov quien daba tumbos como un borracho perdido. Y no vio más que estas cuatro espaldas. Sólo tenía un pensamiento: disparar cuando fuera a perder el conocimiento. Y este pendía de un último hilo. Era tal el dolor que le arrancaba aullidos. Aullidos y lágrimas. Se había quedado exhausto, al fin.

Sólo autorizó a su conocimiento a cortar el hilo cuando oyó gritos y comprendió que los que venían a su encuentro eran de los suyos. Rusos...



Epílogo

... ¡Salud, viejo!

Mientras tú te matas trabajando, nosotros pescamos en este límpido rincón. Cierto que los malditos mosquitos nos traen fritos, pero la vida a pesar de todo es un paraíso. Anímate, viejo, pide las vacaciones y vente con nosotros. Aquí no hay autos ni gente. Una vez a la semana viene una lancha motora con pan. Los demás días puedes pasártelos si quieres desnudo todo el tiempo. Al servicio de los turistas hay dos lagos magníficos con percas y un riachuelo con timalos. ¡Y setas a montones!

Por cierto, hoy vino con la motora un viejo canoso, fornido, manco. Le acompañaba un capitán de cohetes. El capitán se llama Albert Fedótich* y a su viejo le llama campechanamente padre. No me metí a averiguar qué es lo que buscaban aquí...

... Ayer no tuve tiempo de terminar esta carta. La acabo por la mañana.

Se ve que aquí también hubo combates. Cuando nosotros aún no habíamos nacido.

Albert Fedótich y su padre han traído una lápida de mármol. Encontramos la tumba. Está al otro lado del riachuelo, en el bosque. El padre del capitán la halló guiándose por sus datos. Hubiera querido ayudarles a transportar la lápida pero no me decidí.

Y los amaneceres son aquí tranquilos, sólo hoy caí en la cuenta.

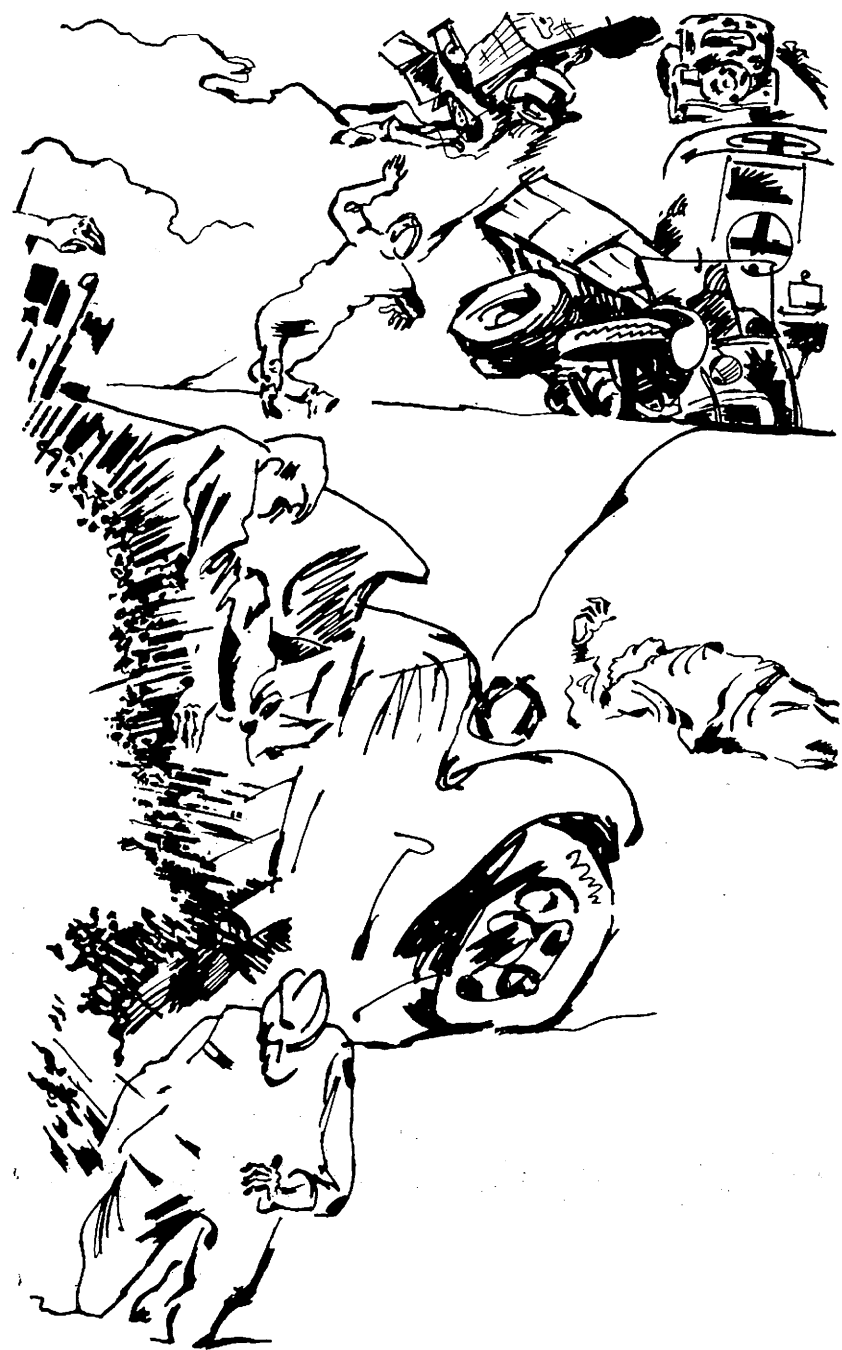
* Hijo de Osiánina, prohijado por Vaskov.

V. Bykov

Sótnikov

*Cumpliendo una misión militar, Sótnikov y Ribak, combatientes de una unidad de guerrilleros, caen prisioneros de los hitlerianos. El comportamiento de dos personas distintas en las condiciones del mortal peligro es el tema de la novela de Vasil Bykov **Sótnikov**. Junto con el lector, el autor reflexiona sobre el miedo y la valentía, sobre el verdadero heroísmo y la traición egoísta. La elección de Sótnikov es la de un hombre, para el cual el destino personal en los años de la calamidad nacional es inseparable del destino de su Patria.*





Iban a través del bosque por un camino perdido cubierto por la nieve, en el que habían desaparecido ya las huellas de los cascos de los caballos, de las rodadas de los carros o de las pisadas del hombre. Por allí, seguramente, incluso en el verano había habido poco movimiento, y ahora, después de las prolongadas nevascas de febrero, la nieve lo había igualado todo, y si no fuera por el bosque —los abetos alternaban con los alisos, que sobresalían desigualmente por ambos lados, formando un corredor que blanqueaba apenas en la noche—, hubiera sido difícil darse cuenta que aquello era un camino. Pero, sin embargo, no se equivocaban. Observando a través de los desnudos arbutos, envueltos en la sombra del crepúsculo, Ribak conocía cada vez más aquellos lugares que ya había recorrido en el otoño. Entonces él y otros cuatro del grupo de Smoliakov habían



pasado al atardecer por este camino para llegar al caserío, y también iban con intención de abastecerse de algunas provisiones. Sí, allí estaba la barrancada, que él recordaba bien: al borde de ella se sentaron a fumar tres de los del grupo, mientras esperaban que los otros dos, que se habían adelantado, dieran la señal de seguir todos. Pero ahora no había manera de llegar hasta la barrancada; al borde se había formado una cornisa barrida por la ventisca, y los pequeños arbolillos sin hojas que se agarraban a las laderas estaban hundidos en la nieve hasta la misma copa.

Al lado, sobre las cimas de los abetos, se deslizaba lentamente por el cielo una brumosa luna en menguante, que apenas alumbraba: sólo se percibía débilmente entre el frío centelleo de las estrellas. Pero con ella no se sentía uno tan solo en la noche: parecía como si algo viviente y bondadoso les acompañara por este camino sin importunarles. Un poco más lejos el bosque estaba tenebroso debido a la oscura mescolanza de los abetos, al boscaje, unas sombras confusas y a la revuelta trabazón de las ramas heladas; pero cerca, el camino se



distinguía bien sobre el limpio manto de la nieve. Y aunque la circunstancia de que el camino pasara allí por la impoluta llanura de nieve hacía la marcha más difícil, en cambio les protegía contra cualquier sorpresa, y Ribak pensó que no era probable que alguien les estuviera acechando en aquella espesura. Pero, pese a todo, había que estar en guardia, sobre todo, después de lo de Gliniani, donde dos horas atrás habían estado a punto de toparse con los alemanes. Afortunadamente, a la entrada de la aldea se encontraron con un hombre que llevaba leña y les advirtió del peligro, entonces volvieron a entrar en el bosque y durante largo tiempo anduvieron yendo y viniendo entre los matorrales, hasta que lograron salir al camino por el que ahora iban.

En realidad, a Ribak no le intimidaba mucho la idea de un encuentro casual en el bosque o en el campo, pues llevaban armas. Verdad es que no tenían muchos cartuchos, pero en eso sí que no podían hacer nada: los que se habían quedado en el pantano de Goreli les dieron los que podían de sus más que escasas reservas. Ahora, además de los cinco cartuchos que llevaba en la carabina, a Ribak de vez en cuando le tintineaban tres cargadores en los bolsillos de la zamarra, y otros tantos tenía Sótnikov. Lástima que no se proveyeron también de algunas granadas de mano, pero puede ser que no les hagan falta y que para el amanecer ya estén los dos de vuelta en el campamento. Por lo menos, deberían estar. Aunque, a decir verdad, Ribak se daba cuenta que después del contratiempo en Gliniani se habían retrasado un poco, tenían que apresurarse, pero su compañero le estaba fallando.

Mientras caminaban por el bosque, Ribak iba oyendo todo el tiempo a sus espaldas la tos profunda y catarrosa de su compañero, que unas veces sonaba cerca y otras se alejaba. Pero de pronto dejó de oírse por completo, y Ribak, acortando el paso, miró hacia atrás: Sótnikov, que se había quedado muy rezagado, apenas si avanzaba entre la oscuridad de la noche. Dominando su impaciencia, Ribak observó un instante con cuánta dificultad caminaba por la nieve, arrastrando los pies hundidos en sus rígidas y gastadas botas de paño; iba con la cabeza gacha y el gorro calado hasta las orejas. Aún desde lejos, en el silencio de la noche gélida, se oía su respiración frecuente y fatigosa, que Sótnikov no podía calmar incluso cuando se paraba.

— ¿Qué? ¿Puedes seguir?

— ¡Ah! —dejó escapar Sótnikov con tono indefinido, al tiempo que se colocaba bien el fusil sobre el hombro—. ¿Todavía está lejos?

Antes de contestar, Ribak se detuvo, observando con escrutadora mirada la flaca figura de su acompañante, envuelta en un corto capote con el cinturón muy apretado. El sabía que Sótnikov no daría su brazo a torcer, y, aunque no pudiese, se haría el animoso, como dándole a entender: ya pasará—, ¿sería para evitar la compasión ajena? Otra cosa no tendría, pero lo que es amor propio y tozudez, tenía para dar y tomar este Sótnikov. Había caído en esta tarea debido en parte a su amor propio: estaba enfermo, pero no quiso decírselo al jefe cuando vino junto a la hoguera para buscar un compañero a Ribak. Primero el jefe llamó a dos —a Vdovets y a Glúschenko—, pero Vdovets acababa de desarmar la ametralladora y se disponía a limpiarla, y Glúschenko dijo que tenía los pies mojados: había ido por agua y se cayó en una poza, hundiéndose hasta las rodillas. El jefe llamó entonces a Sótnikov, y éste se levantó sin decir ni una palabra. Cuando ya se encontraban en camino y a Sótnikov empezó a fastidiarle la tos, Ribak le preguntó que por qué no había dicho nada, cuando los otros dijeron que no podían. Entonces Sótnikov contestó: “Por eso precisamente no me negué, porque los otros se habían negado”. Para Ribak esto no era del todo comprensible, pero después pensó que, al fin y al cabo, no había por qué alarmarse: el hombre se mantenía en pie, ¿merecía la pena prestar atención a esa tos? En la guerra no se muere de un resfriado. Llegaremos a alguna casa, se calentará, comerá patatas calentitas y todo el mal desaparecerá como con la mano.

— Vamos, ya estamos cerca —dijo Ribak con tono animoso, y se volvió para continuar el camino.

Pero no había tenido tiempo ni de dar un paso, cuando Sótnikov de nuevo se atascó con un prolongado golpe de tos que le salía de las entrañas. Haciendo esfuerzos para contenerse, se doblaba, se tapaba la boca con la manga, pero con esto sólo conseguía que la tos fuese más fuerte.

— ¡Con nieve! ¡Toma un puñado de nieve, eso te ayudará! —le aconsejó Ribak.

Luchando con el ataque de tos, que le desgarraba el pecho, Sótnikov tomó un puñado de nieve, la chupó, y la tos, en efecto, se le calmó un poco.

— ¡Demonio! ¡Cuando agarra, es para reventar!

Ribak, preocupado, por primera vez frunció el ceño, pero no dijo nada y siguieron su camino.

Del barranco llegaba hasta el camino una hilera regular de huellas en la nieve, Ribak se quedó mirando con atención y comprendió que no hacía mucho había pasado por allí un lobo (también, seguramente, buscando una casa con gente, pues no

es un encanto el bosque con tal frío). Ambos se desviaron un poco hacia un lado y ya en adelante no se apartaron de este rastro, que en la brumosa penumbra de la noche no sólo indicaba el camino, sino que también indicaba dónde había menos nieve: el lobo esto lo determinaba sin equivocarse. Por otra parte, su camino ya debía acercarse al final, de un momento a otro aparecería el caserío, y esto animó a Ribak.

— ¡Allí está Liubka, una mocita de carácter! —dijo en voz baja sin volverse.

— ¿Qué? —preguntó Sótnikov, que no había oído bien.

— Digo que en el caserío hay una mocita, cuando la veas, se te pasan todos los males.

— ¿Todavía tienes humor para pensar en mocitas?

Sótnikov, que con visible esfuerzo iba arrastrando los pies detrás de él, agachó la cabeza y se encogió todavía más. Por lo visto, toda su atención estaba concentrada en no perder el ritmo que le permitían sus fuerzas.

— ¿Qué quieres? Por lo menos comer...

Pero incluso el recuerdo de la comida no influyó en Sótnikov, que de nuevo empezó a quedarse a la zaga. Ribak, acortando el paso, miró hacia atrás.

— Sabes, ayer me quedé medio dormido en el pantano y soñé con pan. Llevaba una hogaza calentita escondida en el pecho. Me desperté, y era el calor de la hoguera. ¡Me dio una rabia!...

— No es de extrañar que sueñes —asintió con voz ahogada Sótnikov—. Una semana a centeno hervido...

— Sí, y hasta el centeno hervido se ha terminado. Ayer Gronski nos dio lo último que quedaba —dijo Ribak y luego se calló, para no seguir la conversación sobre lo que verdaderamente le preocupaba ahora.

Además, no era momento para conversaciones: se terminaba el bosque, y el camino salía al campo abierto. Más adelante, por un lado del camino se extendían unas mimbreras que cubrían un pantano, y desde éste el camino se desviaba bruscamente hacia la colina. Ribak esperaba que de un momento a otro aparecería tras los alisos la techumbre del chamizo llena de agujeros, y allí, tras la cerca, estaría la casa con los cobertizos y el cigüeñal del pozo levantado. Si el cigüeñal está levantado, quiere decir que no hay nada que temer y pueden entrar, pero si está sujeto por el gancho al brocal del pozo, entonces..., date la vuelta: en la casa hay gente extraña. Así, por lo menos, convinieron en una ocasión con el tío Román. Verdad es que esto fue hace mucho tiempo, desde el otoño no habían estado por allí: habían rondado por otros sitios por el otro lado de la

carretera, hasta que el hambre y los gendarmes los volvieron a acorralar allá de donde un mes atrás les habían echado.

Ribak, acelerando el paso, llegó hasta la vuelta del camino y se dirigió hacia la colina. El rastro del lobo en la nieve también volvía en dirección al caserío. Seguramente, al percibir la proximidad de la vivienda, el lobo con cautela se metió en la cuneta, apretándose a los matorrales. Pero Ribak había dejado de observar el camino: toda su atención estaba ahora en lo que estaba delante, hacia allá donde terminaba el matorral.

Al fin, empezó a subir apresuradamente por la ladera de la colina hasta llegar a lo alto, pero una vez allí pensó que, por lo visto, se había confundido: seguramente las casas de la alquería estaban más allá. Ocurre con frecuencia en caminos poco conocidos que algunos de sus trozos desaparecen de la memoria, y entonces el camino parece más corto de lo que en realidad es. Ribak apresuró más el paso, pero Sótnikov de nuevo empezó a quedarse atrás. Hay que decir que Ribak había dejado de prestar atención a Sótnikov, pues de pronto, y al parecer sin causa alguna, se sintió dominado por la inquietud.

El chamizo aún no se veía en la penumbra de la noche, como tampoco se veían otras construcciones, en cambio algunas ráfagas de viento trajeron desde allí a los caminantes una tufarada acre-amarga del humo. Ribak al principio pensó que se había equivocado y que aquel tufo venía del bosque. Anduvo unos cien pasos más, con el deseo de ver a través de los matorrales los tejados ya conocidos de la hacienda cubiertos de nieve. Pero sus esperanzas no se confirmaron: no había ningún caserío. Sin embargo, el olor a quemado continuaba, pero no era un olor a fuego reciente, humeante, con llamas, sino el desagradable hedor de tizones y cenizas hace tiempo apagadas. Comprendiendo que no se equivocaba, Ribak soltó algunos juramentos a media voz y casi corriendo subió por la mitad del camino, hasta que se dio de manos a boca con la cerca.

La cerca estaba en su sitio: algunos pares de estacas entrelazadas con sarmientos y pértigas aparecían medio torcidos, hundidos en la nieve. Allí, al lado del bancal de patatas, se alzaba entonces aquel mismo chamizo, pero en su lugar se veía ahora un montículo de blanca nieve. En algunos sitios sobresalía y se destacaba algo oscuro; ¿eran tizones que no habían ardido del todo? Un poco más allá, junto al huertecillo de manzanos jóvenes, donde se encontraban las casas, también se veían pilas de escombros cubiertos de nieve y la chimenea del horno, absurdamente malrotada, en medio. En el lugar donde estuvieron los cobertizos, no se comprendía lo que era aquello: seguramente que no habían quedado ni los tizones.

Ribak permaneció unos instantes junto a la cerca, sin dejar de soltar juramentos para su coleteo y sin llegar a comprender qué había ocurrido allí. Ante sus ojos apareció el cuadro de lo que hasta entonces fuera una morada humana con su sencilla y acogedora comodidad campesina: la casa con el porche, un horno grande y ahumado, junto al cual andaba trajinando la abuela Melania, haciendo sus dulces caseros. Después de haber comido bien, se sentaron junto al poyo del horno con las botas quitadas para descansar de la caminata, haciendo reír a la alegre Liubka, que les obsequiaba con avellanas. Ahora ante ellos sólo había un montón de escombros ahumados.

— ¡Canallas!

Venciendo aquellos instantes de estupor, Ribak traspasó la empalizada y se acercó al horno, cubierto con un gorro de blanca nieve. Completamente absurda parecía aquella nieve sobre el horno, que como una apretada capa estaba pegada al lomo y que incluso había cerrado la boca del horno. La chimenea en lo alto había desaparecido, seguramente se habría desmoronado durante el incendio y ahora se veía como un montón bajo la nieve.

En aquel momento Sótnikov se acercó fatigosamente a él. Permaneció unos instantes en silencio junto a la cerca y luego por la limpia nieve se apartó hacia el pozo del agua. El pozo, al parecer, era lo único que no había sufrido de la reciente destrucción. También había quedado intacto el cigüeñal. Su extremo levantado en alto se balanceaba suavemente con el viento frío. Ribak, irritado, le sacudió un puntapié a un cubo agujereado y vacío; dio una vuelta en torno al varal del carro sin ruedas, que apenas se distinguía entre la nieve. Allí ya no había nada que se pudiera aprovechar: todo lo que no consumió el fuego seguramente se lo habría llevado la gente hacia ya tiempo. La casa había ardido, y allí no quedaba ya nadie. Ni siquiera habían quedado huellas humanas, únicamente los lobos andaban rondando tras la cerca: seguramente el lobo tenía también sus miras puestas en esta malhadada alquería.

— ¡Nos hemos lucido! —exclamó Ribak, volviéndose mohíno hacia el pozo.

— Alguien les ha denunciado —repuso con voz enronquecida Sótnikov.

Recostado en el brocal del pozo, se encogía de frío, y cuando dejaba de toser, se oía un quedo resoplido en el pecho, como si fuera un acordeón estropeado. Ribak metió la mano en el bolsillo, recogió allí entre los proyectiles un puñado de centeno cocido, restos de su norma de aquel día, y le dijo:

— ¿Quieres?

Sótnikov tendió sin mucho deseo la mano, y Ribak dejó caer en ella parte de su puñado. Ambos se pusieron en silencio a masticar los blandos granos semihelados.

Verdaderamente que todo les empezaba a salir mal, y Ribak pensó que esta mala suerte dejaba de ser casual: según parecía, los alemanes habían acorralado al destacamento de veras. Y no era lo más importante que ellos dos se quedaran hambrientos: lo que más les preocupaba era el pensar en los que entonces se estarían helando de frío en el pantano. En una semana de combates y andanzas por los bosques, la gente se había agotado, se habían alimentado solamente con patatas, sin una miga de pan; por añadidura, tenían cuatro heridos, a dos había que llevarlos en camilla. Los policías y los gendarmes les habían cercado de tal manera que no les quedaba ya ningún sitio donde meterse. Mientras iban por el bosque, Ribak pensaba que pudiera ser que aquella parte del pantano no estuviese todavía cercada y entonces podrían llegar a la aldea, y, en el peor de los casos, allí había un caserío. Pero ahora la esperanza en el caserío se hundió por completo. Más allá, a tres kilómetros, se encontraba un lugar en el que había una guarnición policíaca, pero alrededor todo eran campos abiertos, sin bosque, hacia allí no era posible ir.

Terminando de comerse el centeno, Ribak, preocupado, se volvió hacia Sótnikov.

— ¿Qué, cómo te encuentras? Si te sientes mal, date la vuelta. Puede ser que yo llegue hasta la aldea.

— ¿Solo?

— Solo. ¿Y qué? No vamos a volver con las manos vacías.

Sótnikov temblaba de frío: con el viento empezó a penetrarle la helada hasta los huesos. Para conservar de alguna manera el poco calor que le quedaba, Sótnikov hundía más y más sus manos ateridas en las anchas mangas del capote.

— ¿Cómo no has cogido algún gorro de invierno? ¿Acaso calienta algo eso que llevas? —le dijo Ribak con tono de reproche.

— En el bosque no crecen los gorros.

— En cambio en la aldea todos los hombres los llevan.

Sótnikov no se apresuró a responder:

— ¿Entonces, qué..., quitárselo a algún campesino?

— No es obligatorio quitárselo. Se puede de otra manera.

— Bueno, está bien, vamos a seguir —interrumpió la conversación Sótnikov.

Cruzaron el cercado y en seguida se encontraron en medio del campo. Sótnikov se encogió al instante, hundió aún más su pequeña cabeza en el cuello, tratando de protegerse del viento.

Mientras caminaba, Ribak sacó del seno una mugrienta toalla de lienzo, que más parecía un peal, y, sacudiéndola, se volvió hacia su compañero:

— Toma, líatela al cuello. Eso te dará algo de calor.

— Déjalo. No importa...

— ¡Toma, tómala! Mira que te vas a arrecir del todo.

Sótnikov se detuvo de mala gana, sujetó el fusil entre las rodillas y con los dedos entumecidos, agarrotados, se lió como pudo la toalla al cuello.

— ¡Eso es! —dijo Ribak satisfecho—. Y ahora, venga, vamos a Guzaki. Hasta allí habrá un par de kilómetros, no más. Algo encontraremos, no puede ser...

2

A campo abierto hacía todavía más frío que en el bosque, soplaba de frente un vientecillo no muy fuerte, pero que quemaba el rostro; las manos sin guantes se quedaban dolorosamente entumecidas. Por mucho que Sótnikov las metía ora en los bolsillos, ora en las mangas, ora en el seno, de todas maneras se le quedaban heladas. Y estuvo a punto de que se helara la cara, sobre todo las orejas, que Sótnikov, encogiéndose del dolor, se frotaba a cada momento con la áspera manga del capote. Los pies no le preocupaban: se le habían calentado al andar. Verdad es que dos dedos del pie derecho se habían quedado tiesos y no los sentía siquiera, pero esto le ocurría siempre con el frío, y le empezaban a doler con el calor. Lo peor era que ahora, con la helada, sentía un atormentador ramalazo por todo el cuerpo a causa del enfriamiento y, por si era poco, empezaba a sentir fiebre.

Aún tuvieron suerte, pues la nieve en el campo estaba bastante dura y no muy profunda y casi todo el tiempo se mantenían a flor de tierra, aunque en algunos sitios se les hundía ora un pie ora el otro al quebrarse la endurecida costra de nieve helada. Ahora iban bajando por la ladera a lo largo de unos altos matorrales. En el campo había un poco más claridad que en el bosque, la fantasmagórica penumbra gris era más amplia. Abajo, en la nieve, se movían, agitadas por el viento, las ramas secas de los matojos. Al cabo de un cuarto de hora vislumbieron delante de ellos la mancha oscura de unas revueltas mimbreras o unos arraqlanes junto al río; sin apresurarse, se acercaron a estos matorrales.

Sótnikov se sentía cada vez peor: la cabeza le daba vueltas, a ratos le parecía que algo se hundía en su conciencia, que desaparecía de su memoria, y entonces por un instante se

olvidaba incluso de dónde se encontraba y quién estaba con él. En realidad, debiera haber dado la vuelta o no haber salido del bosque en tal estado, pero no se le ocurrió siquiera pensar que pudiera caer enfermo de verdad. Era lo que le faltaba: ponerse enfermo en la guerra. Ninguno de ellos había enfermado de tal manera como para que le liberasen de las tareas, tanto más de tareas tan sin importancia como aquélla. Muchos tosían, se resfriaban, pero en el bosque un enfriamiento no se consideraba enfermedad. Y cuando allá, junto a la hoguera en el pantano, el jefe le llamó por su apellido, Sótnikov no pensó en la enfermedad. Al enterarse de que tenían que ir a buscar provisiones a la aldea, hasta se alegró, porque todos aquellos días estaba hambriento y además le atraía la posibilidad de calentarse, aunque no fuera más que una horita junto al hogar.

¡Y ahí lo tienes, se calentó!

En el bosque, a pesar de todo, era más llevadero, pero aquí, con el viento, se sentía muy mal e incluso se asustó de que pudiera desplomarse: la cabeza le daba vueltas y se sentía tan débil que andaba dando tumbos de un lado para otro.

— ¿Qué, cómo te encuentras?

Ribak se detuvo, se volvió hacia él y esperó; y por esta simple pregunta a la que no era obligado contestar, Sótnikov sintió un poco de calor en su fuero interno. Lo que más temía era convertirse en una carga para su compañero, aunque sabía que si ocurría lo peor, él mismo encontraría una salida para sí, sin ser una carga para nadie. Ni siquiera para Ribak; en él, por lo visto, se podía confiar. Después del reciente cruce de la carretera, cuando tuvieron que proteger la retirada de los restos del destacamento destrozado, se habían acercado más el uno al otro y todos los últimos días andaban juntos. Seguramente por eso coincidieron en esta tarea.

— Mira, atravesamos aquella vaguada, y a la otra parte, tras aquel collado, está la aldea. Ya no está lejos —le animó Ribak, acortando el paso para ir a su lado.

Sótnikov le alcanzó, y juntos siguieron bajando por la ladera. La nieve aquí ya era más profunda que en lo alto, los pies quebraban con frecuencia la delgada costra helada; la luna brillaba ahora tras sus espaldas. Fuertes ráfagas de viento corrían a sus anchas por el campo nevado, los cortos faldones del capote sacudían a Sótnikov en las rodillas entumecidas. Ribak se volvió de pronto hacia su camarada:

— Todo tiempo quería preguntarte: ¿qué eras en el ejército? ¿Seguramente no eras de filas, eh?

— Era jefe de un batallón.

— ¿De infantería?

— De artillería.

— Ahora todo está claro: has andado poco. Pues yo, como de infantería, todo el tiempo he ido un pie tras otro.

— ¿Y has llegado muy lejos? —preguntó Sótnikov, recordando su camino hacia el Este.

Pero Ribak lo comprendió de otra manera.

— Sí, como puedes ver. De sargento he llegado a soldado de filas. ¿Tú eres militar de carrera?

— No del todo. Hasta el año 1939 trabajé en la escuela.

— ¿Qué, terminaste el instituto?

— Sí, el de maestros. Dos cursos.

— Pues yo, ¿sabes?, sólo estudié hasta el quinto grado en la escuela. Y eso...

Ribak no llegó a acabar la frase: de pronto se le hundieron los dos pies, soltó un taco por lo bajo y se echó un poco a un lado. Allí mismo empezaba la maleza, mimbreras, juncos, la nieve era aquí más blanda y casi no les sostenía; bajo los pies parecía que el terreno era pantanoso. Sótnikov, indeciso, se detuvo, mirando dónde poner los pies.

— Ven detrás de mí, detrás de mí. Por mis pisadas te será más fácil —le dijo Ribak, adelantándose hacia los arbustos.

Mucho tiempo tuvieron que abrirse camino por la ancha y pantanosa vaguada, hasta que salieron a un cañaveral helado: las cañas susurraban torvamente a su alrededor; atravesaron un riachuelo cubierto por la nieve y de nuevo empezaron a caminar por un pradejón, abriéndose paso por la blanda y profunda nieve. Sótnikov estaba por completo extenuado, respiraba con gran dificultad, ya apenas sin esperanza de que terminara aquella vaguada pantanosa y empezara otra vez el campo raso. Al fin, los matorrales quedaron atrás; ante ellos se levantaba una suave pendiente, aquí había menos nieve. Pero subir por ella no resultó más fácil. A Sótnikov le vencía cada vez más el cansancio, le dominaba una extraña indiferencia hacia todo en el mundo. Los oídos le zumbaban —¿del viento, o puede ser que del cansancio?—, y con enorme esfuerzo de voluntad se obligaba a avanzar para no caer.

Al llegar a la mitad de la larga ladera se sintió completamente desfallecido: le temblaban las piernas. Menos mal que allí había poca nieve, y en algunos sitios hasta la había barrido el viento, y entonces, bajo las toscas botas de fieltro, aparecían rodales arcillosos. Ribak se había adelantado mucho: seguramente quería llegar cuanto antes a la cima del collado, para otear desde allí. La aldea debía divisarse en seguida. Pero antes de llegar a lo alto se detuvo. A Sótnikov le pareció desde lejos que Ribak había visto algo, pero desde donde él estaba no podía distinguir

qué era. La ladera nevada se elevaba en suave declive hacia el cielo estrellado, y allá, en lo alto, se esfumaba en la opaca bruma de la noche. Por detrás se extendía la amplia y espaciosa llanura gris envuelta en la neblina, la franja entrecortada de los matorrales, los contornos confusos de unas manchas imprecisas, unas sombras difusas, y más allá —casi no se discernía desde allí— se ocultaba en la oscuridad el bosque que acababan de dejar. Aquel bosque estaba lejos, y a su alrededor sólo había un campo helado, sumido en la noche: si ocurriera algo, no había de quién esperar ayuda.

Ribak aún permanecía parado, de espaldas al viento, cuando Sótnikov se aproximó a él, arrastrando apenas los pies. Ahora ya no seguía sus pisadas: ponía el pie donde fuera, lo importante era no caerse. Y al acercarse vio inesperadamente que bajo sus plantas había un camino.

Sin cruzar una palabra, escuchando en torno, mirando a su alrededor, siguieron despacio hacia lo alto de la colina: uno por la derecha y otro por la izquierda del camino. Aquel camino seguramente llevaba a la aldea: entonces, puede ser que logran llegar hasta allí sin desviarse. En torno se extendía el mismo espejismo nocturno: el campo gris, la nieve, la penumbra con sus numerosas e imperceptibles sombras y cambiantes manchas. En ninguna parte se percibía una luz, un movimiento: la tierra estaba muda, callada, sigilosa.

— ¡Alto!

Sótnikov dio un paso y se quedó clavado, la nieve crugió un instante bajo sus botas de paño. A su lado Ribak quedó inmóvil. De alguna parte, del lado donde se alejaba el camino, llegó una voz ininteligible, un grito que rompió el silencio de la helada noche y luego se extinguió. Alarmados, escudriñaron en la noche: delante de ellos, no lejos, en una depresión del terreno, parecía verse una aldea; una mancha gris, desigual, de algo voluminoso se distinguía apenas en la penumbra. Pero no se podía comprender qué era.

Inmóviles en el camino, ambos escrutaban en torno, sin poder llegar a comprender si aquello había sido en realidad un grito o era una figuración suya. Alrededor el viento susurraba entre los matorrales y la noche helada parecía muda. Y de nuevo se oyó otro grito humano, esta vez mucho más preciso que el anterior: una orden o, acaso, un juramento, y momento después, disipando de golpe todas sus dudas, resonó a lo lejos un disparo que el eco extendió por todo el campo.

Ribak, empezando a comprender, respiró con alivio, y Sótnikov, seguramente porque había estado largo rato conteniendo la respiración, empezó de pronto a toser.

Aquella tos inoportuna se prolongó más de un minuto, por mucho que Sótnikov se esforzaba por contenerla, prestando atención para distinguir si llegaban nuevas voces. Verdad es que sin eso ya estaba claro de quién era aquel disparo: ¿quién, sino los alemanes o sus lacayos, podía disparar a tales horas en la aldea? Esto quería decir que en aquella dirección tenían el camino cerrado, había que volver para atrás.

Pero no se oyeron más disparos, otras dos veces el viento trajo algo parecido a una voz humana: no se podría decir si era el rumor de una conversación o un grito. Después de una pausa, Ribak escupió irritado en la nieve.

— ¡Aprieten, los canallas! Para la gran Alemania.

Permanecieron aún con el oído atento algunos momentos, escuchando entre el rumor del viento, preocupados por una cosa: ¿qué hacer, adónde ir? Como si todavía confiara en algo, Ribak continuaba mirando en la dirección donde el camino desaparecía en la oscuridad de la noche; Sótnikov, de espaldas al viento, empezó a tiritar con un temblor breve e insistente a causa del enfriamiento.

— Quiere decir que no podemos asomar las narices por allí —decidió Ribak preocupado, apoyándose ora en un pie ora en el otro en la nieve crujiente—. ¿Puede ser que vayamos por la vaguada? En algún sitio por aquí, según recuerdo, debe haber otra aldehuela.

— Vamos —asintió Sótnikov transido de frío, encogiendo los hombros.

Le era indiferente adónde ir, con tal de no sentirse azotado por aquel viento penetrante. Sus sentidos se habían embotado, la cabeza le seguía dando vueltas. Todos sus esfuerzos ahora estaban dirigidos a no tropezar, a no caer, pues si caía, seguramente ya no se levantaría más.

Se desviaron del camino, dirigiéndose por la blanca sabana de nieve hacia un lugar en el que se percibía la ancha sombra de unos arbustos. Al principio, la nieve en la ladera no era muy profunda, hasta el tobillo, pero poco a poco el manto se iba haciendo más espeso, sobre todo, en la parte baja. Por suerte, la vaguada no era muy ancha, la atravesaron rápidamente y siguieron a lo largo de la espesura de un bosquecillo bajo, pero sin acercarse mucho. Sótnikov se orientaba mal por estos lugares y confiaba en Ribak, que había recorrido estos contornos en otoño, siguiendo una escondida trocha, cuando su menguado destacamento aún recuperaba fuerzas en el pantano de Goreli. Empezando por un pequeño acto de sabotaje en la carretera, el destacamento pasó a realizar operaciones más importantes: voló un puente sobre el Islianka, prendió fuego a

una fábrica de lino en un lugarejo, pero cuando dieron muerte a un alto funcionario alemán, los ocupantes se alarmaron. A finales de noviembre tres compañías de gendarmes, después de cercar el pantano de Goreli, emprendieron una batida, de la que pudieron escapar a duras penas, escondiéndose en el vecino bosque de Borkovski.

Sótnikov entonces estaba lejos de allí y seguramente ni se le ocurriría pensar en los guerrilleros. Por tercera vez intentaba atravesar la línea del frente y no admitía la idea de que pudiera estar cortado de su ejército. Un pequeño grupo de artilleros durante doce días se abría paso desde Slonim al Este: eran los que habían quedado con vida de lo que fuera un poderoso regimiento de artillería de un cuerpo de ejército. Pero en el Bereziná, durante el paso del río, casi todos perecieron en una emboscada, y los que se salvaron o no cayeron al fondo, fueron hechos prisioneros por los alemanes. Y entre éstos, por suerte o por desgracia, se encontraba Sótnikov.

Sí, aquéllos eran magníficos muchachos, sus artilleros, los del servicio de exploración, los tiradores y los enlaces. Todo el tiempo que estuvo trabajando con ellos sólo recibieron buenas notas y felicitaciones de los jefes por su preparación para el combate, por su maestría y precisión en el tiro durante los ejercicios del regimiento y del ejército y en las prácticas artilleras. Pensaban que si se desencadenara la guerra, también ellos tendrían asegurada una victoria brillante, condecoraciones, elogios en los periódicos y todo lo demás, para lo que estaban perfectamente preparados y que, indiscutiblemente, merecían. Por lo menos, más que otros.

Pero en la guerra todo sucedía de otra manera. A veces, la batería sólo disponía de contados segundos y el mejor resultado lo daban aquellos que se orientaban más rápidamente, los que cargaban con mayor presteza, o los que, simplemente, resultaban más hábiles y no se desconcertaban en los momentos cuando a él mismo le temblaban las manos.

Ribak continuaba con paso firme a lo largo de la linde del bosque. Sótnikov de nuevo se iba quedando atrás, sus remenduscadas botas de paño, que había conseguido no hacer mucho tiempo de un guerrillero muerto en aquellos lugares, parecían susurrar algo sobre la costra de nieve. El camino iba cuesta abajo, el viento soplaba de costado, la luna lucía con claridad mortecina en el firmamento. Continuaba helando y seguía soplando el viento; Sótnikov iba completamente encogido a causa del frío, todo su interior estaba yerto, congelado. Le parecía que jamás había pasado tal frío de perros como en esta noche de febrero. Del cansancio y del monótono susurro del

viento entre los matorrales, en la cabeza oía todo el tiempo un zumbido y una confusión de frases y conversaciones ininteligibles. En toda aquella nebulosa maraña de pensamientos a veces se vislumbraba con claridad algo de su pasado...

Pero lo peor para Sótnikov era que aquél fue su primero y su último combate en el frente, para el cual se había venido preparando durante toda su vida de servicio en el ejército. Desgraciadamente, este malhadado combate confirmaba una vez más el hecho incontestable, pero más de una vez olvidado, de que con la asimilación de la experiencia de la guerra anterior no sólo se acumulaba la fuerza, sino también, seguramente, la debilidad del ejército. Sin duda, el carácter de cada guerra se compone no tanto de las leyes típicas de las anteriores, como de sus imprevistas o desconocidas singularidades o sorpresas, lo que configura tanto sus victorias como sus derrotas. Lástima que Sótnikov comprendiera esto demasiado tarde para sí, cuando las lecciones de esta corta ciencia del frente eran ya para él inútiles, y toda la potencia de su batería se había convertido en un informe montón de metal en la pedregosa carretera de Slonim.

Ahora todo esto se le parecía como un sueño terrible, como una pesadilla, y aunque más tarde cayeron sobre él no pocas pruebas horribles, aquel primer combate nunca se borraría de su memoria.

... Era el cuarto día que la ruidosa columna del regimiento se arrastraba por bosques y caminos hacia Occidente, después tornó hacia el Sur, pero no había recorrido ni diez kilómetros, cuando la dirigieron hacia el Norte. Los tractores, con su bramido incesante, ensordecían todo alrededor, del calentamiento hervía el agua en los motores, el sudor y el polvo sahornaban el rostro de los combatientes. Desde que clareaba el día hasta el oscurecer volaba constantemente sobre ellos la aviación alemana, los "Junkers" bombardeaban sin cesar la columna. Todo en el camino estaba cubierto de arena y tierra, los portatanques ardían despidiendo un horrible hedor, los que no habían quedado destrozados los dejaban allí sin detenerse: la columna no se detenía ni un momento. Los combatientes disparaban sus fusiles desordenadamente hacia arriba desde las flechas del afuste, pero este tiroteo era poco efectivo. Ni siquiera podían obligar a los aviones a volar a mayor altura, y éstos se mantenían sobre el camino casi rozando las copas de los árboles.

Sótnikov iba en el tractor de cabeza de la batería y como una salvación, como la mayor suerte ansiaba la orden de desviarse de aquel maldito camino y desplegarse. Entonces sí que les iba a

sacudir a su gusto a los alemanes. Lanzaría sobre sus cabezas tal fuego como no lo hubieran soñado nunca. Pero nadie daba la orden de detenerse, el regimiento seguía avanzando y avanzando, y cada dos horas se lanzaban sobre ellos los insolentes “Junkers” y “Heinkels”, ante los cuales toda aquella potencia de fuego resultaba impotente.

Así llegó la última noche de su ir y venir por las carreteras occidentales de Bielorrusia.

El regimiento estaba ya muy lejos de ser lo que fuera al principio: habían perecido varias escuadras de servidores de las piezas, sobre su batería cayó una bomba y destrozó un cañón por el camino. Verdad es que todavía quedaban tres útiles, aunque con abolladuras en el escudo, con las llantas de las ruedas destrozadas y con numerosas brechas y boquetes en los tubos y en las flechas del afuste producidos por la metralla. En el segundo cañón estaba perforado el recuperador. Cuatro de los servidores de la batería muertos los llevaban en el remolque sobre los cajones de proyectiles, a siete heridos les habían evacuado a la retaguardia. Aunque hay que decir que éstas no eran las bajas mayores: en otras baterías aún habían tenido más. La columna del regimiento casi había quedado reducida a la mitad, algunos cañones tuvieron que dejarlos en el camino: los tractores averiados no podían tirar de ellos, y no había otros de reserva. Ahora casi toda la noche se movían hacia el Este, y esto era un mal síntoma: el segundo jefe del Estado Mayor, después de encender un cigarrillo de su cajetilla, hizo alusión al cerco, y, en realidad, la situación en que se encontraban era muy parecida a esto. Los soldados hacía ya cuatro días que no dormían, algunos, sentados en el afuste, dormitaron un poco antes del amanecer: la noche era el momento más tranquilo, si no fuera por aquella situación indeterminada que pendía sobre el regimiento como una terrible guillotina. Antes de que empezara a aclarar, hicieron un breve alto en una aldea, en dirección contraria a ellos venían soldados de infantería; no lejos, se podía ver en la noche el brillante resplandor de un incendio producido por la aviación, las llamas llegaban al cielo: dijeron que era una estación. Nadie les había explicado nada, por lo visto, los jefes no sabían más que los soldados, pero los hombres comprendían que los alemanes estaban muy cerca. En seguida, el jefe del regimiento, el comandante Parajnévich, hizo volver la columna por un camino lateral, bordeado de sauces. Iban hacia el Sur. La noche, sin aviación, era más tranquila, pero en cambio estaban ciegos y sordos: a causa del rugido de los tractores no había manera de oír nada, y en la oscuridad de la noche de verano poco se puede ver. Casi al amanecer, Sótnikov

no pudo resistir más, y apenas se había quedado dormido en el sillín de la pieza cuando una explosión atronadora en el borde de la cuneta de la carretera le arrancó del sueño. El jefe del batallón se vio envuelto en una lluvia de tierra y en la cálida ola de la explosión; saltó al instante: el "Komsomolets" estaba completamente ladeado sobre la cadena de la derecha. Y allí empezó aquello...

Precisamente estaba amaneciendo, tras los sauces se divisaba en el horizonte la franja azul del cielo, en torno se veía un ceniciento campo de cebada, desde alguna parte por delante de ellos, a la cabeza de la columna, empezaron a disparar los tanques. Apenas había tenido tiempo de saltar del tractor, cuando Sótnikov vio arder a su lado el tractor de la tercera batería, la pieza cayó en el embudo hecho por el proyectil. Ensordecido por las explosiones, dio orden a la batería que se desplegaran a derecha e izquierda, pero no era tan sencillo mover aquellos enormes cañones en un camino tan estrecho. Los servidores de las piezas echaron a correr a través de la cuneta al campo de cebada, y al instante dos proyectiles alcanzaron al tractor, el cañón se volcó, quedando con las ruedas para arriba. La mañana se encendió de pronto con el brillante resplandor de los tractores en llamas, el campo se cubrió de un humo acre: los tanques disparaban sobre el regimiento en el camino.

Esto era lo peor que les podía haber ocurrido: ellos perecían, y toda su potencia de fuego quedaba allí sin haber sido apenas utilizada. Dándose cuenta de que disponía solamente de contados segundos, Sótnikov dio vuelta como pudo hacia la carretera al último cañón que se había salvado, y sin sujetar el afuste, con tiempo apenas para arrancar la funda del cañón, disparó un pesado proyectil. Al principio no se podía distinguir dónde estaban los tanques: ardían los que iban en cabeza de la columna, los tanquistas que se habían salvado, corrían para atrás, el humo y los tractores destrozados impedían la puntería. Pero medio minuto después descubrió entre los sauces el primer tanque alemán, que avanzaba lentamente al otro lado de la cuneta, virando el cañón mientras disparaba al sesgo un proyectil tras otro sobre la columna. Sótnikov apartó al apuntador (el obús estaba ya cargado), con manos temblorosas viró como pudo el grueso cañón y por fin atrapó en la cruz del anteojo panorámico aquel feroz enemigo que se distinguía confusamente en la penumbra del amanecer.

Su disparo resonó como un trueno, el cañón retrocedió con fuerza, golpeándole con el anteojo en un pómulo; por debajo de los arados del cañón sin afianzar saltaron chispas al tocar contra

las piedras, una de las flechas del afuste se hundió profundamente con el arado en el borde de la cuneta, la otra quedó en alto sobre el camino. A través del polvo que levantó el disparo no había podido todavía distinguir nada, pero sí oyó cómo gritaba de alegría el apuntador y se dio cuenta por eso que había hecho blanco. De nuevo se acercó el anteojo panorámico cubriendo con su cuerpo casi todo el campo visual, al otro lado del camino avanzaba el segundo tanque, Sótnikov dirigió el cañón del obús hacia su enorme testud gris —tan cerca parecía estar en el objetivo— y gritó: “¡Fuego!” Esta vez el apuntador reaccionó a tiempo, el disparo le ensordeció de nuevo, pero le dio tiempo a apartarse del anteojo y tras el cañón vio entre la polvareda que, lo que hacía un segundo antes del disparo era un tanque, se había derrumbado con estrépito, como si fuera un cascarón de huevo, y de la terrible explosión que produjo en su interior volaron los trozos en todas direcciones. El obús, de maniobra difícil, pesado, destinado para disparar desde la profunda retaguardia, con su potente proyectil dejó el tanque hecho trizas.

Inesperadamente se apoderó de ellos el frenesí de aquella afortunada acción combativa. Sin prestar ya atención a las pérdidas ni a los muertos y heridos, que, desangrándose, se retorcían de dolor entre las piedras, ni al fuego que devoraba su técnica ni a la granizada de balas que caía sobre ellos desde los tanques, unos cuantos servidores de las piezas que habían salido indemnes entraron en desigual combate con los tanques. Entre tanto había amanecido y ya se podía ver adónde apuntar. Al otro lado del camino humeaban algunos incendios: ardían los tanques alemanes.

Sótnikov disparó seis proyectiles pesados y destruyó dos tanques más. Pero en su subconciencia, cierto sentimiento, agudizado por el peligro, le indicaba que su fortuna se acababa, que los segundos concedidos por la suerte o casuales habían sido utilizados por él plenamente, que el proyectil siguiente, el segundo o el tercero que disparara el tanque, sería el suyo. Por delante seguramente ya no quedaba nadie con vida, el último que vino arrastrándose desde allí y cayó, salpicando de sangre el afuste, fue el jefe del regimiento; al lado de la cuneta disparaban con las carabinas algunos combatientes, apuntando a las mirillas de los tanques. Al lado de los cajones de municiones hincó la cabeza en tierra el cargador Kogotkov, detrás no había nadie más. Entonces Sótnikov corrió a gatas hacia el cajón de proyectiles. Pero no le había dado tiempo de llegar, cuando resonó detrás de él un ruido ensordecedor, la densa onda explosiva le comprimió contra las piedras, y una asfixiante

cortina de humo negro cubrió la carretera durante unos larguísimos segundos. Medio sofocado por la tierra y el polvo y a punto de perder el conocimiento, se dio cuenta, sin embargo, que estaba vivo, y al instante, bajo una avalancha de tierra que se desplomó desde lo alto, se lanzó hacia una pieza. Pero el obús estaba ya un poco ladeado al borde de un embudo, el cañón vuelto de lado por la explosión, ardían las llantas de goma de las ruedas con un olor fétido. Y entonces comprendió que aquello era el fin. Todavía no se daba perfecta cuenta de si estaba herido o no, pero sentía que se había quedado sordo: las explosiones a su alrededor llegaban a él como a través de una gruesa pared impenetrable, los demás sonidos desaparecieron todos de golpe, en la cabeza sentía un continuado y doloroso zumbido. Empezó a salirle sangre por la nariz, se la restregó con la sucia mano por la cara y se volvió a rastras desde el camino a la cuneta. En frente, tras los sauces, rodando pesadamente sobre las cadenas, avanzaba un tanque, seguramente el mismo que le había derribado a él. El fresco viento de la mañana extendía negros mechones de humo del tractor en llamas, había un denso olor a azufre y trilita de las explosiones, y la guerrera del jefe del regimiento, ya muerto, ardía lentamente y humeaba sobre sus hombros.

Estremecido por aquella derrota inesperada, Sótnikov por un instante miró casi inconsciente los tanques alemanes que se deslizaban al otro lado del camino, vio sus números y sus cruces negras y blancas pintadas con plantilla. En aquel momento alguien le tiró de la manga, volvió la cabeza: a su lado se hallaba el suboficial de la batería con el rostro tiznado y ensangrentado y le gritaba algo, indicándole con la mano la retaguardia, hacia donde corrían los soldados por la cuneta.

Dieron un salto, y a través del hediondo humo que se cernía sobre la carretera, también corrieron hacia allá...

3

Ribak rodeó un pequeño saliente cubierto de bosque y se detuvo. Por delante, en la pendiente de la colina, en el plumizo espacio de la noche, griseaban apenas las últimas casas de la aldea. Ribak ya no se acordaba qué aspecto tenía desde allí: un día, a comienzos del otoño, pasaron por un camino que la bordeaba, pero no entraron en la aldea. Pero no era esto lo que ahora le preocupaba: era más importante determinar si había allí alemanes o policías, para no caer por descuido en la trampa.

Permaneció un momento junto a un matorral, escuchando, pero no le pareció oír nada sospechoso en la aldea. Llegaban

algunos ruidos dispersos y amortiguados en la noche, un perro ladraba perezosamente. El viento continuaba soplando con insistencia, silbando quedamente entre las ramas heladas, olía a humo: seguramente estaba encendido el horno en alguna parte. Mientras tanto, se acercó Sótnikov por detrás de él y, parándose, también escudriñó en la penumbra.

— ¿Qué, qué hay?

— Parece que está tranquilo —contestó Ribak en voz baja—. Vamos a acercarnos despacito.

Hubiera sido más cómodo y más corto torcer hacia la primera casita que había a la salida de la aldea, que se contorneaba no lejos, sus ventanas estaban hundidas en un montón de nieve; allí empezaba la calle. Pero en las casas extremas siempre es mayor el peligro de topar con algo desagradable: al final de la calle terminan, por lo general, su recorrido los que hacen la guardia y las patrullas, allí también prepara la policía sus emboscadas. Y Ribak se desvió a un lado por la nieve. A lo largo de una cerca de dos hileras de alambre, atravesaron un vallejo y se dirigieron a unas construcciones cercanas, que se amontonaban aparte, al final de los huertos. Eran los graneros de la aldea. Esperaron allí todavía unos momentos tras la esquina resquebrajada de un galpón o granero con la techumbre medio desbaratada, prestaron oído atento y Ribak, echando una mirada escrutadora en torno, salió hacia los graneros. Desde allí se podía alcanzar casi con la mano una casucha solitaria, medio derrengada, con un pequeño cobertizo, a la que llevaba una vereda hecha en la nieve. Ribak avanzó dos pasos por esta vereda, pero al momento se apartó de ella, pues la vereda crujía con un ruido delator bajo sus pisadas. Tras él echó a andar Sótnikov por el otro lado del sendero, y así siguieron por ambos lados de la vereda hacia la isba.

No habían llegado aún al pequeño cobertizo, cuando llegó a sus oídos el ruido de unos golpes precisos: en el patio alguien partía leña; al parecer, no la partía de buena gana, con poca fuerza. Ribak se alegró: si estaban partiendo leña, quería decir que en la aldea, seguramente, todo estaba tranquilo, no había personas ajenas. Además, así no haría falta llamar en la ventana para pedir que les dejaran entrar. Se lo podrían preguntar al que partía la leña. Verdad es —pensó en seguida— que cualquier imprudencia podría asustar a la persona que allí estaba, al ver gentes extrañas, se encerraría en la casa y, entonces, cualquier le sacaba de la isba. Lo más silenciosamente que pudo rodeó el cobertizo, pasó por encima del extremo de unas pértigas tiradas en la nieve y apareció por la esquina.

En el crepúsculo cenizoso del amanecer, alguien en el patio se las entendía con un tronco junto a la cerca. Ribak no pudo apreciar en el primer instante que se trataba de una mujer, la cual al oír pasos detrás de ella dio un grito asustada.

— ¡No grites, abuela! —dijo Ribak en voz baja.

Desconcertada, la mujer se quedó como de piedra ante él —era una mujer bajita, ya entrada en años, con un tosco pañuelo anudado a la cabeza— y no pudo articular ni una palabra. Ribak, precavido, miró hacia la puerta que conducía al zaguán de la casa —estaba cerrada—, en el patio no parecía que hubiera nadie más. Por lo demás, no estaba muy preocupado, pues ya sabía que en esta aldea todo estaba tranquilo. Los policías estarían bebiendo, y era muy dudoso que los alemanes aparecieran por allí.

— ¡Ay, Dios mío, y qué susto me he llevado! ¡Ay, Señor, Señor!...

— ¡Bueno, ya está bien de hacerse cruces! ¿Hay muchos policías en la aldea?

— Aquí no hay policías. Hubo uno, quería tener un puestecito. Después no ha habido más.

— Bueno —Ribak recorrió todo el patio y echó un vistazo tras la esquina—. ¿Y cómo se llama esta aldea?

— Liasini, la aldea de Liasini —contestó la mujer, muy alerta y todavía bajo la impresión del susto.

El hacha estaba profundamente hincada en un nudoso tronco de abeto, que la mujer, por lo visto, se esforzaba en partir por la mitad.

Ribak calculó que no estaría mal aprovisionarse allí: la entrada y la salida era fácil, por el camino había una era con su granero, un bosquecillo; en caso de que ocurriera algo, todo esto les podría ocultar del ojo ajeno.

— ¿Quién más hay en casa?

— Pues nadie más, yo sola —contestó la mujer, como sorprendida por su falta de información.

— ¿Nadie más?

— Nadie. Vivo sola —dijo con tono lamentoso, sin apartar de Ribak su mirada inquieta e interrogante, tratando de averiguar, sin duda, el secreto objetivo de aquella visita nocturna.

A Ribak, sin embargo, le conmovió poco aquel tono lastimero y sumiso, le eran ya bien conocidas estas costumbres de las mujeres aldeanas, y no era fácil que se enterneciera. Ahora estudiaba la situación en el patio: vio los portones del cobertizo abiertos y echó una mirada a aquella profunda oscuridad, de la que emanaba un penetrante olor a estiércol.

— ¿Está vacío?

— Vacío —afirmó la mujer con voz abatida, sin apartarse del hacha—. Se lo han llevado absolutamente todo.

— ¿Quién se lo ha llevado?

— Bueno, ya sabe quién. Como hacen con la madre de un soldado rojo. ¡Ojalá se les atragante, monstruos!

Ribak miró a la mujer con un sentimiento de condolencia fugaz; si había empezado a maldecirles, quería decir que no mentía, que se la podía creer.



Y experimentó descontento para su coleteo, comprendiendo que allí, seguramente, tampoco conseguiría nada, no era cosa de despojarle hasta de la última hilacha a quien ya se lo habían quitado todo los alemanes. Tendrían que seguir buscando.

Sótnikov, encogido, esperaba macilento junto a la pared, y Ribak se adelantó hacia la mujer.

— ¿Qué, no puedes partirlo?

La mujer se dio cuenta que quería ayudarla, y con evidente satisfacción abandonó al momento su asustadizo recelo.

— Ya ve, hiqué con todas mis fuerzas el hacha y ahora no puedo sacarla. Desde el atardecer ando dando golpes y no puedo conseguir nada.

— ¡A ver, déjame!

Ribak se echó la carabina a la espalda y con ambas manos agarró el mango liso y seco del hacha. Resollando reciamente, golpeó con fuerza el madero contra el tajo, después volvió a golpear. Los golpes eran precisos, dados con satisfacción, sintiendo fuerzas en sus manos y la habilidad desde la infancia, cuando de la misma manera partía la leña para la mañana siguiente en las tardes de invierno. No le gustaba serrar, pero a partir leña siempre estaba dispuesto de buena gana, encontrando una arraigada satisfacción en este trabajo difícil, no faltó de hombría.

Al cuarto golpe, la raja en la madera se torció, dejando a un lado el nudo, y el tronco se partió en dos. Volvió a partir las dos mitades.

— ¡Oy, gracias, hijito! ¡Que Dios te conserve la salud! —le agradeció la mujer, ya sin sombra del reparo anterior.

— Madrecita, las gracias sólo no bastan. ¿Tienes algunas provisiones?

— ¿Provisiones? ¿Qué provisiones? Patatas sí tengo. Sólo que son menudas. Pero si queréis, entrad, haré una sopa.

— ¡Qué dices! Necesitamos para llevarlo con nosotros. Algún animalejo.

— ¡Algún animalejo! ¿Y de dónde lo saco yo?...

— ¿Y quién vive ahí? —Ribak indicó con la mano a través del huerto, donde tras la puntiaguda estacada blanqueaba el tejado nevado de la isba vecina. Al parecer, habían encendido el horno: el viento traía hasta el patio el olor del humo y de alguna cosa comestible.

— Vive Piotr Kachán. Ahora es el responsable de la aldea —dijo la mujer con sencillez.

— ¿Sí? ¿El responsable de la aldea? ¿Oyes? —Ribak se volvió a Sótnikov, que, recostado sobre un tronco, permanecía de pie pacientemente junto a la pared.

— Bueno. Le han puesto de responsable.

— ¿Un canalla, verdad?

— Yo no lo diría. Es nuestro, del lugar.

Ribak, sin apresurarse, resolvió:

— Bueno, vamos a casa del responsable. El, seguramente, será más rico que tú.

No se pararon en buscar el camino, pasaron por debajo de la empalizada al otro lado, entraron en un huerto cubierto de ceniza y mondas de patatas y a través de un hueco en la vieja estacada se metieron en el patio del responsable.

Aquí había más orden que en el patio vecino, en todo se notaba la mano cuidadosa del dueño. Por tres lados del patio sobresalía alguna construcción: la isba, el cobertizo y un ligero sotechado; junto al porche de entrada a la casa había un trineo con restos de heno en las trancas, prueba evidente de que el dueño estaba en casa. Bajo el techo del cobertizo se apilaba ordenadamente la leña ya preparada, aserrada y partida.

Cuando cruzaban por el huerto, Ribak advirtió en una de las ventanas con los cristales cubiertos de hielo el resplandor de una luz mortecina —seguramente de una candileja—, y entonces pisó con más seguridad en las crujientes tablas del porche.

No golpeó en la puerta, no estaba cerrada por dentro con llave, y para él, que había vivido siempre en la aldea, abrirla era cosa acostumbrada y sencilla: dio un cuarto de vuelta a la tranquilla de madera, y la puerta, chirriando apenas, se abrió por sí sola. Entró en el oscuro zaguán, en seguida aspiró los densos olores campesinos, ya medio olvidados, pasó cuidadosamente la mano por la pared. Sus dedos tropezaron con una ropa acartonada por el frío, después, con el marco de la puerta. Palpando la cortina que había al lado, tiesa por la helada, le fue fácil encontrar la traba de madera que hay en todas las casas de aldea. Esta puerta tampoco estaba cerrada con llave. La atrajo hacia sí y franqueó el alto tranco, pasando la traba de madera a las frías manos de Sótnikov.

Sobre un plato vuelto al revés en medio de la mesa ardía una candileja, la llama se agitó al entrar una bocanada de aire frío. Junto a la mesa estaba sentado un anciano de barba recortada y con una zamarra sobre los hombros; levantó su cabeza cana. En su amplio rostro, extrañamente alumbrado desde abajo, apareció por un momento una mirada de disgusto, pero al instante se disipó bajo las espesas cejas grises.

— Buenas noches —saludó Ribak con discreta cortesía.

Claro que podía haber pasado sin este saludo al lacayo de los alemanes, pero Ribak no quería empezar de pronto una

conversación desagradable para él. El viejo, sin embargo, no respondió, ni siquiera se movió de la mesa, les miró una vez más, pero ya sin curiosidad alguna.

Por detrás de ellos seguía entrando frío, Sótnikov empujó torpemente la puerta con intención de cerrarla. Ribak se volvió y cerró la puerta con el acostumbrado golpazo. El dueño, al fin, se enderezó lentamente tras la mesa, pero sin abandonar la expresión de indiferencia en su rostro, como si no adivinara quiénes eran ellos, estos intrusos visitantes nocturnos.

— ¿Eres el responsable del lugar? —preguntó oficialmente Ribak, acercándose lentamente a la mesa—. En sus botas altas se había formado una costra de hielo en las suelas y retenía a la fuerza el paso.

El viejo lanzó un resuello y, comprendiendo sin duda que habría conversación, cerró el grueso libro que estaba leyendo a la luz de la candileja.

— Responsable, bueno —dijo en voz reposada, sin sombra de miedo ni de servilismo.

En este momento se oyó un ligero susurro tras el horno y detrás de una cortina, arreglándose el pañuelo en la cabeza, apareció una mujer pequeñita, delgada y, por lo que se echaba de ver, muy movediza: seguramente sería la dueña de la casa. Ribak se quitó la carabina del hombro y la apoyó junto a los pies.

— ¿Adivinas quiénes somos?

— No soy ciego, ya lo veo. Pero si venís por vodka, no hay. Se la han llevado toda.

Ribak miró de manera significativa a Sótnikov: viejo chocho, ¿no sería que les tomaba por policías alemanes? Aunque puede ser que sea mejor así, pensó, y sin abandonar su amable impasibilidad, dijo:

— Qué le vamos a hacer, pasaremos sin vodka.

El responsable guardó silencio, como si estuviera pensando en alguna cosa, corrió el plato con la candileja hacia un extremo de la mesa. El suelo se hizo más claro.

— Si es así, sentaos.

— Sí, sí, sentaos, sentaos, hijitos —dijo la mujer, alegrándose de la invitación del dueño. Y tomando un banquillo que había junto a la mesa, lo puso al lado del horno, en el que, por lo visto, terminaba de arder la leña que habían echado para calentar la isba por la noche—. Aquí está más caliente, seguramente estaréis tiosos de frío. Está cayendo una helada...

— Podemos sentarnos —asintió Ribak, pero él no se sentó; haciendo una indicación con la cabeza a Sótnikov, le dijo—: Sientate, entrarás en calor.

A Sótnikov no tuvieron que decírselo dos veces: se dejó caer inmediatamente en el banquillo y apoyó la espalda en el costado del horno blanqueado. Mantenía todo el tiempo el fusil entre las manos, como si se apoyara en él, ni siquiera se puso bien el gorro, tal como lo traía, calado hasta las orejas medio heladas, así lo dejó. Ribak sentía por momentos más calor, se desabrochó la zamarra y se echó el gorro hacia atrás. El dueño continuaba sentado a la mesa con rostro imperturbable, y la dueña, con las manos cruzadas sobre el vientre, seguía vigilante y estremecida cada uno de sus movimientos. “Tiene miedo”, pensó Ribak. Siguiendo su costumbre de guerrillero, antes de sentarse, se paseó por la isba, miró distraídamente al rincón oscuro tras el horno y se paró al lado de un armario rojizo de madera contrachapada, que tapaba un rincón con una cama. La dueña se apartó a un lado respetuosamente.

— Ahí no hay nadie, hijito, no hay nadie.

— ¿Qué, vivís solos?

— Solos. El abuelo y yo aquí dejamos pasar el tiempo —dijo la mujer, con visible tristeza. Y de pronto, no les propuso, sino incluso como si les rogara, les dijo—: ¿A lo mejor comeríais algo? Seguro que estaréis hambrientos ¿eh? Claro, viniendo del frío, sin nada caliente...

Ribak se sonrió y se restregó con satisfacción las manos entumecidas.

— Sí, puede ser que comamos. ¿Qué piensas? —dijo, dirigiéndose a Sótnikov con afectada indecisión—. Repondremos un poco las fuerzas, si es que la señora responsable nos invita...

— Pues claro que sí. Ahora mismo —dijo la mujer con satisfacción—. La col, seguramente, estará todavía caliente. Y... ¿Puede ser que les hierva unas patatas?

— No, no hace falta. No tenemos tiempo —objetó resueltamente Ribak, mirando de reojo al responsable, que con los codos sobre la mesa permanecía sentado inmóvil en un rincón.

Tras él se veían tres antiguos y oscuros iconos, enmarcados con toallas bordadas. Ribak se dirigió moviendo los pies pesadamente a la pared entre las ventanas y se detuvo ante un marco grande con cristal en el que se veían varias fotografías. Evitaba intencionadamente mirar cara a cara al responsable, presintiendo que él le estaba observando de soslayo sin perderle de vista.

— ¿Quiere decir que estás al servicio de los alemanes?

— No hay más remedio —suspiró el viejo—. ¡Qué le vamos a hacer!

— ¿Y pagan bien?

El abuelo no podía dejar de comprender la burla evidente que había en esta pregunta, pero contestó tranquilamente, con dignidad:

— No lo he preguntado y no quiero saberlo. Me pasaré con lo mío.

“¡Vaya, vaya! —dijo para sí Ribak—. Se ve que tiene carácter”.

En el cuadro con las fotografías detuvo su mirada entre las seis que había en la de un joven que llevaba los emblemas de artillería en el cuello de la guerrera y tres insignias en el pecho y que tenía un parecido casi indiscernible con el abuelo. En su mirada había cierta imperturbable serenidad y al mismo tiempo cierta ingenua seguridad juvenil en sí mismo.

— ¿Quién es? ¿Es tu hijo?

— Nuestro hijo, nuestro hijo. Nuestro Tolik —confirmó cariñosamente la vieja, parándose y mirando la foto tras el hombro de Ribak.

— ¿Dónde está ahora? ¿No estará, por casualidad, en la policía?

El responsable levantó su rostro huraño.

— ¿De dónde lo vamos a saber? Estuvo en el frente...

— ¡Ay, Dios mío, desde que se marchó el año 39, no le hemos vuelto a ver! Desde el verano no hemos vuelto a saber ni palabra de él. Aunque no fuera más que saber si está vivo o no; o puede ser que a estas horas sus huesos se estén pudriendo... —dijo la mujer, poniendo un plato con sopa de col sobre la mesa.

— Bien, bien —dijo Ribak, sin hacerse eco de sus lamentaciones. Esperó a que terminara y luego le dijo con aspereza al viejo—: ¡Has puesto en vergüenza a tu hijo!

— ¡Y cómo! Ya se lo estoy diciendo yo día y noche —repuso acalorada la vieja desde el horno—. Ha puesto en vergüenza al hijo y a todos...

Esto resultaba algo inesperado, tanto más que la mujer parecía que hablaba con sincero dolor en la voz. El responsable, sin embargo, no replicó nada a sus palabras, siguió sentado inmóvil con aire apesadumbrado, y a Ribak le pareció que el abuelo, simplemente, no había comprendido. Pero en seguida se dio cuenta que el sombrío rostro del responsable se ensombreció aún más.

— ¡Basta ya! ¡No es cosa tuya!

La vieja se calló al instante, sin terminar de hablar, y el responsable clavó una mirada de reproche en Ribak.

— ¿Y no me ha deshonrado él a mí? Me entregó a los alemanes. ¿No es esto una vergüenza?

— Así fue. Pero no es culpa de él.

— ¿De quién, pues? ¿Es mía; acaso? —preguntó el viejo ásperamente, sin sombra de confusión o de miedo, golpeando sobre la mesa de modo muy significativo—. ¡La culpa es vuestra!

— Sí-í... —articuló Ribak con imprecisión, sin apoyar aquel diálogo, no muy simple y bastante desagradable para él, pues sabía muy bien, por los tiempos que corrían, que no tendría fin.

La dueña cubrió la mitad de la mesa con un pequeño mantel, puso una perola de sopa de col con carne, y el olor de ésta apagó imperativamente otros sentimientos, excepto el punzante sentimiento de hambre. Ribak no experimentaba ningún respeto por este individuo, y sus argumentaciones generales y motivos por los que había aceptado ser responsable no le interesaban, el hecho de estar al servicio de los alemanes era definitivo para él. Pero ahora, sin embargo, tenía enormes deseos de comer, por eso resolvió dejar para después el momento de la explicación de las relaciones del viejo con los alemanes.

— Sentaos, reponed un poco las fuerzas. Aquí tenéis pan —les ofrecía la dueña con cariñosa afabilidad.

Ribak, sin quitarse el gorro, se acercó a la mesa.

— Venga, vamos a echar un bocado —dijo a Sótnikov.

Este volvió de mala gana la cabeza:

— Come tú. Yo no quiero comer.

Ribak miró con atención a su camarada, que seguía sentado en el banquillo todo encorvado y tosía de vez en cuando. A veces hasta se estremecía como si tuviera escalofríos. La dueña, por lo visto, sin comprender del todo el estado del visitante, se sorprendió:

— ¿Por qué no quiere comer? ¿Acáso no le gusta nuestra comida? ¿Quiere que le dé otra cosa?

— No, gracias. No quiero nada —dijo Sótnikov resueltamente, escondiendo, encogido de frío, sus flácidas manos en las mangas.

La vieja se inquietó sinceramente.

— ¡Dios mío! ¿Puede ser que le haya molestado por algo? Si es así, permóname...

Ribak se sentó cómodamente a la mesa en el ancho banco, se puso la carabina entre las rodillas y, sin darse cuenta, en silencio, vació el plato. El responsable, con el mismo aspecto sombrío, seguía sentado inmóvil en un rincón. La dueña estaba de pie no lejos de la mesa, dispuesta sin reparo alguno a servir al visitante.

— Me llevaré el pan. Esta parte para él —dijo Ribak, indicando con la cabeza a Sótnikov.

— Tómenlo, tómenlo, hijitos.

El responsable, en silencio, parecía esperar algo, alguna palabra o, acaso, el comienzo de la conversación sobre lo que les había traído allí. Sus grandes y huesudas manos descansaban tranquilamente sobre la cubierta negra de un libro. Escondiendo lo que había quedado de pan bajo la zamarra, Ribak dijo con tono de desagrado:

— ¿Qué, lees libros?

— ¿Qué vamos a hacer? La lectura nunca perjudica.

— ¿Soviético o alemán?

— Es la Biblia.

— ¡A ver, a ver! Es la primera vez que veo la Biblia.

Ribak se acercó un poco y tomó con curiosidad en sus manos el libro, volviendo la tapa. Pero, al momento se dio cuenta que no debía haber hecho aquello: eso era demostrar interés por este libro ajeno; hasta puede ser que hubiese sido editado por los alemanes.

— No te estorbaría que lo leyeras —rezongó el viejo.

Ribak cerró de golpe la Biblia.

— Eso a tí no te importa. No eres tú quién para enseñarnos. Tú sirves a los alemanes, por eso eres nuestro enemigo —dijo Ribak, sintiendo en su interior satisfacción de que se le hubiese presentado la ocasión para no dar las gracias por el invite y poder pasar a un tono que respondía más a la situación. Se apartó de la mesa, anduvo unos pasos hasta el medio de la isba y se arregló el cinto, que ahora le estaba un poco apretado. Precisamente este cambio en la situación le daba la posibilidad de pasar directamente al asunto, aunque este paso necesitaba todavía de cierta preparación.

— Tú eres un enemigo. ¿Y sabes tú cómo hablamos nosotros con los enemigos?

— Todo depende de quién seas enemigo —como si no comprendiera toda la seriedad de su situación, respondió el viejo con voz contenida, pero firme.

— De los nuestros. De los rusos.

— Yo no soy enemigo de los míos.

El responsable se resistía tenazmente, y esto empezó a irritar a Ribak. No faltaba más que fuera necesario demostrarle a este lacayo, por qué, quisiéralo él o no, era un enemigo del Estado soviético. Ribak no tenía ningún deseo de entrar en una larga discusión con él y le preguntó con burla mal disimulada:

— ¿Qué, es que te han obligado a la fuerza? ¿Contra tu voluntad?

— No, ¿por qué a la fuerza? —dijo el viejo.

— Quiere decir, que tú mismo...

— ¿Cómo decirte? Al parecer, así ha sido.

“Entonces todo está claro —pensó Ribak—, no hay por qué hablar más. Su aversión hacia este hombre iba en aumento, lamentaba el tiempo que había perdido en una conversación inútil, cuando ya estaba todo claro desde el comienzo mismo.

— ¡Venga! ¡En marcha! —ordenó con aspereza Ribak.

La mujer del responsable, levantando los brazos, se apresuró a Ribak.

— ¡Oy, hijito, qué vas a hacer! No le hagas nada, ten compasión de este simplón. Es viejo y por su simpleza...

El responsable, sin embargo, no esperó que le repitieran la orden, con envidiable dominio de sí mismo se levantó sin apresurarse tras la mesa y se puso la anguarina. Tenía la cabeza completamente cana y, a pesar de sus años, era grande y de recios hombros; al ponerse en pie, tapó con su cuerpo todo el rincón de los iconos.

— ¡Cállate! —le ordenó a su mujer—. ¡Vamos!

Se veía que la mujer estaba acostumbrada a obedecer, sollozó y se escondió tras la cortina. El responsable, cuidadosamente, como si temiera tirar alguna cosa, salió de detrás de la mesa.

— Bueno, como quieran. ¡Sacúdanme! Si no lo hacéis vosotros, otros lo harán. Allí —y con rápido movimiento de cabeza indicó a la pared entre las ventanas— ya me han puesto allí, y dispararon.

Ribak miró involuntariamente adonde indicaba el dueño; efectivamente, en la blanca pared junto a la ventana se veían algunos agujeros, al parecer de bala.

— ¿Quién disparó?

Dispuesto a todo, el dueño permanecía inmóvil en medio de la isba.

— Pues otros como vosotros. Exigían vodka.

Ribak sintió una contracción en su interior: no quería parecerse a otro cualquiera. Sus intenciones las consideraba justas, pero al descubrir que alguien había tenido intenciones parecidas, las suyas las consideraba ya de otra manera. Y al mismo tiempo no podía creer que el responsable le engañara: en tal tono no se miente. Sollozando silenciosamente, la mujer del responsable observaba tras la cortina. En el banco, todo encogido, seguía tosiendo Sótnikov, pero no se había entrometido ni con una palabra en la conversación: al parecer, no estaba para esto.

— Bueno, ¿tienes vaca?

— Sí. Todavía la tengo —respondió huraño el responsable, sin ningún interés hacia el nuevo giro que tomaban las cosas.

La mujer del responsable dejó de sollozar y se calmó, prestando oído a la conversación. Ribak reflexionaba: era muy tentador poder llevarse la vaca al bosque, pero estaban muy lejos de allí, no les daría tiempo de llegar antes del amanecer.

— ¡Entonces, vamos!

Se echó la carabina al hombro, el responsable cogió sumisamente el gorro que estaba colgado de un clavo y, sin decir una palabra, abrió la puerta. Cuando salía detrás de él, Ribak advirtió a Sótnikov:

— Tú espera.

4

Apenas se había cerrado la puerta tras de ellos, la dueña corrió al zaguán.

— ¡Ay, Dios mío! ¿Adónde le lleva? ¿Por qué se lo lleva? ¡Ay, Señor, Señor!

— ¡Atrás! —ordenó Sótnikov con voz enronquecida y, sin levantarse de su sitio, alargó una pierna, cerrándole el paso hacia la puerta.

La mujer se detuvo asustada, ora sollozaba, ora se callaba, escuchando atentamente todos los ruidos de fuera. Sótnikov no había captado bien el sentido de la reciente conversación que había tenido lugar allí, pero lo que había llegado hasta su conciencia nublada por la fiebre le daba fundamento para pensar que Ribak, seguramente, iba a fusilar al responsable.

Pero el tiempo pasaba y no se oía ningún disparo. Tapándose la boca con la punta del pañuelo, la mujer continuaba lanzando ayes y lamentos, mientras Sótnikov seguía sentado en el banco y vigilaba para que la vieja no saliera al patio, no fuera a levantar el grito. Se sentía muy mal, todo el tiempo le atormentaba la tos, le dolía terriblemente la cabeza; al lado del horno caliente, tan pronto sentía un calor sofocante como frío.

— ¡Hijito, déjame salir! Déjame ver lo que pasa allí...

— No hay nada que ver.

La mujer andaba a ciegas de un lado para otro por la isba casi a oscuras, lamentándose todo el tiempo, seguramente con la idea de ablandar a Sótnikov y poder acercarse a la puerta. Pero no conseguiría nada, él no se conmovió con sus lamentaciones. Sótnikov recordaba muy bien cómo el verano pasado su excesiva confianza en una mujer parecida a ésta estuvo a punto de costarle la vida. Y aquélla, por el aspecto, también era la misma sencillez, de rostro bondadoso, con un pañuelo blanco a la cabeza.

Al salir del bosque, advirtió en seguida su presencia en el huerto entre las matas de remolacha y pensó: ¡qué suerte! Me indicará cómo llegar hasta la vereda que pasa a través del pantano Chornie Vígori, que, según le habían dicho el día anterior, se podía atravesar solamente encontrando una vereda que comenzaba en aquella aldea.

Salió detrás de unos arbustos mojados por el rocío, y a lo largo de un lindazo de alto cáñamo, sin ser visto por nadie, se acercó a ella, entretenida en sus bancales. Hasta ahora seguía viendo ante sus ojos su falda oscura medio remangada, sus blancas piernas todavía no tostadas por el sol, y una cazadora desgastada y con un remiendo en un hombro. La mujer arrancaba las hojas y no se dio cuenta al momento de su presencia. El la saludó con cortesía, y ella, cosa rara, no se asustó, únicamente se le quedó mirando fijamente, mientras le escuchaba como si no comprendiera su sencilla pregunta.

Después le explicó detalladamente cómo llegar a la vereda y cómo atravesar la pasarela, y a qué mano dejar un pequeño rodal de pinos, para no hundirse en el tremedal. Le dio las gracias y ya se disponía a seguir, cuando ella, volviendo la cabeza, dijo: “Espera, seguramente estarás hambriento”: echó rápidamente las hojas en la falda y le llevó a través de los bancales hasta la casa. ¡Cómo se le ocurrió aceptar! Pero, estaba hambriento como un lobo en primavera, se encontraba verdaderamente famélico y la siguió sumiso, regocijándose de antemano con la idea del apetitoso desayuno campesino.

Cuando iban hacia la casa, la mujer le llamó también cariñosamente “hijito” y además le llamó un par de veces —lo recordaba bien— “ciudadanito”: estaba sin afeitar, como ahora, sucio, mojado hasta las rodillas por el rocío y tenía en general un aspecto bastante lamentable. Tampoco sabía hablar como hablan en la aldea ni podía ocultar su evidente procedencia militar: en el acto se veía quién era y de dónde venía. Entonces no llevaba ningún arma consigo, pues solamente la víspera había escapado de la muerte milagrosamente, cuando ya no le quedaba la menor esperanza de salvación...

Mientras tanto, la mujer del responsable no había podido tranquilizarse, seguía moviéndose de acá para allá por la isba y lloraba.

— ¡Hijito, cómo es posible? ¡Si lo va a fusilar!

— Había que haberlo pensado antes —dijo fríamente Sótnikov, tratando de prestar oído a los ruidos de fuera de la casa.

— ¡Ay, hijito, acaso no le hablé yo, acaso le rogué poco! ¿Para qué tenía que haberse metido en esto? Los había más

jóvenes. Pero los buenos no querían, y a los malos les tenía miedo la gente.

— ¿Y a él no le tienen miedo?

— ¿A Piotr? Si aquí todos le conocen, vivimos aquí toda la vida, pero si media aldea son parientes nuestros. Y él se esfuerza en hacer lo mejor para todos.

— ¡Ah, lo mejor para todos!

— Puede ser que no siempre sea así. Puede ser que tengas tú razón, hijito, no hay manera de hacer lo mejor para todos. Pero le obligan: unas veces hay que entregar el trigo, otras tiene que recoger alguna ropa, otras le mandan que lleve a la gente a limpiar la nieve del camino, ¿de dónde lo va a sacar él? Hay que obligar a la gente. Quitárselo a los suyos.

— ¿Y ustedes qué pensaban? Para eso son ocupantes, para robar.

— Roban. ¿Y de qué modo? ¡Que Dios les robe a ellos! Vinieron en unos camiones y arramblaron con los cerdos. ¡Y a nosotros nos quitaron el ternero. Nos dicen: tu hijo está en el Ejército Rojo, con esto amenguaréis vuestra culpa ante Alemania! ¡Ojalá ardiera su Alemania con llamas que llegaran al cielo!

“Suelta maldiciones, pero no creo mucho en lo que dices” —pensaba adormilado Sótnikov, sin retirar la pierna estirada. Se acordó que la otra también dijo algo de Alemania mientras ponía la mesa y cortaba el pan. Corrió varias veces hacia el zaguán a buscar tocino y una jarra de leche, y él estaba sentado a la mesa y tragaba saliva, esperando como un idiota el convite. Es verdad que en un momento le pareció haber oído como si alguien le respondiera callandito en el zaguán, después llegó hasta él un breve susurro, pero en seguida comprendió que era la voz somnolienta de un niño y se tranquilizó. Además, la dueña volvió a la habitación tranquila y tan amable como antes, le llenó una taza de leche, cortó una lonja de tocino, y a él —lo recordaba ahora— casi le conmovió aquella bondad. Después comió con avidez el pan con el tocino, bebiendo de vez en cuando un trago de leche. Y seguramente habría perecido así sin más ni más, de no haber sido cierto sobresalto instintivo, sin causa aparente, que le hizo mirar por la ventana medio tapada con tiestos de flores. Se quedó de una pieza, desconcertado: vio que por la calle se acercaban a toda prisa dos hombres con fusiles y unos brazaletes blancos en las mangas, junto a ellos corría una niña de unos ocho años explicándoles alguna cosa.

Lástima que entonces se le paralizó la lengua y no pudo decirle nada a aquella mujer tan cariñosa: solamente la empujó para apartarla de la puerta y salió disparado como una flecha

hasta el huerto, y de allí, a través de la empalizada corrió a un prado y luego a un barranco. Oyó que disparaban detrás de él, que gritaban, juraban. Cuando estaba ya en el barranco, oyó entre otras voces la voz gritona de aquella mujer, que en nada se parecía a la de antes: les indicaba a los policías dónde se había ocultado entre los arbustos.

Y ahora también ésta: “hijito”, “hijito”...

La mujer del responsable, al no oír nada terrible fuera de la casa, se tranquilizó un poco y se sentó frente a él en un extremo del banco.

— Hijito, no es verdad que él aceptó por su propia voluntad. Se lo pidieron mucho los hombres del lugar. ¡Oh, y cómo no quería él! Y en esto llegó un papel del distrito: llamaban al responsable a una reunión. Y nosotros, aquí en Liasini, no teníamos ningún responsable. Entonces le dicen los hombres: “Ve tú, Piotr, tú has estado prisionero”. El, es verdad, en la otra guerra, en la de Nikolái, estuvo prisionero dos años, trabajó con los alemanes. Van y le dicen: “Tú conoces sus madrigueras, aguanta un par de meses mientras vuelven los nuestros. Si no, pondrán a Budila y no habrá quien nos salve. Este Budila es también de Liasini, un bicho malo, algo terrible. Antes de la guerra era jefe de no sé qué, siempre andaba por las aldeas, y ya entonces le temían los campesinos. Por eso ahora ha encontrado un puesto en la policía. Se ha metido como un cerdo a hozar en la charca.

— Ya le encontrarán las balas.

— ¡Ojalá, nadie va a llorar por él!... Y así a Piotr, como un tonto, le convencieron, y tomó el cargo. Para su desgracia, para su castigo. ¿Y ahora, acaso quiere él ser un lacayo de los alemanes? Cada día de Dios amenazan, gritan y hasta le ponen a uno el revólver en la frente, unas veces piden vodka, otras veces otra cosa. ¡Cuánto está sufriendo, válgame Dios!

Sótnikov estaba sentado, calentándose al lado del horno, y hacía enormes esfuerzos para no quedarse dormido. Aunque, a decir verdad, en la lucha contra la modorra le ayudaba la tos, que ora cesaba por un instante, ora le atacaba de tal manera que parecía se le iban a saltar los sesos. Oía hablar a la mujer, pero no la escuchaba, no tenía ningún deseo de penetrar en sus quejas. No podía compadecer a una persona que había consentido ponerse al servicio de los alemanes y que, de una u otra manera, cumplía este servicio. El hecho de que tuviera algunos motivos que le justificaran no le importaba a Sótnikov, que ya conocía el precio de tales justificaciones. En la encarnizada lucha contra el fascismo no se podía tener en cuenta ninguna causa, incluso la más estimable: solamente se

podría vencer en contra de todas las causas. Esto lo comprendió Sótnikov desde el primer combate y siempre se atuvo precisamente a este convencimiento, lo que, a su vez, le ayudó en gran medida a mantener la firmeza de sus posiciones en todas las complicaciones de esta guerra.

Dándose cuenta de repente que se estaba quedando adormilado, Sótnikov intentó levantarse, pero toda la isba empezó a darle vueltas y por poco no se dio un golpe contra la pared. La dueña, asustada, le sostuvo como pudo, y él levantó el fusil del suelo.

— ¡Fu, demonio!

— Hijito, ¿pero qué te pasa? ¡Si estás enfermo! ¡Ay, Dios mío! ¡Estás ardiendo! Necesitas acostarte. Fíjate qué silbidos tienes en el pecho. Espera, siéntate, voy a cocerte en seguida unas hierbas...

La mujer, con sincero deseo de ayudarle, empezó a hurgar tras el horno, haciendo ruido con alguna cosa. Sótnikov pensó que, realmente, su estado debía ser muy grave cuando tanto se había alarmado aquella mujer.

— No se moleste, no me hace falta nada.

Y era verdad, pues ya no quería ni beber ni comer, y no le hacía falta nada, aparte de calor y tranquilidad.

— ¿Cómo que no te hace falta, hijito? Si estás ardiendo, ¿acaso no se ve? Ya hace un rato que me había dado cuenta. Si es que ahora no tienes tiempo, toma, llévate frambuesa seca, la puedes hervir en algún sitio y te lo bebes. Y estas hierbas...

— No necesito nada.

Ella le ofrecía algo en unos envoltorios que había sacado de detrás del horno, pero él no los quería tomar. No le deseaba nada bueno a esta mujer y por eso no podía admitir su compasión y su ayuda. En aquel momento se sintió ruido en el zaguán, se oyó la voz de Ribak, y el responsable se asomó a la puerta.

— Vaya, le llama su camarada.

Sótnikov se levantó, tambaleándose por la debilidad y con un doloroso zumbido en la cabeza, y pasó al oscuro zaguán. A través de la puerta entreabierta se veía a Ribak en el patio y a sus pies, sobre la nieve, había una oveja muerta que éste, por lo visto, se disponía a echársela al hombro.

— Bueno, tú entra en casa —dijo Ribak al responsable con voz tranquila, en la que no se notaba el áspero tono de antes— y cierra la puerta. No hay nada que ver.

El responsable, al parecer, quería decir algo, pero, sin duda, lo pensó mejor y en silencio se volvió hacia la casa. La puerta del zaguán se cerró de golpe tras de él, después se oyó cómo golpeaba la puerta de la isba.

— ¿Pero, cómo, le dejas en libertad?— preguntó Sótnikov con voz ronca cuando se quedaron solos en medio del patio.

— Bah, ¡que se vaya al diablo!

Ribak, con un fuerte impulso, se echó al hombro la oveja y caminó hasta la esquina del cobertizo, desde donde torció por el blanco manto de nieve hacia la era con el granero de antes, cuyos cobertizos medio hundidos se destacaban como manchas oscuras sobre la nieve.

Sótnikov le seguía, arrastrando los pies.

5

Caminaban en silencio por sus pisadas anteriores: atravesaron la era, siguieron andando a lo largo de la cerca de alambre y salieron a la ladera con los matorrales. En la aldea todo estaba en silencio, en ninguna parte se veía ni un resquicio de luz en las ventanas; en la penumbra somnolienta de la noche griseaban apenas los tejados cubiertos de nieve, las paredes, las cercas, los árboles en los huertos. Ribak caminaba de prisa con la oveja a la espalda, la cabeza del animal, con una mancha blanca en el testud, se balanceaba impasible sobre su hombro. Seguramente era ya pasada la media noche. La luna se había remontado a lo más alto del cielo y refulgía rodeada de un halo neblinoso claro-oscuro. Las estrellas resplandecían en el firmamento acaso con más brillo que al anochecer, la nieve crujía aún más bajo los pies, la helada había llegado a su apogeo. Ribak pensó con pesar que se habían detenido demasiado en casa del responsable; menos mal que no había sido en balde: descansaron, se calentaron y, lo más importante, no volvían con las manos vacías. Con una oveja para diecisiete personas, naturalmente, no podía tocar a mucho, pero un trozo de carne para cada uno sí habría. Aunque estaba algo lejos, pero, de todos modos, habían conseguido algo; ahora lo más importante era llegar antes del amanecer.

Ribak caminaba de prisa con la carga, sin preocuparse ya mucho en aquel camino conocido a través del campo sumido en la noche. Si no fuera por Sótnikov, al que no se le podía dejar solo, él ya estaría lejos. Quizá por primera vez en aquella noche experimentó Ribak un ligero descontento hacia su compañero, pero ¿qué se le iba a hacer? ¿Acaso era culpa suya? Aunque, también podría haberse pertrechado en alguna parte de ropa de más abrigo, y entonces, seguramente, estaría sano y ahora podría ayudarle a llevar la oveja. Al principio no le parecía tan pesada, pero poco a poco aumentaba de peso y le oprimía cada vez más en el hombro, obligándole a bajar la cabeza, lo que le

incomodaba para mirar hacia adelante. Ribak empezó a cambiarse la carga de un hombro a otro: en tanto el peso iba sobre uno, el otro descansaba un poco, así parecía más leve.

En la marcha se calentó bien con su abrigosa zamarra negra, no hacía mucho todavía completamente nueva, que le hacía un gran servicio con aquel frío que pelaba. Sin la zamarra, seguramente, hubiese perecido. Con ella se va mejor abrigado, la podía llevar puesta o cubrirse en algún sitio para pasar la noche. Gracias al tío Ajrem: no le dio lástima dársela. Aunque, claro es, Ajrem tenía sus motivos para ello, y el principal era, indiscutiblemente, Zosia, cuyo corazón —estaba seguro de ello— se había prendado de él; envidiable cariño, pero no prolongado a causa de la guerra.

¡Y qué hubiera ocurrido si no hubiese sido por la guerra! Aunque, si no hubiese sido por la guerra, ¿dónde habría encontrado a esta Zosia? ¿Cómo podría haber llegado Ribak, sargento de una compañía de tiradores, a Korchevka, una pequeña y remota aldea perdida junto al bosque? Seguramente no hubiese asomado por allí en toda su vida, o a lo más hubiese pasado por un camino vecinal cercano, durante las maniobras militares del otoño. Pero entonces se vio obligado a andar a rastras, con una pierna herida, vendada con una camisa sucia, y a pedir asilo en una isba, pues temía que al llegar el día empezasen a pasar los alemanes y sin más ni más lo llevarían con ellos. Efectivamente, al amanecer empezaron a recorrer en motocicletas y a caballo el campo de combate cubierto de cadáveres, pero entonces ya estaba él bien oculto bajo un montón de matas de guisantes en la era. Ajrem y Zosia vigilaban de noche y de día: le protegieron, no le entregaron. Y después... Después todo quedó tranquilo alrededor, se estableció un nuevo poder, el alemán, y dejó de oírse incluso el lejano tronar de la artillería en la noche; sentía honda tristeza. Le parecía que todo lo anterior, por lo que él había vivido y se había esforzado, se había hundido para siempre. Aquel tiempo fue muy amargo para él, el único consuelo que tenía entonces en su vida escondida en la aldea era la gordezuela y cariñosa Zosia. Y aún esto no duró mucho.

La salud nunca le había fallado, la leche y la crema de leche no le faltaban, la herida en la pierna se le había cicatrizado mal que bien al cabo de un mes, solamente se dejaba sentir algo cuando andaba. Cada vez pensaba más en qué hacer más adelante. Sobre todo, cuando supo que después de los éxitos del verano los alemanes se habían quedado atascados inesperadamente en las cercanías de Moscú, a pesar de que vociferaban a los cuatro vientos que la capital bolchevique estaba a punto de

caer de un día a otro, Ribak pensaba: seguramente todavía resistirá. Moscú no es Korcevka, se encontrarán fuerzas para defenderlo.

En esto empezaron a aparecer otros que, como él, habían quedado cercados: unos ya curados de sus heridas, otros, simplemente, que se habían esparcido por los caseríos y aldeas después de la primera conmoción de la derrota. Empezaron a encontrarse, a ponerse de acuerdo, rebuscaron las armas escondidas. Resolvieron que había que salir al bosque: ¿cuánto tiempo se podía estar escondido en los pajares de los campesinos al lado de mocitas cariñosas o con esposas aldeanas no registradas ni casadas? Y se fueron.

No fue muy alegre su despedida de Korcevka. Verdad es que él, a diferencia de otros, no trató de mentir o, lo que era peor, de marcharse a escondidas: lo explicó todo como era, y, para sorpresa suya, le comprendieron, no se ofendieron ni le disuadieron. Zosia, es verdad, lloró, pero el tío Ajrem dijo: "Lo que es necesario, es necesario: la guerra es la guerra". Y él y la tía Ganulia le despidieron como a un hijo, que ellos no tenían. Ribak les prometió que les enviaría noticias suyas y les visitaría cuando tuviera ocasión. Les visitó una vez, a fines del otoño, después se encontraba muy lejos, pero lo más importante era que ya no le atraía: seguramente, se había desacostumbrado. O puede ser que no hubiera habido aquello que ata de verdad y para mucho tiempo, sino que algo que, simplemente, apareció, ardió y se esfumó. Y no se lamentaba de ello, estaba contento de sí mismo: no había engañado, se había portado honradamente y con franqueza. Que las gentes juzguen como quieran, su conciencia ante Zosia estaba casi limpia.

No le gustaba hacer mal a la gente, ofender sin pensar o intencionadamente, tampoco soportaba cuando le guardaban la ofensa. En el ejército, es verdad, era difícil pasarse sin eso: a veces tenía que imponer un castigo, pero se esforzaba por que todo fuera por las buenas, en bien del servicio. Y ahora, Sótnikov, malhumorado, fastidiado por el enfriamiento que había pescado, le reprochaba que hubiera dejado en libertad al responsable y no le hubiera castigado, pero a Ribak le disgustaba castigar: ¡que se vaya al diablo; que viva! Claro es que con el enemigo no hay que tener ninguna conmiseración, pero ahora había resultado este Piotr un hombre muy pacífico; le pareció un campesino conocido. Si es que lo merece, que otros le castiguen.

Cuando estaban en la isba, mientras transcurría aquella desagradable conversación, Ribak todavía tenía cierto deseo de darle una lección al responsable, pero después, cuando andaban

en los tratos de la oveja, este deseo fue desapareciendo poco a poco. En la cija olía apaciblemente a heno, a estiércol, a ganado; tres ovejas corrían de un lado para otro asustadas: a una de ellas, con una mancha blanca en el testud, Piotr se las ingenió para sujetarla por la lana, y entonces él la agarró con destreza y fuerza por el pescuezo, sintiendo cierta inconsciente alegría por el botín. Después, mientras él la sujetaba y el dueño cortaba el pescuezo a la oveja, que se revolcaba sobre la paja, por la que empezó a correr un reguero de sangre caliente, vino a su magín el recuerdo del sentimiento de medrosa alegría que experimentaba en su infancia, cuando en las postrimerías del otoño su padre degollaba de la misma manera una o dos ovejas, y él, ya mozuelo, le ayudaba. Todo fue igual que entonces: y el olor en la cija, el correr de la oveja asustada, presintiendo la muerte, y el vaho acre de la sangre de la oveja en la helada...

El campo al que Ribak salió después de la enramada resultó inesperadamente ancho y largo: seguramente caminaron cerca de una hora por su nieve virgen. Ribak no lo sabía exactamente, pero presentía que por allí, en alguna parte, debía haber un camino, el mismo por el que habían pasado no hacía mucho, y después empezaría la ladera que bajaba al riachuelo. Sin embargo, transcurrió mucho tiempo, calcularon que habían andado unos dos kilómetros, si no más, pero el camino seguía sin aparecer, y empezó a temer que podían haberlo dejado atrás sin darse cuenta. Entonces, no sería nada difícil perder la dirección y desviarse antes de tiempo a la izquierda, hacia la vaguada. Lo peor era que aquellos parajes apenas los conocía y ni siquiera se le ocurrió preguntar a los guerrilleros de los contornos que estaban en el bosque. Verdad es que entonces no pensó que tendrían que ir tan lejos.

Ribak se detuvo y esperó a Sótnikov, que, agotado, caminaba pesadamente a la zaga en la lóbreguez de la noche. La luna estaba ahora cubierta por una densa neblina gris-azulada, la noche se había hecho más oscura, a lo lejos no se podía distinguir nada. Tiró la oveja en la nieve, puso la carabina a su costado y estiró con alivio sus hombros cansados. Un minuto después Sótnikov se acercaba a él con paso vacilante.

— ¿Cómo estás? ¿Aguantas?

— ¿Sabes...? Tú sigue como puedas. Hoy no te puedo ayudar.

— Bueno, no te preocupes —dijo Ribak resollando, y pasó a hablar de otra cosa—: ¿Te has dado cuenta, vamos bien?

Respirando pesadamente, Sótnikov miró en la oscuridad de la noche.

— Parece que vamos bien: allí está el bosque.

— ¿Y el camino?

— Por aquí, en alguna parte, debe estar. Si no se ha desviado.

Ambos, en silencio, trataron de penetrar con la mirada en la oscura y nevada lejanía. En este instante, entre una rumorosa ráfaga de viento, su oído atento pudo captar un ruido confuso y lejano. Un instante después fue para ellos claro que aquello era el trote casi imperceptible de los cascos de un caballo. Ambos se volvieron al mismo tiempo de cara al viento y no tanto vieron como adivinaron un confuso movimiento, que apenas se discernía en la oscuridad de la noche. Al principio a Ribak le pareció que les venían siguiendo, pero en el acto comprendió que no iban en su persecución, sino más bien en dirección perpendicular, seguramente por aquel mismo camino que ellos no habían encontrado. Sintiendo que le había dado un vuelco el corazón, se echó a toda prisa la carabina al hombro. Sin embargo, inmediatamente su intuición le advirtió que iban alejados del camino y pasarían de largo; verdad es que no podía precisar si pasarían desapercibidos. Entonces Ribak, inclinándose, con un fuerte impulso, se echó de nuevo a la espalda la lanuda oveja. 'El campo subía ahora por un repecho, era necesario cruzarlo lo más rápidamente posible, y entonces, seguramente, ya no les verían.

— ¡Venga! ¡Venga! ¡Corriendo! —apresuró a Sótnikov a media voz, a la vez que él mismo echaba a correr.

Sus piernas adquirieron en seguida ligereza; su cuerpo, como le ocurría siempre en los momentos de peligro, se hizo más ágil y fuerte. Y de pronto, a cinco pasos de él, vio el camino: las rodadas que había en él cortaban al sesgo su ruta. Ahora estaba claro que aquél era el mismo camino por el que ellos habían pasado al ir; miró a un lado y distinguió no muy lejos unas confusas manchas que se movían; se oyó el débil tintineo de un tiro de caballos, los trineos se acercaban con seguridad. Sobreponiéndose a una momentánea confusión, Ribak atravesó, como si fuera una zona minada, aquel maldito camino, que tan inesperadamente y tan a destiempo había aparecido ante ellos; en seguida se dio cuenta que no había hecho lo que debía hacer. Seguramente deberían haber vuelto hacia atrás, al otro lado, pero ya era tarde para pensar en ello. Quebrando la costra de nieve helada bajo sus pies, corrió hacia la ladera, esperando con el corazón oprimido que de un momento a otro les echarían el alto.

Sin haber llegado a la cima del collado, desde donde empezaba de nuevo el descenso, volvió a mirar para atrás. Los trineos se distinguían ya claramente en el camino. Eran dos: el

segundo iba casi pegado al primero. Pero en la oscuridad todavía no se podía distinguir a los que iban en ellos, tampoco se sintió ningún grito. Entonces él, con una pequeña y ansiosa esperanza, pensó todavía que aquellos podían ser campesinos. Si no les daban el alto, seguro que eran campesinos que por cualquier motivo se habían demorado en la noche y retornaban a su aldea. Si fuera así, su temor era infundado. Esperanzado con este pensamiento súbito, respiró profundamente dos veces y, sin dejar de correr, se volvió hacia Sótnikov, que, como si fuera a propósito, se movía con paso vacilante no lejos de él, como si no estuviera ya en condiciones de hacer un esfuerzo más para correr unos cien pasos hasta lo alto del repecho.

En aquel momento en el silencio de la noche resonó un grito furibundo, amenazador:

— ¡Eh! ¡Alto!

“¡Al diablo con tus altos!” —pensó Ribak, echando a correr con nuevo ímpetu por la nieve. Le quedaba muy poco para ocultarse tras la ancha cima del collado, y luego, al parecer, empezaba la bajada; una vez allí seguramente podrían escapar. Pero precisamente en este momento se pararon los trineos y varias voces, a cual más feroz, gritaron a sus alcances:

— ¡Alto! ¡Alto! ¡Dispararemos! ¡Alto!

Por la mente de Ribak pasó el más protervo de los pensamientos: “¡Estamos perdidos!”: todo estaba ahora claro y conocido hasta lacerar el alma. Ribak corría cansado por la ancha cima del collado, comprendiendo inexorablemente que lo principal ahora era alejarse lo más posible. Seguro que no van a correr detrás con los caballos, y si disparan, que disparen: por la noche no se tiene muy buena puntería. Sin embargo, la oveja, que ahora le resultaba tan molesta sobre los hombros, no la soltó: la llevaba encima, no queriendo abandonar la débil esperanza de que todavía podrían de algún modo escapar.

Llegó rápidamente a la cima y a grandes zancadas corrió cuesta abajo por la otra vertiente. Las piernas le llevaban de tal manera que hasta temió no fuera a caerse con la carga encima. La carabina alemana que llevaba a la espalda le hacía daño en la cadera con la culata, los cartuchos tintineaban en sus bolsillos. Desde lejos percibió que había una mancha imprecisa y oscura por delante, seguramente de nuevo matorrales, y se desvió hacia aquel lado. Los gritos tras él dejaron de oírse, disparos tampoco se oían. Parecía como si él y Sótnikov hubieran desaparecido del campo visual de los que estaban en el camino.

Pero terminó el declive de la ladera, la nieve se hizo más profunda, y Ribak, dominado por una nueva preocupación, miró hacia atrás. Sótnikov se había quedado tan lejos que pensó

que le iban a atrapar de un momento a otro. Pero, además, parecía que él tampoco se daba prisa en absoluto: no corría, apenas si arrastraba los pies en la penumbra nevosa. Y lo peor del caso era que Ribak no le podía ayudar en nada, solamente seguía adelante, sin pararse, para atraer tras de sí a su camarada. Era necesario llegar hasta aquellos matorrales oscuros que ya parecían estar no lejos.

— ¡Alto! ¡Alto, miserables bandidos! —de nuevo resonaron tras ellos gritos terribles y amenazadores.

Quiere decir que les van a la zaga. Sin mirar para atrás —era molesto mirar hacia atrás con la oveja al hombro—, Ribak comprendió por los gritos que estaban ya en lo alto de la ladera y seguramente los habían visto. Su situación era demasiado apurada, sobre todo para Sótnikov, que aún tenía que correr bastante hasta los matorrales. Bueno, qué se le va hacer... Como ocurría siempre en los momentos de mayor peligro, cada uno se preocupaba de sí mismo; él tomaba su suerte en sus propias manos. Por lo que hace a Ribak, cuántas veces en la guerra le habían salvado las piernas.

Los matorrales resultaron estar bastante más lejos de lo que parecía en la noche. Ribak no había dejado atrás ni la mitad de la distancia, cuando a sus espaldas resonaron unos disparos. Los tiradores eran, sin embargo, peor que malos; sin mirar atrás, lo comprendió así, al darse cuenta cómo había silbado una bala sobre su cabeza como una saeta. Había pasado demasiado alta, de esto se dio perfecta cuenta. Y él se esforzaba por llegar hasta aquellos matorrales bajo las balas.

Seguramente allí empezaba un pradizuelo pantanoso, pues entre la llanura nevada sobresalían las desnudas ramas de los arraclanes, y en la blanda nieve se levantaban bajo los pies mullidos mogotes. Ribak resbaló a la misma entrada de la enramada y dejó caer la oveja al suelo. Tenía que seguir corriendo, pero ya no le quedaban fuerzas. Detrás de él se seguían oyendo disparos, y comprendió que Sótnikov los contenía. Al principio esto hasta alegró a Ribak: quiere decir que había logrado alejarse; ahora, entre la enramada podrá trabucar sus huellas y escapar. Pero antes debía echar una ojeada en torno. Con la carabina en una mano, se incorporó sobre las rodillas y vio a lo lejos a Sótnikov, que se movía apenas al pie mismo de la ladera. Sin embargo, desde allí no se podía precisar a través de la oscuridad gris de la noche en qué dirección se movía, o puede ser que estuviera todo el tiempo en el mismo sitio. Después de tres o cuatro disparos desde la ladera, uno de ellos resonó más cerca: Ribak determinó con precisión que este disparo era de Sótnikov. Pero, en realidad,

¿qué sentido tenía en su situación empezar un tiroteo con los policías? Ribak no lo podía comprender. Sin duda, lo que hacía falta era escabullirse lo antes posible: aquella enramada les permitiría librarse de los perseguidores. Pero Sótnikov, como si no lo comprendiera así, se había echado al parecer cuerpo a tierra e incluso había dejado de moverse. Si no hubiera sido por sus disparos, podría pensarse que estaba muerto.

¿O acaso estuviese herido?

Esta idea inquietó a Ribak, pero no podía prestar ninguna ayuda a Sótnikov. Los policías, desde lo alto de la ladera, con seguridad veían perfectamente a una persona tendida sobre la nieve, y aunque todavía no corrían hacia él, sin duda que le dispararían con los fusiles. Y si él se lanzaba en su ayuda, los matarían a los dos: de eso estaba seguro. Así había ocurrido en la guerra de Finlandia, cuando los malditos "cuculillos" tumbaban cuatro o cinco hombres por minuto, y todo lo hacían del modo más primitivo: en ayuda del primero que tumbaban, corría su vecino en la línea, y al instante quedaba tendido a su lado; después corría hacia ellos el siguiente. Y cada uno de estos siguientes comprendía bien lo que le esperaba, pero no podía contenerse, viendo cómo perecían sus camaradas.

Por lo tanto, mientras sea posible, hay que largarse: a Sótnikov ya no se le podía salvar. Después de decidirlo así, Ribak se echó a toda prisa la carabina al hombro, con un esfuerzo decisivo se cargó la oveja a la espalda y, tropezando en los mogotes del terreno, escapó a todo correr por la orilla del pantano.

Seguramente se encontraba ya lejos aquel lugar, y de nuevo se sintió agotado. Ya habían cesado los disparos detrás de él, y, prestando oído a la calma que reinaba en torno, pensó con cierto alivio que, por lo visto, allá todo había terminado. Pero al cabo de un minuto o dos se volvieron a oír unos disparos. Se oyeron tres estampidos, una bala había pasado por encima del pantano con un silbido apagado. Aquello quería decir que Sótnikov estaba aún vivo. Y precisamente estos disparos inesperados provocaron en Ribak nueva alarma, le contuvieron en su carrera y perturbaron sus sentidos, agudizados por el peligro. La oveja se hacía cada vez más pesada; y aquella carga blanda y sumisa le resultaba por momentos enfadosa y absurda, y la llevaba mecánicamente, pensando en otra cosa completamente distinta.

Un minuto después apareció ante él el borde de una arroyada poco profunda en la tierra: posiblemente la orilla de un riachuelo helado. Lo mejor, sin duda, hubiera sido pasar al otro lado, pero apenas Ribak puso allí el pie, dio un resbalón, la carga se le escapó de las manos y él cayó de espaldas,

escurriéndose por la nieve hasta el fondo. Lanzó un juramento, dio un salto y, arañando la nieve con las manos, logró salir a la superficie; de pronto comprendió con toda claridad que no podía marcharse así. ¿Cómo podía gastar tantas fuerzas con esta maldita oveja si se había quedado atrás el camarada? Claro es, Sótnikov estaba vivo y lo daba a conocer con los disparos. En realidad, cubría la retirada a Ribak, lo salvaba de la muerte, pero el mismo Sótnikov se encontraba en muy mala situación. El ya no podría escapar. A Ribak le sería fácil escabullirse así: era muy poco probable que le pudieran alcanzar ahora.

¿Pero qué iba a decir allá, en el bosque?

Para Ribak se hizo tan evidente toda la monstruosidad de su intención anterior, que lanzó un juramento por lo bajo y, turbado, se dejó caer al borde de la arroyada. A lo lejos, tras los matorrales, resonó otro disparo y ya no se volvieron a oír más. “¿Puede ser que allí haya cambiado algo?” —pensó Ribak. Después siguió una prolongada pausa, durante la cual maduró del todo una nueva decisión, y salió de allí de un salto.

Sin querer pensarlo más, con paso apresurado volvió sobre sus pisadas.

6

Sótnikov no se proponía iniciar el tiroteo: simplemente se desplomó en la ladera, la cabeza empezó a darle vueltas, todo se movía a su alrededor, se asustó, pensando que ya no se levantaría más.

Desde allí veía muy bien cómo Ribak corría con todas sus fuerzas hacia el bosque; las manos, como antes, las llevaba ocupadas con la carga; y Sótnikov no le llamó, no le gritó, porque sabía que ya era tarde para salvarse. Jadeante por el cansancio, permaneció inmóvil sobre la nieve, hasta que oyó voces detrás de sí, y entonces comprendió que pronto le cogerían. Atrajo el fusil caído en la nieve y, para alejar de sí por un instante lo más terrible que tendría que ocurrir, disparó en la oscuridad. ¡Que se enteren que no se va a dejar atrapar tan fácilmente!

Con seguridad que su disparo hizo efecto, pues ellos, allí, en el campo, al parecer se quedaron parados. Sótnikov pensó que había que aprovechar la ocasión e intentar escapar. Aunque sabía también que las posibilidades que tenía eran demasiado limitadas. Sin embargo, logró sobreponerse a su debilidad, hizo un gran esfuerzo y, apoyándose en el fusil, se levantó. En aquel momento los policías aparecieron inesperadamente cerca de él: tres siluetas inmóviles se perfilaban en el lomo gris del collado. Seguramente, al advertirle, uno de ellos, el del extremo de la

derecha, gritó algo, y Sótnikov, casi sin apuntar, disparó por segunda vez. Pudo darse cuenta cómo se echaron a un lado al sentir su disparo; se agachaban o se encogían en espera de nuevos disparos. Sótnikov, arrastrando por la nieve los pies con sus botas de paño, corrió pendiente abajo con paso inseguro y vacilante, a riesgo de caer de nuevo de bruces en la ladera nevada. Ribak ya se encontraba lejos, al lado mismo de la enramada, y Sótnikov pensó: ¿logrará escapar? Y también él, poniendo en tensión sus últimas fuerzas, trató de alejarse de aquella ladera, pero no había andado ni cien pasos, cuando se oyeron por detrás, muy cerca, varios disparos a la vez.

Todavía corrió unos cuantos pasos, sintiendo ya que se caía: de pronto algo le quemó en la cadera derecha; empezó a escurrirle una sangre viscosa y caliente, que se deslizaba por la rodilla hasta la bota. Dio unos cuantos pasos más y casi dejó de sentir la pierna, que se hacía más pesada por momentos y le obedecía con dificultad. Un instante después se desplomó en la nieve. Pero no sintió ningún dolor fuerte, solamente tenía un ardor insoportable en el pecho y le escocía mucho por encima de la rodilla. El pernil del pantalón se le empapó en sangre. Permaneció tendido en la nieve algún tiempo, mordiéndose los labios hasta sentir dolor. En su conciencia ya no experimentaba el miedo que le dominaba antes, ni siquiera pesadumbre: solamente le embargaba la comprensión sobria —y como si no fuera él mismo, sino alguien fuera de él—, la comprensión ajena y precisa de la inevitabilidad de su inmediata muerte. Le sorprendía un poco que hubiera llegado tan de repente, cuando menos lo esperaba. Cuántas veces en los minutos más difíciles, a pesar de todo, la muerte había pasado de largo por su lado. Pero aquí ya no pasaría de largo.

A su espalda de nuevo se oyeron voces: seguramente se acercaban los policías, para cogerle vivo o muerto. Experimentando creciente dolor en la pierna y sobreponiéndose apenas a su debilidad, se sentó, apoyándose en las manos. Los faldones del capote, las botas, las mangas y las rodillas estaban cubiertos de nieve, en el pantalón, por encima de la rodilla, se extendía una mancha de sangre. Pero él ya no prestaba atención a esto: tiró del cerrojo del fusil, sacudió la vaina del proyectil disparado y metió otro.

Nuevamente vio a los tres hombres en la ladera: uno iba delante y dos detrás, sus confusas sombras descendían con paso no muy seguro por la pendiente. Apretando los dientes, extendió con cuidado en la nieve la pierna herida, se tendió, y con más precisión que antes apuntó. Apenas el ruido del disparo se había perdido en la lejanía, vio que allí, en la pendiente, todos

a una se echaron al suelo, e inmediatamente en el silencio de la noche resonaron sus sonoros disparos de fusil. Comprendió que los había retenido, que les había obligado a contar con él, y esto le proporcionó una ligera satisfacción. Debilitado después de aquellos momentos de tensión dolorosa, apoyó la frente en la culata del fusil. Estaba demasiado cansado para observar todo el tiempo los pasos de los policías o para esconderse de sus disparos, y permaneció tendido inmóvil, reservando los restos de su capacidad para disparar aún. Y los otros, desde la ladera, disparaban a una con sus fusiles hacia él. Dos veces oyó silbar las balas: una sobre su cabeza, otra golpeó en algún sitio junto a su codo, salpicándole la cara de nieve. No se movió: ¡que disparen! Si le matan, qué se le va a hacer... Pero en tanto esté vivo, no les dejaré que se acerquen a él.

No temía a la muerte en combate —había dejado de temerla en una decena de situaciones que parecían sin salida—, lo que le atormentaba era ser una carga para los otros, como ocurrió con Zhmáchenko, el jefe de su sección. En otoño, en el bosque de Krizhov, el jefe fue herido en el vientre por un casco de metralla, y sufrieron lo indecible hasta que lograron sacarle a través de un pantano, junto al cual estaban los destacamentos de castigo, cuando a cada uno de ellos no le era fácil salvar su propia cabeza. Y al atardecer, cuando se abrieron paso hasta un lugar fuera de peligro, Zhmáchenko falleció.

Lo que más temía Sótnikov era correr esa misma suerte, aunque, al parecer, esa suerte estaba descartada para él. De salvarse, naturalmente, ni hablar. Pero él no había perdido el conocimiento y tenía un arma, y esto era lo principal. La pierna, cosa extraña, se le había quedado como muerta desde el pie hasta la cadera, ya no sentía ni la humedad templada de la sangre, que, seguramente, había derramado no poca. Los que estaban en la pendiente, después de hacer algunos disparos, ahora estaban a la espera. Pero en este momento uno de ellos se levantó. Los otros continuaron tendidos, y éste solo, como una sombra negra, rodó por la pendiente y se quedó inmóvil. Sótnikov estiró los brazos hacia el fusil y sintió cuán débil estaba. Por añadidura, la pierna empezó a dolerle. Le dolía, no sabía por qué, la rodilla y el tendón por debajo de ella, aunque la bala le había entrado más arriba, en la cadera. Apretando los dientes, se volvió ligeramente sobre el costado izquierdo, para aliviar un poco el peso sobre el derecho. En aquel instante en la ladera vislumbró otra sombra: por lo visto, se acercaban a él observando todas las reglas de la táctica militar, con carreras cortas. Esperó a que se levantara el tercero y disparó. Disparó al acaso, por aproximación: el punto de mira y la muesca del

alza se distinguían mal en la oscuridad. Como respuesta, resonaron de nuevo desde allí varios disparos: esta vez cerca de diez, no menos. Cuando cesaron los disparos, sacó del bolsillo otro cargador y lo metió en el fusil. De todos modos, había que economizar los cartuchos, no le quedaban nada más que quince.

Seguramente que había estado mucho tiempo tumbado sobre la nieve. El cuerpo empezaba a congelársele, la pierna le dolía aún más; a causa del intenso frío y de la pérdida de sangre, sentía espasmos. La espera era un verdadero tormento. Y los otros, después de disparar, se habían quedado mudos, como si se los hubiera tragado la noche: en la ladera no se veía ni una sombra. Pero él se daba cuenta que era muy poco probable que le dejaran allí: procurarían llevárselo vivo o muerto. De pronto pensó: ¿puede ser que se acerquen a rastras? ¿O es que empezaba a ver mal? De la debilidad empezaron a aparecer y desaparecer manchas oscuras ante sus ojos; sentía náuseas. Se asustó al pensar que pudiera perder el conocimiento, y entonces ocurriría lo peor, lo que más temía en esta guerra. Por lo tanto, lo último, por lo que debía conservar lo que le quedaba de sus mermadas fuerzas, era no entregarse vivo.

Sótnikov levantó la cabeza con cuidado; en la penumbra helada algo se movió ligeramente por delante. ¿Un hombre? Pero en seguida comprendió con alivio que se había equivocado: delante del cañón se había movido una hierbecita del campo. Entonces, conteniendo un quejido, trató de mover un poco la pierna herida, en la que al momento sintió un crispamiento doloroso, movió un poco la rodilla. Los dedos del pie ya no los sentía. Bueno, qué importa, que el diablo se lleve los dedos, pensó, ahora no eran lo que importaba. La otra pierna estaba completamente sana.

Seguramente había transcurrido bastante tiempo, o puede ser que no fuera tanto: había perdido toda sensación del tiempo. La idea fundamental que le preocupaba ahora era no dejarse coger por sorpresa. Sospechando que podrían acercarse a rastras, y para contener de alguna manera su aproximación, se pegó al fusil y disparó de nuevo. Pero los policías no respondían, y él pensó que podría ser que se hubieran escondido en la vaguada y no le podían ver por ahora. Entonces él también decidió aprovechar esta pequeña tregua y con gran dolor se volvió de costado.

La bota congelada apenas si podía despegarla de la pierna, ahora tendría que arrancarla sin levantarse. Y Sótnikov, contrayéndose, apretando las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes, tiró de la bota con todas sus fuerzas. El primer intento no dio resultado. Un momento después estaba por

completo desfallecido, respiraba ardorosamente, todo cubierto de un sudor frío. Pero, tras un breve descanso y después de mirar a su alrededor, agarró con mayor decisión la bota.

Después del quinto o sexto intento, consiguió sacarla, pero, ya completamente extenuado, durante algunos minutos no pudo moverse en el suelo. Luego, temiendo que no le diera tiempo, tiró la bota a la nieve y levantó un poquito la cabeza. Al parecer, no tenía a nadie delante de sí. Ahora ya podían correr: estaba preparado para acabar consigo, bastaba con apoyar el cañón del fusil en la barbilla y apretar el gatillo con los dedos de los pies. Y se alegró con una satisfacción silenciosa y maligna: de todas maneras no le atraparán vivo. Pero le quedaban dos cargadores de balas; con ellos libraría su último combate. Se levantó un poco más, en alguna parte deberían estar sus enemigos, no se los iba a haber tragado la tierra...

¿Por qué no estaban allí cerca? ¿O puede ser que él viese mal en la noche? Además, la noche parecía ahora más oscura, la luna de nuevo se había ocultado en lo alto. Esto quiere decir que su vida terminará aquella noche, pensó, en aquel campo tenebroso y gélido, en plena soledad, sin nadie al lado. Después, seguramente, le llevarán a la policía, le desnudarán y le enterrarán en alguna parte, con los caballos. Le sepultarán y nadie sabrá nunca de quién son los restos que allí descansan. La tumba fraterna, que en tiempos le asustaba, ahora era un sueño inalcanzable, casi un lujo. Pero, al fin y al cabo, todo esto eran menudencias. Ya no le quedaba nada por lo que valiera la pena sentir pesar antes del final. Acaso aquel fusil, que le había servido de manera infalible en la guerra. Ni una sola vez le marró, ni un solo mecanismo falló al disparar, sus impactos fueron sorprendentemente exactos y precisos. Había quien tenía automáticos alemanes de tiro rápido, algunos llevaban SVT, pero él no se separaba de su carabina. Durante medio invierno fue su más segura defensora, y ahora caería en manos de cualquier policía...

Se le empezaba a helar el pie desnudo, Sólo faltaba que se le congelara: ¿cómo iba a apretar entonces el gatillo? Sobreponiéndose a la debilidad y al dolor, se rebulló un poco en la nieve y de pronto advirtió que algo se movía en la ladera. Sólo que no hacia él, sino en dirección contraria. Dos sombras que apenas se percibían en la penumbra ascendían lentamente por la ladera. En seguida estuvieron en lo alto del collado, y él no podía comprender qué pasaba allí. No cabía duda que se dirigían a algún lado: posiblemente hacia los trineos o en busca de ayuda. Sótnikov ni siquiera se atrevía a pensar que le iban a dejar allí. Pero él lo vio claramente: volvían hacia el camino.





Es decir, que se quedaba solo. Pero, de todos modos, no podría resistir mucho tiempo con aquella helada y en medio del campo; sólo que ahora moriría lentamente, congelado de frío y por la pérdida de sangre. Como si se hubiera irritado contra ellos por aquella alevosía, Sótnikov apuntó como pudo y disparó.

Y al momento comprendió que su temor era infundado: no lejos, al pie de la ladera, se oyó un disparo de respuesta. Por lo visto, habían dejado uno de guardia. Los otros, seguramente, iban en busca de ayuda, pero habían dejado a uno para que le vigilara y le tuviera apuntado todo el tiempo. Seguramente se habían dado cuenta que estaba herido y que no podría ir muy lejos. Estaba claro, todo era como tenía que ser.

Sin embargo, el nuevo giro que tomaban las cosas casi le alegró: con uno se podía luchar. Verdad que no era nada bueno eso de que él no viera al enemigo: seguramente se había enmascarado bien aquel canalla. Y por un disparo en la noche no es muy fácil adivinar dónde se encuentra el tirador. El policía, con toda seguridad, le tenía apuntado todo el tiempo; bastaba con que Sótnikov levantara un poco la cabeza, para que sonase a lo lejos un disparo. Es decir, que tendría que seguir tumbado y helándose. Continuamente le estremecían los escalofríos, y Sótnikov pensó que así no podría resistir mucho tiempo.

Pero él se resistía; no sabía en qué, pero confiaba en algo, aunque podría terminar con todo aquello de la manera más sencilla. ¿No sería que deseaba salvarse? Por lo visto, así era, sobre todo ahora, cuando el enemigo había levantado el asedio. ¿Pero cómo? No podía arrastrarse: se esforzaba por no mover siquiera la pierna herida, y la pierna sana ya empezaba a quedársele congelada: es decir, que se quedaría sin las dos piernas. ¿Y sin piernas, qué salvación podría haber?

Dejando el fusil sobre la nieve, se volvió de costado y, sin levantar la cabeza, buscó la bota. Estaba allí cerca, con la caña hundida en la nieve. Se estiró hasta alcanzar la bota, sacudió la nieve y empezó a tantear con ella el pie entumecido, para calzársela. Pero no lo logró: esto resultaba más difícil que quitársela. Apenas había empezado a meter el pie en la caña cuando la cabeza otra vez empezó a darle vueltas, y él, encogiéndose, trataba de sobreponerse al nuevo ataque de debilidad y dolor. En esto resonó un tiro y el eco profundo y helado del disparo se extendió por el campo del lado de allá, al pie de la ladera. Después sonó otro disparo, y un tercero. Sin embargo, no oyó el silbido de las balas, aunque tampoco prestaba ahora oído a nada. Tendido de costado, contrayéndose en su yacija en la nieve, trataba con todas sus fuerzas de

ponerse la bota. Y aunque no logró metérsela del todo, sino a medias, de todos modos, esto le alivió algo. Incluso volvió un poco la cara para que la nieve no le abrasara la mejilla y la frente.

Y de pronto se oyó una voz que llegaba hasta él no sabía de dónde.

— Sótnikov, Sótnikov...

Esto le dejó asombrado, y pensó que seguramente eran figuraciones suyas. Sin embargo, miró a su alrededor: por detrás de él se movía en la oscuridad algo viviente, hasta parecía que se arrastraba y repetía en voz baja y con insistencia:

— ¡Sótnikov, Sótnikov!

¡Claro, no cabía duda, era Ribak! Sótnikov había oído perfectamente su voz baja y alarmada, y de pronto cedió aquella tensión mortificante. Aunque todavía no estaba claro para él si era bueno o no que Ribak hubiese vuelto (puede ser que el camino de retirada estuviera también cortado), pero en seguida comprendió: la muerte se aplazaba.

7

Se arrastraron hacia los matorrales: Ribak iba delante, tras él, Sótnikov. Fue aquel un camino interminable, agotador. Sótnikov no podía avanzar lo mismo que su compañero, a veces incluso se quedaba inmóvil en un surco en la nieve, y entonces Ribak volvía para atrás, le cogía por el cuello del capote y le arrastraba tras él. También Ribak estaba agotado, pues, además de ayudar a Sótnikov, llevaba los dos fusiles, que todo el tiempo se le escurrían del hombro y se trababan en la nieve. La noche se había hecho más lóbrega, la luna se había ocultado por completo tras la oscura niebla: posiblemente esto les salvó. Verdad es que desde el pie de la ladera les dispararon dos veces: seguramente el policía aquel había notado algo.

Llegaron a duras penas a la linde del matorral, y allí mismo se tumbaron entre los terrones cubiertos de blanda nieve: las oscuras ramas de la aliseda les ocultaban no mal en la penumbra de la noche. Ribak estaba completamente mojado; se le derretía la nieve en las mangas y por entre el cuello de la zamarra, toda la espalda la tenía empapada en sudor. Estaba tan cansado como seguramente no lo había estado nunca en su vida, estaba tendido sin fuerzas ya, mirando únicamente en dirección a la ladera, por si venían corriendo tras ellos. Pero no se veía a nadie, el policía, aunque hubiese advertido algo, no les perseguía, seguramente no se atrevió: no hacía falta mucho para ganarse una bala.

— ¿Y tú, cómo estás? —le preguntó Ribak, todavía respirando fatigosamente y exhalando un vaho denso, que se veía incluso en la oscuridad.

— Mal —reconoció Sótnikov con voz apenas perceptible.

Estaba tendido de costado, con la cabeza ladeada, cubierta hasta las orejas por el exiguo gorro, acartonado por la helada. La pierna herida la tenía ligeramente levantada, con la rodilla para arriba y temblaba nerviosamente. Ribak soltó un juramento para su coleteo.

— Vamos a seguir. Si no... nos van a cercar, y entonces no saldremos.

Se incorporó, pero antes de levantarse, le quitó a Sótnikov del cuello su toalla que llevaba allí liada y, con las manos temblorosas por el cansancio, le vendó fuertemente con ella la pierna por encima de la rodilla. Sótnikov se contrajo dos veces a causa del dolor y, conteniendo la respiración, ahogó un quejido. Ribak, poniéndose de rodillas, aproximó su espalda para que se apoyase:

— Venga, agárrate.

— Espera, yo mismo, puede ser...

Volviéndose con dificultad sobre la nieve, Sótnikov se incorporó como pudo sobre una rodilla y, apartando a un lado con doliente precaución la pierna herida, intentó levantarse del todo, pero no lo consiguió.

— ¡Cómo te vas a levantar tú solo! ¡Venga, agárrate!

Ribak le cogió de un brazo y Sótnikov se levantó al fin; cojeando mucho con la pierna herida, dio dos pasos. Esto animó a Ribak: si el hombre podía seguir con sus piernas, entonces, seguramente, no estaba todo perdido. Pero antes, cuando se acercó a rastras hacia Sótnikov y se dio cuenta que estaba herido, se le cayó el alma a los pies: ¿qué podía hacer con él en tal estado? Ahora Ribak se iba tranquilizando, pues pensaba que acaso podrían todavía escapar de alguna manera.

Con ayuda de Ribak, Sótnikov avanzó torpemente un paso, después otro. Se metieron en un matorral, aquí no muy alto ni espeso, cubierto de nieve blanda y bastante profunda. Sótnikov se apoyaba con una mano en Ribak y con la otra se agarraba al paso a las ramas heladas de los arraclanes y, renqueando con la pierna herida, procuraba con todas sus fuerzas andar más aprisa. En el pecho seguía sonándole un silbido desolador, a veces empezaba a toser con una tos ronca y profunda, y Ribak se encogía todo, pues les podían sentir fácilmente desde lejos, pero callaba. Ya no le preguntaba cómo se encontraba: sin permitirse un instante de descanso, arrastraba y arrastraba a Sótnikov a través de la maleza.

Tras el bosque, después de la vaguada, que resultó ser un pantano helado bastante extenso, empezaba otra vez una empinada ladera. La empezaron a subir al sesgo y Ribak sentía que sus fuerzas iban agotándose. No estaba ya en situación de sostener a Sótnikov, que, cada vez más desfallecido, tiraba hacia abajo, y él mismo estaba tan extenuado, que, sin decirse ni una palabra, casi al mismo tiempo se desplomaron ambos sobre la nieve. Después, concentrados y respirando con fuerza, permanecieron largo rato tendidos en la ladera, con una sorprendente indiferencia hacia todo. En verdad, Ribak comprendía que de un momento a otro les podrían atrapar los policías, todo el tiempo esperaba sus gritos siniestros, pero de todos modos su cuerpo era impotente para superar el cansancio que le tenía apabullado.

Aproximadamente un cuarto de hora después, habiendo recobrado algo la respiración, se volvió de costado. Sótnikov estaba tendido a su lado tiritando de frío.

— ¿Te quedan cartuchos?

— Un cargador —respondió sordamente Sótnikov con voz enronquecida.

— Si pasa algo, nos defenderemos.

— No nos podremos defender mucho.

Verdaderamente, con veinte cartuchos no podrían resistir mucho tiempo, pensó Ribak, pero no tenían otra salida. No se iban a entregar prisioneros, al fin y al cabo: habría que pelear.

— ¿De dónde diablos habrán venido? —Ribak empezó a padecer con nueva fuerza lo ocurrido—. Es verdad cuando dicen que una desgracia nunca viene sola.

Sótnikov seguía tendido en silencio, haciendo verdaderos esfuerzos para contener los quejidos. Su rostro, oscurecido por la helada, contraído por el dolor, con la barba brillante de escarcha por el vaho de la respiración congelado, de pronto le pareció a Ribak casi desconocido, extraño, y esto provocó en él siniestros presentimientos. Ribak pensó que la situación de su compañero era, por lo visto, completamente desesperada.

— ¿Te duele mucho?

— Duele —refunfuñó Sótnikov.

— Ten un poco de paciencia —le animó Ribak con cierta tosquedad, dominando en su interior un sentimiento de lástima involuntaria y completamente inoportuna ahora. Después se sentó en la nieve y empezó a observar preocupado el lugar, que le pareció completamente desconocido: un campo en repecho, un bosquecillo cercano o una enramada; ¿pero dónde estaba el bosque grande que era lo que necesitaban? No tenía ni la menor idea. Habiéndose desorientado en las idas y venidas por el

matorral cuando trataba de huir, ahora no podía comprender dónde se encontraban y qué dirección debían seguir para encontrarse con los suyos.

Esto despertó en su alma una nueva inquietud: sólo les faltaba que se perdieran. Quería hablar de esto con Sótnikov, pero éste estaba tendido a su lado, como si no sintiera ya ni desasosiego, ni la helada, que era cada vez más insoportable con aquel viento gélido que corría por el campo. Su cuerpo, que se había calentado en la marcha, empezó bien pronto a quedarse aterido por el penetrante frío. Pero ahora, sin embargo, el cansancio les tenía atenazados sobre la tierra, y Ribak, escudriñando en la lóbreguez que les rodeaba, esforzándose por adivinar qué dirección tomar.

Tratando inútilmente de restablecer en su memoria el enmarañado camino que siguieron cuando habían venido, intentaba determinar el de vuelta, y el instinto de conservación le empujaba insistentemente en dirección contraria a los matorrales tras los que les habían dado alcance los policías. Le parecía que iban a aparecer de nuevo desde allí siguiendo su rastro, por consiguiente, tenían que marchar en dirección opuesta.

Cuando este sentimiento se adueñó definitivamente de él, Ribak se puso en pie y se echó al hombro los dos fusiles.

— Venga, vamos a seguir como podamos...

Sótnikov empezó a ponerse en pie con mucho trabajo. Ribak esta vez también le sostuvo, pero Sótnikov, apoyándose en las piernas, se soltó de su brazo.

— Dame un fusil.

— ¿Qué, vas a ir tú solo?

— Probaré.

“Bueno, pues prueba” —pensó Ribak con alivio, devolviéndole el fusil. Apoyándose en él como si fuera un palo, Sótnikov dio con dificultad unos cuantos pasos, y así, muy lentamente, siguieron la marcha por el campo nevado.

Al cabo de una hora ya se hallaban bastante lejos del pantano y a ciegas se arrastraban lentamente por un campo en suave declive. Ribak se daba cuenta que pronto empezaría a clarear, que las últimas horas de la noche terminaban ya, y que ahora, sencillamente, podría no alcanzarles el tiempo. Si el amanecer les sorprendía estando aún en el campo, entonces sí que, con toda seguridad, ya no podrían escapar.

Por ahora les salvaba el que allí la nieve no era muy profunda, los pies no se hundían tanto como en el pantano. Alrededor griseaban entre la nieve los tallos secos de las hierbas, en algunos sitios parecían más espesos y Ribak

procuraba dejar de lado estos lugares, buscando el sitio donde hubiera menos. Se esforzaba por no bajar a la hondonada, temiendo hundirse allí en los montones de nieve, por la ladera era más seguro. Pero sus pisadas quedaban demasiado marcadas en la nieve. Ribak miró una vez más hacia atrás y se asustó: así podrían seguirles fácilmente el rastro incluso de noche. Oteando en torno, pensó que, por muy peligroso que fuera para ellos el camino que había estado ya a punto de perderles aquel día, tendrían, por lo visto, que volver a salir a él. Solamente en el camino sus huellas se podrían confundir entre las otras, para no llevar tras de sí a los policías hasta el campamento.

Entre la densa penumbra de la noche, apenas si se columbraba el campo nevado con ralas manchas de algunos matorrales y pequeños árboles aislados: en un lugar distinguió una oscura mancha imprecisa; al acercarse más, Ribak vio que era un peñasco. Por parte alguna se distinguían caminos. Entonces cambió bruscamente de dirección hacia la altura; ahora era más difícil caminar, pero lo hizo con la esperanza de que desde lo alto, al otro lado de la ladera, aparecería el bosque. En el bosque podrían ocultarse, porque era dudoso que los policías se metieran en seguida allí para darles alcance: seguramente lo pensarían primero, dándoles así a ellos la posibilidad de alejarse de sus perseguidores.

No era la primera vez que Ribak se había encontrado en tal situación, pero siempre, de una u otra manera, había logrado salir del apuro. En tales casos, le ayudaron la rapidez y la intuición, cuando la única decisión acertada había que tomarla sin un segundo de demora. Y siempre había logrado escapar. Aquí también tuvo tal posibilidad; por causas desconocidas para él, se la habían proporcionado los policías, y la habría aprovechado maravillosamente si no hubiera sido por Sótnikov. Pero con Sótnikov no se podía ir muy lejos. No habían llegado todavía a lo alto del collado cuando a su compañero —por cuántas veces ya— volvió a darle un fuerte golpe de tos, durante varios minutos su cuerpo se estremeció dolorosamente en un intento inútil de espectorar algo. Ribak se detuvo, después se volvió hacia su camarada y trató de sostenerlo del brazo. Pero Sótnikov con trabajo se mantenía de pie, y Ribak le dejó con cuidado sobre la dura nieve, barrida por el viento.

— ¿Qué, estás mal?

— Por lo que se ve, no saldré...

Ribak guardó silencio: no quería hablar de eso ni despertar en Sótnikov ilusiones falsas o consolarle, pues él mismo no sabía en realidad cómo podrían salir. E incluso hacia qué lado salir.





Estuvo un poco junto a Sótnikov que se inclinaba dolorosamente de costado, sujetándose la pierna herida. En la conciencia de Ribak empezaron a entremezclarse distintos sentimientos hacia él: un involuntario pesar porque hubiesen caído tantas cosas sobre Sótnikov (por si fuera poco la enfermedad, le habían herido), y al mismo tiempo un impreciso y enojoso presentimiento: que este Sótnikov no vaya a traerles alguna desgracia a los dos. En esta inconstante e indefinible afluencia de sentimientos, empezó a aparecer cada vez más la preocupación por su propia vida, que de tiempo en tiempo apagaba todos los demás. Cierto es que se esforzaba por alejarla de sí y por mantenerse lo más tranquilo posible. Comprendía bien que el temor por su propia vida era el primer paso por el camino hacia la obcecación: bastaba con entregarse al pánico, perder los nervios, para que las desgracias vinieran una tras otra. Entonces sí que, a buen seguro, todo estaba perdido. Ahora, aunque las estaban pasando moradas, no podía decirse que todo estuviera perdido.

— Bueno. Tú espera aquí.

Dejando a Sótnikov en el lugar en que se encontraba tendido en la nieve, Ribak empezó a subir lentamente por la ladera para otear desde lo alto. Seguía pareciéndole que al otro lado del collado debía haber un bosque. Habían andado tanto aquella noche que, si es que iban bien orientados, entonces debían encontrarse cerca del bosque.

No les ayudaba nada que la luna se hubiera escondido por completo y que no se distinguiese nada a lo lejos: la noche se había hundido en una tenebrosa niebla helada. Esa profunda penumbra que precede al amanecer lo envolvía todo. Sin embargo, no había ningún bosque cercano. Tras la colina, se extendía un campo desigual con montículos bajos, en el que se dibujaba apenas una confusa mancha gris, seguramente un soto, un meguado sotillo, un mogote en medio del campo, y nada más. Por todas partes se percibían apenas manchas de contornos imprecisos, las oscuras salpicaduras de las hierbas en la nieve, las siluetas confusas de los matorrales. Pero, de pronto, entre la penumbra nevada apareció un breve trazo recto: se mostró sobre la tierra y desapareció. Ribak, con inesperada ligereza, se apresuró hacia aquel trazo, que, sin darse él apenas cuenta, se transformó de pronto sobre la nieve en la franja oscura del camino. Bastante surcada por las rodadas de los carros y los trineos y los cascos de los caballos, había aparecido con la mayor oportunidad. Ribak dio media vuelta y bajó con ligereza por el declive hasta donde estaba Sótnikov, hecho un ovillo en la nieve.

— ¿Me oyes? ¡El camino está ahí!

Sótnikov levantó lánguidamente la cabeza, que parecía en extremo pequeña, cubierta por el gorro militar de verano, y se removió como si intentara levantarse.

— Nos apartamos del camino y nos escondemos en algún sitio, así no nos encontrarán. Lo que hace falta es que tengamos tiempo, que no tropecemos con cualquier diantre.

Con ayuda de Ribak, Sótnikov se levantó sin decir ni una palabra y agarró más cómodamente la culata del fusil con sus dedos ateridos.

Se dirigieron lentamente al camino. Ribak, inquieto, escudriñaba en las tinieblas, no fuera a aparecer de pronto alguien. Su escrutadora mirada trataba de descubrirlo todo en el campo, haciendo aún mayor esfuerzo para penetrar allá donde desaparecía en la noche el lejano confín del camino. Y de pronto, de manera completamente inesperada para él, advirtió que sobre el campo todo parecía haberse aclarado, el cielo era de un azul pálido, el resplandor de las estrellas se había apagado, sólo las más grandes brillaban todavía intensamente en el firmamento.

Este evidente indicio del amanecer le inquietó aún más que si hubiese visto gente. Algo se estremeció dentro de él, empujándole hacia adelante; había que alejarse cuanto antes de este campo desnudo, que traidoramente empezaba a clarear. Pero los pies estaban embotados por un cansancio insuperable, y además, por si era poco, Sótnikov iba detrás renqueando apenas. Quisiéranlo o no, tenían que arrastrarse lentamente por el camino que acababa de aparecer: no había otra salida.

Dándose cuenta de esto, dominó su impaciencia y apretó los dientes. No dijo ni una palabra a Sótnikov, que apenas si podía andar, agotando sus últimas fuerzas. Ribak sintió que algo se revolvió en su interior: él ya sabía que no tendrían suerte. La noche terminaba y las sombras les privaban de su protección; el día no les ofrecía nada bueno. Y Ribak, con el alma encogida, miraba cómo la mañana invernal avanzaba lenta e inmutable: en el cielo ya clareaba, bajo la tenue luz del crepúsculo se destacaba con más claridad la inmensidad nevada, el camino se alejaba, se alejaba delante de ellos hasta perderse de vista.

Por este camino avanzaron moviendo apenas los pies en dirección al bosque.

8

Sótnikov veía no peor que Ribak que la noche tocaba a su fin, y comprendía perfectamente en qué podría tornarse para ellos aquel amanecer inoportuno.

Pero seguía andando. Concentraba en sí todo lo que su extenuado cuerpo era todavía capaz de dar y, ayudándose con el fusil, movía las piernas con enorme esfuerzo. La cadera le dolía terriblemente, el pie ni lo sentía, la caña de la bota, empapada en sangre, se había congelado y estaba tiesa; la otra bota no la llevaba metida del todo, la caña se había doblado por la mitad y todo el tiempo la arrastraba por la nieve.

En tanto llegaron al bosquecillo, el cielo ya había clareado aún más. En torno se podía ver todo el campo, las mambas cubiertas de nieve; a la izquierda, apartados del camino, se extendían por la vaguada las manchas de un bosque bajo, de unos matorrales, al parecer, eran aquellos matorrales los mismos de los que habían salido hacía poco. Pero un bosque grande, que ahora les hacía tanta falta, no se veía ni en el horizonte: como si se lo hubiera tragado la tierra durante la noche.

Ribak, como antes, caminaba porfiadamente hacia adelante, cosa, por otra parte, muy comprensible, pues iban como por el filo de un cuchillo: de un momento a otro podrían descubrirles,

darles alcance y atraparlos. Por suerte, el camino estaba desierto y una espesura de pinos que se veía por delante, aunque despacio, se iba acercando poco a poco. Apoyándose en la culata del fusil y cojeando terriblemente, Sótnikov, en medio del dolor, a cada paso dirigía allí su mirada impaciente, ansiando llegar allí cuanto antes, y no tanto por esconderse del camino, como por encontrar un poco de tranquilidad.

Por desgracia, no habían tenido tiempo de recorrer la mitad del camino hacia aquel bosquecillo, cuando Ribak soltó un juramento y se quedó clavado en medio del camino.

— ¡Lo que nos faltaba! ¡Pero si es un cementerio!

Sótnikov levantó la cabeza: ¡pues es verdad! Ahora se daban cuenta que aquel pequeño bosque de pinos, que a ellos les había parecido un enramado, en realidad era el cementerio de la aldea: bajo las extendidas ramas de los pinos, se veían con toda claridad algunas cruces de madera, una cerca y un túmulo de ladrillos en la parte baja de la ladera. Pero lo peor era que tras los pinos se columbraban los tejados de paja de la aldea próxima; se veía cómo el viento levantaba hacia el cielo las colas del humo de las chimeneas.

Ribak se sonó la nariz con dos dedos y distraídamente se limpió después con el dorso de la mano.

— Bueno. ¿Y ahora, qué hacemos?

La verdad es que no tenían adónde ir, pero tampoco iban a quedarse allí, en medio del camino. Y aún más mohinos y preocupados se encaminaron hacia la aldea.

Al principio, les pareció que las cosas no les iban saliendo mal: la aldea, por lo visto, apenas empezaba a despertar; no encontraron a nadie en su camino, y pudieron llegar sin ningún contratiempo al cementerio. Allí había numerosos relejes: en el camino y en el campo cercano. Caminando por debajo de las ramas bajas de los pinos, tornaron rápidamente a una vereda apenas perceptible en la nieve. Por lo general, Sótnikov se sobreponía con dificultad al sentimiento de miedo y repulsión que le producía este triste refugio, y siempre procuraba pasar de largo, sin pararse. Pero ahora, parecía que este cementerio hubiera sido dispuesto allí por la providencia para salvarles, es decir, para que pudieran ocultarse a la vista de la gente de la aldea.

Pasaron a toda prisa por delante de un montoncillo de arcilla todavía fresco y aún no cubierto de nieve: era una tumba infantil. Los ramosos y viejos pinos y algunas cercas cubiertas de nieve les hurtaban a las ventanas de la aldea. Por aquí se caminaba más fácilmente: Sótnikov, ayudándose afanoso con las manos, se agarraba unas veces a las cruces, otras se apoyaba

en la parte baja de los troncos o en las cercas de las tumbas. Cuando ya se había alejado buen trecho del camino, se acercó al grueso tocón de un pino y se dejó caer pesadamente sobre la nieve. Después de aquella maldita noche, todo el cuerpo le dolía, estaba transido de frío y atosigado por un profundo e incesante dolor.

Sufría a causa de su incapacidad física y, mientras estaba tendido con la espalda apoyada en el rugoso tronco del pino, permanecía con los ojos cerrados, para no encontrarse con la mirada de Ribak, para no empezar una conversación con él, pues sabía muy bien de lo que iban a hablar en esta conversación, y quería evitarla. Se sentía casi culpable, ya que con su propio sufrimiento obligaba a su compañero a correr un riesgo y que si no fuera por culpa de él, naturalmente estaría ya muy lejos. Ribak estaba sano y ansiaba aún más vivir que Sótnikov, y esto le imponía determinada responsabilidad por los dos. Así pensaba Sótnikov, sin sorprenderse lo más mínimo de la inexorable insistencia de Ribak en su deseo de ayudarle la noche pasada, pues esto lo atribuía a la ayuda mutua que se deben prestar los soldados, y no hubiera tenido nada en contra de la ayuda de Ribak si ésta estuviera dirigida a un tercero. Pero él mismo, a pesar de que estaba herido, no quería reconocer por nada del mundo que era un ser débil, que necesitaba ayuda de otro: esto era inusitado en él y opuesto a su propio modo de ser. Sótnikov se esforzaba como podía en valerse por sí solo, y cuando esto no lo conseguía, procuraba aminorar su dependencia de quienquiera que fuera. Y de Ribak también.

Sin embargo, Ribak, sin penetrar mucho en el ánimo de su camarada, continuaba preocupándose de él y, después de hacer un pequeño descanso, le dijo:

— Espera tú aquí, mientras yo doy un salto hasta allá. Hasta esa casa que está cerca. Si noto algo, nos escondemos en la algorfa.

“Esperar: esto está bien —pensó Sótnikov— con tal de no tener que andar”. Estaba dispuesto a esperar mucho tiempo, solamente que esperar algo alentador. Ribak, con un gesto de cansancio, se puso en pie y tomó otra vez la carabina. Para que no se notara mucho, la agarró como si fuera una callada, por el extremo del cañón y empezó a andar a grandes zancadas entre las tumbas cubiertas de nieve. Sótnikov entrecabrió los ojos, se volvió un poco de costado y aproximó el fusil. Por entre los troncos de los pinos se veía bastante cerca la última casa de la aldea y un chamizo medio derruido junto a ella: en la vieja talanquera derrengada, el viento zarandeaba un trapo allí olvidado.

Al parecer, allí no había gente.

Ribak pronto desapareció de su campo visual, pero en la aldea todo continuaba en silencio y desierto. Para poner más cómodamente la pierna herida, Sótnikov se agarró a un áspero y musgoso palo de la cerca que rodeaba una tumba; el palo, crujiendo débilmente, se quebró en su mano. La tumba era vieja, seguramente hacía mucho tiempo abandonada; tras el seto, sobresalía entre la nieve una sola piedra, ni siquiera tenía cruz. Aquella cerca se caía de vieja: se veía que esto era lo último que quedaba de un hombre en la tierra. Y de pronto Sótnikov se sintió dominado por angustiosa melancolía en aquel cementerio de aldea, entre las cercas de las tumbas, las piedras carcomidas y las cruces desvencijadas; fijando la vista en ellas, pensó con triste ironía: “¿Para qué? ¿Para qué hace falta esa antigua costumbre de los monumentos funerarios que, en realidad, no es más que un ingenuo intento del hombre de prolongar su presencia en la tierra después de su muerte? ¿Pero acaso es esto posible? ¿Y para qué hace falta?

No, la vida: la vida era el único valor verdadero para todo lo que existe y también para el hombre. Algún día, en la sociedad humana perfecta, la vida se convertirá en una categoría absoluta, en la medida y el valor de todo. Cada vida así, siendo el sentido esencial de lo viviente, no será un valor inferior para la sociedad en su conjunto, cuya fuerza y armonía se determinará por la felicidad de todos sus miembros. Y la muerte—qué se le va a hacer—, la muerte es inevitable. Lo más importante es acabar con la muerte violenta, la muerte prematura, dar al hombre la posibilidad de utilizar de manera razonable y con provecho su plazo de vida en la tierra, ya de por sí no tan prolongado. Pues el hombre, aun con toda su increíble potencia, seguirá siendo, seguramente, mucho tiempo todavía asaz vulnerable físicamente, puesto que un pequeñísimo trozo de metal es más que suficiente para privarle para siempre de su única vida, tan preciosa para él.

Sí, la capacidad física del hombre es limitada en sus posibilidades, ¿pero quién puede determinar las posibilidades de su espíritu? ¿Quién puede medir el grado de su valor en el combate, su ardimiento y firmeza ante el enemigo, cuando el hombre, privado en absoluto de toda posibilidad, es capaz de un arranque de audacia demoledor?”

Sótnikov recordará toda su vida, cómo en el verano, en el campamento de prisioneros de los alemanes interrogaron a un coronel ya viejo, con el pelo cano, malherido en el combate, con las muñecas destrozadas y apenas con vida. Al parecer, aquel coronel no conocía sencillamente el sentimiento del

miedo; no hablaba, sino que lanzaba sobre el oficial de la Gestapo airadas palabras contra Hitler, contra el fascismo y contra toda su Alemania. El alemán podría terminar con él de un puñetazo, podría haberlo matado a tiros, como lo había hecho una hora antes con dos comisarios de infantería, pero a este hombre ni siquiera le dirigió un insulto. Parecía que fuera la primera vez que oía tales cosas y se quedó pasmado, después agarró el teléfono y comunicó algo a sus jefes, por lo visto, esperando una orden de arriba. Naturalmente, al coronel le fusilaron después, pero aquellos pocos minutos antes del fusilamiento fueron un triunfo suyo, su última hazaña, seguramente no menos difícil que en el campo de combate; pues no le cabía siquiera la esperanza de que le escuchara alguno de los suyos (por casualidad estaban allí, al otro lado de la pared de la barraca).

Sintiendo que se helaba por momentos y cada vez más profundamente, Sótnikov miraba sin impaciencia hacia el extremo del cementerio, por donde vio al momento a Ribak, apenas apareció. Pero éste, en lugar de acercarse en línea recta, avanzaba con cuidado a lo largo de la valla, en dirección al campo —seguramente para que no le vieran desde la aldea— y sólo después volvió hacia él. Al cabo de un minuto estaba a su lado y, con respiración fatigosa, se dejó caer al pie de un pino.

— A lo que parece, no hay nada raro. ¿Comprendes?, allá, en la casa, la portilla está con un pasador. Me he parado a escuchar y parece que no hay nadie...

— ¿Y qué?

— Pues... ¿comprendes?... Puede ser que te lleve allí, nos calentamos, y después...

Ribak se calló indeciso, miró preocupado el espacioso campo, que al clarear el alba se veía ya hasta muy lejos. Su voz era insegura, como si se sintiera culpable, y Sótnikov adivinó de lo que se trataba.

— ¡Bueno! Pues me quedo.

— Sí ¿sabes?, así será mejor —se apresuró a decir Ribak, visiblemente contento—. Yo necesito... ¿Pero dónde diablos puede estar el bosque? No comprendo. Nos hemos extraviado.

— Habrá que preguntar.

— Preguntaremos... Pero tú, mientras, aguanta un poco. Después, puede ser que vayamos a alguna parte. Que sea más segura.

— Bueno, está bien —contestó Sótnikov en tono marcadamente animoso.

— Tú no te preocupes, yo me pondré de acuerdo. Dispondré que te cuiden, y todo lo demás...

Sótnikov guardaba silencio. En general, todo era lógico y hasta justo; sin embargo, en su interior sintió algo así como una ofensa. Aunque al momento se dio cuenta que esto era debido a su debilidad y a consecuencia de la maldita noche pasada. ¿Por qué tenía que ofenderse? Las relaciones entre ambos eran de igual a igual, ninguno estaba obligado al otro. Y aun así, Ribak había hecho por él todo lo posible. Hasta se podía decir que le había salvado en las circunstancias más desesperadas, y ahora había llegado el momento de dejarle las manos libres.

— Pues, entonces, vamos. Ahora que no se ve a nadie.

Sótnikov intentó levantarse el primero, pero apenas movió la pierna herida, le atarazó un dolor tan atroz, que se desplomó sobre la nieve. Esperó unos momentos, se sobrepuso como pudo y, apretando con fuerza los dientes, se levantó.

Bordeando un pequeño terromontero entre unos pinos jóvenes, salieron del cementerio. No lejos apareció una vereda apisonada que les llevó hasta una corralada sin cerca. Un poco apartada de la aldea se encontraba una isba bastante grande, pero ya vieja y abandonada, tenía las esquinas repelladas con arcilla y una de las ventanas arrancada, el hueco estaba tapado con un trapo. En una argolla ennegrecida que había en la puerta se veía una astilla metida allí apresuradamente: sin duda, alguien había salido no muy lejos y en la casa no quedaba nadie. Sótnikov pensó que acaso fuese mejor así: por lo menos, en los primeros momentos pasarían sin dar ninguna explicación, no muy agradable en tales situaciones.

Ribak corrió el pasador, dejó pasar a su compañero al zaguán y cerró la puerta con cuidado por dentro. El zaguán estaba bastante oscuro. Junto a las paredes se amontonaban unas tinas de madera, cubos y otros trebejos, un arcón inmenso cubierto de chapa de hierro oxidado; en un rincón había unas piedras de moler. Sótnikov ya había visto otra vez este sencillo artilugio para moler grano: dos piedras redondas en un cajón poco profundo y un palo para darle vueltas sujeto en lo alto. Un ventanuco lleno de telarañas les permitió dar con la puerta de entrada a la casa.

Apoyándose en la pared, Sótnikov se acercó como pudo a esta puerta, y con ayuda de Ribak cruzó el alto tranco. La isba les acogió con un desagradable tufo cálido de diversos olores mezclados. Sótnikov tendió la mano hacia la desconchada pared lateral del horno; estaba recién calentado, y sintió en su cuerpo tal bienestar que no pudo contener un gemido, seguramente el primero que se había escapado de él en toda aquella terrible noche. Se dejó caer desfallecido en un pequeño banquillo cerca del horno, y al hacerlo estuvo a punto de tirar unos pucheros al

suelo. En tanto él colocaba más cómodamente su pierna, Ribak echó una mirada a una estera de rayas, que hacía las veces de cortina en el paso a la otra mitad de la isba: allí se oyó dos veces débilmente el crujido de una cama. Sótnikov prestó atención: ahora iba a decidirse lo más importante para ellos.

— ¿Estáis solos? —preguntó Ribak con voz firme, de pie junto a la entrada.

— Sí. ¿Y qué?

— ¿Dónde está el padre?

— No está.

— ¿Y la madre?

— La madre ha ido a moler a casa del tío Emelián. Trabaja para ganarse el pan. Pues somos cuatro bocas en casa, y ella es sola.

— ¡Vaya; se ve que razones! ¿Y ahí, quién está, las bocas duermen? Bueno, que duerman —dijo Ribak en voz baja—. ¿Y tú encontrarás algo que podamos comer?

— Madre ha cocido unas patatas por la mañana —contestó la locuaz voz infantil.

Un instante después se sintieron en el suelo unos pies desnudos, y detrás de la cortina apareció una niña de unos diez años con los cabellos revueltos, vestida con un largo y remenduscado vestido de percal. Con sus ojillos negros dirigió una mirada rápida a Sótnikov, pero no se asustó; con decisión de dueña de casa se acercó al horno y de puntillas se estiró para llegar al hueco del hogar, demasiado alto para ella. Para no molestarla, Sótnikov apartó con cuidado su maltrecha pierna.

Junto a la ventana se veía una mesa sin mantel, cerca de ella había un banquillo con una cazuelita de arcilla; la muchacha puso la cazuela en el extremo de la mesa y volcó en ella las patatas que había en el puchero. Los movimientos de sus pequeñas manos eran torpes, pero la muchacha, con evidente buena gana, se esforzaba por agradar a los recién llegados: sacó un cuchillo de una alacena, rebuscando en un rincón oscuro, puso un plato en la mesa con unos grandes pepinos arrugados. Después se apartó a un lado del horno y con curiosidad silenciosa empezó a observar a aquellos hombres armados, con la barba crecida, que seguramente le resultaban imponentes, pero, sin duda, interesantes para ella.

— Venga, vamos a meterle el diente —dijo Ribak, acercándose a la mesa.

Sótnikov todavía no se había calentado, su cuerpo helado se contraía en escalofríos, pero de las patatas puestas en la mesa llegaba hasta él un ligero y bienoliente vaho, y Sótnikov se levantó del banquillo. Ribak le ayudó a acercarse a la mesa y le

colocó cómodamente la pierna herida. Así estaría más cómodo. Sótnikov cogió una patata caliente un poco chamuscada y se apoyó con la espalda en la pared de troncos blanqueada. La muchacha, con la misma curiosidad de antes, estaba en el pasillo y les observaba de hito en hito con sus ojos negros, mientras daba vueltas entre sus dedos al borde de la cortina.

— ¿Oué, no tenéis pan? —preguntó Ribak.

— Lénik se lo comió ayer todo. Mientras esperábamos a mamá.

Ribak sacó lentamente del pecho el cantero de pan que había cogido en casa del responsable y partió un trozo. Después partió otro y se lo dio a la muchacha. Esta lo cogió, pero no lo comió, lo llevó detrás de la cortina y retornó de nuevo junto al horno.

— ¿Y hace mucho que la madre está moliendo? —preguntó Ribak.

— Desde anteayer. Todavía tendrá que moler una semana.

— Comprendido. ¿Tú eres la mayor?

— Sí, soy la mayor. Katia y Lénik son pequeños: yo tengo ya nueve años.

— Son bastantes. ¿Tenéis alemanes aquí?

— Vinieron una vez. Cuando habíamos ido con mamá a ver a la tía Elena. Se llevaron nuestro cochino. Se lo llevaron en un auto.

Sótnikov se comió como pudo un par de patatas y de nuevo le empezó la fastidiosa tos. Durante unos cinco minutos estuvo tosiendo de tal manera que parecía le iba a reventar el pecho. Después se le calmó un poquito, pero ya no tenía ningunos deseos de patatas, bebió solamente medio vaso de agua y cerró los ojos. Tenía la sensación de que flotaba, todo en torno le daba vueltas, una languidez suave y dulce le aletargaba y se iba quedando adormecido. En su confusa conciencia se fueron alejando rápidamente las voces mezcladas de Ribak y de la niña.

— ¿Cómo se llama tu madre? —preguntó Ribak, mordiendo un pepino.

— Diemchija.

— Ah. ¿Quiere decir que el padre se llamaba Demián?

— Bueno, a mamá también la llaman Avguinia.

Se oyó crujir el banquillo en que estaba sentado Ribak, seguramente extendió el brazo para alcanzar otra patata, y bajo la mesa sonaron sus botas. La conversación cesó unos momentos, pero después se oyó la voz insinuante, con maliciosa curiosidad, de la muchacha:

— ¿Tío, son ustedes guerrilleros?

— ¿Para qué lo quieres saber? Eres muy pequeña todavía.

— Pero yo sé que son guerrilleros.



— Pues si lo sabes, cállate.

— Y a su compañero lo han herido, ¿eh?

— Si lo han herido o no, tú a callar. ¿Comprendido?

La muchacha guardó silencio. La conversación cesó un instante.

— Voy a buscar a la madre, ¿le parece?

— Estate quieta y no te metas donde no te llaman. Todavía nos vas a traer mala pata.

— ...¡La mala pata para ellos! ¿Somos personas o animales?

— Fuimos personas...

Pero esto no era ya el presente: eran voces del pasado. La conciencia de Sótnikov podía aún captar ese tránsito casi imperceptible a la inconsciencia; ya más adelante se le aparece aquel teniente, herido en la pierna, que apenas podía seguir

renqueando a la columna, apoyándose en el hombro de un camarada más fuerte. El teniente lleva también vendada la cabeza. La venda es vieja, sucia, con una costra de sangre seca en la frente; los labios resecos, en los ojos enrojecidos un brillo febril que da a su rostro demacrado el aspecto de una persona medio loca. Su pierna herida despide tal hedor, que a Sótnikov casi le dan náuseas: el pesado olor de la purulencia apesta el aire en torno. Les llevan conducidos en columna al bosque, a un ralo pinarejo junto al camino. Bajo los pies se hunde la blanca arena mezclada con las agujas de los pinos, el sol quema despiadadamente. Los alemanes, a pie y a caballo, conducen la columna.

Dicen que los llevan a fusilar.

Esto tiene visos de ser verdad, pues allí están todos los que apartaron de la masa de miles en el campamento de prisioneros: comisarios políticos, comunistas, hebreos y otros que por cualquier causa despertaban sospechas a los alemanes. A Sótnikov le metieron allí por un intento fracasado de fuga. Seguramente allí, en aquellas dunas arenosas entre los pinos, les fusilarán. Ellos lo presienten ya, porque al desviarse del camino se acercaron con cautela los del convoy, empezaron a gritarles más fuerte y a amontonar la columna como si fueran un rebaño. En la ladera se veían más soldados, seguramente estaban esperando para cumplir su cometido de manera organizada. Pero, a juzgar por todos los indicios, también los alemanes tenían sus fallos. La columna no había llegado todavía a la ladera, cuando los del convoy empezaron a garlar algo con los que estaban a la entrada del pinarejo; después se oyó una voz de mando, ordenando a todos sentarse: como se hacía por lo general cuando era necesario detener el movimiento. Los prisioneros se dejaron caer al suelo bajo el ardiente sol y se dispusieron a esperar apuntados por los cañones de los automáticos.

Todos los últimos días Sótnikov se hallaba en estado de postración. Se sentía muy mal: debilitado por la falta de agua y de comida. Y en silencio, semiinconsciente, estaba sentado entre aquella apretada muchedumbre de hombres sobre la punzante hierba reseca, sin ningún pensamiento particular en la cabeza; puede ser que por eso no comprendió al momento el sentido del apresurado rumoreo de voces a su lado: "Aunque sólo sea uno, yo me lo cargo. De todas maneras..." —"Tú espera. Veremos qué va a pasar". —"¿Es que no está claro?" Sótnikov desvió con precaución la mirada a un lado: aquel mismo teniente que estaba junto a él, sin que se dieran cuenta los demás, sacó de entre las vendas sucias de la pierna un

cortaplumas corriente, y en sus ojos había tal decisión, que Sótnikov pensó: “a éste no le contienen”. Y aquel con el que estaba hablando —un hombre entrado en años, sin galones en la resudada guerrera— miraba receloso a los del convoy. Dos de ellos, uno al lado del otro, encendían los pitillos con un mechero; otro, montado a caballo, estaba un poco más apartado y vigilaba atentamente la columna.

Estuvieron sentados al sol unos quince minutos, hasta que desde lo alto de la colina se oyó una voz de mando, y los alemanes empezaron a poner en pie la columna. Sótnikov ya sabía a lo que se había decidido el vecino, que inmediatamente empezó a apartarse a un lado de la columna, acercándose a uno de los del convoy. Este era un hombre fuerte, un alemán fornido, que, como todos los demás, llevaba el fusil automático sobre el pecho, con una guerrera ajustada y manchada de sudor bajo los sobacos; por debajo del gorro de paño sudado en el borde le salía un mechón de pelo completamente no ario, pues era negro como la pez. El alemán terminó de fumar el pitillo de prisa, escupió por entre los dientes y, por lo visto, con intención de alcanzar a uno de los prisioneros, dio apresuradamente dos pasos hacia la columna. En aquel instante, el teniente, como un halcón, se lanzó sobre él por detrás y le clavó la navaja hasta el puño en el cuello atezado.

El alemán, exhalando un breve estertor, se desplomó a tierra, alguien, más alejado, gritó: “¡Sálvese quien pueda!” —y unos cuantos de la columna, como empujados por un resorte, echaron a correr al campo. Sótnikov también salió disparado. El teniente herido echó a correr, pero de pronto tropezó y cayó de costado a los pies de Sótnikov, y allí mismo se abrió con la navaja de un lado a otro el vientre. Sótnikov saltó por encima de su cuerpo, estando a punto de tropezar con su mano contraída convulsivamente, de la cual cayó sobre la arena una navajita, no mayor que el dedo índice, brillando por un momento su hoja mojada en sangre.

La confusión entre los alemanes no duró más de cinco segundos, y acto seguido resonaron en diferentes sitios varias ráfagas: las primeras balas pasaron por encima de su cabeza, pero él siguió corriendo. Le parecía que nunca en su vida había corrido tan de prisa, y en unas cuantas zancadas se metió en un montículo cubierto de pinos. Infinidad de balas silbaban ahora desordenadamente por la espesura del pinar, de todas partes caían como una lluvia espesa las agujas de los pinos, pero él siguió corriendo, sin mirar hacia dónde dirigir sus pasos, lo más lejos posible, repitiendo una y otra vez para sí con gozoso asombro: “¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!”

Desgraciadamente, el bosquecillo resultó ser una franja corta y muy estrecha, que terminaba inesperadamente a unos cien pasos; por delante se extendía un campo recién segado con los haces de mieses amontonados en hileras. Sin embargo, no tenía dónde ocultarse, y siguió corriendo adelante, por los rastrojos, a campo traviesa, hacia allá, donde se veía la revuelta enramada verde de unos alisos.

Pero allí en seguida le vieron, oyó un grito a sus espaldas, resonó un disparo no lejano: la bala, como si fuera un látigo, le sacudió los pantalones, atravesándole la pitillera vacía que llevaba en el bolsillo. Sótnikov percibió claramente este golpe y se volvió para mirar: tras él corría a caballo un jinete tendido sobre las crines del corcel, apuntándole con una pistola en la mano derecha. Del caballo, claro está, no había manera de escapar, y Sótnikov se volvió de cara a su perseguidor. El caballo estuvo a punto de derribarle, en el último instante logró desviarse no sabe cómo de los cascos del caballo, lanzándose hacia la más próxima hacina de mieses. El alemán, ladeándose bruscamente en la silla, dejó caer el brazo: la fuerte detonación hizo saltar la atadura de la gavilla que estaba en lo alto; las pajas, esparciéndose en una lluvia espesa en todas direcciones, cubrieron los rastrojos. Pero Sótnikov salió indemne, en un impulso desesperado, cogió bajo sus pies una piedra del tamaño de un puño, un canto corriente del campo. Haciéndose de nuevo a un lado del caballo, lanzó con fuerza la piedra a la cara del jinete, el cual disparó antes de tiempo y tampoco le alcanzó. Dándose cuenta que su capacidad defensiva estaba en aquellas piedras, Sótnikov empezó a cogerlas debajo de sus pies y a lanzarlas contra el alemán, que daba vueltas a su alrededor sobre el caballo encabritado, impidiéndole disparar certeramente. Otros dos disparos resonaron en el campo, pero tampoco alcanzaron al fugitivo, quien, animado por su suerte, corrió como una flecha hacia la otra hacina de gavillas llevando una piedra en la mano.

En tanto el alemán luchaba por dominar al embravecido caballo, Sótnikov corrió otros diez pasos más hacia la siguiente hacina y de nuevo se volvió de repente, para golpearle de frente. Esta vez le dio al caballo en la cabeza, y el alemán volvió a fallar. Sótnikov le tiró tres piedras más seguidas, evitando los cascos del caballo y corriendo más y más de una hacina a otra. Pero las hacinas se acabaron, a su lado tenía la última. Sótnikov, extenuado, cayó tras ésta de rodillas, sin soltar la piedra que apretaba en su mano. Esta vez el alemán dirigió resueltamente el caballo hacia la hacina, con intención, por lo visto, de pisotear al fugitivo con los cascos del caballo. Pero el animal se

levantó sobre las patas traseras y, temblándole los ijares, saltó pesadamente y derribó la hacina, cubriendo a Sótnikov con las gavillas. Al caer, Sótnikov lanzó un grito de alegría: con un rápido movimiento ante su cara, el arma del alemán se volvió de repente en sus manos, con el cerrojo para arriba: se le había terminado el cargador. Al darse cuenta de su torpeza, el alemán, en su irritación, hincó las espuelas al caballo, y entonces Sótnikov, dando un salto, escapó a todo correr hasta la enramada, ya cercana.

Su perseguidor perdió unos cuantos valiosos segundos, mientras volvía a cargar la pistola —para hacerlo era necesario mantener quieto el caballo—, y a Sótnikov le dio tiempo de llegar hasta la aliseda. Allí, el caballo no era tan de temer. Sin prestar atención al disparo que acababa de oír, ni a las ramas que le rasguñaban la cara, corrió largo tiempo, hasta que llegó a un pantano. No había dónde escapar y se metió en el tremedal, con pozas de agua estancada, del que ya no podría salir. Entonces comprendió que si no se hundía allí, podía considerarse salvado. Se quedó agazapado, metido en el agua hasta la barbilla, agarrándose a una rama sarmentosa, no más gruesa que el dedo meñique, pensando todo el tiempo con ansiedad si le aguantaría o no. Si la rama se rompía, no se podría sostener, pues ya no le quedaban fuerzas. Pero la ramita le permitió no hundirse hasta la cabeza en la ciénaga: poco a poco fue recobrando el aliento y, en cuanto se acalló el tiroteo en la lejanía, logró salir con gran esfuerzo fuera del agua.

Era ya de noche, buscó en el cielo la Estrella Polar y, no creyendo casi en su salvación, se encaminó hacia el Este.

9

Sótnikov estaba inmóvil, tumbado en el banco al lado de la mesa; seguramente se había quedado dormido; Ribak se acercó más a la ventana y, ocultándose tras el postigo, empezó a observar la vereda. Había matado un poco el hambre con las patatas, allí no tenía nada que hacer, pero tampoco se podía ir; no tenía más remedio que esperar. Y quién no sabe que esperar algo o ir al alcance de algo es lo peor que puede haber.

Seguramente por esto o por cualquier otra causa empezó a dominarle el enfado, incluso la irritación, aunque no tenía en realidad con quién enfadarse. Acaso con Sótnikov, a quien no podía dejar con estos niños. La dueña no había vuelto aún, tampoco se decidía a mandar a buscarla: ¿cómo podía confiar para tal cosa en una chiquilla?

Y seguía sentado junto a la ventana, esperando, sin saber qué, y prestando oído a los ruidos que pudieran venir de fuera. Al otro lado de la cortina se habían despertado ya los niños, se les oía rebullirse, aunque sin alboroto, en la cama; a veces se levantaba un poco la cortina y en la rendija aparecía una carita redonda y curiosa. Pero al momento volvía a desaparecer. La niña les gritaba con voz autoritaria, no dejando salir a ninguno de detrás de la cortina.

Ribak, tras la ventana, estudiaba la vereda en sus más pequeños detalles, los restos de la cerca derrengada y el extremo del cementerio rodeado de un seto de arbustos espinosos. El trapo que cubría el hueco del cristal roto, no le ocultaba mal tras la ventana. En el alfeizar húmedo y medio podrido había unos cuantos frasquitos de medicina vacíos, un ovillo de hilo de lino y una muñeca hecha de trapos, con los ojos y la boca pintados con tinta. Frente a él, al otro lado de la mesa, respiraba agitadamente Sótnikov entre sueños. Había que instalarle mejor, pero para eso hacía falta la dueña de la casa. Impaciente y nervioso por lo impreciso de la espera, Ribak escuchaba casi con hostilidad la respiración de su camarada enfermo, consumiéndose todavía más al pensar lo mal que le habían salido las cosas aquel día. Y todo por culpa de Sótnikov. Ribak no era un hombre mal intencionado, pero como él gozaba de buena salud, trataba al enfermo sin demasiada consideración, sin llegar a comprender cómo era posible pescar un resfriado, caer enfermo, sentirse mal. “Verdaderamente —pensaba Ribak— enfermar en la guerra es lo más absurdo que se puede imaginar”.

Durante su largo servicio en el ejército, había aparecido en él un sentimiento de cierto desprecio hacia los débiles, los enfermizos y toda clase de desgraciados que, por una u otra causa, no podían o no sabían hacer alguna cosa. Ribak se esforzaba por hacerlo todo y poderlo todo. Es verdad que antes de la guerra había que algunas cosas le resultaban difíciles, sobre todo cuando se trataba de leer o de escribir, de estudios; no le gustaba la ciencia que se aprendía en los libros, pues para eso era menester tener paciencia y constancia. A Ribak le atraía más todo lo que fuera vivo, real, con todas sus preocupaciones, dificultades e incoherencias. Por eso, seguramente, sirvió durante tres años como sargento de una compañía; Dios no le privó de carácter, energía tampoco le faltaba. En la guerra, en cierto sentido, le resultaba hasta fácil; por lo menos, más sencillo: el objetivo de la lucha era evidente para él, y sobre otras circunstancias no se paraba mucho a pensar. En su vida de guerrillero había tenido que pasar por trances muy amargos,

pero, a pesar de todo, era más fácil que el verano pasado en el frente, y Ribak estaba satisfecho. Podía decirse que hasta ahora había tenido suerte, pues los mayores contratiempos los había soslayado, comprendiendo que lo más importante en su táctica era no desconcertarse, no perder la ocasión y tomar las decisiones a tiempo. Seguramente el sentido de la lucha guerrillera consistía en eso: defendiendo la propia vida, ocasionar pérdidas al enemigo, en este sentido él se daba cuenta que era un combatiente guerrillero eficaz.

— ¡Mamá, mamá viene! —de pronto gritaron con alegría los niños detrás de la cortina.

Ribak echó una mirada a la ventana y vio por la vereda a una mujer que a pasitos cortos se acercaba presurosa a la isba. Llevaba una falda oscura y larga, una zamarra sucia y un pañuelo grueso liado a la cabeza; todo ello demostraba que la mujer no estaba en su primera juventud, aunque, por lo visto, todavía no era vieja. Siguiéndola con la vista, Ribak se movió con cautela tras la ventana. Al oír los gritos de los niños, Sótnikov también se estremeció tras la mesa, pero, al ver que Ribak estaba allí cerca, se tendió de nuevo en el banco.

Cuando se oyó el picaporte en el zaguán, Ribak se corrió a un extremo del banco y trató de tomar la apariencia de persona tranquila, bonachona. Había que recibir a la dueña de la casa de la manera más afable posible, para no asustarla ni ofenderla, pues tenía que ponerse de acuerdo con ella en cuanto a Sótnikov.

Aún no había abierto la puerta, cuando del otro lado de la cortina salió corriendo la grey infantil: las dos niñas, levantando la cortina, permanecieron en el pasillo, y el niño, de unos cinco años, descalzo, con los pantaloncitos rotos sujetos con tirantes, salió corriendo a su encuentro:

— ¡Mamá, mamá, en casa hay guerrilleros!

Al entrar, fue directamente a tomar al chiquillo en sus brazos, pero de pronto se irguió y miró asustada y perpleja a aquel hombre desconocido.

— Muy buenos días, ama —dijo Ribak, con toda la bondad y cortesía de que era ahora capaz.

Pero del cansado rostro de la mujer ya había desaparecido la expresión de sorpresa, echó una rápida mirada a la mesa, y al ver la cazuela vacía, algo se contrajo en su rostro.

— Buenos días —contestó fríamente, apartando de sí al niño—. Están aquí sentados, ¿cómo...?

— Como puede ver, la estamos esperando.

— ¿Y qué es lo que necesitan ustedes de mí?

No, aquello no estaba en consonancia. Estaba claro que la mujer no quería aceptar el tono que Ribak le proponía: en su voz se percibía un dejo áspero, molesto, de desagrado.

El permaneció unos momentos callado, en tanto la mujer se desabrochó la vieja zamarra remenduscada y se quitó el pañuelo de la cabeza. Ribak se quedó mirándola atentamente: sus cabellos lacios, mal peinados, los lóbulos de las orejas polvorientos, su rostro cansado, como cenizoso, no muy viejo todavía, pero con una red de arrugas prematuras junto a la boca testimoniaban claramente la amargura sin tregua de su ajetreada vida.

— ¿Qué más necesitan? —Tiró el pañuelo sobre el hurgón que estaba junto al horno, y de nuevo echó una mirada hacia el extremo de la mesa con la cazuela—. ¿Pan? ¿Tocino? ¿O puede ser que quieran una tortilla?

— No somos alemanes —dijo Ribak, conteniéndose.

— ¿Quiénes sois, pues? ¿Puede ser que seáis soldados rojos? Los soldados rojos combaten en el frente, pero vosotros andáis por los rincones. Y aún hay que daros patatas y pepinitos... Guelia, ¡coge al niño! —gritó la mujer a la hija mayor, mientras ella misma, sin quitarse la zamarra, empezó a toda prisa a recoger las cosas y ponerlas en orden: los pucheros en el horno, el cubo junto a la puerta, la escoba en el rincón.

Sótnikov empezó a toser con fuerza, la mujer le miró de soslayo y frunció el ceño, pero no dijo nada; continuó recogiendo las cosas, corrió una sucia cortinilla que cubría el hueco bajo el horno.

Ribak se puso de pie, dándose cuenta que había cometido un error: por lo visto, debería haberse dirigido con más aspereza a aquella gruñona e irritada mujer.

— No está bien, mujer. Nos dirigimos a usted con buenas palabras y usted nos ofende.

— ¿Que yo os ofendo? Si yo os ofendiera ya habríais salido más que corriendo de aquí. ¡He, callaos ahí, revoltosos! ¡Sólo me faltabais vosotros! —gritó a los niños—. Guelia, ya te he dicho que cojas a Lénik. ¡Lénik, te voy a zurrar!

— Mamá, es que quiero ver a los guerrilleros.

— ¡Ya te daré yo... —dijo, golpeando con el pie amenazadoramente, junto a la cortina—... guerrilleros!

Ribak la observaba atentamente y pensaba: ¿por qué estará tan irritada esta Diemchija? En su cabeza surgían las suposiciones más diversas en relación con esto: ¿acáso sea la mujer de un policía o alguna parienta del responsable del lugar o puede ser que esté ofendida por algo con el Poder soviético? Pero, pensándolo más despacio, Ribak desechó todas estas suposicio-

nes, que evidentemente estaban en desacuerdo con el pobre aspecto de esta mujer.

— ¿Y dónde está tu Diemka? —preguntó de pronto Ribak.

Ella se irguió y un tanto recelosa, casi asustada, se quedó mirándole.

— ¿De qué conocéis vosotros a Diemka?

— Lo conocemos.

— ¿Entonces, por qué preguntáis? ¿Acaso saben ahora las mujeres dónde están sus maridos? Nos dejaron, y ahí estás, vive como puedas.

Tomó la escoba y se puso a barrer alrededor del horno. Todos sus bruscos movimientos daban a entender bien a las claras que no estaba de ninguna manera dispuesta en favor de estos inoportunos visitantes. Ribak todo el tiempo estaba pensando cómo abordar a esta Diemchija, para plantearle al fin la principal cuestión por la que había estado esperándola.

— Es que se trata, mujer, de este camarada...

Ella se irguió y dirigió una mirada desconfiada a Sótnikov, que seguía en su rincón. Sótnikov se movió, intentó ponerse de pie, dominando a duras penas un gemido. Por un instante Diemchija se quedó suspensa con la escoba en la mano. Ribak se levantó del banco.

— Lo ves, está muy mal —dijo.

Sótnikov durante un minuto se contrajo del dolor en la pierna, sosteniendo con ambas manos la rodilla y apretando los dientes para no lanzar un gemido.

— Diablos, se habrá pegado, seguramente.

— Pero tú no te muevas. Tiéndete. A tí nadie te echa.

En tanto Ribak le volvía a poner la pierna sobre el banco, Diemchija les observaba todavía con el ceño fruncido, pero, poco a poco, su áspera expresión se fue suavizando.

— Hay que ponerle algo debajo —dijo la mujer, y fue tras la cortina, volviendo al poco con una vieja zamarra enguatada, de la que salían por algunos lados mechones de algodón gris—. Toma, estarás más blando.

“Bueno, pensó para sí Ribak, esto ya es otra cosa. Puede ser que esta malhumorada mujer se dulcifique”. Sótnikov se incorporó un poco y Diemchija le puso la zamarra doblada bajo la cabeza, y él, tosiendo de nuevo, se dejó caer pesadamente. Su respiración continuaba siendo frecuente y fatigosa.

— Está enfermo —dijo la mujer, ya con otro tono más tranquilo—. Se ve que tiene calentura. ¡Está ardiendo!

— Le pasará —dijo Ribak, haciendo un gesto con la mano—. No es nada de peligro.

— Claro, para ustedes no hay nada terrible —la mujer volvió a irritarse—. Y cuando disparan sobre ustedes, tampoco es terrible. Y si en alguna parte la madre se muere de pena: eso no es nada. Y a nosotras... Hay que hervir unas hierbas, beberlas y sudar. Si no, el cementerio lo tiene al lado.

— El cementerio no es lo peor —dijo Sótnikov entre toses.

Parece que no se hubiera despertado de buen talante, después del corto reposo. Seguramente a causa de la fiebre, las mejillas se habían puesto rojas, y en los ojos había aparecido un brillo febril; sus movimientos estaban dominados por una contracción intermitente y anormal.

— ¿Y qué puede haber peor? —preguntó Diemchija, retirando la cazuela de la mesa—. ¿Seguramente que ustedes no creen en el infierno?

— Creemos en el paraíso —repuso Ribak sonriendo.

— Ya les llegará la hora del paraíso, ¿cómo no?...

Retirando la portilla del horno, la mujer metió los brazos dentro, para acercar los pucheros. Parecía que ya estuviera más tranquila, hasta resultaba más bondadosa. Ribak se dio cuenta de esto y pensó que aún podrían entenderse de alguna manera.

— Si nos diera un poquito de agua templada para lavarle la herida. Le han herido.

— Ya, ya veo que no le ha mordido un perro. Toda la noche se han oído disparos por Starosiel —dijo ella como de pasada, apoyándose en el hurgón—. Dicen que han matado a un policía.

— ¿A un policía?

— Sí.

— ¿Quién lo dice?

— Las mujeres lo han dicho.

— Bueno, si lo han dicho las mujeres, entonces es cierto —dijo sonriendo Ribak, sentándose en una esquina del banco—. Ellas lo saben todo.

Diemchija le dirigió una mirada irritada desde el horno.

— ¿Es que no es verdad? Las mujeres lo saben. Y usted no lo sabe. Si lo supiera no lo preguntaría.

Les dio agua en una cacerola y se fue tras la cortina con los niños.

— Bueno, ahora ya se pueden arreglar ustedes solos. No me faltaba más que quitarle yo los calzones.

— Bueno, está bien —admitió Ribak y se acercó a Sótnikov—. Venga, vamos a sacarte la bota.

Sótnikov, apretando los dientes, se agarró al banco, mientras Ribak, haciendo un gran esfuerzo, logró sacarle la bota empapada en sangre. Después tenía que quitarle los pantalones, pero Sótnikov encogiéndose de dolor, dijo entre dientes:

— Yo mismo.

Se veía que para él era terriblemente doloroso, pero, sin embargo, desabrochóse el pantalón también ensangrentado y lo bajó hasta las rodillas. Entre los manchones de sangre coagulada, Ribak encontró al fin la herida. No era muy grande, tumefacta, con los bordes azulados, no tan terrible a la vista: una típica herida de arma de fuego, que todavía sangraba un poco. Por la otra parte del muslo no se veía la salida, lo que quería decir que la bala se había quedado en la pierna. Esto ya era peor.

— Sí, ciega —dijo Ribak preocupado—. Hay que sacarla.

— Bien, de acuerdo, pero tú no la vas a sacar —empezó a impacientarse Sótnikov—. Así es que, véndame, no hay nada que mirar.

— Bueno, ya pensaremos algo. Patrona, ¿no tendría algo con qué vendarle? —preguntó Ribak en voz alta, y él mismo empezó a limpiarle con una toalla húmeda la sangre seca.

A Sótnikov le temblaba la pierna del dolor, pero, poniendo en tensión todas sus fuerzas, lo resistía, y Ribak pensó que la herida no debía ser muy grave, si es que el proyectil no había tocado el hueso. Si se sacaba la bala, la herida sanaría en un mes. Lo más importante era encontrar dónde esconderse durante este mes para no caer en manos de los alemanes.

En seguida apareció Diemchija en la puerta con un trozo de lienzo limpio en las manos, y Sótnikov, con cierto reparo, se encogió.

— ¡No tenga reparo! Tome, véndele con esto que he encontrado.

Mientras Ribak le vendaba el muslo, Sótnikov apretaba los dientes todo el tiempo, conteniendo los gemidos y, en cuanto terminó de vendarle, se desplomó pesadamente sobre el banco. Ribak se lavó las manos con el agua que quedaba en la olla.

— Bueno, la operación ya ha terminado. ¡Patrona!

— Ya lo veo; no estoy ciega —dijo Diemchija, apareciendo en la puerta.

— Y qué hacer más adelante; ése es el quid de la cuestión— Ribak se echó para atrás el gorro, mostrando evidente preocupación, y miró interrogante a la dueña.

— ¿Acaso sé yo lo que tienen que hacer ustedes más adelante?

— El no puede caminar; eso es un hecho.

— Pues hasta aquí ha venido andando.

Seguramente ella se había dado cuenta de la lejana insinuación de Ribak, y se quedaron mirándose a los ojos fijamente y recelosos. Y esta mirada no prolongada fue más

expresiva que todas las palabras. Ribak de nuevo se sintió indeciso. No había duda: era demasiado pesada la carga que él pretendía echar sobre los hombros de aquella mujer. Y hay que decir que ella comprendía no peor que él el riesgo que corría si consentía en ello, y por eso estaba decidida a mantenerse en lo suyo.

En la conversación superficial que sostenían y que hasta el momento no obligaba a nada se hizo una pausa. Sótnikov, expectante, permanecía callado, tendido en el banco; Ribak, preocupado, echó una mirada a la ventana.

— ¡Alemanes!

Como si le hubiera picado una avispa, retrocedió de un salto hacia la puerta, teniendo tiempo en no más de una décima de segundo de abarcar con la mirada a unos cuantos hombres armados, que estaban parados en el cementerio. Precisamente parados, pues no andaban, aunque él no pudo darse cuenta hacia dónde miraban sus caras: solamente pudo ver sus siluetas con los cañones de los fusiles que asomaban por encima del hombro.

Sótnikov se incorporó en su rincón, tanteó con la mano cerca de sí para alcanzar el arma. La dueña se quedó paralizada en el sitio en que estaba, la sangre en el acto desapareció de su rostro, que se le puso de pronto completamente gris. Ribak, que en el primer momento se había lanzado hacia la puerta, tornó de nuevo al mismo sitio para mirar otra vez por la ventana.

— ¡Vienen! ¡Vienen tres hacia aquí!

Efectivamente, tres venían del cementerio sin apresurarse, descendiendo hacia la vereda, precisamente por sus huellas recientes. En cuanto Ribak vio esto, todo se le contrajo en su interior con el angustioso presentimiento de una desgracia. Nunca se había asustado tanto, incluso la noche anterior en el campo. Al parecer, lo más acertado era huir, pero dirigió la mirada a Sótnikov, tendido en el banco, crispado de dolor, apretando el fusil en la mano, y se detuvo. No era posible huir. Diemchija, seguramente, también lo comprendió así y de pronto empezó a susurrar, llena de pánico:

— ¡Al desván! ¡Al desván! ¡Suban al desván!

Claro, se comprende, en el desván: ¿en qué otro lugar se podían esconder en una casa campesina? Entraron de prisa en el lóbrego zaguán, en una esquina, en la cual se distinguía apenas un oscuro boquete cuadrado en el techo que daba paso al desván, pero no había escalera para subir. Ribak saltó sobre las piedras de moler que allí estaban, echó el fusil al desván y miró alrededor.

— ¡Dame el tuyo!

Sótnikov, abriendo los brazos, intentaba pasar el tranco de la puerta. Diemchija le sostenía. Le alargó el fusil, y Ribak también lo echó a través del boquete del desván. Después, a punto de volcar las piedras, atrajo hacia ellas a Sótnikov. La viga superior estaba aún bastante alta, pero Ribak, estirándose, logró llegar hasta ella y, raspando la pared con las botas, consiguió entrar arriba. Desde allí cogió a Sótnikov por los brazos, que tenía levantados. Diemchija todo el tiempo les ayudaba con empeño, aunque no de muy buen talante. Sótnikov, extenuado, se encaramó hasta allí, poniendo en tensión sus últimas fuerzas y, al fin, logró dar la vuelta por encima de la viga superior de la pared.

— ¡Ahí hay estopa! ¡Escóndanse tras la estopa! —les decía la dueña desde abajo.

Ribak recorrió todo el desván, cubierto de una mullida capa.

Allí, lo mismo que en el zaguán, reinaba la penumbra, aunque por entre el tejado y a través de un pequeño ventano en el hastial de la casa entraba algo de luz, que permitió distinguir la ancha columna de ladrillos de la chimenea, unas ropas viejas colgadas de un largo palo y una rueca rota en el suelo. Un poco más allá, junto a la parte baja del tejado, vio un montón bastante grande de estopa.

— ¡Aquí, ven aquí!

Sótnikov cogió su fusil y se acercó a gatas a la vertiente del tejado, al rincón que le indicaba Ribak, el cual, ayudándose con la bota, apiló sobre él un montón de estopa. Después él mismo se metió bajo el tejado, de espaldas a su camarada.

Estaban tendidos, inmóviles, y apenas podían respirar. El acre olor del cáñamo les cosquilleaba en la nariz, el polvillo de la estopa les caía en la cara y les picaba entre el cuello. Aguzando el oído, Ribak trataba de enterarse si los alemanes les habían seguido el rastro o si era que simplemente habían entrado de paso en la aldea. Si es que les seguían el rastro, entonces, sin duda, harían un registro. En ese caso, seguramente no podrían permanecer mucho tiempo escondidos allí. Sótnikov respiraba fatigosamente, con un fuerte resoplido en el pecho, y esto les impedía escuchar, sin embargo se esforzaban para no perder ni un solo ruido del exterior. Las voces se oían ya tan cerca, que Ribak se sobrecoigió: los alemanes hablaban con Diemchija.

— ¡Buenos días, ama! ¿Cómo va la vida?

Eran policías; Ribak les conoció en cuanto empezaron a hablar. Sin pararse, siguieron andando por el patio, al parecer, en dirección a la puerta. Diemchija, no comprendía por qué, guardaba silencio, y Ribak escuchaba expectante, deseando con toda su alma que pasaran de largo.

— ¿Por qué callas? Invítanos a pasar —llegó sordamente desde abajo.

— Ojalá os invitasen al cementerio a visitantes como vosotros... —les respondió.

“Ay, ay, no debía hablar así —le pasó por la cabeza a Ribak, lamentándolo—. ¿Para qué enredarse con ellos?” Escuchando atentamente, sentía casi con miedo las ásperas palabras de la dueña de la casa, y temía que ésta, con cualquier palabra imprudente, pudiera irritarles, y entonces sería inevitable la desgracia.

— ¡Oh! ¿Qué te pasa, no estás contenta?

— ¿Contenta? ¡Cómo no, estoy contentísima!

— ¡Bueno, bueno! ¿Tienes vodka?

— ¿Es que tengo acaso una tienda?

— ¡Entonces trae para acá un par de salchichones!

— ¡Mira lo que piden! ¿Qué, os los hago de gato? ¡Se llevaron el cochino, y ahora vienen pidiéndome salchichón!

— ¡Mira cómo nos recibe! —se oyó otra voz áspera y burlona—. Seguramente que a los guerrilleros les darías hasta crema de leche.

— Hace más de medio año que no la han visto mis propios hijos.

— ¡Pues eso lo vamos a comprobar ahora mismo!

Claro es, no tenía que haberlos tratado con tanta aspereza; y ellos no pasaron de largo, sus pesados pasos se oyeron ya en el zaguán. Pero, según le pareció, no habían abierto aún la puerta de la casa, y Ribak se quedó sobrecogido ante la inesperada y al mismo tiempo natural suposición de que pudiera ocurrírseles de pronto buscar el salchichón en el desván. Pero no, por ahora se les seguía oyendo en el zaguán; seguramente habían levantado la tapa del arcón y algo cayó al suelo con un fuerte ruido metálico. Ribak estaba tendido inmóvil, con los ojos clavados en el seco y ennegrecido madero del cabrio y pensaba: no, no habían venido a por ellos. Buscan provisiones, ocupación habitual de los policías en la aldea, y en el cementerio tendrán con toda seguridad un puesto de acecho y vigilarán el camino.

Siguieron buscando por todas partes en el zaguán, cuando Sótnikov a su lado, se contrajo horriblemente y de su pecho se escapó un estertor espantoso. Ribak se quedó helado del susto, pues pensó que iba a empezar a toser. Pero Sótnikov no tosió, se pudo contener y se calmó. En tanto ellos, allá abajo, ya habían abierto la puerta, e instantes después se oían más apagadas sus voces dentro de la casa.

— ¿Dónde está el dueño? ¿En Moscú?

— ¿Y cómo lo voy a saber yo?

— ¿No lo sabes? Entonces lo sabremos nosotros. ¿Stas, dónde está su marido?

— Seguramente se habrá ido a Moscú.

— ¡Ah, y la muy perra lo oculta! ¡Venga, sacúdela!

— ¡Ay, ay! ¡Infames! —chillaba Diemchija a voz en cuello—. ¡Ojalá reventéis antes de que llegue la noche! ¡Que los cuervos os saquen los ojos! ¡Que no volváis a ver a vuestros hijos!...

— ¡Ah, sí, conqu e esas tenemos! ¡Stas!

En la isba empezaron a gritar los chiquillos asustados, la mayor dio un grito y luego se calló. Y de pronto del pecho de Sótnikov en tensión estalló una tos como si fuera un cañonazo. A Ribak le dio un vuelco el corazón, sus manos se tendieron entre la estopa hacia Sótnikov, pero éste volvió a toser. En la isba todo quedó de pronto en silencio, como si todos hubieran salido de ella. Ribak apretó a Sótnikov la boca con todas sus fuerzas, y éste se ahogaba entre atormentadores esfuerzos incontenibles. Pero, por lo visto, era demasiado tarde: ya les habían oído.

— ¿Quién está ahí? —se oyó, al fin, preguntar abajo.

— No hay nadie. Es la gata que está acatarrada y tose —oyeron que respondía Diemchija asustada, dejando de llorar.

Pero su voz, no muy segura, sin duda, no convenció a los policías.

— ¡Stas! —ordenó autoritariamente una bronca y violenta voz de bajo.

Ribak contenía la respiración, comprendiendo con demasiada claridad que todo estaba perdido. Sin duda, lo que procedía era defenderse, disparar, que murieran también aquellos mercenarios, pero, incomprensiblemente, brotó en él una última esperanza en algo milagroso, y pensó: ¡a lo mejor pasa el peligro!

Del golpazo que dio la puerta contra la pared, retumbó toda la casa; los policías, con el estrépito de un rebaño espantado, irrumpieron en el zaguán, la puerta de fuera se abrió de par en par, en el desván, debajo del tejado, también entró de repente más claridad. Ribak clavó la mirada sin ver nada en el negro borde del cabrio, tras el cual sobresalía de entre la paja una vieja hoz herrumbrosa. Algunas sombras que penetraron en el desván, entrecruzándose, corrían de un lado para otro por la entalamadura de paja del tejado.

— ¡Una escalera! ¡Traed una escalera! —ordenaba con voz ruda el policía.

— No hay escalera; ahí no hay nadie. ¿Qué pretendéis? —de nuevo empezó a llorar Diemchija.

Un ruido, un golpe en la pared, el roce de las botas por los maderos y muy cerca una voz jadeante:

— Está tan oscuro que no se ve ni gota.

— ¿Qué es lo que no se ve? ¡Entra adentro, te digo! ¡Maldita sea tu madre!

— ¡Eh! ¿Quién está ahí? ¡Sal o te tiro una granada! —se oyó gritar debajo mismo del tejado.

Pero no se oían pasos: seguramente el policía, a pesar de todo, no se decidía a subir hasta lo alto de la pared.

— ¡Verás como va a salir! —retumbó abajo la voz del policía—. ¿Hay ahí algo amontonado?

— Sí, parece heno.

— Guincha con el fusil.

— No alcanzo.

— ¡Me cago en tu madre! ¡Vaya un guerrero! ¡Toma el automático! ¡Suelta una ráfaga con el automático!

“Se acabó; nos ha llegado el final” —dijo para sí Ribak, sintiendo casi físicamente cómo de un momento a otro quedaría su cuerpo destrozado por una ráfaga de automático. Esforzándose por aprovechar hasta los últimos segundos, trataba mentalmente de buscar una salida, pero no la encontraba de ninguna manera: tan hábilmente habían caído en aquella encerrona. Seguramente ya se había terminado todo, tenían que ponerse en pie, pero de pronto se le antojó que se levantara primero Sótnikov. De todos modos, él estaba herido y enfermo y, además, él, con su tos, precisamente, había denunciado a los dos, con mucha mayor razón debía él entregarse prisionero. Pero Sótnikov seguía tendido, como muerto, completamente encogido, con todo el cuerpo contraído, parecía que incluso había dejado de respirar.

— ¡Ah, no quieres salir!

Debajo del tejado resonó un ruido metálico seco: demasiado bien conocía Ribak el sonido del cerrojo del automático, puesto en disposición de disparar. Después había de suceder lo peor, eso a lo ya no sigue nada. Sólo un segundo les separaba de ese último instante entre la vida y la muerte, pero ni en ese momento Sótnikov se movió, incluso no tosió. Y Ribak, horripilado por última vez, apartó la estopa con los pies.

— ¡Manos arriba! —rugió el policía.

Ribak se levantó, pensando con recelo no fuera aquel imbécil a soltar una ráfaga sobre él. Salió a gatas de debajo del tejado y luego se incorporó. Por encima del madero, junto al boquete del desván, asomaba, recelosa y alerta, una cabeza con un alto gorro de piel, a su lado se veía el cañón del automático apuntándole. Ahora, lo más terrible para Ribak era el cañón de

este fusil: él lo iba a decidir todo. Mirándole de soslayo, pero sin quitarle ojo, Ribak levantó las manos. La ráfaga todavía no había salido de él, la muerte, al parecer, se aplazaba, y eso era ahora lo principal, lo demás ya no tenía importancia.

— ¡Habéis caído, palomitas, maldita sea vuestra madre! —les saludó el policía con sorna, gateando hasta el desván.

10

Trajeron una escalera de alguna parte y los tres se encaramaron al desván, buscaron en los rincones, removieron la estopa, recogieron los fusiles. En tanto dos hacían el registro, los prisioneros estaban a un lado, junto a la chimenea del horno, apuntándoles el tercero con su fusil.

Sótnikov, encogiendo el pie descalzo, se apoyó contra la chimenea sin parar de toser. Ahora no le hacía falta contenerse y podía toser a sus anchas. Aunque parezca extraño, no temía a los policías, no temía que le pudieran matar; lo que sí le conturbaba era el darse cuenta de su culpa involuntaria y sufría horriblemente al comprender que había delatado a Ribak y a Diemchija. Preferiría que le tragara la tierra con tal de no encontrarse con Diemchija, que tenía perfecta razón para sacarles los ojos a los dos por todo el mal que le habían hecho. Y con desesperación pensó que no debieran haber respondido: los policías hubieran disparado, —¿y qué?—, los habrían matado, pero no hubiesen muerto más que ellos dos.

Con gritos soeces, les empujaban hacia la escalera para que bajaran. Al lado de la puerta abierta de la isba sollozaba Diemchija, y tras la cortina lloraba asustado el niño más pequeño. Ribak bajó la escalera rápidamente, pero Sótnikov bajaba más despacio, pues sólo utilizaba las manos, y el policía que mandaba —un tipo de anchos hombros, con sórdido aspecto de bandido, vestido con un capote negro de ferroviario— le agarró de tal manera por el hombro que, junto con la escalera, cayó a tierra pasando por encima de las piedras de moler. Verdad es que no se dio un golpe muy fuerte, pero sí se lastimó horriblemente la pierna: se le nubló la vista, se le cortó la respiración, y de momento, casi desvanecido, no pudo levantarse del suelo.

— ¿¡Qué hacéis, infames?! ¡Si está herido! ¿Es que estáis ciegos? ¡Sois unos monstruos! —empezó a gritar Diemchija.

El responsable de los policías se volvió autoritariamente hacia otro: el que llevaba el gorro de piel.

— ¡Stas!

Este, por lo visto, ya sabía lo que le ordenaban: sacó la baqueta del fusil y la sacudió con fuerza sobre la espalda de la mujer.

— ¡Ay!

— ¡Canallas! —gritó Sótnikov con voz enronquecida, sin poder contenerse—. ¿Por qué? ¿Por qué le pegáis a la mujer?

Aquella explosión de ira, sin embargo, le devolvió parte de sus fuerzas; Sótnikov se incorporó agarrándose a la pared, y temblando de ira, se volvió hacia Stas. En aquel momento ni siquiera pensó en que aquel grito podría ser el último, que el policía podría disparar. Pero él no podía dejar de defender a esta desgraciada Diemchija, ante la cual se sentía inmensamente culpable. Sin embargo, Stas, fácil en la réplica, por lo visto, no se disponía todavía a disparar, y por toda contestación se limitó a sonreír y con un movimiento diestro y preciso metió la baqueta en el fusil.

— ¡Ya sabrá por qué!

Sótnikov se fue recuperando poco a poco, recobró la respiración y empezó a tranquilizarse. Todo aquello era sencillo y demasiado habitual. Si no les matan en seguida, empezarán los interrogatorios y las torturas que, claro es, terminarán con la muerte. No contaba ya con ninguna posibilidad de salvarse.

En el zaguán los registraron: les sacaron de los bolsillos sus escasos pertrechos, los cartuchos, luego les ataron fuertemente los brazos con correas —a Ribak a la espalda, y a Sótnikov con las manos por delante —y les hicieron sentarse en el áspero suelo de arcilla. Después, el responsable entró en la isba en busca de Diemchija, y otro, al que llamaban Stas, se quedó junto a la puerta vigilándolos.

El aire helado oprimía a Sótnikov el pecho dolorido, la cabeza le daba vueltas y sentía vahídos, las orejas, medio heladas, le escocían del frío, pues había perdido el gorro en alguna parte, seguramente en el desván, y ahora estaba sentado con la cabeza descubierta y desgreñada. La pierna herida se le había helado y por eso le dolía más. Se le había hinchado la rodilla y la doblaba con enorme trabajo, el pie descalzo estaba abotagado y tenía ahora un color cárdeno. Seguramente lo mejor hubiera sido pedir que le trajeran su bota de fieltro, pero al imaginarse lo doloroso que le iba a ser el calzársela, pensó: “¡Maldita la falta que me hace!” Ahora ya todo le daba lo mismo: ¡que se le hiele el pie, pronto ya no le haría falta! Sentado en el suelo y sin dejar de toser, Sótnikov miraba al policía que les custodiaba: un mozallón ladino, con un gorro alto de piel negra ladeado sobre una oreja; en su cara de rasgos proporcionados y de nariz correcta, aparecía de vez en cuando

una sonrisita expresiva, inesperadamente humana. Tras esta sonrisa parecía descubrirse algo juvenil, sincero, incluso conocido, algo así como soldadesco: puede ser que fuera porque llevaba un tabardo militar, botas altas de becerro, en las que se hundían los pantalones negros de paisano. En un hombro llevaba el fusil colgado de la correa y con el otro se recostaba en el marco de la puerta y, mientras escupía las blancas cascarillas de pipas de calabaza, no apartaba los ojos de la calle: esperaba algún transporte. Pero éste no acababa de llegar, y después de ir y venir unas cuantas veces, se sentó en el tranco de la puerta, sosteniendo el fusil entre las piernas. Desde allí, a corta distancia de ellos, se quedó mirando a ambos fijamente, al parecer sin mala intención, más bien con cierta burla.

— Os habéis escondido bajo la estopa. ¡Ja, ja! ¡Como las cucarachas!

Ribak le echó una mirada y de nuevo bajó la cabeza.

— Pues ahora os lavarán, os bañarán y después os colgarán poquito a poco. ¡A secar, ja, ja! —y se rio de tan buena gana y con tanta naturalidad, que Sónnikov involuntariamente pensó: “¡Vaya si es alegre el muchacho!” Pero su risa se interrumpió de pronto y con un tono completamente diferente empezó a insultarles: —¡Estos baldragas! ¿Habéis matado a Jodorónok? ¡Pues por lo de Jodorónok os vamos a sacar las tripas!

— No conocemos a ningún Jodorónok —dijo Ribak mohíno.

— ¿Conque no le conocéis, eh? ¿Acáso no sois vosotros los que habéis disparado por la noche?

— No hemos disparado.

— Seais vosotros o no, os vamos a romper las costillas. ¿Comprendido?

Stas se puso de repente serio, en su mirada fría se sentía la amenaza; todo aquello humano, aquella bondad juvenil que antes se veía en su rostro, desapareció de repente, cediendo a la insolencia desalmada.

Ribak le preguntó en voz baja:

— ¿Has servido en el ejército?

— ¿En qué ejército?

— En el Ejército Rojo, aunque no sea más.

— Me cisco yo en vuestro ejército, ¿has comprendido? —de pronto el policía se puso más furioso, desorbitando ferozmente sus expresivos ojos. Después su rostro empezó a cambiar poco a poco, se hizo más blando y apareció en él la misma atractiva sonrisa. Apartando un pie a un lado, empezó a golpear rítmicamente con la bota sobre el piso de tierra del zaguán.

— ¿Y el tabardo?





— ¡Ah, el tabardo! Se lo quité a un judío comisario. A él no le hará ya falta —dijo el policía y se quedó mirando fijamente a Ribak, después agregó con voz tranquila—: tu zamarrita también la aprovecharemos. Esta será para Budila: es su turno. Así son las cosas. ¿Has comprendido?

— ¿Y no os asfixiaréis? —dijo en voz baja Sótnikov, sin contenerse apenas.

Stas levantó la cabeza.

— ¿Qué?

— ¡Digo, que si no os asfixiaréis! ¿Con las zamarras y con todo lo demás?

— ¿Por qué nos vamos a asfixiar? Detrás de nosotros está Alemania. ¿Has comprendido, tú, boceras? ¡Pero vosotros, eso sí que es seguro, estáis perdidos! ¡Os lo aseguro, hijos de mala madre! —concluyó Stas enfurecido.

Claro es, y esto era también sencillo y comprensible, no se podía esperar otra cosa. Pero a Ribak se le encogió el ánimo, y bajó la cabeza. Sótnikov, medio tendido de costado, intentó moverse un poco con cuidado, pues se le había adormecido la cadera y la estrecha correa de cuero le cortaba las muñecas.

Por fin, llegó el otro policía con dos trineos, uno lo dejaron fuera, en la calle, y el otro, entre chirridos y pateos del caballo, lo acercaron hasta el mismo porche de la casa. Stas se levantó del tranco de la puerta. Al primero que empujó al trineo fue a Ribak, después, dándole un fuerte tirón del cuello del capote, levantó a Sótnikov del suelo. Este llegó al trineo como pudo y se dejó caer sobre el heno al lado de su camarada; detrás de ellos se subió un policía. El cochero, un hombre viejo y asustado, con una remenduscada anguarina de piel de oveja, se sentó con precaución en la parte delantera. Sótnikov, venciendo el dolor, escondió el pie helado y desnudo bajo el faldón del capote. Otra vez se sentía muy mal, le parecía que iba a perder el conocimiento de un momento a otro, con un esfuerzo sobrehumano se sobreponía a su debilidad y al dolor.

El responsable de los policías, no se sabía por qué, no había salido todavía de la isba, y fue a buscarle el policía que había traído los trineos. Al poco se oyeron desde allí voces y el llanto de Diemchija. Sótnikov, inquieto, prestó oído: ¿la dejarían allí o no? Durante algunos momentos se entretuvieron, al parecer buscando algo en la isba: la escalera golpeaba contra un travesaño, los niños lloraban, después empezó a lamentarse desesperadamente Diemchija:

— ¿Qué os proponéis hacer, bandidos? ¡Ojalá os muráis antes del domingo! ¡Ojalá no volváis a ver a vuestras madres!

— ¡Bueno, bueno! ¡Vivo, se te ha dicho que vivo!

— ¿Con quién voy a dejar a los hijos? ¡Canallas despiadados!...

— ¡Vivo!

Sótnikov miró a Ribak, sentado al lado de él; la crecida barba de éste se contrajo con un gesto de lástima. Había motivos para ello.

Por aquella misma vereda junto a la cerca salieron al camino y torcieron por detrás del cementerio. Sótnikov escondió la cabeza entre el cuello subido del capote, se recostó suavemente con el hombro sobre la espalda de Ribak y, desfallecido, cerró los ojos. El trineo tranqueteaba debajo de ellos, los patines se deslizaban de un lado para otro. Se oía cómo Stas seguía cascando las pipas de calabaza. Por lo visto, los llevaban a la policía o al SD. Esto quería decir que les quedaba muy poco tiempo de tranquilidad, tenían que concentrar todas sus fuerzas y prepararse para lo peor. Naturalmente, ellos no les iban a decir la verdad, aunque el hecho de que habían venido del bosque, por lo visto, no lo podrían ocultar. Pero había que procurar defender a Diemchija. ¡Pobre mujer! Llegó corriendo a su casa y no sospechaba, no podía adivinar lo que le esperaba en ella. Ahora iba gritando en el trineo de atrás, maldecía y lloraba. El policía, enfurecido, la exasperaba aún más con dictérios seleccionados y soeces. Pero Diemchija procuraba no quedarse atrás:

— ¡Fieras! ¡Abortos alemanes! ¿Adónde me lleváis? ¡En casa se me han quedado los hijos! ¡Hijos de mi alma, solecitos míos! Guélechka, querida, ¿cómo te la vas a arreglar?

— Había que haberlo pensado antes.

— ¡Ah, tú, desgraciada carroña! ¡Todavía me reprochas, alemán vendido! ¿Qué os he hecho yo?

— Has escondido a unos bandidos.

— Vosotros sí que sois bandidos; ellos se portan como personas: entraron y se fueron. ¿Cómo podía saber yo que se habían metido en el desván? ¿Acáso voy a ser yo enemiga de mis hijos? ¡Bribones! ¡Fascistas malditos!

— ¡Silencio! ¡Si no callas te pongo una mordaza!

— ¡Ojalá te espetasen en un palo, canalla!

— ¡Ah, sí! ¡Stas, para el trineo! —se oyó decir en el trineo que iba detrás. Y ellos se detuvieron antes de llegar a dos abedules que se erguían juntos entre unos matorrales al otro lado de la cuneta.

Ribak y el conductor del trineo se volvieron, y Sótnikov se estremeció, en espera de algo ferozmente terrible. Y, efectivamente, Diemchija empezó a dar gritos, revolviéndose en el trineo. Crujió la collera, e incluso el caballo, asustado, empezó

a piafar en la nieve. Después todo quedó en silencio. Stas había saltado del trineo, pero en seguida se volvió a sentar satisfecho en su sitio.

— ¡Ejé! Una manopla en el tragadero y ya has dejado de chillar. ¡Esta mujeruca rabiosa!

Sótnikov, haciendo un esfuerzo, volvió la cabeza y se encontró cara a cara con el policía que conducía el trineo:

— ¡Verdugos! ¡Torturadores!

— ¡Tú, defensor! ¡Vuelve la jeta para otro lado, si no te la voy a reventar —gritó Stas, haciendo un gesto horrible con la cara.

Pero Sótnikov ya sabía con quién se las había, y escuchó aquella amenaza sin inmutarse.

— ¡Inténtalo, miserable!

— ¡Ja, ja, inténtalo! ¿Pues sabes? ¡Me entran ganas de liarme a baquetazos y no tendré responsabilidad alguna! ¡Esto no son tus Soviets!

— ¿Liarte a baquetazos? ¡Anda, atrévete!

— ¿Crees que no me atrevo? —El policía, con jactanciosa decisión, empuñó el fusil, pero no hizo más que ponerle el cañón en el pecho y soltar un juramento.

Sótnikov ni siquiera parpadeó: no temía a aquel engendro. Sabía que a aquella jactanciosa insolencia había que contestar de la misma manera; estos tipos comprendían solamente un trato así.

— La mujer no tiene culpa, tenlo en cuenta —dijo, para que lo oyera Ribak, dándole a entender cómo había que contestar en los interrogatorios—. Subimos al desván sin que lo supiera ella.

— ¡Bueno, no nos vengas aquí con cuentos —Stas sacudió la cabeza y retiró el fusil—. No te apures, Budila te sacará esas tonterías de la cabeza. ¡Espérate!

— ¡De buena gana escupiríamos en la cara a tu Budila!

— ¡Pronto escupirás! ¡Sangre vas a escupir!

“¿Para qué demonios se mete con él?” —pensó contrariado Ribak, al oír la enconada pendencia entre Sótnikov y el policía.

Les llevaban por el mismo camino por el que a duras penas se habían arrastrado por la mañana hasta llegar a la aldea, sólo que ahora el campo no les parecía una llanura tan larga y triste, pues el caballo trotaba animoso, golpeando el trineo con su cola helada. Ribak pensaba con enojo creciente que iban demasiado de prisa; hubiera deseado a toda costa que disminuyeran la marcha. Sentía en su fuero interno que eran sus últimas horas en

libertad, y con ellas desaparecería rápidamente toda posibilidad de salvarse: otra ocasión no la tendría. Se maldecía por la falta de precaución, por la ligereza que había cometido al meterse en aquel maldito desván, y por no haberse apartado un kilómetro de aquella maldita isba: pues ya tenía experiencia para no meterse en las últimas casas, a las que siempre iban a parar los alemanes. No podía perdonarse haber entrado tan estúpidamente en aquella malhadada aldea: hubiera sido mejor esconderse durante el día en cualquier parte entre el bosque. Pero, en general, toda esta operación les había salido mal desde el principio, todo se ponía en contra, todo les salía al revés cuando ya era difícil confiar en un final afortunado. Pero lo que había ocurrido, no se lo podían ni imaginar.

Y todo por culpa de Sótnikov. El enojo hacia su camarada, que todo el tiempo hormigueaba en Ribak y que hasta ahora había logrado dominar dentro de sí con un esfuerzo de voluntad, se sobreponía cada vez más a sus demás sentimientos. Ribak se daba perfecta cuenta de que si no hubiera sido por Sótnikov, por su enfriamiento, y después por su herida, habrían podido llegar con toda seguridad al bosque. En todo caso, los policías no les hubieran cogido. Tenían fusiles, podrían haberse defendido. Pero si tú mismo has dejado que te metan en el desván, y en casa había un montón de niños, entonces ni con el fusil es fácil defenderse.

Ribak, irritado, maldecía para sus adentros, imaginándose claramente con cuánta impaciencia les esperarían en el bosque, donde, con toda seguridad, hacía ya tiempo que habrían rebuscado por los bolsillos las últimas migajas, y ahora estarían pensando que ellos llevaban una vaca y por eso tardaban tanto. Claro es que podrían llevar una vaca. Y puede ser que hasta dos. ¿Acáso él se había presentado alguna vez con las manos vacías? Siempre había encontrado algo, lo había conseguido de alguna manera o había hecho un cambalache. También lo hubiese conseguido esta vez, si no fuera por Sótnikov.

Se había encontrado por primera vez con Sótnikov casualmente una semana o unos diez días atrás, cuando su destacamento, al salir del bosque Borkovski, atravesaba la carretera. Allí también quedaron rezagados, salieron al camino cuando ya clareaba y se toparon con una columna alemana motorizada. Los alemanes abrieron fuego y, apeándose, empezaron a perseguirles. A fin de escaparse de los fascistas, el jefe dejó un grupo para protegerles la retirada: Sótnikov, él y otro guerrillero más apellidado Gastinóvich. ¿Pero acaso podían oponer resistencia por mucho tiempo tres hombres a varias decenas de alemanes con ametralladoras? Pronto empezaron a retroceder,

disparando de vez en cuando los fusiles, en tanto que los alemanes intensificaban el fuego; entonces Ribak pensó: ¡Se jeringó! Para mayor desgracia, el bosquecillo que bordeaba el camino terminaba allí, detrás se extendía un inmenso campo nevado, con un bosque de pinos al fondo, hacia donde se dirigían apresuradamente los restos maltrechos de su reducido destacamento. Difícil, muy difícil era escapar en aquel campo bajo el fuego de dos decenas de alemanes, y Ribak con Gastinóvich, un guerrillero de aquellos contornos, hombre ya entrado en años y tardo de movimientos, a tramos cortos, corrieron por el campo. Sótnikov mientras disparaba con frecuencia y puntería tan certera contra los alemanes, que éstos iban echando cuerpo a tierra uno tras otro en la nieve. Seguro que se cargó unos cuantos. En tanto, Ribak y Gastinóvich pudieron llegar corriendo hasta un montón de piedras que había en el campo y, protegiéndose tras ellas, empezaron también a disparar al matorral.

Durante unos cinco minutos dispararon hacia allá apresuradamente, dando así a Sótnikov la posibilidad de escapar también. Bajo el fuego de los automáticos, éste logró atravesar corriendo el trozo más peligroso y llegar al montón de piedras, y, apenas se echó cuerpo a tierra, les hizo correr otro tramo. Por suerte, entonces tenían bastantes balas. Sótnikov tumbó a otro alemán que no estaba bien cubierto, adelantándose a los demás, mientras disparaba sin parar ráfagas con su automático; a los otros, seguramente, se les apagaron las ganas de perseguirles, y empezaron a acortar la carrera. Sin embargo, una de las balas alcanzó a Gastinóvich, que de modo extraño se doblegó en la nieve y luego cayó de costado. Sótnikov se lanzó hacia él, pero su ayuda ya no era necesaria; tomó el fusil del muerto y corrió de nuevo para alcanzar a Ribak.

Tras un montículo no muy elevado los dos se echaron cuerpo a tierra —allí estaban más resguardados—, después de recobrar el aliento, podrían correr más adelante. Pero Ribak recordó de pronto que Gastinóvich tenía en la



mochila un cantero de pan que había conseguido el día anterior en un caserío. Toda la semana habían pasado hambre, y este trozo de pan atraía a Ribak de tal manera que, sin pensarlo mucho, retrocedió a rastras hasta el muerto. Sótnikov se incorporó un poco y de nuevo empezó a disparar sobre los alemanes, protegiendo así a Ribak, que pudo transponer felizmente el centenar de metros que les separaba de Gastinóvich. Allí mismo partieron el trozo de pan y, mientras alcanzaban a los suyos, se lo comieron.

Entonces lograron salir del aprieto, el destacamento acampó en el pantano de Goreli, y él y Sótnikov, aunque todavía se conocían poco, iban siempre juntos, dormían uno al lado del otro, comían de un mismo pote y, puede ser que por esto, habían caído juntos a aquella operación.

Pero ahora sí que era el fin, estaba seguro. No importaba que no hubieran disparado, de todas maneras, les habían cogido con armas, y esto era lo suficiente para que los fusilaran. Estaba claro que Ribak no esperaba otra cosa cuando salió de entre la estopa, pero, a pesar de todo...

¡El quería vivir! Ni siquiera ahora había perdido la esperanza, en cada segundo acechaba la ocasión para escapar a su destino y salvarse. Sótnikov ya no tenía para él gran importancia. Una vez prisionero, el ex jefe de batallón le



liberaba de todas sus obligaciones anteriores con respecto a él. Ahora lo que importaba era tener suerte, y Ribak sentiría ante él su conciencia limpia; pues no podía en tales circunstancias salvar, además, al herido. Y todo el tiempo escudriñaba alrededor, desde el momento en que levantó las manos: en el desván, después en el zaguán de la isba, no hacía más que acechar el instante para fugarse. Pero allí no hubo ninguna posibilidad, después les habían atado las manos: por mucho que intentó soltarlas de sus ligaduras sin que se dieran cuenta, no consiguió nada. Y pensaba: maldita correa, ¿será posible que por ella tenga que perecer?

¿Y no merecería la pena probar con las manos atadas? Pero para esto hacía falta un lugar más apropiado, no en la llanura, sino en alguna revuelta, en una hondonada con matorrales, en cualquier barranca y, naturalmente, en un bosque. Pero por donde iban, desgraciadamente, era campo abierto, una pequeña cuesta, y más adelante el camino iba por una llanada. Atravesaron un puente, pero la barranca bajo él era muy poco profunda, abierta, allí no había manera de ocultarse. Procurando no volver demasiado la cabeza de un lado a otro en el trineo, Ribak, sin embargo, observaba todo a su alrededor, buscando algún paraje que fuera más o menos propicio para la fuga, pero no encontraba nada. Así pasaba el tiempo, y cuanto más se acercaban al lugarejo, tanto más se inquietaba, el desasosiego casi le dominaba. Era ya completamente indudable: estaban perdidos.

11

Sótnikov no había dudado ni un minuto que estaban perdidos. Y guardaba un silencio tenso, anonadado por la doble culpabilidad que pesaba sobre él: por Ribak y por Diemchija. Sobre todo le preocupaba Diemchija. Pensaba también en el tiroteo nocturno que había tenido con la policía, en el que había caído un tal Jodorónok. Por supuesto, que era él quien le había matado.

Ya iban entrando en el lugarejo. La ruta pasaba entre los campos plantados: dos filas de tortuosos sauces a ambos lados estrechaban el camino, después empezó de repente una calle. Ya no era muy temprano, pero en algunas de las casas todavía salía humo de las chimeneas; envuelto en una bruma gélida, sobre los tejados cubiertos de escarcha, pendía no muy alto un sol frío. Por delante de ellos cruzó una mujer la calle apresuradamente llevando el balancín con dos cubos sobre los hombros. Desviándose por una vereda que llevaba a la casa, se

volvió y con disimulada inquietud se quedó mirando a los trineos con los policías. De la casa vecina salió una muchachita con la cabeza al aire y los pies desnudos calzados con chanclos, tiró en la nieve un cubo de agua sucia y antes de desaparecer tras la puerta, también echó una mirada asustada y curiosa al camino. Se oyó el ladrido de un perro; los gorriones, sin abrigo, revoloteaban despeluzados entre las desnudas ramas de los sauces. Aquí seguía su marcha la vida, intranquila, difícil, pero, de todos modos, la vida cotidiana, de la cual hacía ya mucho tiempo que Sótnikov y Ribak se habían desacostumbrado.

Los trineos atravesaron un puentecillo, y al llegar a una casa de madera con sotobanco, volvieron por una pequeña calle al costado. Según parecía, ya estaban llegando. Aunque resulte extraño, Sótnikov deseaba llegar cuanto antes, pues se había quedado terriblemente aterido con el viento que corría por el campo, y el lugar poblado, como siempre, les prometía lecho y albergue, aunque esta vez el albergue, como es de comprender, no les proporcionaría ninguna alegría. Pero, de todos modos, le atraía poder llegar a cualquier cobijo, aunque sólo fuera por calentarse un poco.

Ya desde lejos Sótnikov vio un ancho portón nuevo y, junto a él, un policía con un largo zamarro de piel de oveja, haciendo guardia con el fusil al hombro. Al lado se elevaba una sólida casa de ladrillo —seguramente en tiempos habría allí algún almacén o institución— con cuatro ventanas con rejas en la fachada. El policía, seguramente, los estaba esperando, y cuando los trineos se acercaron más, cogió el fusil por la correa, y abrió el portón de par en par. Los dos trineos entraron en un amplio patio, limpio de nieve, con un viejo poste carcomido por el tiempo junto a la cerca, un pequeño cobertizo y un retrete de tablas en una esquina. En el porche apareció en seguida un mozalbete, embutido en una ajustada guerrera alemana, en una de cuyas mangas blanqueaba un brazalete de la policía alemana cuidadosamente planchado.

— ¿Los habéis traído?

— ¡Cómo no los íbamos a traer! —contestó jactancioso Stas—. Si fuimos, quiere decir que los traeríamos. ¡Aquí están, hazte cargo de estos gazapitos!

Saltó del trineo con facilidad, echándose descuidadamente el fusil al hombro. Alrededor había una cerca: de allí no había manera de escapar. En tanto que el conductor y Ribak bajaban del trineo, Sótnikov recorrió con la vista la casa, en la que, según las apariencias, iban a saber lo que cuesta ser valientes. Muros gruesos, porche alto, cubierto de chapa de zinc, unos peldaños que conducían hasta la puerta del sótano. En una de

las ventanas con reja, en lugar de los cristales rotos, amarilleaban trozos de contrachapado, en los que se leían algunas palabras escritas con letra gótica. Todo allí estaba limpio y arreglado y mostraba el orden ejemplar de aquel nido policíaco: apoyo rural del poder alemán. Mientras tanto, el policía con guerrera sacó del bolsillo una llave y descendió los escalones, hasta llegar a la puerta del sótano, cerrada con un enorme candado y una barra de hierro.

— ¡Traedlos aquí!

Ya todos habían bajado de los trineos: Stas, Ribak y el cochero, un poco más allá los policías se sacudían la ropa, y estaba también Diemchija, de tal manera abatida que, al verla, a Sótnikov se le encogió dolorosamente el corazón. Tenía las manos atadas atrás, permanecía abrumada, el pañuelo de la cabeza se le había deslizado sobre los hombros. De la boca le salía de manera absurda la manopla de paño, y los policías, por lo que se podía juzgar, no se apresuraban a liberarla de aquella mordaza.

A Sótnikov le fue muy difícil bajar del trineo sin ayuda de nadie: de cualquier manera que lo intentaba, le dolía terriblemente la pierna. Sobreponiéndose al dolor, logró, a pesar de todo, bajar a la nieve y por dos veces saltó al lado del trineo. Esperó intencionadamente a Diemchija y, en cuanto ésta pasó por su lado, rehuyendo fríamente su mirada, levantó ambas manos atadas y tiró de un extremo de la manopla.

— ¿Qué haces? ¿Eres idiota, o qué? —oyó vociferar detrás de él y un instante después cayó desplomado en la nieve, derribado por el rudo puntapié de un policía.

El horrible dolor de la pierna le recorrió todo el cuerpo, se le nubló la vista, apretó los dientes en silencio, pero ni se sorprendió ni se ofendió: aceptó el golpe como merecido. En tanto Sótnikov, estremeciéndose en un ataque de tos, se levantaba con dificultad sobre una rodilla, no lejos de él gritaba toda suerte de improperios el policía responsable:

— ¡Ah tú, engendro de comisario! ¡Vaya un defensor que nos ha salido! ¡Stas, llévalo a Budila!

El siempre diligente y cumplidor Stas dio un salto hacia Sótnikov, y con un fuerte tirón le agarró del brazo. Sótnikov cayó de nuevo en la nieve con las manos atadas, pero la desalmada fuerza joven de aquel policía le asió otra vez sin ningún miramiento y le arrastró hasta el porche, haciéndole pasar por encima del tranco de la puerta. Al tratar de proteger la pierna herida, Sótnikov se dio un fuerte golpe en un hombro contra la jamba de la puerta. Stas siguió arrastrándole por el corredor, abrió de un puntapié una puerta y, dándole un

violento empujón, le echó sobre el suelo sucio, con huellas de pisadas húmedas. Como despedida, le soltó un juramento monumental y salió pegando un tremendo portazo.

Todo quedó en silencio. Solamente se oían pasos en el corredor, y del otro lado de la pared llegaba hasta él apagada la voz monótona de alguien que parecía regañar a alguien. Sobreponiéndose al feroz dolor en la pierna, Sótnikov levantó la cara del suelo. En el aposento no había nadie, esto le dejó un tanto perplejo, y con repentina esperanza miró a la ventana; pero estaba bien defendida con una reja de hierro. ¡No, de aquí no te escapas! Comprendiéndolo así, se dejó caer en el suelo, examinando sin ningún interés el aposento. Este tenía el aspecto corriente de una covachuela oficinesca, nada acogedor y vacío, a pesar de la mesa cubierta por una manta de bayeta gris, un sillón carcomido y rozado detrás de ella, y una silla ligera junto a la estufa holandesa, cuyos negros y redondos costados despedían un calor denso, tan agradable ahora. Pero por detrás, corría por el suelo un viento frío que entraba por debajo de la puerta. Sótnikov temblaba entre escalofríos y, conteniendo los gemidos, se tendió lentamente de costado.

“¡Bueno, aquí se terminará todo! —pensó—. ¡Solamente que pueda resistir!” Se daba cuenta que se estaba acercando a su límite, a su límite fundamental, al borde del cual tanto había andado en la guerra, pero sus fuerzas eran muy escasas. Y él temía no poder resistir físicamente, temía rendirse, doblegarse en contra de su voluntad: no temía otra cosa. Al respirar el aire caliente, empezó a toser, como siempre le ocurría, hasta sentir espasmos convulsivos en el pecho y punzadas en el cerebro: era una tos obstinada, esa tos de “perro”, que le atormentaba terriblemente los dos últimos días. Hacía muchísimo que no tosía de manera tan atroz, seguramente desde su infancia, cuando sus resfriados proporcionaban tanta preocupación a su madre, que sufría continuamente a causa de sus débiles pulmones. Pero entonces no ocurrió nada de particular, superó la dolencia y más o menos satisfactoriamente había vivido hasta sus veintiséis años. Y ahora ¿qué?: ahora la salud ya no tenía para él gran importancia. Lo peor era que su enfermedad le restaba fuerzas en el momento en que le eran tan necesarias. A causa de la tos, no se dio cuenta que alguien había entrado en el aposento, ante él aparecieron en el suelo unas botas, no muy nuevas, pero cuidadas, con las puntas bien claveteadas y las cañas relucientes. Sótnikov levantó la cabeza.

Enfrente se hallaba de pie un hombre ya no joven, con una chaqueta oscura de paisano y corbata, anudada sobre una camisa de rayas claras, no muy limpia, los pantalones eran

briches de diagonal de hechura militar. En la mirada de sus pequeños ojos, muy penetrantes, había algo ordenancista, tranquilo, mesuradamente razonable; bajo la nariz llevaba un pequeño bigote que parecía un cepillo recortado, como Hitler. “¿Será éste Budila?” —pensó Sótnikov perplejo, aunque en su rostro no se veía nada de aquella ferocidad terrible que le atribuían los policías. Sin embargo, se percibía que aquél era un jefe, y Sótnikov se sentó un poco mejor, en la medida que se lo permitió su pierna entumecida por el dolor.

— ¿Quién le ha hecho esto? ¿Gamaniuk? —preguntó con tono contenido, pero dominante.

— Su Stas —dijo Sótnikov con inesperada inflexión de queja, pero sintiendo al momento no haber mantenido el tono de independencia.

El jefe abrió resueltamente la puerta que daba al corredor:

— ¡Que venga Gamaniuk!

La tos empezó a calmársele, dejándole únicamente debilitado y dolorido; para Sótnikov no era nada cómodo apoyarse en el suelo con las manos atadas, era un verdadero tormento, pero callaba, sin comprender del todo el sentido de lo que se proponía, evidentemente en su favor, esta persona.

En la pieza entró aquel mismo Stas, y con marcado servilismo dio un taconazo con sus relucientes botas.

— ¡A sus órdenes!

El dueño del aposento frunció un tanto la abultada frente con entradas; excesivamente grande para su cara pequeña y arrugada.

— ¿Qué es esto? ¿Por qué malos tratos de nuevo? ¿Por qué está en el suelo? ¿Por qué no se me ha informado?

— ¡Perdón! —suplicó Stas, avanzando los codos, y se estiró todavía más.

Pero por la fría asiduidad con que hizo aquello y también por la fría severidad del jefe, Sótnikov comprendió en seguida que se estaba representando ante él una torpe farsa, calculada para un idiota.

— ¿Acáso se os ha instruido así? ¿Acáso os enseña esto el mando alemán? —apremiaba el jefe de la policía con sus preguntas, sin esperar respuesta alguna; y el otro con temor fingido, se estiraba aún más sacando el pecho.

— ¡Perdón! ¡No lo haré más! ¡Perdón!

— El mando alemán asegura a los prisioneros el trato debido. Un trato justo, humano...

¡Bueno, basta ya! Cómo las autoridades alemanas trataban a los prisioneros, Sótnikov lo sabía bien y no se contuvo, para cortar toda aquella absurda comedia.

— ¡En vano se esfuerza usted!

El policía se volvió bruscamente hacia él —por lo visto no lo había oído bien— y frunció preocupado la frente.

— ¿Qué ha dicho usted?

— Lo que ha oído usted. Desátenme las manos. No puedo estar sentado así.

El policía se detuvo todavía un poco, atravesándole con su mirada hosca, pero, por lo visto, comprendió que no tenía nada que temer, y se metió las manos en el bolsillo. Enganchando con la punta de un cuchillo la correa que le ataba las manos, la cortó de un tajo y volvió a guardar el cuchillo. Sótnikov separó las manos entumecidas y con heridas en las muñecas.

— ¿Qué más quiere?

— Beber —dijo Sótnikov.

El pensó que en tanto tenía posibilidad, por lo menos calmar la sed, para poder resistir después.

El policía indicó con la cabeza a Gamaniuk.

— ¡Dale agua!

Este salió de prisa al pasillo, en tanto el jefe dio vuelta a la mesa y se sentó tranquilamente en su sillón. Se mantenía todo el tiempo demostrativamente reservado, preocupado, como si ocultara algo importante y prometedor para el detenido. Casi no apartaba de Sótnikov la mirada de sus ojos punzantes y preocupados por algo.

— Puede sentarse en la silla.

Sótnikov se levantó del suelo a duras penas y se sentó de costado en la silla, dejando la pierna a un lado. Así le era más cómodo: se podía resistir. Dio un suspiro, pasó la mirada por las paredes, miró de soslayo tras la estufa, a un rincón junto a la ventana: sin darse cuenta él mismo, buscaba los instrumentos de tortura, pues deberían estar allí. Pero, para asombro suyo, en la habitación no se veía nada con lo que por lo común torturan. Sin embargo, comprendía que las relaciones con este policía habían pasado ya el límite de lo convencional y, puesto que el juego no había resultado, tendría que tener una conversación a fondo, cosa que, naturalmente, no prometía ser muy agradable.

Mientras tanto, Stas Gamaniuk volvió con un jarro con agua, que Sótnikov se bebió de un tirón. El policía sentado a la mesa esperaba pacientemente, observando cada movimiento de Sótnikov, pensando alguna cosa o, puede ser, tratando de comprender algo.

— Bueno, nos presentaremos —dijo con tono bastante benigno, después que Stas hubo salido—. Mi apellido es Portnov. Juez de instrucción de la policía.

— El mío no le va a decir nada.

— ¿Pero, de todos modos?

— Bueno, Ivanov, supongamos —dijo Sótnikov entre dientes: le dolía la pierna.

— No tengo nada en contra. Sea, pues, Ivanov. Así lo escribiremos— asintió el investigador, aunque no escribía nada—. ¿De qué destacamento?

¡Hola, así de sopetón, le pregunta por el destacamento! Mejor que contestar cualquier cosa, Sótnikov guardó silencio. El juez de instrucción, tratando como antes de atravesarle con la mirada, tomó de la mesa un pisapapeles de madera manchado de tinta y empezó a darle vueltas distraídamente entre las manos. Sótnikov, abstraído, le miraba a los dedos y no sabía qué sería mejor: empezar a jugar al ratón y al gato o negarse desde un principio a contestar, para no mentir y no enredarse. Tanto más que sus mentiras, estaba seguro de ello, éste no las iba a creer.

— ¿Y piensa usted que le voy a decir la verdad?

— ¡La dirás! —dijo el juez de instrucción con voz no muy fuerte, pero con tal convencimiento que Sótnikov por un instante se sintió desconcertado y, de soslayo, miró interrogativo al policía.

— ¡La dirás!

El comienzo no prometía nada bueno. A la pregunta sobre el destacamento, como es de comprender, no iba a contestar, pero las otras, seguro, tampoco serían fáciles. El investigador esperaba, jugando distraídamente con el pisapapeles. Los movimientos de sus dedos delgados y finos eran tranquilos, seguros, no apresurados; pero esta calma denotaba, sin embargo, la tensión que hasta entonces había tratado cuidadosamente de disimular. Era extraño que por su aspecto fuera tan poco parecido a un juez de instrucción-verdugo, que seguramente tendría en su cuenta más de una vida destrozada. Más bien recordaba a un modesto, incluso a un raído empleadillo rural. Pero, al mismo tiempo, se echaba de ver cómo se escondía en su interior algo pérfido, malvado, que amenazaba al arrestado en cada minuto. Sótnikov esperaba cuándo, al fin, iba a estallar, aunque no sabía cómo serían de fuertes los nervios de aquel hombre y después de qué pregunta acabaría por quitarse la careta.

— ¿Qué misión tenían? ¿Adónde iban? ¿Cuánto tiempo hacía que aquella mujer era enlace de ustedes?

— Ella no es ningún enlace. Nosotros entramos de modo casual en su isba y nos metimos en el desván. Ella ni siquiera estaba en casa en aquel momento —explicó tranquilamente Sótnikov.

— Claro, de modo casual. Eso es lo que dicen todos. ¿Y a casa del responsable de Liasini también entraron de modo casual?

¡Ah, sí! Quiere decir que también sabe lo del responsable. Aunque, seguramente, les pudo denunciar aquella misma tarde. “Tuvimos lástima de él; no quisimos meternos en líos” —pensó Sótnikov. Resultaba que los policías sabían mucho más de lo que ellos mismos suponían, y Sótnikov se embrolló por un instante. Seguramente aquello era un sesgo calculado en el interrogatorio. El juez de instrucción se dio cuenta del efecto que había causado, dejó el pisapapeles y encendió un cigarrillo. Después retiró cuidadosamente de encima de la mesa la pitillera, el encendedor, sopló unas briznas de tabaco al suelo y se quedó mirándole a través del humo, esperando la respuesta.

— Sí, de modo casual —dijo con seguridad Sótnikov, después de una pausa.

— No es nada original. ¡Pero usted, que es un hombre inteligente, se quiere agarrar a una mentira tan primitiva! Tenía que haber pensado algo más ingenioso. Esto aquí no cuela.

Se ve que la cosa no pasa así. ¡Bueno, que se vaya al diablo! Como si él hubiera confiado en que iba a pasar. El, en realidad, no confiaba en nada, solamente quería ayudar a la pobre Diemchija, y no sabía cómo ayudarla.

— Usted puede hacer de nosotros lo que le parezca —dijo Sótnikov—. Pero no mezcle en todo esto a la mujer. Ella no tiene nada que ver. Ocurrió así, simplemente, porque su isba estaba al extremo de la aldea y yo no podía continuar andando.

— ¿Dónde fue herido?

— En la pierna.

— No le pregunto eso. ¿Dónde, en qué lugar le hirieron?

— En el bosque hace dos días.

— No cuela —replicó el juez de instrucción, mirándole fijamente—. Eso es un cuento. No fue en el bosque, sino en la carretera esta noche.

“¡Demonio! ¿Lo sabe con exactitud o es que quiere pescarme?” —pensó Sótnikov. No sabía cómo debía conducirse en adelante: si mientes con torpeza en las cosas sin importancia, no te creerá ni cuando digas la verdad. Y le hacía mucha falta inculcar la verdad sobre Diemchija a este vil lacayo, aunque se daba cuenta que inculcarle esta verdad sería más difícil que una mentira evidente cualquiera.

— ¿Y si yo, por ejemplo, se lo explico todo, pondrá usted en libertad a esta mujer? ¿Me lo puede prometer?

Los ojos del juez de instrucción, de pronto encendidos de ira, parecía que quisieran atravesarle de parte a parte.

— ¡No estoy obligado a prometerle nada! ¡Yo hago preguntas y usted debe contestar a ellas!

“Quiere decir que no lo consigo” —pensó Sótnikov apesadumbrado. Se ve que no sueltan a ninguno que haya caído en sus manos. ¡Conozco la costumbre! En tal caso, seguro que Diemchija está perdida.

— No tiene motivos para maltratar a esta mujer. Tiene tres hijos.

— No la maltratamos nosotros. ¡Ustedes la maltratan! ¡Ustedes la han metido en su banda! ¿Por qué no pensaron entonces en los hijos? —se encrespó el juez de instrucción—. Ahora ya es tarde. ¿Conoce usted las leyes de la gran Alemania?

“¡Leyes! ¿Acáso hace tanto que tú mismo las conoces, engendro del diablo? —pensó Sótnikov—. No hace todavía tanto, seguramente, aprendías de memoria otras leyes muy distintas!” Sin embargo, la última pregunta del policía tenía cierto doble sentido: parecía como si Portnov no fuera contrario de quitarse algo de encima y echarlo sobre los hombros de la gran Alemania.

Sótnikov guardó silencio. El juez de instrucción se levantó, apartó el sillón y se acercó a la ventana, mirando distraídamente a través de la reja al patio, donde se oían las voces de los policías. De nuevo pareció sumirse en algo recóndito, no insistía particularmente en el interrogatorio; puede ser que estuviera pensando en cómo cazarle con más habilidad o acaso reflexionaba sobre alguna cosa suya, que no venía al caso.

En el pasillo se oyeron fuertes pisadas, voces, juramentos. Probablemente traían a alguien, o puede ser que le llevaran. Cuando aquel barullo pasó al porche, el investigador insistió enérgico, recalcando las palabras:

— ¡Bueno, basta ya de jugar al escondite! ¡Diga de qué destacamento es! ¡El nombre de su jefe! Quiénes son los enlaces. Contingente. Dónde tienen la base. Pero no intente mentir. Será inútil.

— ¿No es demasiado lo que usted pretende de mí? —dijo Sótnikov.

Sin advertirlo él mismo, recurrió a la ironía, como solía hacerlo en los momentos de explicaciones desagradables con los tontos o con los sinvergüenzas. Naturalmente, para Stas o para cualquiera de estos traidores, la ironía de Sótnikov no estaba al alcance de sus entendederas, pero sobre este jefe, al parecer, hacía efecto. Hasta ahora, sin embargo, Portnov se contenía; solamente una vez hizo un gesto con la boca, torciendo los labios.

— ¿Adónde iban?

— Nos habíamos desorientado.
— No pasa. ¡Es mentira! Le doy dos minutos para pensarlo.
— No se moleste. Seguramente usted tendrá mucho que hacer.

Aquí había dado en el clavo. La carucha arrugada del juez de instrucción de nuevo se contrajo, pero, por lo visto, supo dominarse. Ni siquiera alzó la voz.

— ¿Quieres vivir?

— ¿Qué? ¿Será posible que me perdone?

Entornando sus ojitos, el investigador miró a la ventana.

— No, no le vamos a perdonar. A los bandidos no les perdonamos —dijo, y de repente se volvió bruscamente de la ventana; la ceniza se desprendió del cigarro y se deshizo al chocar con la puntera de la bota; al parecer, su paciencia había llegado a su fin—. Le fusilaremos, de eso no cabe duda. Pero antes te convertiremos en una albóndiga. Haremos picadillo de tu cuerpo joven. Te estiraremos todos los tendones. Te trituraremos uno a uno todos los huesos. Después diremos que tú has delatado a los otros. Para que allá, en el bosque, no se preocupen mucho de ti.

— No lo espere, no los delataré.

— Si tú no los delatas, otro los delatará. Pero lo echaremos todo sobre ti. ¿Has comprendido? ¿Qué te parece?

Sótnikov guardaba silencio, se sentía mal. El rostro se le cubrió rápidamente de un sudor frío, toda su inclinación a la ironía desapareció. Se daba perfecta cuenta que aquello no era una simple amenaza, no era un chantaje: eran capaces de todo. Hitler les había despojado de la conciencia, del humanismo e incluso de la moral más elemental, y por esto su fuerza animal, sin duda, era mayor. Sótnikov ante ellos no era más que un hombre. Sobre él pesaban muchas obligaciones ante los hombres y ante el país; sus posibilidades de ocultar y de engañar no eran muchas. Estaba claro que sus medios en esta lucha no eran iguales, la ventaja estaba del lado del enemigo: todo lo que Sótnikov le oponía, el juez de instrucción lo desbarataba con la mayor facilidad.

Separando las piernas, con los briches de montar arrugados en las rodillas, Portnov clavó en él su penetrante mirada, ahora abiertamente hostil, y esperó. Sótnikov se sentía terriblemente angustiado, le parecía de nuevo que iba a perder el conocimiento, un sudor frío le corría por todo el cuerpo y buscaba atribulado las palabras para contestar, comprendiendo que éstas serían sus últimas palabras. La mano derecha del juez de instrucción se alargaba lentamente hacia el pisapapeles que había sobre la mesa.

— ¿Qué dices?

— ¡Miserables! —profirió Sótnikov, no pudiendo encontrar otra palabra.

El juez de instrucción, un tanto más de prisa de lo necesario, cogió el pisapapeles y dio con él un golpe sobre la mesa, como si pusiera punto final a este incruento, pero no por eso menos terrible interrogatorio.

— ¡Que venga Budila!

En el pasillo resonó una voz: “¡Que venga Budila, le llama el señor juez de instrucción!”, después de lo cual, Portnov, rodeando la mesa, se sentó tranquilamente en el sillón. Ya no miraba a Sótnikov, como si no estuviera allí presente. Encendió un pitillo. De ello se colegía que su misión había terminado; ahora empezaría la segunda parte del interrogatorio.

Procurando aparecer tranquilo, Sótnikov puso en tensión todas sus fuerzas en cuanto se abrió la puerta y en el umbral apareció Budila.

Probablemente éste era el policía-verdugo que tenían aquí: era un hombre fuerte como un búfalo, con cara huesuda, parecida a la de un caballo. Producía una impresión de lo más desagradable por todo su aspecto de cretino. de fiera, pero, sobre todo, infundían horror sus huesudas y enormes manos que le asomaban bajo las mangas, unas manazas a propósito para enderezar las herraduras. Seguramente, de acuerdo con las costumbres allí establecidas, al entrar, dirigió desde el umbral una mirada sombría y esquinada a la víctima.

— ¡Venga, levántate!

Dominado por la debilidad, Sótnikov seguía sentado, tratando de apartar de sí algo realmente terrible. Entonces Budila, sin apresurarse, pero de modo muy significativo, se adelantó hacia la silla. Con su enorme manaza agarró a Sótnikov con fuerza por la solapa de paño del capote, y de un tirón le arrancó del asiento.

— ¡Venga, levántate, liendre bolchevique!

12

“¡Ha dado el último tropezón!” —pensó casi con rabia Ribak, cuando Stas agarró a Sótnikov en el patio y lo llevó a rastras hasta el edificio. Pensó que tras Sótnikov le llevarían a él y a Diemchija, pero los policías abrieron para ellos la puerta del sótano. Antes de echarlos a empellones allí, desataron las manos a Ribak y le quitaron el cinto. A Diemchija, sin embargo, la dejaron con las manos atadas y la mordaza en la boca.

— ¡Venga, abajo! ¡Rápido!

En el sótano reinaba una oscuridad absoluta, o puede ser que se lo pareciera a Ribak después de la luz del día en la calle. Primeramente llegaron a un pequeño pasillo húmedo, el policía que iba delante, descorrió un cerrojo de hierro, y Ribak, que había tropezado en la espalda de Diemchija, se paró, frotándose las muñecas doloridas.

— ¡Sigue, sigue! ¿Por qué te paras? —le dijo el policía que iba detrás empujándole: pues ante él ya se había abierto otra puerta en la oscuridad.

No había nada que hacer, Ribak se metió entre el policía y Diemchija, agachó la cabeza con precaución y se encontró al otro lado de la puerta de una celda fétida. En los primeros momentos no podía distinguir nada de lo que había allí, un pequeño ventanuco en lo alto alumbraba apenas el techo, pero la parte baja de la celda estaba completamente a oscuras. Le dio en la nariz un aire acre, pútrido, irrespirable, y se detuvo, sin saber dónde poner los pies más adelante.

En aquel momento oyó a sus espaldas correr un cerrojo; Diemchija se quedó con los policías, que la llevaron más adelante. Tras de la puerta llegaba hasta él el rumor de la conversación entre ellos, que se iba alejando.

— ¿Y a la mujer, adónde? ¿En la de la esquina?

— Sí, la llevaremos a la de la esquina.

— ¿Es que está hoy vacía?

— La descargaron ayer los alemanes. Una judía creo que queda.

Después de haberse habituado un poco a la oscuridad, Ribak vio que en un rincón había un hombre, el cual, ocupado en sus cosas, estaba abstraído en lo que hacía, o se estaba desvistiendo, o estaba extendiendo alguna ropa bajo sí: seguramente se disponía a tenderse. Junto a la pared, la oscuridad era tan densa que le ocultaba completamente, sólo su cabeza cana y sus hombros se destacaban a veces en aquel espacio tan sórdidamente alumbrado.

— Siéntate. ¿Qué haces de pie? Ahora ya no hay por qué estar de pie.

Ribak comprendió, e incluso se puede decir que se alegró. La voz de aquel viejo le parecía conocida, y al instante se acordó: ¡el responsable! Y así era en efecto, en el rincón se estaba acomodando su reciente conocido, Piotr, el responsable de Liasini.

— ¿Y tú también aquí? —prorrumpió, perplejo, Ribak.

— Aquí me tienes, he caído. Reconocieron la oveja aquella, y...

“Claro, claro” —le golpeó a Ribak en la cabeza un pensamiento conciso: todo estaba claro. Aunque parezca extraño, pero sólo ahora se acordó de aquella malhadada oveja y sólo ahora, con un retraso imperdonable, pensó en lo que pudo tornarse aquello para su dueño.

— ¿Y tú qué tienes que ver? ¿No te la quitamos a la fuerza? —preguntó Ribak con fingido asombro.

El responsable extendió alguna ropa debajo de sí, pero no se echó, sino que se sentó, recostándose en la pared, por lo que quedó casi por completo sumido en la oscuridad. A la débil luz que entraba por el ventanuco se distinguían únicamente sus rodillas dobladas.

— ¿Qué decirte? Si te la han quitado tenías que haber informado. Pero yo... ¡Pero ahora, qué importa!... Ahora ya todo da lo mismo.

Ahora, verdaderamente, todo daba igual; ahora ya es tarde para deshacer el entuerto, pensó Ribak. Seguramente la policía lo sabía ya todo.

Sin desabrocharse la zamarra, se dejó caer abrumado sobre la pajaza pisoteada, apoyando también la espalda en la pared. No comprendía en absoluto qué hacer en adelante, pues, excepto esperar, aquí, seguramente, no se podía hacer nada. Sólo ahora se daba cuenta de lo cansado que estaba de la noche pasada, empezaba a sentir deseos de dormir, pero las ideas le andaban rondando por la cabeza y no le dejaban quedarse dormido. De pronto pensó que no estaría mal ponerse de acuerdo con el responsable y negar que había estado en Liasini: que Piotr dijera que eran otros los que habían estado en su casa. Pensándolo bien, al viejo ya le daba lo mismo a quién acusar, pero a ellos, posiblemente, esto les podría ayudar. Ribak no se consideraba culpable ni se encontraba confuso ante Piotr: ¿acaso era la primera vez que él había conseguido víveres por tal procedimiento? Además, no se habían llevado más que una sola oveja, y no se la habían quitado a una familia numerosa, sino al mismo responsable: no había de qué preocuparse. Por esta parte, estaba completamente tranquilo, solamente le sorprendía cómo este responsable no había sabido justificarse ante la policía y permitió que le metieran en aquel pestilente sótano.

Pasó una hora o algo más, Sótnikov no había vuelto, y Ribak, no sin un momentáneo pesar, pensó que podía ser que le hubieran matado allí mismo. No quería hablar de nada. Presentía que de un momento a otro vendrían a buscarle, y entonces empezaría lo peor. Todo el tiempo, pensando y suponiendo esto y lo otro, se esforzaba por encontrar algún

medio para engañar a la policía, salir a flote o, por lo menos, alargar la condena. Para alargar la sentencia, había, por lo visto, un sólo procedimiento: dilatar las investigaciones (de todos modos, tendrían que hacer algunas investigaciones). Pero para ello tenía que encontrar pruebas convincentes para interesar a la policía, pues, si ésta resuelve que ya lo sabe todo, entonces no les conservará la vida. Entonces sí que habrá llegado indudablemente su fin.

En el sótano había un silencio aletargador, únicamente se oían de vez en cuando las voces que venían de arriba o las pisadas en el edificio. A veces las pisadas eran bastante fuertes, algo golpeaba con un sonido apagado, se oía claramente la voz chillona de alguien. A Ribak todo aquel ruido y movimiento arriba no podía dejar de recordarle a Sótnikov, y se le contraía terriblemente el corazón: ¡pobre, desgraciado Sótnikov! Pero, sin duda, a él le esperaba la misma suerte... Verdad es que él no quería pensar en ello: se esforzaba por encontrar la manera de escapar al castigo y, si era posible, incluso de ayudar a Sótnikov. Pero era evidente que todo resultaría ya inútil. A través del ventanuco, tapado con algo desde fuera, entraba en el calabozo una débil penumbra que permitía apenas ver una mancha blanquecina sobre la paja pisoteada y la abatida cabeza cana del responsable bajo la ventana. Este permanecía inmóvil, sentado junto a la pared, hundido en sus pensamientos, como es de comprender, nada alegres: ahora cada uno sufría por sí mismo.

— Han dicho que alguien hirió anoche a un policía, no se sabe si se salvará —dijo el viejo, después de un prolongado silencio.

Para Ribak esta noticia no era ninguna novedad, solamente se había olvidado de este herido y, al oírla ahora, le alarmó aún más. Sin embargo, desvió la conversación por otro camino.

— ¿A ti te han llevado ya arriba? —preguntó con débil esperanza de que posiblemente no hubiese llegado aún su turno para el interrogatorio.

Pero el responsable echó por tierra inmediatamente su esperanza.

— ¿Al interrogatorio? ¡Claro que sí! El mismo Portnov me interrogó.

— ¿Qué Portnov?

— El juez de instrucción.

— ¿Y qué tal? ¿Te han pegado mucho?

— No me pegaron. ¿Por qué me iban a pegar?

Ribak escuchaba conteniendo la respiración: quisiera adivinar dentro de lo posible qué le esperaba a él.

— Este Portnov, te diré, es astuto como un demonio. Todo lo sabe —advirtió el viejo desolado.

— Pero tú le habrás sabido esquivar.

— ¡Por qué tenía yo que esquivarle! Yo no tengo ninguna culpa. Como ante Dios, lo mismo ante los hombres.

— ¿Tan sin pecado te consideras?

— ¿Y cuál es mi culpa? ¿Que no fui corriendo a denunciar lo de la oveja? Soy ya viejo para andar por las noches corriendo. Tengo ya sesenta y siete años.

— Sí —suspirió Ribak—. Quiere decir que te apiojarán. Para ellos eso es la cosa más sencilla: ayuda a los guerrilleros.

Con la misma voz impasible dijo Piotr:

— Bueno, qué le vamos a hacer, ese es tu sino. No puedes escapar a él...

“¡Qué resignación!” —pensó Ribak—. Aunque con sesenta y siete años... ya ha vivido lo suyo. Pero yo tengo sólo veintiséis, y quisiera vivir un poco más en la tierra. No es tan terrible como desagradable eso de estar tendido bajo tierra en invierno, metido en una fosa helada...

¡No, hay que luchar!

¿Y qué resultaría si metiera en toda esta historia al responsable? ¿Y si se le presenta como agente de los guerrilleros, o, aunque no sea más, como cómplice, diciendo que no era la primera vez que prestaba ayuda al destacamento, dirigir las investigaciones por un camino falso? Empezarán a hacer investigaciones complementarias, se necesitarán nuevos testigos y pruebas; así pasará el tiempo. Seguramente, esto no aumentará mucho la culpa de Piotr ante los alemanes, pero a nosotros es muy posible que nos ayude.

Ensimismado en sus pensamientos, de pronto se estremeció ante algo inesperado: al lado oyó un ligero susurro de las pajas y alguna cosa viva y blanda le pasó corriendo por entre las botas. El responsable, en su rincón, movió la pierna con un gesto de repugnancia: “¡Una rata; mala peste os lleve!”, y en aquel momento Ribak vio la rata junto a la pared. Un ligero puñado de piel con una larga cola bordeó rápidamente el suelo y desapareció en un rincón oscuro.

— Las hay a montones —dijo Piotr— y no se asustan de la gente: corren como locas. Seguramente son todavía de tiempos de Itska. Antes había aquí una tienda. Itska vendía caramelos. Después abrieron el almacén de la aldea. ¡Cuántos cambios no habrá habido, pero las ratas siguen corriendo de un lado para otro!

— Las ratas ahora corren a sus anchas.

— Claro. ¿Quién las va a matar? El hombre anda a la caza del hombre, no tiene tiempo para ocuparse de las ratas. ¡Ay, Dios mío!...

No había hecho más que decir esto, cuando al otro lado de la puerta se sintieron unas pisadas, se oyó el conocido chirrido del cerrojo, y de repente les cegó la brillante luz del día invernal. Al resplandor de esta luz apareció en el umbral la delgada figura de Stas con el capote militar ajustado con un cinto y la carabina al hombro.

— ¿Dónde estás, bandido piojoso? Venga, al juez de instrucción.

El policía soltó una carcajada rápida y repulsiva y a Ribak se le encogieron las tripas. Sin duda se había puesto de pie con excesiva presteza obedeciendo a la llamada. Por su mente, con desatinada inquietud, cruzó la pregunta: ¿Dónde está Sótnikov? Pues antes, seguramente, deberían haber traído a Sótnikov, y ya después llamarle a él al interrogatorio. ¿O puede ser que hubieran matado ya a Sótnikov?

Se dirigió sumisamente hacia los peldaños y esperó, mientras Stas cerraba la puerta tras de sí, después, delante del centinela, corrió apresuradamente hacia arriba. Se movía casi mecánicamente, de manera inconsciente, sin darse cuenta de nada a su alrededor. Se sentía horriblemente mal. No, no era a causa del miedo: le deprimía su impotencia, la imposibilidad de recurrir a un método ya probado —a la fuerza— para defenderse como un soldado. La incapacidad de toda opción reducía al extremo sus posibilidades, la idea referente al responsable se quedó solamente en propósito, no la había llegado a pensar como era debido, no había decidido nada concreto y ahora iba al interrogatorio con el ánimo completamente abatido.

— Ahora te quitarás la zamarrita —le dijo Stas, golpeándole con fuerza en un hombro—. Verdaderamente, no está mal la zamarrita, ¡te lo juro! ¡Y las botas! Bueno, las botas me las cogeré yo. Pues es una lástima que esté estropeando éstas, ¿no te parece? —le dijo, en tono confidencial, estirando ante el detenido una pierna calzada con una buena bota de cuero. ¿Qué número gastas?

— El treinta y nueve —mintió Ribak, acortando el paso: después del hediondo calabozo, sentía deseos de respirar a gusto.

— ¡Mala peste te lleve; son pequeñas! ¡Así la espicharás! —de nuevo se enfureció el policía—. ¡Más largo el paso!

Temiendo un puñetazo, Ribak no intentó oponer resistencia y con paso rápido atravesó el porche, luego la puerta, un

pequeño corredor semioscuro, con un centinela hocicudo al lado de una pequeña mesita. Stas llamó respetuosamente con los nudillos en el marco de una puerta:

— ¿Se puede?

Como si fuera en sueños, presintiendo cómo ahora se iba a hundir definitivamente y a desmoronarse toda su vida, Ribak puso el pie en el umbral de la puerta y su mirada tropezó con una enorme estufa holandesa, que se levantaba en su camino como un presagio de mal agüero. Sus empinados costados pintados de negro y todo su aspecto funerario le recordaba el absurdo obelisco de una tumba. Tras una mesa junto a la ventana estaba de pie un hombre canijo, vestido con chaqueta; le esperaba. Ribak se detuvo en la puerta, pensando si sería aquél el policía-investigador del que le había hablado el responsable.

— ¿Apellido? —gritó aquel hombre.

Se veía claramente que estaba irritado por alguna cosa, su carucha aviejada se frunció con un gesto de mal humor y su mirada hosca tanteó ásperamente al detenido.

— Ribak —dijo éste, después de pensarlo.

— ¿Año de nacimiento?

— Novecientos dieciséis.

— ¿Dónde ha nacido?

— En las cercanías de Gómel.

El juez de instrucción se apartó de la ventana y se sentó en el sillón. Se mantenía reservado, enérgico, pero no tan terrible como le pareció a Ribak al principio.

— Siéntate.

Ribak dio tres pasos y se sentó cuidadosamente en la crujiente silla de rejilla que estaba frente a la mesa.

— ¿Quieres vivir?

Aquella extraña pregunta, por lo inesperada, aflojó algo la tensión; a Ribak incluso le pareció sentir en ella cierto deje de broma, y se movió un tanto confuso en la silla.

— Claro, ¿quién no quiere vivir? Naturalmente...

Sin embargo, el juez de instrucción, al parecer, estaba muy lejos de bromear, y continuó asaeteándole con preguntas con la misma presteza:

— Bueno. ¿Adónde iban?

La energía con que le hacía las preguntas, seguramente exigía el mismo ritmo en las respuestas, pero Ribak temía dejar escapar cualquier mala pasada del investigador y respondía con algún retraso.

— Ibamos a buscar víveres. Necesitábamos reponer las reservas —dijo, pensando al mismo tiempo: “¡Que se vaya al



diablo! ¿Quién no sabe que los guerrilleros también comen? ¿Qué secreto puede haber en esto?"

— Bueno, está bien. Lo comprobaremos. ¿Adónde iban?

Se veía cómo el juez de instrucción, tras la mesa, concentraba su atención, observando los menores cambios en el rostro del detenido. Ribak, sin embargo, se estiró sobre la rodilla el bajo de su zamarra, raspó con la mano una manchita que había en ella: trataba de responder pensando en lo que iba a decir.

— Pues, pues... Ibamos al caserío, pero nos encontramos con que estaba incendiado. Entonces nos fuimos adonde nos llevaron los pies.

— ¿Qué caserío era ése que estaba incendiado?

— Pues Kulgáev ¿o algo así se llama? El que está al otro lado del bosque.

— Cierto. Kulgáev ha sido incendiado. Lo incendiaron los alemanes. Y todos los vecinos de Kulgáev fueron fusilados.

"Gracias a Dios que no me ha cogido en mentira" —pensó Ribak con alivio.

— ¿Y cómo fueron a parar a Liasini?

— Pues, sencillamente. Se nos hizo de noche, y... entramos en casa del responsable.

— Bien, bien, comprendido —pensando en algo, calculó el juez de instrucción—. ¿Quiere decir que iban a casa del responsable?

— No, ¿por qué? Ibamos al caserío, ya se lo he dicho...

— Al caserío. Comprendido. ¿Y quién es el jefe de la banda? —preguntó de repente y se quedó inmóvil, observándole con toda atención, mientras clavaba en él una mirada escrutadora, que no dejaba escapar nada.

Ribak pensó que aquí ya podría mentir; que lo comprueben. Acaso Sótnikov...

— ¿El jefe del destacamento? Pues es, es... Dubovói.

— ¡¿Dubovói?! —el juez de instrucción se sorprendió.

Ribak se quedó mirándole fijamente a los ojos. Pero no para convencer al juez de instrucción de la veracidad de su mentira, lo que le importaba era comprender: ¿le creían o no?

— ¡Bribón! ¡Te has encontrado con Dubovói! Ya me lo imaginaba yo! En el otoño no le pescamos, y ahí tenemos el resultado...

Ribak no comprendía: ¿a quién se refiere? ¿Al responsable? ¿Pero, entonces? Por lo visto, aquí había confundido algo... Sin embargo, no había tiempo para pensar. Portnov continuó el interrogatorio a toda marcha:

— ¿Dónde está el destacamento?

— En el bosque.

A esta pregunta contestó sin el menor retardo y con cara inocente miró directamente a los fríos y sagaces ojos del juez de instrucción: que se convenza de su absoluta veracidad.

— ¿En Borkovski?

— Claro.

(Acaso son ellos tontos para permanecer en el bosque Borkovski, que, aunque grande, después de la voladura del puente de Islanka estaba rodeado por los cuatro costados. Ya era bastante con que se quedó allí el grupo de este Dubovói, los restos de su destacamento se desplazaron dieciséis kilómetros más allá, al pantano de Gorieli).

— ¿Cuántos hombres tiene el destacamento?

— Treinta.

— ¡Mientes! Tenemos noticias de que son más.

Ribak se sonrió con aire de indulgencia. Sentía necesidad de aparentar cierto desdén hacia la deficiente información del investigador.

— Tenía más. Pero ahora tiene treinta. Usted sabe, combates, pérdidas...

El juez de instrucción por primera vez durante el interrogatorio se removi6o satisfecho en el sillón:

— ¿Qué, os han desplumado nuestros chicos? ¡Eso está bien! Pronto no quedarán ni las plumas de todos vosotros.

Ribak guardó silencio. Su estado de ánimo se elevaba visiblemente: por lo visto, de Sótnikov había sacado poco; esto quería decir que podía contarles cuentos: que los comprueben. De nuevo le pareció que el juez de instrucción empezaba a suavizar su actitud hacia él, y Ribak pensó que debía reforzar esta disposición, pues todavía podía aprovecharla.

— ¡Bien! —el juez de instrucción se recostó en el sillón—. Y ahora dime, ¿quién de vosotros dos disparó por la noche? Los nuestros lo vieron, uno corrió y el otro empezó a disparar. ¿Tú?

— No, no fui yo —dijo Ribak, pero no con demasiada resolución.

No le parecía cómodo justificarse él, y con ello echarle toda la culpa a Sótnikov. Pero ¿qué iba a hacer; cargar él con toda la responsabilidad?

— ¿Entonces, fue el otro? ¿Sí?

Esta pregunta quedó sin respuesta. Ribak se limitó a pensar: “¡Ojalá reventaras, canalla! ¡Quieres pescarme con tus picardías!” Y en realidad, ¿qué podía responderle?

Pero Portnov tampoco insistió mucho.

— Bien, bien, comprendido. ¿Cómo se apellida?

— ¿Quién?

— Tu compañero.

¡El apellido! ¿Para qué le hacía falta ahora este apellido? Si Sótnikov no se lo había dicho, entonces tampoco conviene que se lo diga él. Seguramente había que mentir de alguna manera, pero a Ribak no se le ocurrió de pronto qué decir.

— No sé —dijo al fin—. No hace mucho que estoy en este destacamento...

— ¿No sabes? —le preguntó con ligero reproche Portnov—. ¿Y el responsable ese dices que se llama Sich? ¿Así le llamáis entre vosotros?

Ribak trató de recordar: le parecía que él ni siquiera había oído el apellido del responsable o su apodo.

— No sé. He oído que en la aldea le llamaban Piotr.

— Ah, Piotr.

Le pareció que este Portnov era un liante, pero en seguida se dio cuenta: lo que quería el juez de instrucción era liarle a él.

— Bien, bien. ¿Entonces, tú eres de dónde? ¿De Moguiliov?

— De las cercanías de Gómel —le corrigió pacientemente Ribak—. Distrito de Rechitski.

— ¿Apellido?

— ¿De quién?

— Tuyo.

— Ribak.

— ¿Dónde está el resto de la banda?

— En... En el bosque de Borkovski.

— ¿Cuántos kilómetros hay hasta allí?

— ¿Desde aquí?

— ¿De donde va a ser?

— No lo sé exactamente. Habrá unos dieciocho kilómetros.

— Justo. Los habrá. ¿Qué aldeas hay por las cercanías?

— ¿Aldeas? Degtiárnia, Uliánovka. Y también ésta, ¿cómo se llama...? Draguni.

Portnov echó una mirada a un papel que tenía delante.

— ¿Qué clase de relaciones teníais con esta... Avguinia Okun?

— ¿Diemchija? Le juro que ningunas. Simplemente, entramos para escondernos, bueno, y comer algo. En esto llegaron los muchachos de usted...

— ¡Y los muchachos cayeron como llovidos del cielo! ¡Bravos muchachos! ¿Así que dices que no teníais ninguna relación?

— Exactamente, ninguna. Avguinia no tiene nada que ver aquí.

El juez de instrucción se levantó animoso de la mesa, subiéndose con los codos los briches, que se le escurrían de la cintura.

— ¿Que no es culpable? ¿Pero os dio asilo? ¿Os ocultó en el desván? ¿Qué piensas, que no sabía ella a quién escondía? ¡Lo sabía perfectamente! Quiere decir que os ha ocultado. ¿Y por las leyes de tiempo de guerra, qué procede hacer en tal caso?

Ribak ya sabía cómo se castigaba esto por las leyes en tiempo de guerra, y por eso pensó que lo mejor sería ahora renunciar al infructuoso intento de disculpar a Diemchija. Era evidente que a cada intento suyo el juez de instrucción iba a reaccionar como un toro ante un trapo rojo, y resolvió no irritarle. No estaba él como para salvar a Diemchija, cuando él mismo no sabía cómo podría salvarse.

— ¡Bueno, está bien! —el juez de instrucción se acercó a la ventana y dio rápidamente una vuelta sobre los talones; tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón; la chaqueta desabrochada—. Todavía hemos de hablar. En general, tengo que reconocer que eres un muchacho con cabeza. Es posible que te conservemos la vida. ¿Qué, no lo crees? —el investigador se sonrió irónicamente—. Podemos hacerlo. Los Soviets son los que no podían. Nosotros podemos condenar, y podemos absolver. Según quién sea. ¿Has comprendido?

Portnov se acercó mucho a Ribak, y éste, dándose cuenta que el interrogatorio, seguramente, terminaba con esto, se levantó con respeto. El juez de instrucción le dio un golpecito en el hombro, y Ribak pensó que de buena gana ahogaría a aquel tipejo. Pero al pensar esto, casi, se asustó de esta idea absurda, y con afectada sumisión miró a los vivos ojos del policía, en los que se percibía la frialdad del jefe.

— ¡Pues bien! Tú nos lo vas a decir todo. ¡Sólo que lo comprobaremos, no creas! Si no mientes, te perdonaremos la vida, entrarás en la policía, servirás a la gran Alemania.

— ¿Yo? —exclamó incrédulo Ribak.

Le parecía que bajo sus pies se estremecía el suelo y que las paredes de aquel sórdido y sucio aposento se ensanchaban. A través de aquella momentánea confusión, sintió en sí claramente la libertad, la amplitud, incluso el ligero hálito del aire fresco en el campo.

— Sí, tú. ¿Qué, no estas de acuerdo? Puedes no contestar ahora mismo. Vete y piénsalo. Pero tenlo presente: lo uno o lo otro. ¡Gamaniuk!

Antes de que Ribak, pasmado, pudiera llegar a comprender qué iba a ocurrir más adelante, se abrió la puerta, y en el umbral apareció aquel mismo Stas.

— ¡Llévalo al sótano!

Stas, atónito, miró fijamente al investigador.

— Pero, si... Budila está esperando.

— ¡Al calabozo! —gritó el investigador—. ¿Qué te pasa, estás sordo?

Stas se estremeció.

— ¡Bueno, al sótano! ¡Pase, por favor!

Ribak salió de allí lo mismo que había entrado, por completo desconcertado, pero ahora, sin embargo, por otro motivo. Aunque no había comprendido todavía toda la complejidad de lo que había pasado, y aún de lo que le esperaba, ya ahora sentía con agudeza y alegría que iba a vivir. Sí, ante él se abría la posibilidad de vivir; eso era lo primordial. Lo demás vendría después.

— ¿Jo..., quiere decir que se aplaza? —le dijo Stas, tirándole de una manga de la zamarra, cuando salieron al patio.

— ¡Sí, se aplaza! —respondió con firmeza Ribak y por primera vez dirigió una mirada retadora al ufano rostro, sonriente y burlón del policía.

Stas soltó una carcajada enronquecida, que más parecía el balido de una cabra.

— ¡No te escaparás! ¡Me la tendrás que dar! Voluntariamente, pero a la fuerza. ¡Ya te sacaremos el mondongo!

“¿Es idiota o se lo hace?” —pensó Ribak. Pero ahora Stas no le preocupaba mucho: ahora tenía un defensor.

13

A Sótnikov le salvaba su debilidad: en cuanto Budila empezaba a torturarlo, perdía el conocimiento. Le echaban agua para reanimarlo, pero no por mucho tiempo, pues de nuevo caía en estado inconsciente: su cuerpo no reaccionaba ni a los correazos ni a las pinzas especiales de acero, con las que Budila le arrancaba las uñas. En vano le estuvieron atormentando así durante media hora, dos policías le sacaron a rastras del aposento y le tiraron en la celda donde estaba Piotr, el responsable.

Durante algún tiempo permaneció tendido en el suelo sobre la paja con la ropa mojada, con las muñecas ensangrentadas, gimiendo quedamente. Ora recobraba el conocimiento, ora volvía a perderlo. Cuando las pisadas de los policías al otro lado de la puerta dejaron de oírse, se le acercó Piotr, arrastrándose sobre las rodillas.

— ¡Ay, ay! No te había reconocido. ¡Cómo te han puesto!...

Sótnikov oyó cerca de él una nueva voz, que le parecía conocida, pero su atormentada conciencia no estaba ya en situación de restablecer en la memoria quién era aquella persona. Aunque, al parecer, aquella persona estaba bien dispuesta hacia él. Sótnikov lo sintió por el tono de la voz y pidió:

— ¡Agua!

El hombre —lo pudo oír— se levantó, y empezó a golpear en la puerta, no muy fuerte, pero con insistencia.

— ¡Diablos! ¡Nadie lo oye!

Aunque no se daba cuenta del todo, Sótnikov comprendió, sin embargo, que aquí no recibiría ayuda. Y no volvió a pedir más, hundiéndose en la inconsciencia y quedándose a solas con sus sufrimientos. No quería más que beber. Una densa y ardiente neblina lo envolvía todo alrededor, Sótnikov se arrastró largo tiempo entre esta niebla con las piernas entumecidas, hasta que vio en el patio un pozo de agua con un balde sujeto a una cadena. Con las manos también acorchadas, sin fuerza, hizo descender el balde al pozo, cuando de pronto de su fondo negro con bufidos terribles salieron a la desbandada un montón de gatos. Sótnikov no podía aguantar a los gatos, y casi asustado retrocedió del brocal, volviendo lentamente en sí.

Después, sin saber cómo, se encontró en una calle de la pequeña ciudad en la que vivía antes de la guerra y de pronto vio ante sí a Redkin, su antiguo ordenanza, que llevaba una sarta de cantimploras mojadas, rebosando de agua. Sótnikov cogió una de ellas, pero la cantimplora en sus manos se convirtió al instante en la bolsa de una careta antigás, y en la bolsa qué agua puede haber...

Después de algún tiempo, logró al fin una caldereta con agua y bebió largo tiempo con avidez. Pero aquel agua estaba calentona, era desagradable y no le calmaba la sed, solamente le llenaba el estómago. El líquido que ingirió no le trajo ningún alivio, únicamente le atormentó más, pues empezó a sentir náuseas. Era el mediodía, y el sol calentaba horriblemente en la pequeña trinchera donde él se encontraba, caía por todas partes una lluvia de arena candente revuelta con matojos espinosos resecos. Todavía no había saciado la sed, cuando oyó a su lado la voz del jefe de tiro, el coronel Lóguinov que gritaba: “¡Ritmo! ¡Ritmo!”. A Sótnikov esto le sorprendió y le intranquilizó al mismo tiempo: ¡Qué extraño!, ¿cómo había podido distraerse bebiendo agua durante el tiroteo? Se asustó, pensando que no lograría alcanzar el ritmo de la orden, que en lugar de los seis-diez segundos, pasaría seguramente del minuto.

Después estas visiones empezaron a esfumarse, su conciencia se pobló de cosas absurdas, a través de las cuales apenas se deslizaban algunas figuras extrañas, que aumentaban sus sufrimientos, ya sin esto insoportables...

Cuando Ribak volvió al calabozo, Sótnikov, como un cadáver, estaba tendido inmóvil sobre la paja, cubierto de pies a cabeza con el capote. Ribak se dejó caer al momento a su lado, levantó un poco el capote y le colocó en mejor postura un brazo. Los dedos destrozados de Sótnikov estaban pegados por la sangre coagulada, y se horrorizó al pensar que lo mismo podrían haber hecho con él. La primera vez se había librado. ¿Pero, qué ocurrirá mañana?

— Muchacho, éste... Hace falta agua... —le dijo Piotr desde el rincón a Stas cuando éste se disponía a cerrar la puerta.

— ¡Para ti yo no soy un muchacho, sino señor policía! —le advirtió Stas con aspereza.

— Bueno, pues policía. Perdone. Este hombre se está muriendo.

— Ese es el camino de un bandido. Y también el tuyo.

La puerta se cerró con un ruido enorme, y todo quedó de nuevo a oscuras; Piotr, dando un suspiro, se dejó caer sobre la paja en su rincón.

— ¡Fieras!

— ¡Ten cuidado! —dijo Ribak—. Pueden oírlo.

— Pues que lo oigan. Ya no hay nada que temer...

Se cerró también la puerta de fuera y los pasos del policía se fueron alejando por la escalera. Se hizo un silencio profundo, y pudo oírse cómo allá no lejos, en el sótano, lloraba alguien quedamente: breves sollozos, luego una pausa, seguramente era un niño o, posiblemente, una mujer. Sobre la paja, todavía desvanecido, Sótnikov continuaba susurrando algo.

— Sí-í, le han molido. ¿Sobrevivirá? —dijo Piotr.

Ribak pensó: "Seguramente no escapará con vida". Y de pronto le vino a la cabeza algo extraordinariamente preciso y feliz: si Sótnikov muere, entonces él, Ribak, tendrá muchas más posibilidades. Podrá decir lo que se le ocurra, no habrá aquí otros testigos.

Claro, él comprendía todo lo inhumano de este descubrimiento, pero por mucho que pensara, volvía invariablemente a la idea de que sería mejor para él, y también para el mismo Sótnikov, pues, después de todo lo que había sucedido, de todas maneras ya no iba a vivir. Pero él, Ribak, pudiera ser que

todavía consiguiera librarse, y entonces con toda seguridad les ajustaría las cuentas a estos canallas por su vida y por el miedo también. El no estaba dispuesto a descubrirles los secretos de los guerrilleros, ni mucho menos a entrar en la policía, aunque comprendía que evadirse, por lo visto, no iba a ser tan sencillo. Pero para él era muy importante ganar tiempo: todo dependería de cuántos días iba a ser capaz de resistir en aquel calabozo.

Sótnikov respiraba con dificultad, con un sonido ronco, gimiendo débilmente de vez en cuando, y Ribak pensó: no, no saldrá. Aquí, aún teniendo buena salud, no se puede aguantar mucho tiempo, ¡tanto más él!

— A ti, por lo que veo, te ha ido mejor —insinuó austeramente, pero con cierta intención, el viejo.

Estas palabras causaron desagradable impresión a Ribak: ¿qué le importaba al viejo? Pero respondió con tranquilidad:

— Lo mío todavía está por ver.

— Claro es, está por ver. Ellos no lo dejarán así.

Ribak miró con desagrado hacia el rincón: le hirieron en lo vivo aquellos presagios del viejo, que nadie le pedía: ¿de dónde sabía él si le iban a perdonar o no? El hacía sus cálculos teniendo en cuenta circunstancias muy particulares, en cuya benéfica fuerza apenas creía, y se esforzaba por meditarlo todo con el mayor detenimiento.

Pero, por lo visto, aquel lugar era poco apropiado para prolongadas reflexiones: apenas había logrado concentrarse en sus preocupaciones, cuando de nuevo se oyeron pasos en la escalera. Los pasos se detuvieron al lado de su celda, rechinaron los cerrojos, y en el umbral apareció el mismo Stas.

— ¡Toma el agua! ¡Vivo! ¡Y que mañana este bandido esté como una bayoneta! ¡Y tú, carcamal, en marcha, a ver a Budila!

Ribak ahogó en su corazón la inquietud que le había sobrecogido y tomó la caldereta con agua fría que el policía llevaba. Piotr, perplejo, miró fijamente desde su rincón a Stas.

— ¿No sabes para qué?

El policía, con franca alegría, relinchó:

— Lo sé: para jugar al burro. ¡Venga, vivo!

El viejo se incorporó pesadamente, levantó del suelo su larga zamarra y, doblando la cabeza, salió del calabozo. La pesada puerta se volvió a cerrar con el mismo ruido de antes.

Poniéndose de rodillas, Ribak empezó a zarandear a Sótnikov. Este, sin embargo, se limitó a gemir. Entonces, con una mano inclinó la caldereta y con la otra levantó la cabeza de Sótnikov y le echó un poquito de agua en la boca. Sótnikov se

estremeció, pero después apretó con avidez los labios al áspero borde y con gran dificultad bebió varios sorbos.

— ¿Quién eres?

— Soy yo. ¿Cómo te encuentras? ¿Mejor?

— ¿Ribak? ¡Uf, tú! Dame más.

Ribak le volvió a sostener la cabeza, y Sótnikov bebió otra vez, dando con los dientes en la caldereta, luego se dejó caer pesadamente sobre la paja.

— ¿Qué, te han torturado a su gusto? —preguntó Ribak.

— Sí, hermano, me han sacudido de lo lindo —dejó escapar apenas sin voz Sótnikov.

Ribak le estiró con cuidado el capote y se apoyó contra la pared, escuchando distraído la fatigosa respiración de su camarada, que, sin embargo, se iba haciendo poco a poco más regular.

— Bueno, ¿cómo te encuentras?

— Ahora bien. Mejor. ¿Y tú?

— ¿Qué?

— ¿Te han pegado?

Esta pregunta pilló de sorpresa a Ribak. No sabía cómo explicar en pocas palabras a su camarada por qué no le habían atormentado a él.

— No, no mucho.

Sótnikov cerró los ojos. Su rostro, demacrado, gris, cubierto de una barba hirsuta, apenas si se distinguía en la penumbra entre la paja. De su pecho seguía escapándose un ronco resuello. Entonces a Ribak le vino a la cabeza la idea de que mientras tuviese aquella posibilidad, había que aprovecharla para ponerse de acuerdo en relación con los interrogatorios que les esperaban.

— Escucha, me parece que les voy a hacer una jugarreta —susurró Ribak, inclinándose hacia su camarada. Este abrió los ojos sorprendido, las grandes escleróticas hundidas en las cuencas de los ojos brillaron débilmente al reflejarse en ellas la luz— Tenemos que decir, ante todo, que íbamos a buscar víveres. Como el caserío estaba incendiado, nos dirigimos a Liasini, y...

— No les diré nada —le interrumpió Sótnikov.

Ribak prestó atención para cerciorarse de que nadie les escuchaba, y le pareció que todo estaba tranquilo. Solamente se oían arriba voces y pasos, precisamente encima de su calabozo. Pero desde arriba no les podían oír a ellos.

— Bueno, déjate de tonterías. Hay que decir algo. Así es que..., escúchame. Nosotros somos del grupo de Dubovói, que ahora se encuentra en el bosque de Borkovski. Que lo comprueben.

A Sótnikov se le cortó la respiración:

— Pero Dubovói está allí de verdad.

— ¿Y qué?

Ribak empezaba a irritarse: ¡qué tío más cabezota! ¿Acaso se trata ahora de eso? Indiscutiblemente, Dubovói con el grupo estaba en el bosque de Borkovski, pero porque ellos digan el lugar donde se encuentran, eso no les va a perjudicar: los policías no llegarán hasta allí. Los restos de su destacamento están precisamente en un lugar menos seguro.

— ¡Pero tú óyeme! ¡Escucha lo que te digo! Si no les engañamos, si no les hacemos una jugarreta, dentro de un día o dos nos liquidarán. ¿Has comprendido? Hay que jugar un poco a que cedemos. No cortar por la fuerza.

Sótnikov, podía percibirse, como si se hubiera puesto en guardia, permanecía callado, conteniendo la respiración: al parecer, estaba rumiando algo.

— No saldrá nada —dijo al fin.

— ¿Cómo que no saldrá nada? ¿Entonces, qué va a pasar? Apencar con la muerte es lo más fácil de todo.

“Vaya un cabezota” —pensó Ribak. No esperaba de él una tozudez tan absurda. Claro, como él se encontraba ya con un pie en la tumba, no le importaba nada. No quiere ni pensar en qué hacer para no arrastrar tras de sí a su camarada.

— Escucha —después de corto silencio, susurró Ribak agitado—. Tenemos que engañarlos. ¿Sabes?, como al pez en el anzuelo. De otra manera, si atirantas, se rompe, y todo se ha perdido. Hay que fingir conformidad. ¿Sabes?, me propusieron entrar en la policía —así, como si fuera contra su deseo, dijo Ribak.

A Sótnikov le temblaron los párpados, los ojos le brillaron con una alarma esotérica.

— ¡Ah, sí! ¿Y qué, vas a correr a aceptarlo?

— No correré, no tengas miedo. Procuraré traficar con ellos.

— Mira, no te vayas a vender —replicó sarcásticamente Sótnikov entre dientes.

— ¿Entonces qué, que acaben con nosotros? —irritado gritó de pronto Ribak, luego se calló, refunfuñando para sí. Bueno, ¡que se vaya al diablo! Si no quiere, allá él; Ribak lucharía hasta el fin.

Sótnikov respiraba cada vez con mayor dificultad: debido a la excitación o a la enfermedad; intentaba toser, pero el pecho le crepitaba como una caldera, y Ribak se asustó: ¿estará muriéndose? Mas Sótnikov no se disponía a morir y, recobrando la respiración, dijo:

— Haces mal en meterte en la... porquería. Con eso no haces más que mancillar el honor del soldado rojo. Vivos no nos van a soltar.

— ¿Qué decirte? Si nos esforzamos por...

— ¿Para quién esforzarse? —sin poder contenerse, le gritó con rabia Sótnikov, ahogándose. Durante un minuto estuvo tosiendo desesperadamente, después respiró con fuerza y dijo a Ribak con voz decaída: — No te llaman a la policía para jugar a las cartas con ellos.

“Sin duda, que no para jugar a las cartas” —asintió para sí Ribak. Pero él se prestaba a este juego para salvar la vida: ¿no era esto acaso lo suficiente para jugar, aunque fuera a la desesperada? Allí, ya veremos, lo más importante es que no le maten, que no le atormenten en los interrogatorios. Lo principal es salir de aquella jaula, él no se permitiría hacer nada malo. ¿Acaso puede ser enemigo de los suyos?

— No temas —le dijo—. Yo también sé lo que me hago.

Sótnikov se rio con una corta risita forzada.

— ¡Iluso! ¿Con quién piensas medir tus fuerzas?

— ¡Ya lo verás!

— ¡Si esto es una máquina! ¡O te pones a su servicio o te triturarán! —pronunció entre dientes, ahogándose.

— ¡Les engañaré!

— ¡Inténtalo!

“No, está visto, no hay manera de ponerse de acuerdo con este descentrado —pensó Ribak—. Lo mismo que en vida, así es ante la muerte, para él está en primer lugar su torpe tozudez, sus principios, pero, en general, todo consiste en el carácter: así lo comprendía Ribak. ¿Pero quién no sabe que en este juego que se llama la vida gana con más frecuencia el más astuto? ¿Y cómo puede ser de otra manera? Verdaderamente, el fascismo es una máquina que ha aplastado bajo sus ruedas a medio mundo, ¿acaso se puede uno poner delante de ella, agitando las manos vacías? Será mucho más inteligente apartarse a un lado y meterle una tranca entre las ruedas. Que se atasque y patine, dando así la posibilidad de esfumarse sin ser visto, para ir en busca de los suyos.

Sótnikov guardó silencio, o puede ser, que hubiera caído otra vez en un estado de inconsciencia, y Ribak cesó de importunarle más con su conversación. Que haga lo que quiera; pero él, Ribak, se guiará por su propio saber y entender.

Se tendió de costado, encogió las piernas y se subió el cuello de la zamarra. Mientras tanto, no estaría mal dormir un poco, para tener la cabeza más despejada, pues dentro de poco, seguramente, ya no estará como para dormir. Sin embargo,

Ribak confiaba en su buena estrella y se fue convenciendo poco a poco de que sus relaciones con los policías marchaban por buen camino y este camino era el que debía seguir. Únicamente si Sótnikov, con su testarudez absurda, no le echaba a perder todos sus planes. Pero estaba visto que Sótnikov no duraría mucho. Era horrible y hasta odioso pensar en la cercana muerte de su camarada, pero no podía ser de otra manera. En la muerte de Sótnikov veía la única posibilidad para salir él de esta trampa.

Embebido en sus reflexiones, Ribak no se dio cuenta en seguida cómo algo viviente se había encaramado silenciosamente por su bota, después otra vez. Movi6 la pierna y de repente vio una rata: como un ovillo gris, corri6 hacia la pared y allí se quedó quieta; su cola delgadita y larga se extendía sobre la paja. Dando un respingo, Ribak golpe6 allí con el tac6n: la rata lanzó un agudo chillido y se escondió rápidamente en un rinc6n oscuro. Por el débil rumor que venía desde la paja, Ribak dedujo que la rata no estaba allí sola. Seguramente habría que tirarles algo, pero no tenía a mano nada a propósito, y Ribak, quitándose con presteza el gorro, lo lanzó al rinc6n oscuro.

Cuando dejó de oírse allí ruido, se arrastr6 a gatas para coger el gorro y de nuevo se recost6 de espaldas contra la pared. Pero ya no pudo dormirse, permaneci6 sentado, mirando con temor y repugnancia hacia el rinc6n de las ratas.

14

Piotr no volvi6 pronto, ya al atardecer, cuando la lobreuez en el calabozo era aún mayor, y por el ventano que había en lo alto apenas se percibía el tenue claror de la tarde helada. Tampoco cuando abrieron la puerta se not6 la claridad de antes. Con la blanca cabeza gacha, cruz6 el responsable el tranco de la puerta y luego se hundi6 en su sitio en el rinc6n.

El policía no se apresur6 a cerrar la puerta, y Ribak se apret6 dolorosamente contra la pared, como si quisiera desaparecer en la oscuridad de aquel inmundo calabozo. Se horroriz6 al pensar que acaso le llamaran por segunda vez, aunque comprendía que esto no dependía en absoluto del policía. Pero no llamaron a nadie más, la puerta al fin se cerr6, los cerrojos rechinaron seguros. El policía, sin embargo —esta vez era otro, no era Stas—, se dirigi6 no a la escalera: sus pasos resonaron por el pasillo en direcci6n contraria. En seguida, en la profundidad del s6tano se sintió el ruido de otros cerrojos, se oy6 una llamada con voz enronquecida y un corto sollozo femenino.

Esta vez llevaban a una mujer.

Cuando todo quedó de nuevo en silencio en el sótano, Ribak empezó a recobrar poco a poco el dominio de sí mismo. Bueno, la desgracia había pasado de largo por su lado por ahora, alcanzándole a otro, y esto, como siempre ocurre en la guerra, a pesar de todo, le tranquilizó. Como si esto le diera una posibilidad complementaria de escapar con vida.

Ribak no tenía el menor deseo de entrar en conversación con el responsable, al que, al parecer, no habían torturado mucho, en todo caso, no tanto como a Sótnikov. Pero la circunstancia de que no hubiera pronunciado ni una palabra y permaneciera apartado y silencioso en su rincón, intranquilizó a Ribak.

— ¿Qué tal? ¿Has escapado por ahora? —le preguntó Ribak, intencionadamente animoso.

Piotr, después de una breve pausa, contestó con tono nada alegre:

— No, ya no nos libramos. Mal andan nuestros asuntos.

— Peor no pueden andar —asintió Ribak.

El responsable se sonó la nariz, se atusó los bigotes con un gesto habitual y dijo como de pasada, sin dirigirse a nadie:

— Me han querido sonsacar para que dijera algo de vosotros. Me preguntaron sobre el destacamento y por alguna otra cosa más.

— ¿Ah, sí? —exclamó Ribak contrariado, recordando su reciente conversación con Sótnikov—. ¿Es decir, espiar?

— Algo de eso. He vivido sesenta y siete años, y a la vejez hacer tal cosa... No, yo no sirvo para eso.

A su lado, en la paja, temblando como asustado, se incorporó Sótnikov, apoyándose en los codos.

— ¿Quién es?

— Pues éste, el responsable de Liasini —contestó Ribak abatido.

Y la conversación no siguió. Ribak y Piotr, cada uno en su rincón, guardaron silencio. La luz mortecina del ventano apenas si se percibía bajo el techo, dividido con precisión por la reja en cuatro cuadrados. En el calabozo reinaba la oscuridad. Ninguno tenía ganas de hablar y cada uno permanecía sumido en sus pensamientos, que estaban muy lejos de ser alegres.

Entonces de nuevo se sintieron pisadas en los peldaños, y oyeron abrir la puerta de fuera; inesperadamente descorrieron con ruido los cerrojos de su calabozo. Todos se pusieron alerta, intranquilos por la misma idea que brotaba en su mente en tales casos: ¿por quién vienen? Sin embargo, tampoco ahora, por lo visto, se disponían llevarse a nadie, por el contrario, traían a alguien al calabozo.

— ¡Venga! ¡Entra!

Alguien invisible en la oscuridad casi sin hacer ruido se deslizó por la puerta y se detuvo junto al umbral, al lado mismo de los pies de Ribak. Cuando la puerta se cerró de golpe, y el policía, silbando, echó el cerrojo, Ribak preguntó:

— ¿Quién está ahí?

— Yo.

La voz era infantil; esto lo comprendieron al instante. La pequeña figura del nuevo encarcelado se acurrucó junto a la puerta y guardó silencio.

— ¿Y quién es yo? ¿Cómo te llamas?

— Basia.

“¿Basia? ¿Quién será esa Basia? Parece un nombre hebreo, ¿pero, de dónde ha salido? —se sorprendió Ribak. A todos los hebreos del lugar los habían liquidado ya en otoño, al parecer no había quedado ninguno en ninguna parte; ¿cómo resultaba ahora ésta aquí? ¿Y por qué la habían traído al calabozo con ellos, y no donde estaba Diemchija?”

— ¿De dónde eres? —preguntó Ribak.

La muchacha callaba. Entonces él le preguntó otra cosa.

— ¿Cuántos años tienes?

— Trece.

En el rincón, respirando con dificultad, se revolvió Piotr.

— Es la hija del zapatero Meer. ¿Te han interrogado?

— Sí—en voz baja dijo la niña.

— Entonces mataron a los Meer junto con todos. Pero... se ve la hija es la única que se salvó. ¿Qué vamos hacer ahora contigo, Basia? —y Piotr suspiró de nuevo con pesadumbre.

Ribak perdió al instante interés por la muchacha, preocupado por otra cosa: ¿por qué la habían traído con ellos? En el sótano había, sin duda, otro lugar, no lejos de allí estaban encerradas las mujeres, ¿por qué habían traído a la muchacha con los hombres? ¿Qué significaba aquello?

— ¿Qué querían sacar de ti? —preguntó en voz baja Piotr a Basia, después de un corto silencio.

— Que dijera dónde había estado escondida.

— ¡Ah, ah! ¡Mira por dónde van! Bueno, bueno... Ya sabemos. ¿Y tú no se lo has dicho?

Basia enmudeció, por lo visto muerta de miedo, callaba.

— Pues no lo digas —aseveró unos instantes después el responsable—. No debes decirlo. Conmigo, de todas maneras, todo ha terminado, pero de los otros no digas nada. Aunque te peguen. ¿O te han pegado ya?

En lugar de respuesta, se oyó un sollozo en el rincón, al que siguió un llanto contenido, doloroso. Fue corto, pero rebosaba de él una desesperación infantil tan sincera, que conmovió a

todos los que se hallaban en el calabozo. Hasta se podía sentir cómo Sótnikov, tendido en la paja, contenía con cuidado la respiración.

— ¡Ribak!

— Aquí estoy.

— Ahí había agua.

— ¿Qué, quieres beber?

— ¡Dale agua a la niña! ¿Qué haces que no te mueves?

Buscando a tientas junto a la pared la caldereta con agua, Ribak se acercó a la muchacha.

— ¡No llores! Toma, bebe.

Basia bebió un poco y, tranquilizándose algo, se quedó callada junto a la puerta.

— Ven aquí —la llamó Piotr—. Aquí hay sitio. Así estaremos sentados. Recuéstate en la pared.

La niña se levantó sin decir palabra y echó a andar silenciosamente en la oscuridad con los pies descalzos, acercándose adonde estaba el viejo. Este se hizo a un lado para dejarle sitio junto a él.

— ¡Sí-sí! ¡Nos pescaron! ¿Y qué harán con nosotros?

Ribak guardaba silencio, sin ganas de entrar en conversación. Sótnikov, a su lado, gemía débilmente. Esperaban. Toda su atención estaba concentrada en los peldaños: por allí les vendría la desgracia.

Y, efectivamente, no tuvieron que esperar mucho.

Un cuarto de hora después oyeron en el patio una voz sañuda: “¡Anda, anda, carroña!” —y una respuesta no menos violenta: “¡Ojalá te empujaran a ti así al infierno, maldito!”

“¡Venga, muévete! ¿Quieres que te empuje yo?” —chilló una voz de hombre. Luego se sintieron pisadas en los peldaños, y de nuevo juramentos; no cabía duda: traían a Diemchija del interrogatorio.

No sabían por qué, pero a ella tampoco la llevaron al calabozo de donde la habían sacado: los policías se pararon delante de la puerta de ellos, resonaron los cerrojos, y el mismo Stas, tan bien conocido por ellos, dio un fuerte empujón a Diemchija y la hizo entrar. La mujer tropezó, se cayó sobre las piernas de Ribak y empezó a gritar en la oscuridad:

— ¿Dónde me empujas, maldito? ¡Si aquí están los hombres! ¡Ay, Dios mío!...

— ¡Vamos, venga! ¡Quién diablos te va a tocar! —gritó Stas—. Hasta la mañana aguantarás.

— ¿Y por la mañana qué va a pasar? —preguntó de pronto Ribak, pues le pareció percibir cierta insinuación en las palabras del policía.

Stas ya había cerrado la puerta, pero la volvió a abrir y gritó con voz destemplada en el calabozo:

— ¡Por la mañana todos estaréis ya listos! ¿Entendido?

“¿Listos? ¿Cómo listos?” —resonó de modo alarmante en la turbada conciencia de Ribak. Pero el sentido terrible de aquella corta palabra era demasiado preciso para dudar de él mucho tiempo. Y esta precisión le golpeó como un mazazo sobre la cabeza.

¡Quiere decir, que mañana será el fin!

Casi sin darse cuenta, Ribak recogió mecánicamente las piernas, para que pudiera colocarse mejor la mujer que estaba junto a la puerta. Diemchija no hacía más que sollozar y sonarse las narices, después empezó a suspirar y se fue tranquilizando. Durante unos minutos todos permanecieron callados, al poco, Piotr, desde su rincón, dijo con tono reflexivo:

— Qué le vamos a hacer, si nos han pillado. Hay que tener paciencia. ¿De dónde eres tú, mujer?

— ¿Yo? De Poddubie. ¿No sé si usted lo conoce?

— Lo conozco, claro es. ¿De qué familia?

— Soy la mujer de Diemka* Okun.

Esforzándose por apartarse de alguna manera de los malos presentimientos, Ribak junto a la pared empezó a escuchar a Diemchija. No quería hablar para no descubrirse, tanto más que Diemchija es posible que no le hubiera reconocido en la oscuridad. Ya conocían su carácter huraño, y ahora, en la situación en que se encontraban, Ribak pensó que esta mujer podría armarles un escándalo allí, pues tenía razón para ello. Pero Diemchija se fue tranquilizando poco a poco, y se sonó otra vez las narices. Su voz se había ido calmando, adquirió su tono natural, como cuando había hablado con ellos en la aldea.

— Sí-sí —suspiró Piotr, preocupado—. Y Diemián en el ejército...

— Bueno, Diemka en alguna parte estará pasando sus penas. Y aquí se están mofando de mí. ¡Me detuvieron sin más ni más! ¿Con quién han dejado a mis hijitos? ¿Y qué harán ellos ahora sin mí? ¡Ay, hijitos míos de mi alma!...

En cuanto terminó de hablar, empezó a llorar de nuevo, y ahora ya nadie la consolaba, nadie la tranquilizaba: no estaban para eso. En el calabozo continuaban resonando las siniestras palabras de Stas, les oprimían, les alarmaban, les obligaban a todos a sufrir terriblemente, a excepción, seguramente, del responsable, que seguía manteniéndose aparentemente tranquilo y razonador. En esto, Diemchija, de modo inesperado,

* Diminutivo de Demián. (N. de la Edit.)

como si lo hubiera llorado todo, dio un suspiro y ya más tranquila observó:

— ¡Pero qué gentes! ¡Como fieras! ¡Hay que ver en qué diablo se ha convertido ese Pavka!

— ¿Quién, Portnov? —dijo Piotr, siguiendo la conversación.

— Sí, ése. Me acuerdo de él cuando era mozo, entonces le llamaban Pavka. Después estudió para maestro. Su madre vivía en la aldea, y él venía todos los veranos a beber leche y a hartarse de manzanas. Entonces lo veía con frecuencia. Era tan atento: a todos les saludaba dándoles los buenos días, y a los hombres les daba la mano.

— Conozco a Portnov, cómo no —dijo Piotr—. Andaba por las aldeas haciendo propaganda contra Dios. Y lo hacía tan bien...

— Era un arrastrado. Yahora es un arrastrado. Sólo que no todos lo saben. ¡Y aparenta ser culto!

— ¿Y ese policía también es de vuestro lugar?

— ¿Quién, Stas? ¡Nuestro! Es el hijo menor de Filipp. Estuvo encarcelado por tomar parte en una riña en la que aparecieron las navajas, y llegó en los primeros días cuando se armó esto. ¡Y lo que empezó a hacer: horror! En el lugar se lanzó contra los hebreos. Dicen que se dedicó a matarlos. ¡Quién sabe las cosas de valor que se llevó! Toda su casa la llenó. Y ahora ha llegado hasta nosotros, los cristianos.

— Así es —asintió Piotr—. Empezaron con los hebreos, y mira, terminarán con nosotros.

— ¡Ojalá colgasen de un chopo a estos degenerados!

— Yo todo el tiempo pienso —dijo el responsable, removiéndose intranquilo—, se explica que lo hagan los alemanes. Ya se sabe, son fascistas, personas ajenas, ¿qué se puede esperar de ellos? ¿Pero a los nuestros que están con ellos? ¿Cómo se les puede comprender? Vivían, comían, miraban a la gente a la cara, y ahora han empuñado el fusil y están dispuestos a disparar. ¡Y disparan! A cuántos han matado ya...

— Como ése, ¿cómo se llama?... ¡Vuestro Budila! —recordó Ribak, sin poder contenerse.

— Hay de sobra. Y Budila, y no pocos como él. De nuestro lugar y el diablo sabe de dónde. Aficionados a robar. Qué le vas a hacer, ahora tienen plena libertad —dijo el responsable de Liasini, razonando con voz sorda.

Acordándose de pronto, Diemchija le interrumpió:

— Dicen que ese Jodorónok de ellos, al que hirieron anoche, ha estirado la pata. ¡Oh, así reventaran todos; toda esta chusma!

— Todos no van a reventar —suspiró Piotr—. Pero puede ser que los nuestros les hagan morder el polvo.

Sótnikov se removió sobre la paja, respirando fatigosamente, y de nuevo intentó incorporarse.

— ¿Hace mucho que piensa usted así? —preguntó con voz enronquecida.

— ¿Y qué vamos a pensar, hijito? Para todos está claro.

— ¿Dice que está claro? ¿Por qué, entonces, consintió usted ser responsable?

Se hizo un silencio embarazoso, todos quedaron callados, sobresaltados por aquella pregunta que apuntaba lejos. Pero al fin, Piotr, venciendo algo dentro de sí, rompió a hablar de pronto con voz temblorosa:

— ¡Consentí! Si supiérais... No es como para hablar aquí. Aunque ya ahora... Me zafé cuanto pude. No comparecí en el distrito. ¿Acaso soy tonto; es que no comprendo, o qué? Y una vez, por la noche, vinieron a llamar a mi ventana. Abro, miro: allí estaba el que fue secretario de nuestro distrito, el jefe de las milicias y dos más, armados. El secretario me conocía, un día, en tiempos de la colectivización, le llevé en mi carreta después de terminar la reunión. Bueno, palabra por palabra, me dice: “Hemos oído que tienen intención de hacerte responsable; tú acepta. Si no aceptas tú, nombrarán a Budila, y eso sí que estaría mal”. Y acepté. Cargando con toda la responsabilidad.

— Sí-sí —dijo Ribak, con tono impreciso.

— Durante medio año me revolví entre dos fuegos. Hasta que tropecé. ¿Y qué hacer ahora? Habrá que morir.

— Morir no es cosa difícil —refunfuñó Ribak, queriendo poner fin a aquella conversación nada agradable para él.

Lo que el responsable contó acerca de sí no fue ninguna sorpresa para Ribak: ya después del interrogatorio de Portnov, empezó a figurarse algo. Pero ahora estaba por completo absorbido por sus preocupaciones y lo que más temía era que alguno de sus planes dichos en el calabozo fuera a llegar a oídos de la policía y pudiera romperse el último hilo de sus esperanzas.

Sótnikov, mientras tanto, con los ojos abiertos, seguía tendido sobre la paja sin despegar los labios. Había recobrado el conocimiento, pero se sentía muy mal: la pierna le dolía horriblemente desde el pie hasta la cadera, le ardían los dedos de las manos, en el pecho le quemaba todo. Comprendía que el responsable había dicho la verdad, pero con esta verdad la situación no mejoraba. De pronto Sótnikov se sintió dominado por el sentimiento de que había cometido un error absurdo en relación con Piotr. ¿Pero, quién tenía la culpa de ello? Se repetía

lo que había ocurrido con Diemchija, que aparecía ante ellos como un reproche vivo de su imperdonable imprevisión. Escuchando ahora casi con miedo las palabras de la mujer, Sótnikov esperaba que ésta iba a empezar a denostarles con los peores insultos, y no sabía cómo iba a poder replicarla. Pero el tiempo pasaba, y ella descargaba toda su indignación sobre los policías y los alemanes: a él y a Ribak ni siquiera los recordaba, como si ellos no tuvieran en absoluto nada que ver con su desgracia. A la taimada insinuación de Stas ella tampoco había reaccionado: puede ser que no hubiese comprendido su sentido, o acaso que no hubiera prestado atención.

Hay que decir que aquella insinuación produjo terrible impresión incluso en Sótnikov, que estaba preparado para todo. No podía comprender si el policía simplemente les asustaba, o en realidad habían decidido terminar, de una vez, con todos. ¿Pero sería posible que no les bastara con dos muertes: ¿la suya y la de Ribak? ¿Qué sentido tenía privar de la vida a esta desgraciada Diemchija y al desdichado responsable y a la niña? Parece increíble, pero, por lo visto, va a ser así, pensó Sótnikov. El escorpión tiene que picar, de otra manera, dejaría de ser escorpión. Por eso, seguramente, les habían metido a todos en el mismo calabozo. La cámara de los condenados a muerte.

15

Sin darse él mismo cuenta, Ribak, rendido, se quedó adormecido en la misma postura en que estaba, encogido junto a la pared. Aunque, en realidad, no se podría decir que estuviera dormido: más bien fue un desvanecimiento durante una hora o así a causa del cansancio. Sin embargo, la inquietud le despertó en seguida y abrió los ojos, sin comprender en el primer momento dónde se hallaba. A su lado, en la oscuridad, se oía una conversación en voz apagada, se oía la ya conocida voz infantil, y en seguida se acordó de Basia. De vez en cuando la interrumpía el susurro de una voz de viejo: era Piotr que interponía algunas palabras. Ribak prestó oído a aquella callada conversación en la noche, que le recordaba el murmullo del viento entre un techado de paja.

— Al principio quería correr tras ellos, cuando les llevaron. Salté la cerca, pero la tía Praskovia me llamó con la mano: “No te vayas de ninguna manera —me dijo— escóndete”. Entonces volví para atrás, hacia los huertos, y me escondí bajo unos matorrales. ¿Seguramente se acordará usted: unos matorrales grandes que hay cuando terminan los huertos, junto al río? Unos matorrales muy espesos. A dos pasos había una veredita

que llevaba a la pasarela: allí, escondida en silencio, sin mover ni un dedo, no se me podía ver de ninguna manera. Bueno, me metí allí, me acurriqué entre las hojas secas y me dispuse a esperar. Pensé: cuando madre vuelva, me llamará, y en cuanto lo oiga, echaré a correr. Esperé, esperé, pero nadie me llamaba. Empezó a oscurecer, y sentí miedo. Todo el tiempo me parecía que algo se movía, se escondía, o que se ponía de pie y escuchaba. Pensé: ¡Es un lobo! ¡Tenía un miedo terrible a los lobos! Y no pude dormir ni un segundo. Cuando empezó a amanecer, dormí un poco. Apenas me desperté, sentí hambre. Pero me daba miedo salir de debajo de los matorrales. En la calle se sentía ajeteo, pasaban unas carretas, sacaban todo de las casas y se lo llevaban. Y así esperé y esperé. Pasó todo un día y otra noche. Ya no recuerdo cuántas pasaron. Por la veredita, cuando iban al río las mujeres para aclarar la ropa, podía ver sus piernas a través de las hojas. Todas pasaban de largo. Y yo tenía tanta hambre que ya no podía salir de allí. Estaba sentada, llorando bajito. Una vez alguien se paró junto a los matorrales. Me quedé como muerta, tendida inmóvil, sin respirar. Entonces oí que decían muy bajito: "¡Basia, Basia!" Miro y veo a la tía Praskovia que se agachaba...

— Tú no digas quién era. No nos hace falta saberlo todo —la interrumpió tranquilamente Piotr.

— Bueno, la tía estaba sola y me dio un atadico en el que había pan y un poquito de tocino. En cuanto lo cogí, me lo comí todo de una sentada. Sólo me quedó una cortecita de pan. Después me entró un dolor de tripas terrible... me dolía tanto que hasta quería morirme. Llamaba a mamá, a Dios: quería morirme.

Ribak, acurrucado junto a la pared, se encogió transido de frío: aquello sonaba en su oído como algo habitual y conocido, como si en vez de una niña de trece años estuviera hablando una vieja. Y en el acto el relato de la muchacha le trajo a la memoria el recuerdo de una abuela de noventa años de una aldea, bordeada a un lado por un bosque. y de otro lado, por la línea del ferrocarril. Ellos salieron del bosque para saber algo de los alemanes, descansar un rato en un lugar más caliente y, claro es, comer algo. En una isba algo apartada no encontraron a nadie, a excepción de una vieja sorda que, olvidada de Dios, estaba sentada en lo alto del horno, con los pies descalzos colgando. En tanto fumaban, la vieja, con voz cansada imploraba a Dios que le trajera la muerte y no la atormentara más alargándole la vida, que no le hacía falta a nadie. Habiéndose quedado sola y sin parientes ya después de la otra guerra, se había hecho a vivir con una familia ajena, apenas conocida, a la que hacía falta una



persona que cuidara de los niños y echara una mirada a la casa. Por lo visto, los dueños calcularon que la vieja viviría todavía unos cinco años, mientras tanto, sus hijos irían creciendo y a ella le llegaría la hora y la llevarían al cementerio. Pero esta hora no llegó ni al cabo de cinco años, ni de quince, y la vieja siguió allí con aquellas personas extrañas. En este tiempo los niños crecieron, el amo de la casa murió en la guerra de Finlandia y el ama apenas si tenía para ir tirando: ¿qué le podía importar a ella aquella vieja decrepita y ajena? Pero la muerte no llegaba... Al despedirse, Ribak le dijo bromeando que deseaba que terminara cuanto antes su vida en este mundo, y ella se lo agradeció sinceramente, pidiendo siempre a Dios la misma cosa. Y ahora se encontraba otra vez con lo mismo. Pero se trataba de una niña.

¡Qué cosas ocurren en el mundo!

— Después ya me sentí mejor. Una vez, por la mañana, pasé un susto tremendo. Acababa de quedarme medio dormida, cuando me di cuenta de que un animal venía escondiéndose por

la orilla bajo el matorral. Era un gato. Un gato gris enorme, del lugar, seguramente había quedado abandonado y buscaba algo que comer. Atrapaba los peces. Sabe, se quedaba quieto en la orilla, miraba al agua sin apartar los ojos y después —¡zas!—, daba el salto. Salía todo chorreando, pero entre los dientes llevaba un pez. ¡Oy, pensé, si yo tuviera esa misma maña! Intenté quitarle el pez, pero no me dio tiempo: el gato salió corriendo y se metió bajo otro matorral, allí se comió el pez y no dejó ni las raspas. Pero después nos hicimos amigos. Venía de día, se metía en el matorral, se tendía a mi lado y empezaba a ronronear. Yo le acariciaba y dormía un poquito. ¡Y qué oído tenía! En cuanto notaba alguna cosa cerca, en seguida se le erizaba el lomo, y yo ya sabía: hay que estar en guardia. Cuando el hambre me apretaba mucho, iba a escondidas de noche al huerto más próximo. A Krivói Zalman todavía le quedaban pepinos en el huerto, los que había dejado para simiente, y zanahorias. Pero el gato no comía las zanahorias. ¡Qué lástima me daba de él!...

— Que hubiera cazado ratones —replicó Diemchija en la oscuridad—. En Poddubie, vivían unos que tenían un gato que hasta traía conejos a casa. De verdad, no miento. Una vez atrapó una liebre, que era tan grande que no pudo subirla al desván, por lo visto, no tuvo fuerzas. Por la mañana temprano sale Zmíter y ve que en un rincón había una liebre.

— Seguramente sería porque tenía gatitos —supuso Piotr.

— Sí, gatitos.

— Claro, se comprende. Se esforzaba para llevar comida a sus gatitos. Como una madre... ¿Y después, qué hiciste?

— Pues, continué allí escondida —dijo en voz baja y confiada Basia—. La mujer... Bueno, aquella que... me trajo pan varias veces. Después comenzó a hacer mucho frío y a llover, empezaron a caer las hojas de los árboles. Una vez, por la mañana temprano, me vio un hombre. No me dijo nada y pasó de largo. Yo me asusté tanto que estuve temblando casi hasta la noche. Por la tarde, cuando empezó a llover, salí del escondite y anduve vagando por los rincones, ya al amanecer me metí en un secadero, y allí estuve tres días. Allí se estaba bien, estaba seco, pero empezaron los registros. Buscaban no sé qué centeno, y por poco me descubren. Entonces me metí en un cobertizo, allí había cerdos. Y yo allí, con ellos. La noche la pasaba entre una cerda y un gorrino, allí dormía. La cerda era tranquila, pero el gorrino, ¡mala peste le lleve; cómo mordía!..

— ¡Ay, señor! ¡Pobrecilla, cuántas penas y fatigas! —suspiró Diemchija.

— No. Allí se estaba calentito.
— ¿Y con la comida, qué? ¿O te la traía alguien?
— Nadie sabía que yo estaba allí. Pero comía... Allí, en el dornajo, rebuscaba algo...

— ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡A qué situación llevan a la gente! ¿Y los dueños no se dieron cuenta?

— Claro que se dieron cuenta. Una vez me quedé dormida más tiempo de la cuenta: ya había nieve. Me levanté de un salto con la idea de atravesar corriendo la calle: allí había una casa abandonada, y allí me escondía. Pero no había hecho más que cruzar la calle, cuando miro, y veo que en la puerta hay un hombre y me está mirando. Me escondí detrás de un arce. Era un arce así de gordo...

— ¿Oy, seguramente el que hay enfrente de la farmacia? —supuso Diemchija—. Ah, sí, allí vivía Ignalia Supron...

— ¿Y a ti qué te importa? —la interrumpió con acritud Piotr—. ¿Qué importa quién vivía allí; no es lo mismo? ¿Para qué preguntar?

Diemchija, al parecer, se ofendió.

— Lo he dicho por decir. ¿Y si lo he dicho, qué pasa?

— ¡Nada! Y después que... ¿Pero ya, para qué ocultarlo? de todos modos... En el mundo no faltan personas buenas: a Basia me la trajeron a mí, a la aldea. Y estuvo bien pensado: en casa del responsable no la van a buscar. Pero por aquella maldita oveja hemos caído los dos: a mí me sacaron de detrás del horno y a Basia la sacaron de debajo del suelo...

Ribak ni siquiera se sorprendió por esto, se limitó a pensar: eso quiere decir que la había escondido mal. Si la hubiese ocultado bien, no la habrían encontrado. ¿Pero, a qué viene a contar aquí estas cosas? ¿Quién no sabe que a veces las paredes tienen oídos? ¡Pero bueno, que se vayan al diablo! ¿Qué le importaban a él todos ellos? Además, seguramente, era ya tarde para que cualquiera de ellos pudiera ocultar alguna cosa, para prevenirse de algo. Si Stas había dicho la verdad, a todos les esperaba mañana la muerte.

En el calabozo se produjo un silencio agobiador, expectante, que al poco interrumpió Basia.

— Debajo del suelo yo estaba bien: la tía Arina me puso heno. Yo oí cuando entraron unos hombres. Pero los hombres salieron, y no había hecho más que quedarme dormida cuando oigo gritos y juramentos. ¡Los policías... ¡Ay-ay!

El grito de miedo de Basia obligó a Piotr a levantarse, y Ribak pensó: ¡las ratas! Se han hecho tan atrevidas o tienen tanta hambre, que ya ni tienen miedo a la gente. El viejo golpeó varias veces con el pie en el rincón. Basia, de un salto, se colocó

en medio del calabozo, tapando con su cuerpo el cuadrado de luz del ventano. Estaba toda temblando del susto.

— Incluso muerden. A mí me mordieron las piernas. Les tengo un miedo horrible. ¡Abuelo!...

— Pero, mujer, no les tengas miedo. ¿Qué pueden hacer las ratas? No son tan terribles. ¿Te muerden, y qué? ¡Vaya una cosa! Vente aquí, a mi rincón, siéntate. Y yo estaré ahí... ¡Ya, ya les daré yo!...

Dio todavía algunas patadas. Se revolvió en el rincón y se sentó. Basia se arrebujó en el sitio del viejo con abundante paja. Sótnikov, al parecer, dormía. Enfrente estaba Diemchija, que ora suspiraba, ora sorbía por la nariz.

— Bueno y qué... ¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Piotr en la oscuridad, y él mismo se contestó: — Ya no podemos hacer nada. Ten paciencia. No queda mucho.

Se hizo silencio. Ribak estiró las piernas con mayor libertad, quería dormir un poco, pero el sueño ya no venía.

Ante él tenía una sima.

El lo comprendió así con toda claridad particularmente ahora, por la noche, en este minuto de silencio, y pensó que no se podía hacer nada. Siempre y en todas partes se las ingenió para encontrar alguna salida, pero ahora no. Ahora no había salida. El miedo empezó a apoderarse de él poco a poco, como en aquella memorable peripecia que le ocurrió en su infancia, cuando salvó a las chicas y al caballo. Pero en aquella ocasión el miedo le vino más tarde: en el momento de peligro Kolia Ribak obró más por instinto que por raciocinio, y puede ser que esto lo decidiera todo. Por otra parte, esto había ocurrido hacía mucho tiempo, todavía antes de que existieran los koljoses, en la época de su infancia en la aldea. ¿Por qué recordaba ahora esto? Pero el caso es que lo recordaba, en contra de su deseo; por lo visto, aquel caso lejano tenía cierta relación aún indiscernible con su situación actual.

Vivían en la aldea, ni peor ni mejor que otros, se consideraban campesinos medios. El padre tenía un buen plantado caballo bayo, joven y tesonero, verdad que un poco fogoso, pero Kolia se las entendía bien con él. En la aldea los muchachos empezaban a trabajar en las labores campesinas desde corta edad; con sus doce años aún no cumplidos. Kolia había probado ya a segar, a labrar las tierras, a rastrillar.

Aquel día llevaban las gavillas desde el campo.

Conocía el camino hasta en sus menores detalles. Recordaba casi con los ojos cerrados dónde debía desviarse un poquito a un lado, dónde seguir por las rodadas, dónde bordear mejor un bache profundo lleno de agua en una vaguada. El sitio más

peligroso de este camino era la loma de Kuptsov —una ladera, una revuelta y un barranco estrecho bajo un escarpe abrupto—, allí había que ir con mucho ojo. Pero todo había salido bien. El padre había recogido las últimas gavillas al final del campo y, por lo visto, cargó el carro demasiado: apenas si había alcanzado la cuerda para sujetar la carga. Además, se sentaron encima su hermanita Mania, que tenía siete años, y Liuba, la hija de una vecina.

Todo el camino se balanceaban de un lado para otro, él iba con cuidado, sentado en lo alto del carro, conduciendo como siempre con seguridad el caballo. Dejaron atrás la loma de Kuptsov, y entró en la vaguada. En este momento algo ocurrió con los arreos, el caballo no pudo resistir, el carro se levantó del lado izquierdo y empezó a inclinarse hacia la derecha. Kolia miró desde lo alto y saltó de la carreta.

Dándose perfecta cuenta de lo que iba a ocurrir, sin pensarlo un momento, se lanzó como una flecha para levantar la pesada carreta, arrojando su débil hombro todavía infantil. La carga era enorme, en otras circunstancias seguramente no lo hubiera podido resistir, pero en este momento resistió. Las chiquillas se tiraron del carro, sobre él cayeron las gavillas, pero el caballo, no se sabe cómo, se hizo con el carro y volvió las varas hacia el otro lado de la amenazadora pendiente del barranco.

Después, en la aldea le alabaron mucho, y él mismo estaba contento de su hazaña —a pesar de todo, había salvado a las chiquillas, al caballo y a él mismo de un grave peligro—, y empezó a pensar entonces que él no hubiera podido obrar de otra manera. Y, además, Kolias se convenció de que él era una persona audaz. Lo más importante había sido, naturalmente, que no se desconcertó y no tuvo miedo.

Y ahora veía otra vez ante sí el mismo precipicio.

Solamente que aquí no bastaba con no desconcertarse, y ninguna audacia le ayudaría, aquí hacía falta otra cosa que, evidentemente, no tenía. Aquí estaba atado de pies y manos, y a lo que se ve, ya no podía hacer nada.

¿Pero, sería posible que el juez de instrucción mintiera cuando le hizo cierto ofrecimiento, e incluso parecía que quería convencerle? Sin duda, Ribak había hecho mal en no dar su acuerdo en el acto: seguramente mañana sería ya tarde. Aunque, claro es, se comprende. En este caso, el investigador, probablemente, no era el jefe más importante, había jefes más altos, ellos lo han ordenado, y asunto concluido. Para enmendar ahora algo para cambiarlo, sin duda que ya era tarde.

No, él no estaba de acuerdo con que su vida terminara así, por nada del mundo aceptaría sumisamente la muerte: demole-

ría a toda la policía, ahogaría con sus propias manos a Portnov y al mismo Stas. Que prueben a tocarle...

16

Después de su breve conversación con el responsable, que, sin embargo, le agotó por completo, Sótnikov durmió un ratito. Al despertarse, inesperadamente se sintió todo mojado en sudor; a la fiebre que tanto tiempo le había consumido sucedió un sudor frío, y Sótnikov, transido de frío, se encogió bajo su astroso capote. Parecía que se encontraba mejor de la cabeza, el embotamiento producido por la fiebre que le nublaba la conciencia había desaparecido, su estado general había mejorado. Si no fuera por las manos destrozadas e hinchadas y el dolor permanente de la pierna abotagada, probablemente hubiera considerado que estaba sano.

En el calabozo sumido en la oscuridad reinaba el silencio, pero nadie, seguramente, dormía; esto se notaba por los frecuentes y tensos suspiros, por los cautos movimientos, por la respiración contenida y anhelante de las personas. Y entonces Sótnikov comprendió de pronto que transcurría su última noche en el mundo. La mañana ya no les pertenecería.

Por lo tanto, tenía que concentrar sus últimas fuerzas para hacer frente a la muerte con dignidad. Ni que decir tiene que él no esperaba otra cosa de aquellos degenerados: no podían dejarles vivos, acaso podrían torturarlos aún en aquel infernal antro de Budila. Pero así, es posible, no estaría mal: una bala te siega la vida instantáneamente y sin sufrimientos: no sería la peor de las posibilidades, en todo caso, es el fin corriente de un soldado en la guerra.

Y el tonto de él temía morir en combate. Ahora una muerte así, con las armas en la mano, le parecía un lujo inalcanzable, y casi envidiaba a aquellos miles de hombres felices que hallaron un final digno en los frentes de la Gran Guerra Patria.

Es verdad que en estos cuantos meses de su vida de guerrillero él había hecho algo, cumpliendo con su deber de ciudadano y de combatiente. No importaba que no hubiera sido como él habría querido, sino como las circunstancias se lo permitieron: unos cuantos enemigos, a pesar de todo, encontraron la muerte a sus manos.

Y ahora había llegado el fin.

Todo se hacía preciso y categórico. Y esto le daba la posibilidad de determinar rigurosamente la elección. Si algo le preocupaba todavía en vida, era su última obligación en relación

con aquellas personas, que por voluntad del destino o de la casualidad, se encontraban ahora a su lado. Comprendió que no tenía derecho a morir antes de determinar su actitud hacia ellas, pues esta actitud, por lo visto, sería la última manifestación de su "yo" antes de que desapareciera para siempre.

A primera vista podría parecer extraño, pero, al hacerse a la idea de su propia muerte, Sótnikov en unas cuantas breves horas había adquirido una independencia particular, casi absoluta, de la fuerza de sus enemigos. Ahora podía permitirse en plena medida lo que en otros momentos le hubiera sido más difícil debido a las circunstancias, a la preocupación por conservar su propia vida: ahora sentía en sí una nueva posibilidad, sobre la que no podían ejercer su poder los enemigos, ni las circunstancias ni nadie en el mundo. Ahora no tenía miedo a nada, y esto le daba una determinada superioridad ante los otros, lo mismo que ante él mismo tal como era antes. Sótnikov, de la manera más fácil y sencilla, como si fuera una cosa elemental y completamente lógica en su situación, tomó la última decisión: asumir toda la responsabilidad. Mañana le dirá al investigador que él iba de exploración, que tenía que cumplir una misión y que durante el tiroteo había herido al policía, que él era oficial del Ejército Rojo y enemigo del fascismo, que lo fusilaran. Los demás que estaban allí no tenían culpa de nada.

De hecho, se sacrificaba para salvar la vida a los demás, pero este sacrificio, no en menor grado que para los otros, le hacía falta a sí mismo. Sótnikov no podía aceptar la idea de que su muerte fuera producto de una casualidad absurda por voluntad de aquellos lacayos borrachos. Lo mismo que toda muerte en la lucha, ésta tiene que confirmar algo, que negar algo y, dentro de lo posible, culminar lo que en vida no había tenido tiempo de realizar. ¿Pues, de otra manera, para qué servía la vida? No la recibe con tanta facilidad el hombre para que la trate despreocupadamente al final.

Hacía frío, de vez en cuando daba un tiritón y se acurrucaba más bajo su capote. Como siempre ocurre, la decisión que había tomado le proporcionó un alivio; lo más agotador en la guerra, la incertidumbre, ya no le enervaba más. Ya sabía cuándo tendría lugar su último combate con el enemigo y sabía qué posiciones iba a tomar. De ellas no retrocedería. Y aunque este duelo no le prometía una victoria fácil, estaba tranquilo. Aquellos perros falderos tenían un arma, la fuerza, pero él también tenía con qué mantenerse firme hasta el final. No les temía.

Después de calentarse un poco bajo el capote, se quedó de nuevo dormido sin darse cuenta.

Tuvo un sueño extraño, confuso.

Era incluso sorprendente que un sueño tal lo hubiera tenido precisamente en su última noche. Vio en sueños algo de su infancia y, entre otras cosas intrascendentes y casi incomprensibles, una escena absurda, con el máuser de su padre: Sótnikov empezó a sacarlo de la funda, lo volvió descuidadamente a un lado y le rompió el cañón, que resultó que no era de acero, sino de plomo, como en una escopeta de juguete. Sótnikov se asustó, aunque entonces no era ya un muchachito, sino casi como era ahora o, posiblemente, un cadete: la acción transcurría, no sabía por qué, en el patio de armas de una academia militar. Se encontraba junto a una pirámide con las armas y no sabía qué hacer: de un momento a otro debía aparecer su padre. Sótnikov se acercó a la pirámide, pero en ella no había ningún sitio libre, todos los huecos estaban ocupados por fusiles. Entonces, él, con las manos temblorosas, dio un tirón de la portezuela de la estufa y metió la pistola en el negro hogar lleno de colillas.

Un instante después, se reavivó allí el fuego: los carbones estaban al rojo vivo y entre ellos parecía como si se fundiese algo reluciente, y él, completamente desconcertado, permanecía de pie en frente, sin saber qué hacer. A su lado se encontraba el padre. Pero Sótnikov padre ni siquiera se acordó del máuser, aunque su hijo tenía la impresión de que el padre sabía todo lo que había ocurrido un minuto antes de esto. Después, el padre se puso en cuclillas delante del hogar y como si se lamentara de algo, dijo con voz balbuciente, de viejo: "Hubo fuego, y hubo la mayor justicia en el mundo"...

A Sótnikov le pareció que aquellas palabras eran de la Biblia: un grueso libro con las pastas estampadas en negro, que en tiempos tenía su madre sobre la cómoda y que de niño había hojeado alguna vez, pasando entre sus dedos sus páginas amarillentas que despedían un olor especial de libro antiguo. Ahora le sorprendía oír citas de la Biblia en boca de su padre, que no creía en Dios y manifestaba abiertamente su poca estimación a los popes.

No se sabe cuánto tiempo duró el fuego en la estufa, la conciencia de Sótnikov de nuevo se hundió en las tinieblas. Seguramente tardó mucho en recobrar el conocimiento, empezando a distinguir más cerca algunos sonidos confusos: unos golpes, el susurro de la paja y una voz apagada de viejo. Cuando recobró el sentido de la realidad, comprendió que aquello era que estaban ahuyentando las ratas. Ya vuelto en sí por completo, tosió largo rato con una tos agotadora, sin dejar de pensar en qué podría significar aquel sueño que había tenido. Y

de modo gradual y natural sus sentimientos dominaron aquel agobiante recuerdo de su remota, de su lejana infancia...

El máuser no era una extraña fantasía de este sueño: verdaderamente, lo conservaba Sótnikov padre, que en tiempos fue jefe del Ejército Rojo, y antes de esto teniente de caballería con dos órdenes de San Jorge en su ancho pecho: la foto del padre vestido de oficial la vio más de una vez en una preciosa arqueta que tenía la madre con unos caprichosos pavos reales pintados. A veces, en los días de fiesta, el padre sacaba de la cómoda el máuser, y entonces le permitía al hijo sostener en la



mano la funda de madera amarilla, para él poder sacar el arma de ella: al padre no le era fácil sacarlo de la funda porque la mano, herida en la guerra, se le iba quedando paralizada. Aquellos eran los minutos más felices de la vida del muchacho, pero después no podía más que observar cómo el padre limpiaba el arma, ni una sola vez le permitió que jugara con ella. “Está prohibido jugar con las armas y con las condecoraciones” —le decía el padre, y el muchacho no insistía ni se lo pedía. La palabra del padre era ley en la familia, tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, en la casa reinaba su culto. Por otra parte, a nadie le extrañaba esto: su padre gozaba de popularidad en la ciudad e incluso le distinguían como héroe de la guerra

civil, y sólo debido a una contusión en una mano y a su excesivo orgullo, como una vez dijo la madre, se ganaba el pan arreglando relojes.

Aquel máuser empavonado, con funda de madera, era un sueño recóndito de Sótnikov hijo, pero era inútil pedirlo incluso a la madre.



Y una vez el muchacho se decidió a cogerlo él mismo.

En cierta ocasión, al despertarse por la mañana, notó que en la casa reinaba un profundo silencio. El padre, seguramente, había salido de su cuchitril, de donde se difundía por toda la casa la acostumbrada variedad de sonidos de los mecanismos de relojería; la madre, él ya lo sabía, se había ido temprano a la iglesia: sobre la ciudad se extendía el tañido de las campanas que tocaban a mañitines.

Poniéndose con presteza los pantalones cortos, que le llegaban arriba de la rodilla, y dejando para después lavarse la cara y limpiarse los dientes, entró apresuradamente en el dormitorio de la madre. El ansiado cajón de la cómoda estaba bien cerrado, pero en la cerradura sobresalía descuidadamente la llavecita de cobre, a la que el muchacho dio rápidamente la vuelta; luego sacó la funda, resbaladiza, barnizada, inesperadamente pesada. En su costado de madera brillaba la conocida chapita de metal con una inscripción que él se sabía de memoria: "Al jefe de escuadrón del Ejército Rojo, A. Sótnikov, del Consejo Revolucionario del Ejército de Caballería". Ya el primer contacto con la culata del estuche de madera emocionó al muchacho. Sus manos movieron con seguridad el pestillo, y el máuser entero, aunque entraba justo en el hueco, salió de la funda sin ofrecer resistencia, irradiando un brillo misterioso y discreto las partes de la pieza empavonadas. Un sentimiento de inquietud y emoción, como jamás había experimentado, embargó al muchacho. Examinó el arma un instante: movió el alza, intentó correr el cerrojo, miró el cañón. Pero la mayor satisfacción, claro es, la experimentó cuando apuntó con el arma. No había tenido tiempo todavía de empuñar como era debido y tocar el gatillo con el dedo, cuando de manera completamente inesperada e incomprensible, de entre sus manos salió un disparo ensordecedor, que fue a parar a algún sitio debajo de la mesa.

Unos instantes permaneció atónito, sintiendo en el oído un zumbido agudo y doloroso. Rebotando en la pared, la vaina rodó por el suelo; bajo la mesa, no se sabe por dónde había venido, había una gruesa astilla con un rasgón sesgado y oscuro de la bala.

Comprendiendo al fin lo que había ocurrido, metió el arma en su funda, lo guardó todo en la cómoda, sin saber qué hacer hasta que volvió la madre. Esta se dio cuenta en seguida de que había ocurrido algo anormal; se acercó con presteza al hijo y empezó a preguntarle, hasta que el muchacho confesó la verdad. Se comprende que ni la madre podía sobreponerse a aquella desgracia, profundamente alarmada por lo que pudiera

haberle ocurrido al chico, incluso se echó a llorar, cosa que nunca le había ocurrido antes, y dijo a su hijo que debía de contárselo todo al padre.

Decidirse a contarlo todo no era cosa fácil. En tanto se armó de valor, transcurrió una hora o más, pero, al fin, desconcertado, abrió la puerta del cuchitril del padre.

Este estaba trabajando. Inclinado, como de costumbre, junto a la ventana, hurgaba concentrado en un mecanismo de relojería. La mano derecha, con guante negro, reposaba inmóvil sobre las rodillas, mientras con la izquierda ágilmente desatornillaba, desarmaba y colocaba las diferentes piecitas metálicas que componían el mecanismo de un reloj. En las paredes, cada uno con su ritmo, movían las péndolas, tintineaban y tamborileaban, cada uno a su manera, dos decenas de relojes de pesas baratos, con las esferas muy adornadas con pinturas, y unos cuantos despertadores, en uno de los rincones había un reloj enorme en una caja de madera y con grandes pesas, que el día anterior habían traído del comité de distrito.

El padre no se volvió cuando entró el hijo, pero conociéndole como siempre cuando entraba, le preguntó con voz animosa, completamente a destiempo ahora:

— ¿Qué tal van las cosas, jovencito? ¿Has superado al marinista?

El muchacho logró pasar el nudo que se le había formado inesperadamente en la garganta: la víspera había empezado a leer a Staniukóvich. De los libros que había en el gran baúl del abuelo, quedaban ya pocos que él no hubiera leído, solamente las obras escogidas de Písemski y algunos tomos sueltos de Staniukóvich, uno de los cuales hacía ya tres días que se lo había recomendado el padre. Pero ahora no estaba para libros, y le dijo:

— Padre, he cogido tu máuser.

El padre movió de modo extraño la cabeza, dejó las pinzas, se quitó las gafas con un movimiento acostumbrado y miró severamente al hijo.

— ¿Quién te ha dado permiso?

— Nadie. Y... se ha disparado —pronunció con voz ahogada el hijo.

Sin decir nada más, el padre se levantó y salió de la habitación. El muchacho se quedó inmóvil junto a la puerta, con tal sentimiento como si en aquel mismo momento le fueran a poner bajo la cuchilla de la guillotina. Pero él sabía que era culpable y estaba dispuesto a recibir el castigo más severo.

El padre voloió eu seguida.

— ¡Eres un crío! —le dijo al entrar—. ¿Qué derecho tenías tú a tocar un arma de fuego sin autorización? ¿Cómo te has atrevido, a escondidas, como un ladrón, a abrir la cómoda?

El padre le reprendió largo tiempo y con severidad por su falta de cuidado y por el disparo, que pudo haber ocasionado una desgracia, pero, sobre todo, le reconvino por su atrevimiento furtivo.

— Lo único que atenúa la culpa es el haberlo reconocido voluntariamente. Sólo esto te salva. ¿Has comprendido?

— Sí.

— Eso si lo has pensado tú sólo. ¿Tú mismo?

Dándose cuenta de que estaba perdido definitivamente, el muchacho asintió con la cabeza; el padre, más tranquilo, respiró profundamente.

— Menos mal que es así.

Esto era ya demasiado: ¡comprar el agradecimiento del padre con una mentira! Se le nublaron los ojos, se puso rojo como la grana, pero continuó de pie, sin fuerzas para moverse del sitio.

— Vete a jugar —le dijo el padre.

Bueno, en general, no había salido mal de aquella desobediencia: se había librado de la correa, pero su cobarde movimiento afirmativo con la cabeza le punzaba en el alma como un doloroso rasguño. Aquella fue una buena lección para toda su vida. Y no volvió a mentir más a su padre, ni a nadie más. respondía de todo mirando a la cara a las personas. Por lo visto, la madre no había dicho nada al padre de quién había partido la iniciativa de aquella explicación. Y así, con esa feliz seguridad en la honradez del hijo, terminó su camino en la tierra este jefe de caballería, inválido de la guerra civil y maestro en la reparación de relojes, confiando firmemente que a su hijo le esperaba mejor suerte.

Y ahora le esperaba...

17

En la soñolienta calma de la mañana se oían pasos arriba, llegaban las voces amortiguadas, golpeaban las puertas. Allí, en la celda del sótano, se oían de modo particular estas puertas; a veces, de los portazos, se desprendía algo del techo. Ribak no dormía, con las piernas encogidas, estaba tendido junto a la pared, escuchando en silencio. Toda su atención estaba ahora concentrada en el oído. En el ventano que había en lo alto empezó a clarear un poco la luz; en el patio, seguramente, ya había amanecido, y en el calabozo también se empezó a ver

algo: De entre la penumbra empezaron a percibirse lentamente las descoloridas y macilentas figuras de los detenidos: frente de él estaba Diemchija, que ya se había calmado; en el rincón, Piotr, inmóvil y con aspecto sombrío; a Basia todavía no se la distinguía en la oscuridad. Sótnikov, lo mismo que antes, estaba tumbado de espaldas a su lado y respiraba fatigosamente. Si no fuera por esta respiración, se podría decir que no estaba vivo. Había comenzado un día difícil para ellos, posiblemente el último día de su vida, todos lo presentían así y guardaban silencio, cada uno experimentaba en sí su propia desgracia.

Arriba se oían cada vez con más frecuencia las fuertes pisadas, la puerta golpeaba incesantemente. Y de pronto al calabozo llegó una conversación desde el patio. Ribak levantó la cabeza, apoyando la nuca ligeramente sobre la pared. No se podían entender las palabras, pero era evidente que se habían reunido allí, por lo visto habían formado. ¿Pero, por qué no había entrado nadie todavía en el calabozo? Parecía que se hubieran olvidado de ellos.

Alguien pasó muy cerca de la pared, hasta se oyó el crujido de las pisadas en la nieve. No lejos de la ventana se oyó tintinear algo, luego resonó una voz áspera y enronquecida:

— Pero ahí no hay más que tres.

— Había también “shuflia”.

— ¡Qué falta nos hace! Lo que necesitamos son palas.

De nuevo tintineó algo con sonido metálico, después se oyó el crujido de unos pasos, y luego quedó otra vez todo en silencio. Pero esta corta conversación sobresaltó a Ribak: ¿Para qué necesitaban las palas? Las palas les hacen falta para cavar. ¿Qué se podía cavar ahora en invierno? ¿Una trinchera? ¿Una zanja? ¿Una tumba? ¿Pero, para quién?

Y entonces pensó: por lo visto, el policía aquel, efectivamente, había muerto.

Volvió la cabeza, mirando interrogativamente a todos lados. Diemchija, por debajo de su pañuelo arrugado, comprendiendo también, miró sobresaltada a Ribak; en el rincón, en inquieta espera, permanecía Piotr inmóvil. Nadie pronunció ni palabra, todos estaban con el oído atento, presa su alma de inquietud e incertidumbre.

Pero esta incertidumbre no se prolongó, sin embargo, mucho tiempo. Un minuto después, tras aquella misma pared se oyeron de nuevo pisadas, pero ya tan seguras y precisas, que a nadie le quedó la menor duda: iban a buscarlos a ellos, al sótano. Cuando resonó la primera puerta, Ribak se sentó rápidamente, sintiendo de pronto cómo el corazón empezó a golpearle con angustia en el pecho. Al lado se revolvió y empezó a toser

Sótnikov. “En cuanto abran, me disparo como una flecha, les tiro al suelo, y me lanzo a la puerta”, pensó Ribak con decisión tardía, pero al momento pensó: “No, así no saldrá nada, después de la puerta hay unos escalones, no me dará tiempo”.

Y la puerta, efectivamente, se abrió, en el calabozo entró una ráfaga de aire frío, aquella bocanada de viento gélido, y la débil luz que entró del patio descubrió al instante cinco rostros grises y sobresaltados. En el hueco de la puerta apareció la desenvuelta figura de Stas, tras él apareció otro más con el fusil en las manos.

— ¡Basta ya de dormir! —gritó con voz destemplada el policía—. Ya habéis dormido bastante. ¡Salid! ¡Se acabó todo!

“Quiere decir que no nos hemos equivocado, efectivamente, es el fin —pasó por la conciencia de Ribak—. Si fuera sólo alguno, pero todos, quiere decir...” Por un momento se quedó aplanado, privado de repente de todas sus fuerzas, juntó con desaliento los pies, se puso bien el gorro y solamente después se dispuso a levantarse, apoyándose en la paja.

— ¡Venga, levántate! ¡Voluntariamente, pero a la fuerza! —gritó apremiante Stas.

Piotr fue el primero que se incorporó en su rincón; suspirando, empezó a incorporarse Diemchija. Sótnikov también intentó levantarse, agarrándose a la pared. Ribak lanzó una mirada de soslayo a su pálido rostro, aún más desencajado después de la noche, en él se destacaban sus ojos oscuros profundamente hundidos, y sin pensar en nada, sin querer sentir nada, se dirigió a la salida.

— ¡Venga, venga! ¡Quedan veinte minutos! —les arreaba el policía, entrando en el pestilente cubil cubierto de paja—. ¡Eh, tú, cojo, date prisa!

— ¡Aparta las manos! ¡Me basto yo! —gritó Sótnikov con voz ronca.

— ¿Y tú, judía, qué esperas? ¡Vamos, venga ya! No has querido confesar, pues te columpiarás en la soga —gritó Stas, mofándose, y añadió con rabia—: ¡Perra judía!

Por los escalones cubiertos de nieve salieron al patio. Ribak movía los pies de mala gana, la zamarra sin abrochar, sin darse cuenta del frescor vivificante. Después de la noche pasada en el apestoso calabozo, la cabeza le daba vueltas como después de una borrachera. En el patio, frente a ellos, había seis policías con las armas preparadas: esperaban. La mañana era nubosa, helaba, aunque no mucho, sobre los tejados salían de las chimeneas impetuosamente nubes de humo grisáceo.

Ribak, indeciso, se quedó parado delante del porche, a su lado se puso Diemchija, y Basia junto a ella, como si fuera su

madre, buscaba ahora el amparo de esta mujer. La chiquilla, tiritando de frío, juntaba sus pies descalzos y helados, mirando aterrorizada a los policías. Piotr, con rostro sombrío y enajenado, aureolado de blancos cabellos, se encontraba un poco apartado. Mientras tanto Stas, lanzando horribles juramentos, arrastraba a Sótnikov por la escalera, y ya cansado le tiró sobre la nieve. Sin tomar aliento, Sótnikov, haciendo un gran esfuerzo, se puso de pie y se irguió dentro de su raído y ensangrentado capote.

— ¿Dónde está el investigador? ¡Que venga el investigador! —trató de gritar Sótnikov con voz ahogada y ronca, acometiéndole un ataque de tos.

Ribak aprovechó para decir que también necesitaba hablar al juez de instrucción, pero a diferencia de Sótnikov, lo dijo con voz tranquila:

— Sí, llévennos ante el investigador. Ayer dijo...

¡Os llevaremos, cómo no! —insinuó con burla un policía fornido y hociudo, que avanzó resueltamente hacia ellos con una cuerda en la mano—. ¡Venga, juntad las manos! ¡Las manos!

No había nada que hacer; Ribak alargó las manos, y el policía, con un movimiento hábil, se las volvió una tras otra hacia atrás y con ayuda de otro se las ató a la espalda. Todo esto lo hacía sin el menor miramiento, con rudeza y tratando de hacerle daño. Ribak frunció el ceño, no tanto del dolor en las muñecas como por el desaliento que le dominó, pues, en realidad, aquello era el fin.

— Comuníquesele al investigador. Tenemos que verle —volvió a decir, aunque no con mucha decisión, pues sentía, sin embargo, claramente cómo la tierra vacilaba bajo sus pies.

Pero el policía que iba detrás se limitó a soltar un juramento.

— Ya es tarde. La investigación ya ha terminado.

— ¡Cómo que ya ha terminado! —gritó Ribak, mirando a través del hombro: vio una jeta cubierta de una áspera barba blanca sin afeitar, unos ojos pequeños y estrechos como los de un cerdo, en los que se veía la más absoluta indiferencia hacia él; a un tipo así, seguro que no le asustas. Entonces se agarró a la única posibilidad que le quedaba—: Bueno, pues llame a Portnov. ¿Qué trabajo le cuesta? ¿Son ustedes personas o no?

Pero a buen seguro que había más distancia hasta Portnov que de la muerte de Ribak. Incluso nadie le contestó.

Mientras tanto, le ataron hábil y fuertemente las manos con una cuerda fina, que se le hincaba dolorosamente en la piel y le empujaron a un lado. Luego la emprendieron con Diemchija.

— ¡Tú, llama al investigador! —tosiendo, exigía insistentemente Sótnikov de Stas, que, con el fusil al hombro, ataba a Diemchija.

Pero Stas ni miró siquiera a Sótnikov: como todos allí, parecía estar sordo a sus ruegos, como si ya no fueran personas. Y esto le convenció más a Ribak de que todo había terminado. La muerte le esperaba. ¿Pero cómo era posible? ¿Y por qué no se había decidido cuando tenía las manos libres?

Algo le reconcomía por dentro al comprender que había dado un paso en falso, y con mirada perpleja volvía los ojos en torno. Pero no encontraba la salvación por ninguna parte. Antes, al contrario, a juzgar por lo que veía, el fin se acercaba con paso rápido. Del interior del edificio empezaron a salir al porche uno tras otro los jefes: algunos grados iban embutidos en un uniforme de policía nuevecito: un capote corto negro con el cuello gris y las bocamangas de lo mismo, con pistolas al cinto; dos, seguramente alemanes, llevaban capotes largos de gendarme y gorras muy levantadas por delante. Algunos, que iban vestidos de paisano y con bufandas al cuello, se mantenían visiblemente indiferentes, como si fueran invitados a una fiesta ajena. Los policías que se hallaban en el patio guardaron respetuosamente silencio y se cuadraron. Alguien, detrás de ellos, empezó a contar a toda prisa:

— Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

— ¿Qué, está todo preparado? —preguntó desde el porche un policía de anchos hombros, con una pequeña pistola enfundada sobre el vientre.

Precisamente aquella funda de la pistola, así como la figura de aquel hombre fuerte, que se destacaba entre los demás, le dio a entender a Ribak que aquél era el jefe. Apenas si había tenido tiempo de pensarlo, cuando por detrás de él oyó la voz ronca de Sótnikov que gritaba:

— Jefe, quiero comunicarle algo.

Parándose en los escalones, el jefe atravesó al detenido con una dura mirada.

— ¿Qué pasa?

— Soy guerrillero. Yo fui quien hirió a su policía —dijo Sótnikov con voz no muy alta y, señalando en dirección de Ribak, agregó: —Este se encontraba allí de un modo casual, si hace falta puedo aclararlo. Los demás no tienen nada que ver en esto. Llénenme a mí solo.

Los jefes que se encontraban en el porche guardaron silencio. Los dos que iban delante cambiaron una mirada perplejos, y Ribak sintió que en su alma brotó una pequeña chispa de salvación, que alumbró una débil esperanza. ¿Y si lo

creen? Este sentimiento alentador originó al instante un callado agradecimiento hacia Sótnikov.

Sin embargo, la momentánea atención en el rostro del jefe se transformó en impaciente rigurosidad.

— ¿Esto es todo? —preguntó fríamente, avanzando el pie del peldaño a la nieve.

Sótnikov hasta tartamudeó por lo inesperado.

— Puedo explicarle con más detalle.

Alguien rezongó con desagrado, otro dijo algo en alemán, y el jefe, sacudiendo una mano, ordenó:

— ¡Llévenlos!

“Vaya, ni siquiera quiere escuchar” —pensó Ribak, cayendo de nuevo en la desesperación. Seguramente todo estaba ya decidido de antemano. ¿En qué situación quedaba él? ¿Sería posible que no le ayudase en nada la heroica defensa de Sótnikov en su favor?

Pisando con precaución los peldaños de madera que se combaban bajo el peso, bajaban del porche los policías. Y de pronto en uno de ellos, que también iba vestido de uniforme, Ribak reconoció a Portnov. Sí, sin duda alguna, éste era el investigador de ayer, que le infundió tanta confianza con su proposición y que ahora parecía que se retractaba. Al verle, Ribak se estremeció y dio un paso adelante. Bueno, pase lo que pase: ahora ya no le parecía terrible, incluso ni importuno.

— ¡Señor investigador! ¡Señor investigador, un momento! Usted me dijo algo ayer; estoy de acuerdo. En esto, se lo juro, no tengo nada que ver. El mismo lo ha confirmado...

Los jefes que ya iban por el patio en dirección a la calle, contrariados de nuevo, se empezaron a parar uno tras otro. Se detuvo también Portnov. El capote de policía, nuevecito, se veía claramente que no era de su medida y le colgaba como a un espantapájaros sobre su pequeña y enclenque figura, el gorro negro lo llevaba ladeado con presunción. Pero por todo su aspecto se veía que el juez de instrucción se daba importancia de jefe, hacía ostentación de severidad. El alemán alto con el capote ajustado por el cinto dirigió una mirada interrogante al investigador, y éste le explicó apresuradamente algo en alemán.

— ¡Acérquese aquí!

Sintiendo sobre sí las miradas fijas de ambos lados, Ribak se acercó al porche. Cada uno de sus pasos repercutía en su alma como un golpe atormentador. El hilito de su tenue esperanza estaba a punto de romperse para siempre de un momento a otro.

— ¿Está usted de acuerdo en ingresar en la policía? —preguntó el juez de instrucción.

— Estoy de acuerdo —respondió Ribak con toda la sinceridad de que era capaz.

Y no apartó su mirada casi sumisa de la cara flácida y avejentada, aunque cuidadosamente afeitada, de Portnov. El investigador y el alemán intercambiaron unas cuantas frases en alemán.

— Bueno. ¡Desátenle!

— ¡Canalla! —como un golpe, le sacudió en la nuca la voz no muy fuerte, pero irritada, de Sótnikov, que al instante se sintió acometido por su conocida y dolorosa tos.

¡Bueno, qué importaba! Aquello amenazador, irrevocable, que se cernía sobre él, empezó de pronto a alejarse; Ribak respiró más profundamente y sintió que alguien por detrás le tiraba de un brazo. Pero él ni siquiera se volvió. Ahora sentía con todas sus fuerzas solamente una cosa: ¡Iba a quedar vivo! Los brazos desatados cayeron libremente a lo largo del cuerpo, y aún de manera inconsciente dio un paso a un lado, esforzándose con todo su ser por apartarse cuanto antes de los otros: ahora quería estar lo más lejos posible de ellos. Se apartó tres pasos más, y nadie le detuvo. Uno de los jefes se volvió, dirigiéndose hacia la puerta, cuando en esto resonó un grito de Diemchija:

— ¡Ah, le sueltan! ¡Pues suéltenme a mí también! ¡Suéltenme! ¡Tengo hijos pequeñitos! ¡Dios mío, qué va a ser de ellos!...

Aquel grito lleno de desesperación hizo que todos se detuvieran de nuevo, y el que quedó más cerca de ella resultó ser Portnov. El alemán alto refunfuñó algo contrariado, y el investigador hizo un gesto con la mano:

— ¡Llévenselos! —dijo y se volvió hacia Ribak—. Usted ayude a ése, agregó, señalando a Sótnikov.

A Ribak no le gustó mucho esto: ahora quisiera mantenerse lo más lejos posible de Sótnikov. Pero la orden era la orden y él, diligente, se acercó al que no hace tanto era su camarada, y le agarró de un brazo.

Les condujeron a la calle a través del portón del patio abierto de par en par. Los policías iban a ambos lados empuñando los fusiles. Los jefes se apartaron a un lado, para dejarles pasar delante. Piotr iba el primero, alto, envejecido, con la cabeza blanca descubierta y las manos atadas a la espalda. Detrás de él, ahogada en llanto, arrastrando apenas los pies, iba Diemchija. A su lado iba Basia con un vestido oscuro y de mangas muy largas, se veía que era de una persona mayor que ella, caminaba dando pasitos rápidos con sus pies descalzos.

Ribak sostenía del brazo a Sótnikov, que a ojos vistas parecía haberse consumido, pues iba más encorvado aún y



tosiendo; se arrastraba lentamente tras los otros, renqueando con gran esfuerzo con su pierna herida. El pie ennegrecido, como muerto, iba rozando la nieve con los dedos y dejaba en ella un rastro extraño. Caminaba en silencio, y Ribak no se atrevía a hablar con él. Aunque iban juntos, se encontraban ya a diferente lado de la línea que dividía a la gente en amigos y enemigos. Ribak, a pesar de sentirse culpable en cierta medida, se esforzaba por convencerse a sí mismo de que no era tan grande su culpa. Culpable es el que hace algo execrable por mala voluntad o por obtener alguna ventaja. ¿Pero qué ventaja sacaba él? Simplemente tuvo más posibilidad y supo engañar para escapar con vida. Pero él no era traidor. En todo caso no se proponía ser un servidor de los alemanes. El esperaba un momento oportuno, podría ser ahora, podría ser un poco más tarde, y... pies para qué os quiero...

18

Sótnikov comprendía claramente que no había conseguido nada en absoluto. Su propósito, que le había venido a la cabeza de modo tan natural por la noche y que casi le había proporcionado cierta tranquilidad, había reventado como una pompa de jabón. Los policías eran marionetas en manos de los alemanes y se habían mantenido absolutamente indiferentes ante sus declaraciones: les importaba un comino quién de ellos pudiera ser el culpable, si había llegado la correspondiente orden exigiendo el asesinato.

Apenas pudiendo mantenerse sobre los pies, se arrastraba con gran esfuerzo tras los demás, procurando no apoyarse mucho en el brazo de Ribak, que ahora le era odioso y ajeno. Lo que acababa de suceder en el patio de la policía le había anonadado por completo: no había previsto que pudiera suceder tal cosa. No cabe duda, si la persona está dominada por el miedo o por el odio es capaz de cualquier traición. Pero Ribak, al parecer, no era traidor, como tampoco había sido cobarde. Cuántas posibilidades había tenido de entregarse a la policía y también había pasado por no pocos momentos como para acobardarse; sin embargo, siempre se mantuvo con dignidad. Por lo menos, no peor que los demás. Por lo visto, ahora todo era debido a un cálculo egoísta para salvar la pelleja; pero de esto a la traición no había más que un paso.

A Sótnikov le resultaba terriblemente afrentosa su propia ingenua fantasía: habiendo perdido toda esperanza de librarse de la muerte, se había propuesto salvar a los demás. ¿Pero, los que ansían vivir a toda costa, son dignos acaso de una sola vida

sacrificada por ellos? ¿Cuántas vidas humanas se habían sacrificado en aras de la humanidad desde los tiempos de Jesucristo, pero habían enseñado mucho a esta humanidad? Lo mismo que miles de años atrás, al hombre le consume, ante todo, la preocupación por sí mismo, y el impulso más noble hacia la bondad y la justicia a veces era considerado por los otros cuando menos una extravagancia, si no una profunda estolidez.

Sótnikov iba recobrándose poco a poco, y empezó a atosigarle el frío. Debido al estado de debilidad en que se encontraba, le brotaba el sudor en la frente, que no se secaba en seguida al viento helado, por lo cual la cabeza se le enfriaba hasta hacerle sentir un lacerante dolor en el cerebro. Aquel viento gélido parecía arrebatarle los restos de calor acumulado durante la noche, y todo su cuerpo empezó otra vez a tiritar de frío. Pero Sótnikov se esforzaba por resistir hasta el fin.

Por una estrecha y desierta calle del lugar llegaron hasta un pequeño puente, más adelante empezaba a un lado un estrecho jardincillo rodeado de una cerca y con varias hileras de endeble arbolitos medio helados de frío. Delante de ellos, en un repecho, se elevaba un edificio blanco de dos pisos; la bandera fascista ondeaba en una esquina. Seguramente estaría instalada allí la sección administrativa o la comandancia, al lado de la cual hormigueaba un montón de gente. Sótnikov se sorprendió: ¿a qué se debía tal concentración de personas en aquel lugar? Después pensó que posiblemente fuera día de mercado. ¿O puede ser que hubiera ocurrido algo, o acaso hubieran concentrado allí a los vecinos del lugar para intimidarles con el fusilamiento? Si era efectivamente así, pues que los fusilen, para ellos sería más fácil recibir la muerte a la vista de todos. Y en cuanto al miedo, en la guerra se tropieza a cada paso, y, sin embargo, la lucha se mantiene. El puesto de los ejecutados lo ocuparían otros. Siempre se encontrarán hombres valientes.

Se acercaban lentamente hacia esta casa. El pie de Sótnikov, como una prótesis rígida, iba haciendo unos extraños surcos en la nieve, resblandecida por las rodadas y los cascos de los caballos; toda la pierna le ardía con un lacerante y continuo dolor, y con enorme esfuerzo lograba moverla. Indudablemente, había calculado mal sus fuerzas cuando al emprender el camino se dispuso a caminar por sí mismo: ahora iba casi colgado del fuerte brazo de Ribak. Después del puente empezaba una cuesta no muy pronunciada y para él era todavía más difícil caminar, le faltaba la respiración, los ojos se le nublaban, a cada momento perdía el camino bajo sus pies. Se asustó ante la idea de no poder llegar, de que se iba a desplomar,



y entonces le matarían antes de tiempo, como a un perro sarnoso, en la cuneta. No, esto no lo podía admitir, incluso en su situación esto sería demasiado. Su muerte, fuera la que fuera, la tenía que recibir de frente, con la dignidad de un soldado, y este era ahora su objetivo fundamental en sus últimos instantes.

Subieron al fin el repecho y se pararon. Sótnikov, con respiración anhelante, clavó la mirada en la espalda de los que iban delante, esperando que iban a continuar andando. Pero los del convoy también se detuvieron, delante se oía que hablaban en alemán: varios jefes esperaban junto a los muros de aquella sólida casa. Enfrente, al otro lado de la calle, junto a la cerca, que rodeaba el jardincito y al lado de dos quioscos despintados, se hallaban inmóviles cinco o seis decenas de personas, sin duda también esperaban algo. Todo daba a entender que la no muy numerosa procesión había llegado al sitio designado: el camino no continuaba más allá.

Y entonces Sótnikov vio las sogas.

Cinco lazadas corredizas se balanceaban lentamente sobre la calle, como si quisieran demostrar ante todos la buena calidad de sus gruesos nudos, hechos con conocimiento de causa. Pendían del travesaño de un antiguo arco, todavía de antes de la guerra, que se alzaba en medio de la calle. “Le han encontrado aplicación”, le vino a la mente a Sótnikov, que reconoció en seguida aquel arco como algo tradicional en la capital de un distrito: en su ciudad natal también había en tiempos un arco así. Para las fiestas lo adornaban con ramas de abedul y de pino, clavaban encima una consigna, escrita con tinta en una ancha tira de papel. Al lado, ante el edificio del comité de la ciudad, se celebraban los mítines en los días de fiesta, y por debajo del arco pasaban las columnas formadas por los alumnos de las dos escuelas, los obreros de la fábrica de lino y de los talleres del combinado de embalajes. En todo lo alto había por lo común una estrella de madera u ondeaba al viento una pequeña bandera, lo que daba particular solemnidad a toda la construcción. Ahora allí no había nada de eso, solamente en los largueros, entre las astillas ennegrecidas, se veían unos trozos de papel y se agitaba al viento un girón de tela descolorido, no mayor que la esquina de un pañuelo de pionero. Los ocupantes habían adornado el arco a su estilo con estas cuerdas nuevecitas, sacadas, sin duda, especialmente del almacén para el caso.

Y él pensaba que los fusilarían...

Dos de ellos — un policía y otro con un capote de paño gris — llevaban a lo largo de la calle un viejo banco de hierro, y

Sótnikov comprendió que aquel banco era para ellos, para que llegaran hasta los lazos, antes de que se balancearan, con la cabeza ladeada sobre un hombro, exánimes, repelentes y mudos. De pronto experimentó aversión sólo ante la idea de verse colgado y de toda aquella humillante e inhumana represalia. En todo lo que iba de guerra, nunca se le hubiera ocurrido ni pensar en la posibilidad de morir de otra manera que no fuera por un casco de metralla o una bala, y ahora todo en él se rebelaba en una protesta instintiva contra aquella muerte horrible con la soga al cuello.

Pero ya no podía ayudarse a sí mismo ni a los demás. Y mentalmente trataba de persuadirse: ¡no importa, no importa!... Al fin y al cabo están en su derecho, siguen su instinto feroz, es su poder. Ahora su última obligación era sufrir sin sombra de terror o de lástima. ¡Que me cuelguen!

El banco, seguramente, ya lo habían puesto en su sitio. Stas, el hombre expeditivo y que siempre estaba en todas partes, el recio Budila, con el capote bien ajustado con el cinturón, y otros policías más los condujeron debajo del arco. Apoyándose en el pie tumefacto y dolorido, Sótnikov calculó—quedan unos quince o veinte pasos—y retiró su brazo del de Ribak: quería llegar él solo. Pasaron por entre las filas de los policías y por delante del grupo de jefes con uniforme alemán y sin uniforme, que esperaba pacientemente pateando junto a la pared del edificio. Dio comienzo el espectáculo representado por el conjunto de aficionados de la policía de la localidad al estilo alemán. Los policías se apresuraban, se movían de acá para allá, había algo que no les salía bien. Algunos de los jefes fruncían el ceño, otros, sin enfado, hablaban despreocupadamente entre sí, como si se hubieran reunido allí para algo habitual, carente de interés, para en seguida volver a sus ocupaciones acostumbradas. De aquel lado llegaba hasta ellos el olor de los cigarrillos y del agua de colonia, se oían retazos de frases sueltas, sin ninguna importancia. Sótnikov, sin embargo, no miraba hacia allá: arrastrándose con dificultad hasta el arco, se apoyó con el hombro sobre el poste para no caerse y cerró los ojos extenuado.

No, la muerte, sin duda, no decide nada y no justifica nada. Solamente la vida da a las personas determinadas posibilidades, que se realizan o se pierden inútilmente, solamente la vida puede hacer frente al mal y a la violencia. La muerte le priva a uno de todo. Y si aquel teniente en el pinar, con su muerte todavía pudo conseguir algo, es dudoso que aquello entrara en sus cálculos. Simplemente tal muerte la necesitaba él mismo, porque no quería morir como una oveja. ¿Pero qué hacer si, a

pesar de toda tu abnegación, estás privado de la más mínima posibilidad? ¿Qué se puede hacer cinco minutos antes del fin, cuando ya apenas estás vivo y no estás en condiciones siquiera de insultarles a voz en cuello, para exasperar a estos bandalagues?

Sí; no habría condecoraciones, como tampoco habría agradecimiento, pues no se puede esperar lo que no se ha merecido. Sin embargo, no podía estar de acuerdo con Ribak: esto estaría en contradicción con toda su esencia humana, con sus convicciones, con su moral. Y aunque el círculo de sus posibilidades, ya de por sí estrecho, se estrechaba más, e incluso la muerte ya no podría ensancharlo de ninguna manera, a pesar de todo, le quedaba todavía una posibilidad. De ella no retrocedería. Y esta posibilidad, la única, dependía sólo de él, y de nadie más, solamente él tenía plena potestad para disponer de ella, pues solamente estaba en su poder el irse de este mundo según su conciencia, con la dignidad propia del hombre. Esta era la última gracia, una sagrada esplendidez que la vida le otorgaba como premio.

Los empezaron a distribuir a lo largo de las horcas uno tras otro. Bajo la cuerda que pendía en el extremo donde estaban los jefes, pusieron a Piotr, silencioso en su sumisa concentración. Sónnikov le echó una mirada y frunció la cara, como si se sintiera culpable. No más tarde de ayer aún estaba enfadado porque no habían pegado un tiro a este Piotr, y ahora iban a estar colgando los dos de la misma traviesa.

A Piotr fue el primero al que obligaron subir al banco, que se inclinó amenazadoramente al apoyarse él de rodillas y estuvo a punto de volcarse. Budila, que seguramente aquí desempeñaba el papel de verdugo principal, soltó un juramento, se subió al banco y empujó hacia allí al viejo. Piotr se irguió con cuidado en el banco, sin levantar la cabeza, comedido y austero, como en la iglesia, se inclinó profundamente y de manera significativa ante la gente. Después empujaron hacia el banco a Basia. Esta se encaramó ágilmente a su sitio, y, muerta de frío, golpeando uno contra otro sus pies helados y agrietados, con espontaneidad infantil empezó a mirar a la gente que se había congregado junto a la cerca, como si entre ellos buscara alguna cara conocida.

Pero el banco, sin embargo, no alcanzaba para todos. Bajo el lazo siguiente había un cajón amarillo, de madera, y en los dos sitios últimos sobresalían en la nieve dos tarugos de medio metro, acabados de serrar de un tronco de madera. Sónnikov pensó que a él le destinaban el cajón, pero llevaron allí a Diemchija, y a él, entre Ribak y un policía, le arrastraron al extremo, donde estaban los tarugos de madera.

No había llegado aún hasta su sitio, cuando oyó otra vez a sus espaldas un grito de Diemchija. Sótnikov miró hacia atrás y vio a la mujer, que, oponiendo resistencia con los pies, hacía toda clase de esfuerzos para soltarse de los policías, pues no quería que la echasen el dogal al cuello.

— ¡Ay, señores, perdonenme! ¡Perdonen a esta torpe mujer, si yo no quería; no lo pensé!

Su llanto lo dominaban los gritos furiosos de los jefes; Budila ordenó alguna cosa, y el policía que conducía a Sótnikov, le dejó en manos de Ribak, mientras él se precipitaba hacia Diemchija. Entre unos cuantos policías la llevaron a rastras hasta el cajón.

Ribak, al quedarse solo con Sótnikov, le condujo no muy seguro hasta el último tarugo de madera que había debajo del arco y se detuvo. Precisamente sobre ellos pendía una gruesa cuerda de cáñamo, nuevecita como las demás, con un lazo corredizo, que se mecía lentamente en lo alto. “Una para dos” —pensó maquinalmente Sótnikov, aunque no había duda que aquella cuerda era para él. Había que subirse al rollo de madera. No vaciló mucho tiempo; en tanto en su conciencia surgió un desesperado: “¡Bueno, sea lo que sea!”, con la brusquedad de un juramento. Diciendo con aspereza al taciturno y pasmado Ribak: “¡Aguanta!”, se apoyó con la rodilla sana en el tarugo en el que se veía una oscura huella reciente del pie de alguien. Ribak, mientras, sostenía con ambas manos el madero. Para guardar el equilibrio, Sótnikov se apoyó ligeramente con el codo en su espalda, puso en tensión todas sus fuerzas y, apretando los dientes, se encaramó como pudo.

Se mantuvo quieto no más de un minuto, procurando juntar los pies en el reducido espacio del tronco. Sintió en la nuca el roce de la áspera lazada, que le congeló el alma. Abajo veía la ancha espalda de Ribak con su zamarra, sus manos encallecidas apretaban con fuerza la corteza de pino del tronco. “¡Te has librado, canalla!” —dijo Sótnikov para sí desabridamente, como con envidia, pero al instante brotó en él la duda: ¿acaso era esto necesario? Ahora, en el último instante de su vida, había perdido inesperadamente su anterior seguridad en el derecho de exigir de los demás lo mismo que exigía de sí. Ribak no había sido mal guerrillero, seguramente se le consideraba un experimentado sargento en el ejército, pero como persona y como ciudadano, indiscutiblemente, dejaba mucho que desear. Sencillamente, se había propuesto vivir a toda costa, y eso era todo.



Al lado se seguían oyendo los lamentos de Diemchija, que trataba de soltarse de las manos de los policías. Un alemán con guantes amarillos empezó a leer algo en un papel: la sentencia, o puede ser, una orden para los vecinos del lugar allí congregados antes de esta ejecución. Transcurrían los últimos instantes de su vida, y Sótnikov, inmóvil sobre el tarugo, absorbía con una ansiosa mirada de despedida el inconexo aspecto, pero tan habitual para él desde su infancia, de la calle del lugar con las figuras macilentas de los vecinos, con sus arbolillos enclenques, con las cercas derrengadas, con una mambla de agua helada



junto al pozo. A través de la rala enramada del parque, se entreveían las agrietadas paredes de una pobre iglesia cercana, con el tejado de chapa cubierta de herrumbre y sin cruces en las dos cúpulas despintadas. Algunas de sus estrechas ventanas habían sido apresuradamente cegadas con tablas...

En esto, uno de los policías se empinó para coger su cuerda; unas manos rudas con bocamangas azuladas atraparon la lazada que pendía sobre su cabeza y, arañándole sin ningún miramiento las orejas doloridas y congeladas, se la metió por la cabeza hasta la barbilla. "Todo se ha acabado", pensó Sótnikov, y posó su mirada en la gente. La naturaleza por sí misma, sin esfuerzo alguno, siempre era para él bienhechora y pacífica y conmovía su alma, pero ahora quería ver a los hombres. Recorrió con una mirada triste aquella hilera desigual y estremecida, en la que la mayoría eran mujeres, sólo se veían algunos hombres ya no jóvenes, muchachos y muchachas: gentes del pueblo como todas, con sus anguarinas, zamarras enguatadas, ropas viejas de soldado, mantones y pellos de lana. Entre aquella muchedumbre imprecisa, su atención se detuvo en la figura desmedrada de un muchacho de unos doce años, con un viejo gorro a lo Budionni hundido hasta la frente. Aquel chicuelo arrebujaado en una ropa mugrienta, con las manos heladas metidas en las mangas —desde allí se veía bien— tiritaba de frío o puede ser, de miedo, miraba con estupor infantil en su pálido y enfermizo rostro todo lo que acontecía bajo la horca. Desde allí era difícil juzgar cuál era su actitud hacia ellos, pero Sótnikov deseó de pronto que el muchacho no pensara mal de ellos. Y, efectivamente, en seguida captando su mirada, Sótnikov percibió en ella tan desconsolada pena y tal compasión por ellos que, sin poder contenerse, sonrió al muchacho, pero sólo con los ojos, como diciéndole: no sufras, hermanito.

No quiso mirar más y bajó los ojos para esquivar la odiosa presencia de los jefes, de los alemanes, del investigador Portnov, de Stas, de Budila. Su presencia diabólica la sentía incluso con los ojos cerrados. La lectura de la sentencia, al parecer, ya había terminado, sonaron las voces de mando en alemán y en ruso, y de pronto sintió, como si hubiera revivido, el tenso tirón de la cuerda en su cuello. Alguno de ellos en el otro extremo de la horca lanzó un estertor, después otro, e inmediatamente, completamente enloquecida, gritó Diemchija:

— ¡A-a-a-ay! ¡No quiero! ¡No quiero!

Pero su grito quedó cortado. El travesaño del arco crujió arriba con un chasquido helado, una mujer de la multitud rompió a llorar con llanto ahogado. Sintió una angustia indecible. Una fuerza interior todavía no agotada hasta el fin le

impulsaba a desprenderse, a gritar, lo mismo que esta Diemchija, salvaje y terriblemente. Pero se obligó a sí mismo a contenerse, únicamente su corazón se contrajo dolorosamente en el espasmo de la agonía: cómo hubiera querido antes del final soltar todos los frenos y romper a llorar. En lugar de esto, se sonrió de pronto por última vez, seguramente con una sonrisa dolorosa y atormentada.

Del lado de los jefes resonó una voz de mando, por lo visto se refería ya a Sótnikov, el madero bajo sus pies cedió por un instante, se balanceó. A punto de caer de él, Sótnikov miró hacia abajo —con la cara contraída, cubierta de áspera barba miraba hacia él con los ojos desencajados su amigo guerrillero, y Sótnikov apenas oyó:

— ¡Perdóname, hermano!

— ¡Vete al diablo! —le lanzó a la cara Sótnikov.

Todo ha terminado. En el último instante buscó con la mirada la débil figurita del muchacho con el gorro a lo Budionni. Este seguía de pie, medio paso más adelante que los otros, con los ojos muy abiertos en su pálido rostro. Su mirada llena de dolor y de espanto observaba a alguien que se encontraba bajo la horca y se acercaba más y más a él. Sótnikov no sabía quién era el que se acercaba, pero por el rostro del muchacho lo comprendió todo hasta el fin.

Su apoyo de nuevo se tambaleó entre las manos inesperadamente debilitadas de Ribak, que se encogió con un movimiento torpe y medroso, seguramente falto de decisión para hacer lo último, lo más terrible ahora para él. Pero detrás de él Budila lanzó un terrible juramento, y Sótnikov, perdiendo de repente el apoyo, se desplomó pesadamente en un abismo negro, asfixiante.

19

Ribak retiró el tronco y se echó para atrás: las piernas de Sótnikov se balancearon a su lado, quitándole el gorro, que cayó sobre la nieve. Ribak retrocedió, pero acto seguido se agachó y recogió el gorro de debajo del ahorcado, que lentamente giraba en la cuerda, describiendo círculos, ora a un lado, ora al otro. Ribak no se atrevía a mirarle a la cara: veía únicamente los pies que pendían en el aire, uno calzado con una bota de fieltro destrozada y al lado el otro pie con el talón vuelto hacia fuera, sucio, cárdeno, con una franja de sangre seca en el tobillo.

Sin embargo, el estupor por lo ocurrido no le dominó mucho tiempo: haciendo un esfuerzo de voluntad, Ribak se sobrepuso

a su turbación y miró en torno. Al lado, entre Sótnikov y Diemchija volteaba sin peso la quinta cuerda: ¿no estaría esperando su cuello?

Sin embargo, no había nada, al parecer, que confirmara sus temores. Budila arrastró el cajón de madera de debajo de Diemchija. Retiraron el banco. Stas le gritó algo desde lejos, pero estando todavía bajo el efecto de la ejecución, Ribak o no lo comprendió o no lo oyó bien y seguía allí, sin saber adónde dirigirse. El grupo de jefes con uniforme o sin él, que estaba junto a la casa, empezó a dispersarse: allí mismo se iban separando, mientras charlaban, encendían un pitillo, todos con ánimo alegre, elevado, como después de un trabajo distraído e incluso interesante que hubieran terminado a satisfacción. Y entonces Ribak pensó irresoluto: ¡por lo visto, el nubarrón ha pasado!

Sí, parece ser que ha clareado, a él no le colgarán, vivirá. La liquidación había terminado, se retiró el cordón de policías, ordenaron a la gente retirarse, y las mujeres, los muchachos, las viejas, abatidos y silenciosos, caminaban con paso cansino por ambos lados de la calle. Algunos se paraban por un instante para mirar a los cuatro ahorcados, las mujeres se limpiaban los ojos y se apresuraban para alejarse de allí cuanto antes. Los policías ponían en orden las últimas cosas junto a la horca. Stas, con su invariable fusil al hombro, le dio una patada al quinto tarugo que estaba debajo de la cuerda que había quedado vacía y de nuevo gritó algo a Ribak. Este adivinó más que comprendió lo que exigían de él, y retirando de debajo de Sótnikov el tarugo lo dejó junto a la cerca de madera. Cuando se volvió, Stas estaba frente a él con su acostumbrada sonrisa de blancos dientes en su cara imperturbable. Sus ojos, sin embargo, permanecían vigilantes y fríos.

— ¡Ji, ji! ¡A pesar de todo, eres un valentón! ¡Un tío capaz! —le alabó burlonamente el policía y le dio tan fuerte golpe en el hombro, que Ribak, manteniéndose apenas en pie,— pensó para sus adentros: “¡Así reventaras, canalla!”. Pero, al ver su cara oronda, estirada en una sonrisa impenetrable, también Ribak se sonrió de soslayo, sólo con los labios.

— ¡¿Y tú qué te habías creído?!

— ¡Justo! ¿Qué importancia tiene eso? ¡Imagínate: tener lástima de un bandido!

“Espera, ¿qué está diciendo? —pensó Ribak, sin acabar de comprender—. ¿A quién se refiere? ¿A Sótnikov, sí?” No al instante, pero poco a poco con mayor precisión empezó a comprender a quién se refería Stas, y de nuevo un inclemente escalofrío de culpabilidad pasó por su conciencia. Pero él

mismo no quería creer todavía en su participación en esta represión —¿qué tenía que ver él en eso? ¿Acaso fue él? El no hizo más que empujar el tarugo. Y eso porque se lo ordenó el policía.

Los cuatro ahorcados se balanceaban pesadamente en las largas cuerdas, con la cabeza caída a un lado, y el cuello horriblemente apretado por el dogal. Uno de los policías colgó del pecho de cada uno una tablilla con algo escrito en ruso y en alemán. Ribak no quiso leer aquellas inscripciones, todo el tiempo se esforzaba por no mirar hacia allí, pues la quinta soga vacía le asustaba. Pensaba que pudiera ser que alguno de los policías la desatara y la quitara de la horca, pero ninguno de los policías ni siquiera se acercó.

Al parecer, todo había terminado. Junto a los ahorcados se quedó de centinela un policía joven, cuellilargo, con un semicapote de paño gris y un fusil alemán al hombro. Los demás empezaron a formar. Para no estorbar, Ribak se apartó de la calzada a una estrecha acera cubierta de nieve y esperó allí, impaciente por lo que iba a ocurrir después. En sus pensamientos todo estaba confundido, lo mismo que en sus sentimientos, la alegría de haberse salvado estaba ensombrecida por algo, sólo que no podía comprender por qué. De nuevo surgió en él el insistente deseo, que había permanecido acallado, de poner pies en polvorosa, de escapar al bosque. Pero para esto había que elegir el momento. Ahora nada le retenía allí.

Los policías, como de costumbre, formaron en columna de a tres, en total había unos quince: la chusma más diversa, unos con capotes de uniforme y gorros nuevecitos, otros con zamarras, cazadoras y viejas ropas militares. Uno incluso llevaba un chaquetón de cuero con el faldón abierto hasta la cintura. Apenas si quedaba algún vecino por la calle; sólo en el jardinillo se habían alejado algunos muchachos, entre ellos un rapazuelo delgado, de aspecto enfermizo, con un gorro a lo Budionni. Con la boca entreabierta; todo el tiempo daba sorbetones por la nariz y miraba a la horca, como si hubiera en ella algo que le conturbara. Un minuto después le señaló a través de la calle con el dedo índice que aparecía por su larga manga, y Ribak, encogiéndose de hombros desazonado, se echó a un lado, para ocultarse tras los policías. Todo el grupo estaba ya formado, aprestado a cumplir con alegre disposición la sonora voz de mando del jefe, el cual, después de dar la orden, se quedó él mismo inmóvil, con el dulce placer de dominio del mando, con las manos apoyadas en los costados, al estilo alemán.

— ¡Firmes!

Los policías en la columna se irguieron y de nuevo se quedaron inmóviles. El jefe echó fila por fila una fiera mirada a toda la formación, hasta que sus ojos tropezaron con una figura aislada en la acera.

— ¿Y tú, qué haces ahí? ¡Ponte en la formación!

Ribak, por un instante, se quedó patidifuso. Esta orden le dio ánimos y le desanimó a la vez. Pero no había tiempo para pensar, saltó rápidamente de la acera y se puso a la cola de la columna, al lado de un policía alto, con un gorro negro de orejeras, que le echó una mirada hostil de soslayo.

— ¡De frente, march!

Esto era corriente y habitual. Ribak, sin pensarlo más, marcó el paso con los demás, y, si no fuera porque llevaba las manos vacías y no sabía qué hacer con ellas, podría pensarse que estaba de nuevo en su destacamento, entre los suyos. Y si ante sus ojos no se movieran las claras bocamangas y los sucios brazaletes blanco-azules en las mangas.

Bajaron por la misma calle por la que habían venido, pero éste era un camino completamente diferente. Ahora no era el abatimiento ni el desánimo: a su lado fluía el ardimiento, la autosatisfacción, que, por lo demás, no era de sorprender, se hallaba entre los vencedores. Por medio año, por un día, por una hora, pero se sentían muy animados, alentados por la conciencia de haberse vengado, o, puede ser, de haber cumplido con su deber hasta el final; algunos hablaban entre sí a media voz, se oían burlas, agudezas, y ninguno miró ni una sola vez hacia atrás, al arco. En cambio, a ellos todos se volvían a mirarlos. Todos los que después de aquella acción retornaban a sus casas a lo largo de las deslucidas tapias y cercas, les miraban con repugnancia y miedo, en los ojos enrojecidos por las lágrimas de las mujeres se podía ver el odio no disimulado hacia aquella banda de traidores. Pero a los policías todo esto no les afectaba en absoluto, seguramente, por la fuerza de la costumbre, no prestaban ninguna atención a aquellas gentes indefensas y asustadas. Ribak, por su parte, con inquietud creciente no dejaba de pensar en que tenía que escabullirse. A lo mejor allí, a la vuelta, podría saltar al otro lado de la tapia y huir del lugar. No estaría mal si cerca hubiera algún barranco o, aunque sólo fuera, una enramada y todavía mejor un bosque. O si en algún patio encontrara a mano algún caballo.

Crujía la nieve bajo las pisadas, los policías marcaban con regularidad el paso, a su lado, por la estrecha acera, iba el sargento: un hombre de hombros cuadrados, morrudo, con el capote de policía ajustado por el cinturón. Al costado llevaba un revólver en una rozada funda de cuero con incrustaciones de

cobre. Después de pasar el puente, los que iban en cabeza retuvieron el paso y se desviaron a la derecha, alguien venía en dirección contraria y el sargento le gritó con voz amenazadora. Después los demás también estrecharon las filas, al cruzarse, vieron que en el trineo vacío iba un hombre que, sin apresurarse, se apartaba, pegándose a las ventanas de las isbas medio hundidas en el suelo. Y Ribak en el acto se imaginó con toda realidad: saltar al trineo, tomar las riendas y arrear al caballo; puede ser que lograra escapar. ¡Pero..., el hombre! Al tiempo que contenía al caballo, joven e inquieto, el hombre lanzó una mirada al jefe de la formación y a toda la columna, y en esta mirada se reflejaba tanto odio hacia ellos, que Ribak comprendió: no, con éste no resultará nada. ¿Pero, con quién, entonces? Y en esto, como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza, le aturdió en aquel instante una idea inesperada: imposible escapar. Después de esta acción, no podía ir a ningún sitio. De aquella formación ya no había camino para la fuga.

La claridad desconcertante de aquel descubrimiento le hizo perder el paso; asustado, dio un salto, para coger de nuevo el paso, pero otra vez se confundió.

— ¿Qué te pasa? —le espetó despectivamente con voz bronca su vecino.

— Nada.

— ¿Puede ser que no tengas costumbre? ¡Aprenderás!

Ribak guardó silencio, comprendiendo perfectamente que lo de la fuga se había terminado, que con aquella acción le habían atado más fuerte que con la correa de la cincha. Y aunque le habían dejado vivo, en determinado sentido también le habían aniquilado.

Sí, ahora no había ninguna posibilidad de volver a lo anterior: había sucumbido de verdad, para siempre y de la manera más inesperada. Ahora era enemigo de todos y en todas partes. Y, por lo visto, también de sí mismo.

Desconcertado y preocupado, no podía llegar a comprender cómo había ocurrido todo esto y quién era el culpable. ¿Los alemanes? ¿La guerra? ¿La policía? No quería de ninguna manera resultar él mismo el culpable. ¿Y, en efecto, de qué era él culpable? ¿Acaso había buscado él tal suerte para sí? ¿O es que él no había luchado hasta el fin? Incluso más y con más tenacidad que aquel ambicioso de Sótnikov. Por otra parte, precisamente Sótnikov había sido más responsable de su desgracia que otros. Si no se hubiera puesto enfermo, si no hubiera disparado para que le dispararan, si no le hubiera obligado a perder tanto tiempo con él, seguramente que Ribak haría ya mucho tiempo que estaría en el bosque. Pero ahora, al

otro, colgado bajo el arco, todo le es ya indiferente, ¡pero a él, el que ha quedado vivo!...

Completamente conturbado, con la conciencia nublada, Ribak caminaba en la columna hacia el conocido portón de la policía. Al llegar al amplio patio, les ordenaron hacer alto; a la voz de mando, se volvieron todos a la vez de cara al porche. Ya se encontraba allí el jefe, el investigador Portnov y los otros dos vestidos con el uniforme de policía alemán. El sargento que mandaba la columna dio en voz alta el parte de su llegada, y el jefe recorrió con mirada inquisidora toda la columna.

— ¡En su lugar, descanso! Veinte minutos para fumar —dijo escrutando con la vista a Ribak, y añadió—: Tú irás después a mi despacho.

— ¡A sus órdenes! —profirió Ribak, doblegándose ante algo desconocido que le apabullaba por completo.

El vecino le dio con el codo en el costado.

— ¡Tienes que decir “yabol”*, y no a sus órdenes! Hay que acostumbrarse.

“¡Vete al diablo!” —refunfuñó para sí Ribak. ¡Y que se vaya todo al demonio! ¡Al infierno! ¡Para siempre!

La columna se disolvió. Ribak andaba de acá para allá, con la mirada alterada y sin saber qué hacer. Los policías en el patio empezaron a hablar a voces, a empujarse unos a otros, disputando sin enojo, mientras fumaban, el aire se impregnó del dulce humo de los cigarrillos. Algunos se dirigieron al edificio, y uno se fue a un rincón del patio, hacia una caseta estrecha de tablas con dos puertecillas cerradas con una tranquilla de madera. Ribak, de soslayo, también se dirigió hacia allá.

— ¡Eh, adónde vas?

Detrás de él estaba Stas, siguiéndole con inquieta mirada.

— Ahora. Un momento.

Le parecía haber pronunciado esto con bastante tranquilidad, ocultando en sí la única salida ahora posible para él, y Stas volvió la cabeza con despreocupación... ¡Sí, al demonio! ¡Todos y todo al diablo! Ribak dio un empujón a la chirriante puerta, cerró por dentro con la aldabilla de alambre, miró hacia arriba. El techo no era muy alto, pero para lo que él necesitaba, la altura, al parecer, era lo suficiente. Por entre las tablas del techo, no muy juntas, se veían franjas de papel alquitranado, sería fácil hacer pasar el cinturón por encima del travesaño alto. Con desesperada decisión, se desabrochó la zamarra y de pronto se quedó yerto, pasmado: no tenía la correa de los pantalones. Y cómo podía haberse olvidado que el día anterior,

* Jawohl (*alemán*).

antes de que les llevaran al calabozo, se la habían quitado los policías. Rebuscó por todas partes entre su ropa para ver si encontraba algo que le sirviera, pero no encontró nada a propósito.

Tras la separación de tablas se oyó ruido de pisadas, la puerta se abrió con un prolongado chirrido: se alejaba la última posibilidad de hacer cuentas con su destino. ¡Aunque fuera arrojarse cabeza abajo! Una desesperación insuperable le embargó, lanzó un gemido, sin poder apenas dominar el deseo que le acometió de repente de aullar como un perro.

Pero desde fuera una conocida voz le volvió el dominio de sí mismo.

— ¿Qué, acabarás pronto? —le gritó de lejos Stas.

— Ya voy, ya...

— ¡Te llama el jefe!

Claro está, el jefe no soporta la tardanza, a la llamada del jefe hay que ir corriendo. Tanto más si han decidido hacerte policía. Todavía ayer soñaba con esto como una salvación. Pero ya hoy la realización de este sueño se había transformado para él en una catástrofe.

Ribak se sonó la nariz, se abrochó distraídamente la zamarra. Seguramente ya no se podía hacer nada: tal era su destino. Suerte traidora del hombre embarullado en la guerra. No hallándose en estado de pensar ahora cosa alguna, levantó la aldabilla y, esforzándose por dominar su desasosiego, salió del retrete.

En la puerta del edificio, mirándole con impaciencia, se hallaba el jefe de la policía.

Año 1970

Sumario

B. Vasíliev.

LOS AMANECERES SON AQUI TRANQUILOS

3

V. Bykov.

SOTNIKOV

121

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da usted a conocer su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de su presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso, Zúbovski bulvar, 21, Moscú G-21, URSS.

Serie “Progreso. Colección Octubre”

Se han publicado:

Y. BONDAREV. *La Nieve ardiente*. (Novela)

...Diciembre de 1942. Los ejércitos acorazados de Manstein pugnan por abrirse paso hacia Stalingrado para sacar del apuro al ejército de Paulus que cayó en una “caldera”. Por allá, en medio de estepas, aherrrojado por los hielos, fluye un riachuelo, la última barrera en el camino de Stalingrado. Allí mismo, salvando los duros kilómetros de una marcha ininterrumpida, se apresuran también las divisiones del segundo ejército soviético de la guardia, mandado por el general Bessónov. Esta es la trama de la novela del escritor soviético Yuri Bóndarev, una nueva novela sobre la Batalla de Stalingrado.

Cuando comenzó la Gran Guerra Patria, Yuri Bóndarev era un muchacho de diecisiete años. Los duros caminos del soldado recorridos desde el Volga hasta la frontera de Checoslovaquia se grabaron en su memoria. “Ahora, en nuestra literatura ha llegado la hora de investigar escrupulosamente los años cuarenta y los cincuenta —dice Y. Bóndarev en el prólogo—. Ha sido atesorada una colosal experiencia de vida y espiritual, relacionada con aquel período. Es una investigación de lo heroico y lo trágico, una investigación del valor del pueblo y de su carácter”.

M. LINKOV. *Días inolvidables*. (Novela)

La novela de Mijás Linkov, escritor popular de Bielorrusia, está consagrada a la lucha de los guerrilleros bielorrusos que no tiene parangón en la historia de la segunda guerra mundial.

Por encargo del centro guerrillero, el protagonista principal de la novela —ingeniero ferroviario Konstantín Zaslónov— “pasa al servicio” de los fascistas. En los partes de los mandos hitlerianos se dedicaba no poco espacio a su talento como especialista y organizador. Mientras tanto, el destacamento guerrillero mandado por Zaslónov lleva a cabo activas operaciones de combate. Vuelan trenes con fuerza viva y pertrechos, explotan depósitos, puentes y torres de agua, dejan de funcionar locomotoras recién reparadas y bien custodiadas. Una colosal recompensa se fija por la cabeza del guerrillero inalcanzable...

Todos los protagonistas de Linkov tienen prototipos reales. El propio escritor fue testigo y participante de muchos acontecimientos que describe.

Borís Vasiliev (1924), ingeniero militar en el pasado, inició su labor literaria como guionista de películas de argumento. Su primera novela, *Los amaneceres son aquí tranquilos...*, apareció en 1969 granjeándose inmediatamente una amplia popularidad. La obra fue publicada por primera vez en la revista "Yúnost" ("Juventud") y recibió el premio al mejor libro del año para la juventud. Más tarde vieron la luz otras novelas de Borís Vasiliev: *La lancha motora de Iván*, *El último día*, *No disparéis a los cisnes blancos*, *Nikolái, el de la fortaleza de Brest*.

Vasil Bykov (1924), siendo estudiante en 1941, se marchó al frente como voluntario, dos veces fue herido, participó en los combates contra los hitlerianos en Ucrania, Rumania, Hungría. Unos años después de terminar la guerra, abandonó el ejército para trabajar como periodista, llegando a ser luego escritor. En la prosa soviética de los últimos años, el nombre de Vasil Bykov figura en la lista de los escritores militares de mayor popularidad. Los libros de Vasil Bykov describen la época en que la guerra constituía la vida y la hazaña del pueblo soviético. Gozan de especial popularidad sus novelas *El grito de las cigüeñas*, *El tercer cohete*, *Balada alpina*, *Sótnikov*, *El obelisco*, *Hay que vivir hasta el amanecer* y otras. En 1974 se adjudicó a Vasil Bykov el Premio Nacional de literatura.

